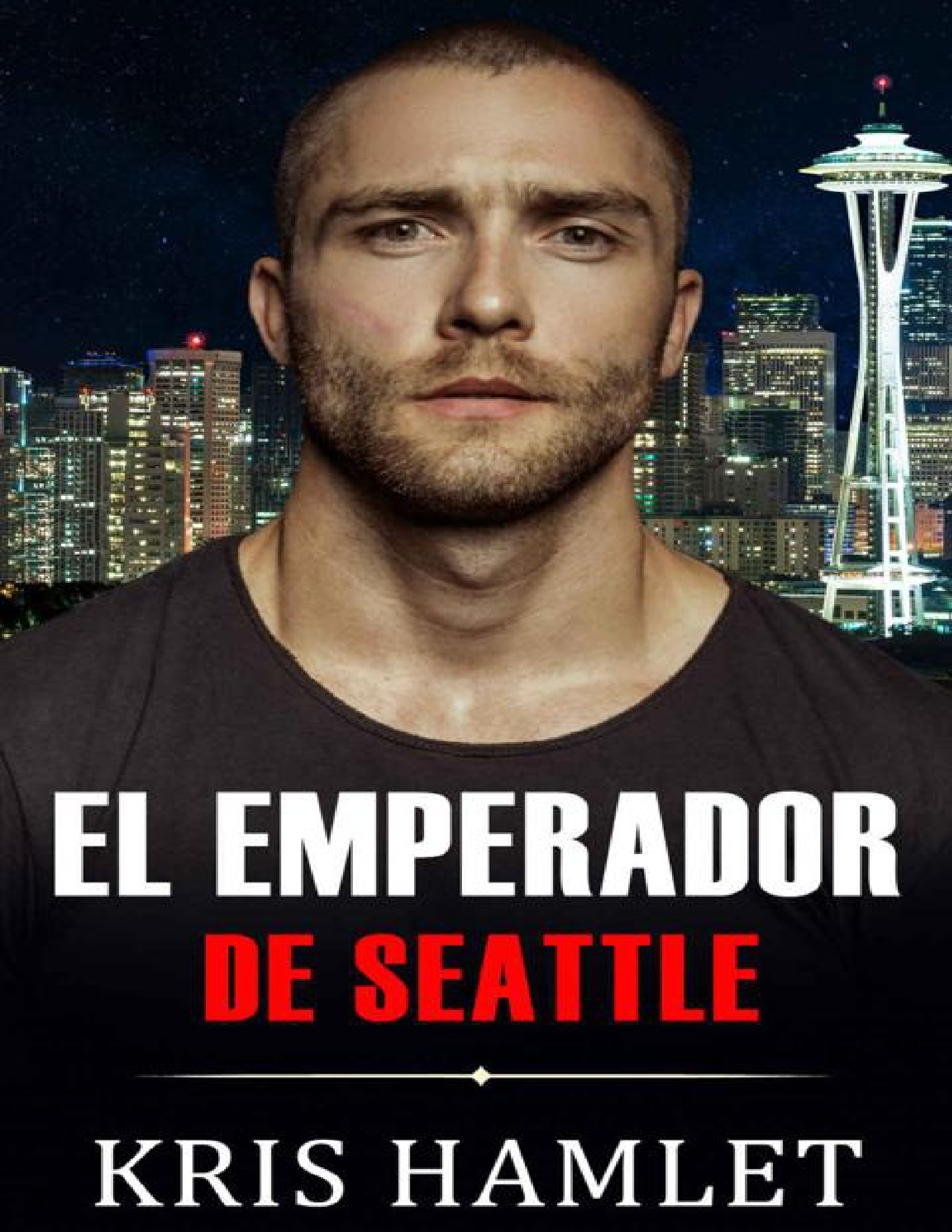


EL EMPERADOR
DE SEATTLE

KRIS HAMLET

El Emperador de Seattle

Mobster Series #4

Kris Hamlet

Derechos de autor © 2024 Kris Hamlet

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

A los que no se quiebran ni siquiera cuando la vida trata por todos los medios de doblegarlos, que vuestra resistencia sea un ejemplo para el mundo.

Contenido

Página del título
Derechos de autor
Dedicatoria
Playlist
PRÓLOGO
1. ROMEO
2. ROMEO
3. ROMEO
4. ROMEO
5. ROMEO
6. ROMEO
7. ROMEO
8. CHLOÉ
9. CHLOÉ
10. CHLOÉ
11. ROMEO
12. ROMEO
13. CHLOÉ
14. ROMEO
15. CHLOÉ
16. ROMEO
17. CHLOÉ
18. ROMEO
19. CHLOÉ
20. ROMEO
21. CHLOÉ
22. ROMEO
23. CHLOÉ
24. ROMEO
25. CHLOÉ
26. CHLOÉ
27. CHLOÉ
28. ROMEO
29. CHLOÉ
30. ROMEO
31. CHLOÉ
32. ROMEO
33. CHLOÉ
34. ROMEO
35. ROMEO

36. ROMEO
37. CHLOÉ
38. ROMEO
EPÍLOGO - ROMEO
Agradecimientos
Acerca del autor

Playlist

Fragili – Il Tre
Numb to the Feeling – Chase Atlantic
Another Love – Tom Odell
So High – Ghost Loft
Eyes don't lie – Isabel LaRosa
Movement – Hozier
Heartless – The Weeknd
Dark Things – ADONA
Darkside – Oshins, Hael
Someone You Loved – Lewis Capaldi
Undisclosed Desires – Muse
Unsteady – X Ambassadors
Can't Deny My Love – Brandon Flowers

PRÓLOGO

Seattle, 09 de marzo de 2024

Compruebo los puños, la posición de los gemelos y la solapa de la chaqueta.

Me miro al espejo y la imagen que me devuelve es la de un hombre a punto de cerrar otro trato en su vida.

Un hombre controlado, tranquilo y decidido.

Un hombre muy diferente del que he sido en los últimos meses, cuando el caos amenazaba con apoderarse de mi vida.

Una vida que, sin embargo, no es sólo mía, sino que pertenece a toda la organización de Seattle.

Soy el Jefe y es mi deber velar por el bienestar y la protección de todos los Hombres de Honor que me han jurado lealtad.

No puedo permitirme distraerme.

Al menos no más de lo *que* ya me has obligado a hacer.

Sonrío al hombre que me mira desde el espejo, pero parece más bien una mueca de dolor.

Nunca se me dio bien sonreír; probablemente porque nunca tuve motivos para hacerlo.

Destierro las dudas, reprimo cualquier remordimiento y encuentro ese lugar dentro de mí al que sólo yo puedo llegar.

Cierro los ojos e inhalo.

Uno, dos, tres...

Expulso el aire de mis labios entreabiertos.

Cuatro, cinco, seis...

Soy el Jefe y debo pensar en el bien de todos.

Y es por el bien de todos que debo mantener mi fachada de hombre controlado, tranquilo y decidido.

Siete, ocho, nueve...

Estoy listo.

Ahora todo está bajo control.

No hay de qué preocuparse.

Sin emociones que mantener a raya.

No hay disparos en la cabeza que remediar.

Abro los ojos y asiento ante mi reflejo, luego me dirijo hacia la puerta, preparada para el último paso.

Soy Romeo Fontana y me voy a casar hoy.

1. ROMEO

Seattle, tres meses antes

—Quiero más —murmura contra mi boca.

—Me estás matando, pequeña.

Muerdo el perfil de su mandíbula, rozo la curva de su trasero y arpa su muslo a mi lado.

Mi cuerpo se aferra al suyo en tantos sitios que, en una situación normal, ya habría reaccionado apartándola de un tirón, pero ella desbarata todos los instintos.

Se me metió en la piel y parece que no tiene intención de dejarme marchar.

Siento su aliento en mi mejilla y, en lugar de causarme repulsión, me la pone dura como una piedra.

Cuando se frota contra mí, dudo que pueda aguantar más.

Tengo que parar.

—Te. Quiero. Ahora —puntualiza suavemente en un tono autoritario que normalmente me llevaría a sacar mi pistola para silenciar a cualquiera que se atreviera a dirigirse así a mí.

Pero nada en esta situación es como debería ser.

Lo que debería ser "normal" voló por la ventana en el mismo momento en que sus labios tocaron los míos y saboreé su vibrante calor.

—No puedo.

Soy el Jefe de Seattle y me tiembla la voz. ¿Qué demonios me está haciendo?

—Déjate de tonterías. Soy lo suficientemente mayor para saber lo que quiero y no soy una damisela a la que proteger.

Su tajante respuesta me excita aún más, me encanta su tozudez y esa determinación que ha ido aflorando lenta pero inexorablemente a lo largo de estos meses de abstinencia forzada.

Sin embargo, el problema persiste.

No puedo tocarlo.

Pero si no lo toco, podría morir.

Por un momento, me gustaría ser otra persona.

Impulsivo como Leonardo.

A contracorriente como Frank.

Temerario como Alex.

Alex.

Si mi amigo supiera lo que está pasando en mi casa, no dudaría ni un momento en meterme una bala en el cráneo.

Y no podía culparle.

—No te atrevas —sisea, atrayendo de nuevo mi mirada hacia la suya.

—¿Haciendo qué?

—Sé lo que estás haciendo. Te estás alejando de mí, *otra vez*. Lo siento, pero no te dejaré esta vez.

No me da la oportunidad de replicar, de decirle que no tendría fuerzas para apartarla aunque quisiera, que sus labios se estrellan contra los míos con ansia y voracidad y el hambre de estos

meses encuentra satisfacción cuando le desvalijo la boca y mis manos reclaman *por* fin cada centímetro de su cuerpo perfecto.

La toco toda. Los pechos llenos, el vientre plano, los muslos firmes, el monte de Venus.

Cuando llego a ese punto del que ya no hay vuelta atrás, su gemido es todo el consentimiento que necesito y mi dedo se hunde entre sus pliegues sin encontrar la menor dificultad.

Joder, qué mojada está.

Todavía gime y creo que es el sonido más hermoso que he oído nunca.

—Más —me insta, y añado el segundo dedo.

Con los labios hinchados, los ojos entrecerrados y mis dedos dentro, esta mujercita es el espectáculo más épico que he visto nunca, y hasta los demonios que habitan en mi cabeza se callan.

Tengo que parar.

No importa lo que quiera, no puedo hacerle esto.

Tengo que dejarla ir, grita mi cabeza.

No estoy listo, responde algo a la altura del pecho.

Apoyo la frente contra la suya, deslizo los dedos y alejo la boca, ignorando la sensación de pérdida que me invade.

—No podemos —murmuro, pero no hay convicción en las palabras.

Tengo que hacerlo mejor.

—No te atrevas a intentar decirme que no me deseas, porque tu polla, ahora mismo, está intentando hacer un túnel contra mi muslo.

—Esa bocaza, tarde o temprano, te meterá en muchos problemas.

—Nado bastante bien, no te preocupes. Ahora, fóllame.

Santo cielo.

Esta niña será mi muerte, no tengo duda.

Uno, dos, tres...

Respira hondo.

Cuatro, cinco, seis...

Mantengo a raya mis instintos.

Siete, ocho, nueve...

Regulo mis latidos.

Estoy listo.

—Ya hemos cruzado una línea que no deberíamos haber cruzado. Debemos parar ahora y creo que deberías irte —mi voz es baja, pero decidida.

Habiendo recuperado el control total de mis habilidades y de mi cuerpo traidor, doy un paso atrás para restablecer la distancia adecuada entre nosotros.

Jadea y abre mucho los ojos, en los que brilla un dolor que inmediatamente se transforma en ira.

—No, no hagas eso, joder —replica exasperada—. Dime que estás de broma. Dime que quieres que me quede.

Sí, por favor, quédate.

—Debes irte. Ahora mismo. Abajo, encontrarás a mi chofer. Él te llevará a donde quieras ir.

—Qué considerado eres —responde sarcástica, resoplando por la nariz—. Pero a dónde voy ya no es asunto tuyo. Tú, en cambio, puedes irte a la mierda.

Se da la vuelta y sale de mi casa dando un portazo que suena a condena.

Entonces, cometo el mayor error de mi vida: me llevo los dedos a la boca y la pruebo.

Y es mi sentencia de muerte definitiva.

Sin embargo, antes de condenarla a ella también, saco el móvil del bolsillo de mi pantalón de traje y llamo a la única persona que puede ayudarme a salir de este lío.

—*¿Qué ocurre?* —respondió la voz alarmada de Rose al segundo timbrazo.

—Tienes tres meses para organizar nuestra boda.

2. ROMEO

Seattle, 1999 (Romeo, 8 años)

Sólo tengo que ver la forma nerviosa en que mueve el cuchillo sobre la servilleta o el modo en que le tiemblan las fosas nasales cuando respira profundamente para saber que se trata de eso.

Se acerca la tormenta.

El sonido del tenedor golpeando el plato al dejarlo bruscamente inicia su invectiva.

—¿Crees que así es como se comporta una buena esposa? ¿Sirviendo a su marido una cena fría? Me desvivo por esta familia y, cuando vuelvo a casa por la noche, me gustaría que me trataran como merezco. ¿Crees que quiero demasiado? —pregunta mi padre con sarcasmo, antes de golpear a mamá con una violenta bofetada. Una, dos veces.

—Cariño, te llamé, pero estabas al teléfono. A lo mejor no me has oído —intenta conciliadora mi madre, aunque su voz está empapada del dolor causado por los golpes.

Cierro los ojos un instante ante la escena que me enfrenta casi todas las noches, podría recitar de memoria sus palabras empapadas de veneno y también sé lo que vendrá después.

—¿Me estás llamando sordo? No, ¿quizá de mudo? ¿Es ése el respeto que me tienes? —replica, golpeando la mesa con el puño y derribando su vaso.

Suspiro profundamente y centro la mirada en el vino que empapa lentamente el mantel, oigo el tintineo del cinturón y el vano intento de mamá:

—Cariño, vete a tu cuarto —me dice, pero todo es en vano.

—Absolutamente no —interrumpe mi padre, como estaba previsto. Aunque nunca llegue a Jefe, Romeo Fontana será el mejor de los Hombres de Honor. Y tienes que dejar de tratarlo como a un niño delicado, lo estás arruinando. Habla como si se hubiera tragado un puto vocabulario, limpia su puta habitación mejor que una mujer y viste como un puto monaguillo —su tono no oculta la burla o el desprecio que siente hacia mamá. O en la mía.

No quiero ser como él.

Esta es la única certeza que he adquirido en los primeros ocho años de mi vida.

No me atrevo a abrir la boca, sé que sería mamá quien pagaría el precio, la semana pasada intenté defenderla y la paliza se duplicó.

La falta de reacción por mi parte, en cambio, parece aplacarle. Probablemente, lo confunde con sumisión, y eso es todo lo que le interesa conseguir.

Yo, en cambio, no puedo evitar sentirme como un niño malo cuando rezo en silencio para que a mi padre le ocurra lo que al padre de mi compañera de clase, Rose: la llevó en coche al colegio y, de camino al trabajo, le dio un infarto mientras conducía.

Rose lloraba mucho, yo intentaba consolarla lo mejor que podía, tratando de callar el rincón de mi cerebro que seguía preguntándose por qué a mi padre no podía pasarle algo así también.

Soy *muy* malo.

—Pero *es* un niño, aún falta tiempo para su iniciación, no le quites la inocencia.

Odio cómo tiembla la voz de mamá, odio cómo se obliga a rogarle que me proteja, odio el hecho de que estemos atrapados aquí, en esta casa grande y bonita, con un hombre horrible.

Odio la forma en que mira a su madre: como si fuera un obstáculo, un problema, no el amor de

su vida ni la madre de su hijo.

Pero lo que más odio es la familiaridad de los movimientos con los que se mueve y chasquea el cinturón en las piernas de mamá, ella contiene una mueca y yo sé que lo hace por mi bien.

Mantener la ilusión de que puedo ser un niño como cualquier otro, a pesar del entorno del que procede nuestra familia.

Lo que ella no sabe es que ya no quiero sentirme como un niño indefenso.

Quiero crecer, quiero ser grande y quiero ser libre.

Por fin libre.

3. ROMEO

Seattle, 2006 (Romeo, 15 años)

—No lo considero necesario, padre.

—Lástima que no te pedí tu opinión, muchacho. Te di una orden y la cumplirás. Incluso esta vacilación es inaceptable. Tu madre realmente te ha arruinado.

—No hables de ella —suelto bruscamente, ganándome una bofetada en los labios.

Siento en la boca el sabor de la sangre, la misma que me gustaría tener en las manos, y respiro hondo para no mancharme con la mayor deshonra.

Vuelvo la mirada hacia el donante de esperma que ayudó a traerme al mundo y, por la forma en que blanquea, puedo ver que en mi mirada lee cada uno de mis deseos.

Pero conoce las reglas.

Y ya he sido iniciado para convertirme en un Hombre de Honor; por lo tanto, sé que matar al padre de uno es un crimen que nunca sería perdonado, incluso si el progenitor en cuestión es un hijo de puta de proporciones épicas como el mío.

Respiro hondo para recuperar el control de mis emociones a merced de la ira y desvío la mirada hacia la chica acurrucada al fondo de la sala, sollozando suavemente y sin atreverme a mover un músculo, quizá con la esperanza de que nos olvidemos de ella.

No pude vislumbrar su cara, pero tiene un físico esbelto con poca forma, parece casi atlética, quizá apenas mayor de edad, y me pregunto cómo demonios se ha metido en esta mierda.

Como mi madre murió hace un año, mi tío pensó que lo mejor era poner a mi padre al mando de las chicas de la red de prostitución.

Así descubrí que en Seattle se trafica con niñas sin hogar ni familia, que se venden al mejor postor para satisfacer cualquier deseo perverso.

Y ahora, mi padre cree que quiero divertirme probando la mercancía antes de la venta.

Dios, tengo ganas de vomitar.

—¿A qué coño sigues esperando? —pregunta burlonamente.

Tu muerte, responde la vocecita de mi cerebro a la que cada día me esfuerzo por no escuchar, aunque cada vez me resulta más difícil ignorarla.

Resopla una risa socarrona antes de lanzarme una mirada maliciosa:

—¿O quizá prefieres mirar, mientras Sam se ocupa de ello?

Mierda.

Sam es un behemoth de casi dos metros, del tamaño de un tractor-remolque y con una marcada vena sádica.

¿Cómo puedo saberlo?

Lamentablemente, lo vi en acción cuando, hace seis meses, mi dulce y querido papá decidió que estaba listo para convertirme en un hombre de verdad y me arrastró a un burdel para que perdiera la virginidad con dos prostitutas que me doblaban la edad y me dejó en compañía de Sam, que no se detuvo ni un momento para escupir improperios y despotricar contra esas dos pobres chicas.

Me estremezco ante la mera idea de repetir la experiencia, pero no voy a quedarme de brazos

cruzados viendo cómo Sam asfixia o golpea a la chica que tengo delante.

Cierro los ojos e inhalo.

Uno, dos, tres...

Expulso el aire de mis labios entreabiertos.

Cuatro, cinco, seis...

Si no lo hago yo, que se ocupe alguien más violento y desagradable.

No tengo elección.

Siete, ocho, nueve...

Estoy listo.

Vuelvo a abrir los ojos y me encuentro con la mirada de mi padre, y cuando adopta una expresión de suficiencia, sólo deseo poder arrancarle la cara.

Me acerco lenta pero firmemente a la chica que solloza pegada a la pared, y me detengo cuando estoy a tres pasos de ella.

—A ver qué tenemos aquí —exclamo con mi mejor voz de imbécil, y me acerco otro paso.

Cuando estoy seguro de que sólo ella puede oírme, le digo enfadado:

—Intentaré hacerte el menor daño posible, te aseguro que soy tu mejor opción.

Sigue sollozando, pero su mirada se desvía hacia la mía un instante y sé que me ha oído, mueve ligeramente la cabeza y esa confirmación aplaca parte de mi ansiedad.

—Levántate, zorra —le ordeno, volviendo a la obra que tendré que representar para mi público.

—¿Zorra? Hmm, no, demasiado delicado, chico. Esta tipa es una zorra, una guarra, una puta —se ríe sarcásticamente—. Puta es un puto cumplido.

—¿Cómo quiere que la llame, padre?

Y es realmente agotador mantener el sarcasmo fuera de mi voz.

Se me queda mirando, entrecerrando los ojos, luego arquea una ceja y mira hacia la puerta.

Un suave recordatorio de que sólo tendría que chasquear los dedos para que Sam llegara, y él estaría más que feliz de llamarla de mil maneras diferentes para salirse con la suya.

—Levántate, *zorra* —le ordeno a pesar de que ese término me deja un sabor amargo en la boca.

Odio decir palabrotas, mamá nunca usó palabrotas y me enseñó a hacer lo mismo.

La chica hace lo que le digo y le pongo una mano en el antebrazo para guiarla hasta la cama cercana. No me entretengo mirando las sábanas, podría sentirme mal por la suciedad de ese algodón que ha vivido tiempos mejores.

Y también tengo que lidiar con otro problema: no tengo una erección. Ni siquiera cerca.

Debo resolver esto rápidamente o la desconocida pagará el precio.

Ni siquiera pierdo el tiempo mirándola medio desnuda como está, he aprendido desde el episodio del burdel que los cuerpos no me excitan. Ni femeninos ni masculinos.

Aún no he entendido por qué me ocurre esto, pero tengo toda la intención de averiguarlo.

Justo cuando estoy a punto de concentrarme en los libros que tengo que leer en casa, en el escritorio limpio y ordenado que he montado esta mañana, alguien llama a la puerta y, un momento después, asoma la cabeza mi primo.

Fantástico.

Ahora, mi actuación tendrá que ser impecable.

—Tommaso, querido, ¿podemos ayudarte? —pregunta mi padre con voz azucarada.

—He oído que estaban probando la mercancía y quería participar, ¿te importa?

—Por supuesto que no, pasa. Tu primo ya está en el trabajo —dice señalándome.

Tommaso sólo tiene dos años más que yo, pero es un chico precoz de 17 años al que le gustan mucho las chicas y no le faltan oportunidades para aprovecharse de ello, ya que también es el hijo mayor de su tío, y la corona de Jefe recaerá en él cuando seamos mayores.

No me cabe duda de que será un papel que desempeñará muy bien, dado lo mucho que le gusta dar órdenes a diestro y siniestro.

Doy un paso atrás porque no tengo forma de salvarla de él y la señalo con un gesto de la mano.

—Por favor, adelante.

Se acerca sonriendo y ya puedo ver su pene estirando los pantalones.

La rodea como un depredador hambriento, se baja la bragueta y, cuando la tiene a su alcance, la agarra del pelo y tira de ella hacia atrás.

—De rodillas, y si intentas morder, te arrancaré todos los dientes, ¿entendido? —le pregunta, colocándola como quiere.

—Sí —balbucea con lágrimas en las mejillas.

Mi primo aprovechó el momento en que el desconocido abrió la boca para clavarle su erección hasta el fondo y sus ojos brillaron cuando el reflejo nauseoso de la chica se activó.

—Bien, así. Acarícíate en mi polla, déjame sentir lo profunda que es tu garganta.

Aparto por un momento la mirada de la escena que tengo ante mí, pero cuando la poso en mi padre y en su expresión engreída y excitada, ya no sé qué me da náuseas.

—No está mal —la elogia Thomas mientras se retira con la erección aún dura—. Súbete a la mesa, vamos a probar el resto.

El hecho de que haya utilizado el plural no augura nada bueno.

Thomas me mira divertido.

—¿A qué coño esperas, Romeo? —me grita, y yo, atento, saco un condón del bolsillo y me coloco a su entrada—. Qué chico más concienzudo —se burla mi primo, provocando una risita burlona de mi padre.

—En Estados Unidos, las enfermedades de transmisión sexual afectan a unos diez millones de personas de entre quince y veinticuatro años —respondo, dándome cuenta de mi error con un momento de retraso.

—Jesucristo —murmura mi padre como era de esperar.

Tommy se limita a reír.

—Me encanta que seas una puta enciclopedia viviente. Ahora, ponte a trabajar.

Creo que estoy en otra parte, me dejo llevar por mis instintos y, en cuanto siento que mi erección cobra vida, apoyo mi punta en su raja, aunque tenga que hacer un esfuerzo físico para no retirarme de ese contacto.

Cierro los ojos un momento y apago todo lo que soy, todas las emociones que llevo dentro.

Luego la penetré de un solo empujón.

Me alieno por completo, intentando proyectar la imagen de una adolescente cachonda, aunque en mí sólo hay asco.

—Engancha sus piernas a tu cintura y siéntate en la mesa —me ordena Tommy al cabo de un rato.

Ejecuto sin rechistar, evitando la mirada asustada de la chica que se sienta a horcajadas sobre mí y encontrándome con la maníaca de mi primo, que se masajea la erección como si disfrutara del espectáculo, luego se acerca como un depredador y utiliza su saliva para lubricarse un momento antes de escupirle en la mano, mientras yo me pregunto qué va a hacer.

No pasa ni un minuto antes de que me arrepienta de haberme hecho esa pregunta.

Tommy se acerca por detrás de la chica y, sin ninguna delicadeza, le separa las nalgas, le rocía la raja con saliva y le penetra el ano.

La desconocida grita de dolor y su cuerpo se retuerce, pero él le inmoviliza los brazos y comienza a martillearla por dentro.

—Grita todo lo que puedas, zorra —le sisea al oído—. Nadie te oirá de todos modos.

Le da una palmada en la nalga, provocando otro silbido de dolor.

—Joder, chupa estas preciosas tetas —me insta Tommy, pero al acercarme a un pezón oscuro y erecto, tengo que sofocar una abrumadora sensación de náuseas.

Es cuestión de un momento, pero cuando me encuentro con sus ojos y sólo veo sufrimiento en ellos, me doy cuenta de que debo hacer algo para ayudarla.

Trabajo su clítoris con los dedos, acaricio sus pezones con la lengua e intento mover las caderas lo más suavemente posible. Bastan unos segundos para desencadenar la reacción natural de su cuerpo y, cuando noto que se moja, aumento el ritmo para que esta tortura termine cuanto antes y siento la erección de mi primo empujando con furia en su interior.

—Siente lo apretada que está, la muy puta —Tommy ríe satisfecho y lanza una mirada a mi padre—. Buena elección, hombre.

—Gracias, Tommaso, siempre intento hacerlo lo mejor posible para que tu padre y la organización estén orgullosos de mí.

—Hoy te voy a hacer un regalo precioso, puta, y te lo vas a beber hasta la última gota, porque si se cae al suelo, te lo vas a limpiar todo con la lengua —gruñe mi primo, escurriéndose y haciéndome señas para que vuelva a ponerla en pie.

Cuando la tiene como quiere, le baja la barbilla y le mete la erección hasta la garganta. Una, dos, tres veces y luego gruñe de satisfacción mientras vierte su carga en la boca de la chica, que pone los ojos en blanco y se apresura a tragar.

—Oye, Romeo, prueba lo apretado que tiene el culo.

—No, gracias, estoy bien.

Mi primo me lanza una mirada mordaz, pero se limita a negar con la cabeza.

—Tú te lo pierdes. ¿Y tú, viejo?

Mierda.

—Hmm, ¿por qué no? —replica entusiasmado mi padre, antes de acercarse a ellos.

Y esa es la señal de que debo darme prisa y salir.

Me enderezo rápidamente los pantalones y me dirijo a la puerta sin mirar atrás.

No me voy a quedar mirando como mi querido papi se lo monta con una chica que podría ser su hija.

Corro al baño más cercano, tiro el condón usado y me encierro en el retrete más alejado de la puerta antes de dejarme vencer finalmente por las náuseas y vomitar toda la inmundicia que envuelve mi alma.

4. ROMEO

Seattle, 2009 (Romeo, 18)

Son poco más de las veintidós cuando entro en *Decadence*, la discoteca de la organización en uno de los barrios más exclusivos de la ciudad, y sólo puedo agradecer que aún esté medio vacía, probablemente debido a que es Nochebuena y las multitudes llegarán más tarde.

No pierdo tiempo y me dirijo a los exclusivos privados.

Cuando localizo a la persona que busco, miro furtivamente a mi alrededor y, como nadie parece mirar en mi dirección, llego hasta su mesa.

—¿Qué demonios crees que haces aquí? —pregunto bruscamente manteniendo la voz baja.

Me mira y, cuando me doy cuenta de que debe de haber llorado, me siento como un cabrón, pero venir aquí no es la solución a sus problemas. Y ella es tan consciente de ello como yo.

Suspiro y tomo asiento en el sillón contiguo al suyo, ella vuelve a dirigir su mirada a la bailarina que tenemos delante. Yo, en cambio, continúo mirando fijamente a un lado de su cara.

—Rose... —empiezo, pero ella levanta una mano para interrumpirme.

—Ya sé todo lo que me vas a decir, Romeo, me lo habrás dicho al menos un millón de veces. Ahora, sin embargo, he llegado a un punto en el que ya no me importa nada, porque estoy viviendo una vida que ya no es la mía, y no voy a seguir así.

—¿De qué estás hablando?

—Las cosas no mejorarán, la esperanza a la que me he aferrado hasta ahora está muerta. Muerta, carbonizada y enterrada. Ya no hay escapatoria.

Me quedo mirándola negando con la cabeza, parece realmente desesperada.

—Mi madre dice que estoy en edad de casarme y que me casaré el año que viene.

Parpadeo, inhalo lentamente, pienso en cómo ayudarla, no se me ocurre nada.

Entonces, un pensamiento intruso toma forma en mi mente.

No me cae nada bien, pero Rose es la única persona a la que puedo llamar amiga.

—Confiemos.

Su cabeza se echa hacia atrás como si la hubiera golpeado, luego abre mucho los ojos y su cara adopta una expresión de sorpresa tal que parece estar en estado de shock.

—¿Qué coño has dicho? —responde.

—No hay necesidad de usar un lenguaje tan soez...

—Oh, lo siento mucho, Sr. Fontana, pero sabes que me pareció que mi mejor amigo propuso comprometerse. Sólo él y yo, cuando a mí sólo me gustan las mujeres y él... —Su voz se apaga, yo sólo arqueo una ceja esperando a que termine la frase, pero entiendo su vacilación—. ¿Qué coño te gusta? —suelta por fin.

Me encojo de hombros y evito responder cambiando de tema:

—Sabes tan bien como yo que tu madre no dejará caer el hueso esta vez. Sin embargo, si aún no ha acudido a ti con un nombre, todavía estás a tiempo de arruinar sus planes —explico, mientras la idea toma forma en mi cabeza—. Mi padre es el Segundo de la organización, somos una buena familia y estoy seguro de que la suya no tendrá inconveniente en nuestro compromiso. Podemos usar la excusa de mis estudios universitarios para posponer la boda al menos un par de

años, y luego ya veremos.

—¿Entonces veremos?

—Vamos a abordar un obstáculo a la vez, ¿de acuerdo?

—Hostia puta —comenta en voz baja, haciéndome fruncir el ceño.

—¿Has terminado de hablar así? —le pregunto con la mirada, que ella desestima encogiéndose de hombros.

—¿Has pensado realmente en ello y, lo que es más importante, crees realmente que es la solución?

—Lo es.

—Es sólo posponer lo inevitable, ¿no lo ves? —replica él, sacudiendo suavemente la cabeza —. Ahora se trata de la boda, luego se tratará de los hijos. ¿Me propones resolver el problema también ahí? Porque no tengo la menor intención de tener ninguno.

—Rose —suspiro—. Eres la única persona a la que me atrevería a llamar amiga sobre la faz de la tierra y me da mala espina verte tan desesperada. Sea cual sea el hombre que elija tu madre te hará desgraciada porque no aceptará tu sexualidad, sencillamente no me importa. Podemos fingir que estamos juntos mientras cada uno satisface sus necesidades en otra parte y todo el mundo estaría contento con la nueva pareja.

Me mira fijamente con los labios apretados y los párpados pestañeando lentamente.

—A veces, creo que estás perturbado, ¿sabes?

—En realidad, los trastornos mentales o psíquicos se caracterizan por dificultades en la cognición, la regulación de las emociones y el comportamiento, y a menudo conllevan un sufrimiento importante y un deterioro del funcionamiento del sujeto en la esfera sociolaboral. Por lo tanto, yo no me llamaría trastornado. Simplemente funciono de forma diferente y no me dejo condicionar por las sobreestructuras impuestas por la sociedad.

Pone los ojos en blanco y resopla ruidosamente por la nariz, con la expresión que siempre ponía de niña cuando algo no le gustaba.

—Hablando hipotéticamente, si accediera a esta locura, ¿cómo podemos estar seguros de que no nos obligarán a casarnos en seis meses?

—Ya te lo he dicho, todavía estoy estudiando en la universidad y necesito terminar mis estudios para ocuparme adecuadamente de mi nueva familia.

—Y cuando termines de estudiar, ¿qué pasará? —insiste.

—No tengo un papel tan importante en la organización como para que pueda forzar mi mano para casarse conmigo: mi tío es el Jefe, luego Thomas será el Jefe, y mi padre será el Segundo hasta su último aliento. Nadie nos perseguirá —me inclino hacia ella sin tocarla, pero haciendo que me mire a los ojos—. Te prometo, Rose, que en realidad sólo nos casaríamos en caso de emergencia. Es decir, para salvaguardar mi honor o el tuyo. Si no, nos inventaremos una excusa cada vez.

—¿Y si alguien lo consigue?

—No lo entenderán si evitas hacer alarde de que te gustan las mujeres —respondo, lanzando una mirada indiferente a la bailarina que, mientras tanto, se ha desnudado delante de nosotros.

—¿Quieres que reprima mi personalidad?

—No, sólo quiero que seas reservado. ¿Puedes hacerlo?

Me observa durante un largo momento, como si en mis ojos pudiera encontrar todas las respuestas que busca, y luego asiente una vez.

—Puedo hacerlo.

—Entonces, podemos decir que acabo de darte el mejor regalo de Navidad.

Suelta una risita divertida y vuelve a mirarme con seriedad.
—A veces, eres un bicho raro, pero te quiero y no podría haber encontrado un marido mejor.

5. ROMEO

Seattle, 2010 (Romeo, 19 años)

Mi tío está muerto.

Su funeral fue hace poco menos de cuarenta y ocho horas y ya estamos todos reunidos en su casa para reconocer el paso de la Regencia a su hijo mayor.

Thomas está preparado para sucederle, y ni siquiera parece demasiado entristecido por la prematura muerte de su padre.

No es que pueda culparle.

Su padre y el mío eran hermanos y parecían hechos del mismo molde: toscos, violentos, desafectivos.

Lo cierto es que nadie echará de menos al Tío, ni siquiera su propio hermano, que ahora tiembla sólo por saber si su puesto de Segundo permanecerá inalterado.

Sí, porque Tommy podría decidir nombrar a otra persona en su lugar, tal vez uno de sus amigos, y una parte sádica de mí realmente espera que lo haga.

Sería un duro golpe para el honor de mi padre.

—Buenas noches a todos —saluda mi primo, abriendo de par en par las puertas de lo que antes era el despacho de mi tío.

Amueblada con gusto, aunque un poco retro, la gran sala alberga una mesa rectangular con una especie de trono a un lado y sillas de madera mucho más humildes alrededor.

Sí, el ego del tío había sido desproporcionado, pero cuando te consideran rey, puede pasar.

Los Hombres de Honor de más edad, con los deberes más importantes, entran y toman asiento, yo y los más jóvenes nos situamos a los lados de la sala.

Aprovecho para acomodarme en el fondo, de espaldas a la pared y con los ojos puestos en la única ventana.

—Gracias por acompañarme con tan poca antelación —empieza Tommy —y no les haré perder el tiempo. Todos sabemos por qué estamos aquí, así que iré directo al grano: ¿alguien se opone a mi Regencia? —pregunta casi sin expresión, pero lo conozco bien, puedo oír la nota de desafío en su voz y estoy dispuesto a apostar que tiene un arma lista para disparar justo debajo de la mesa.

Un murmullo general de acuerdo llena la sala y no me sorprende que no tengan nada en contra de Thomas, su padre lo entrenó bien y ahora mi primo es uno de los Hombres de Honor más despiadados que conozco.

—Bueno, los únicos otros detalles que quiero poner en su conocimiento son la confirmación del Tesorero y el hecho de que, a partir de mañana, mi Segundo será Romeo, mi primo.

Entrecierro los ojos, segura de haber entendido mal, pero cuando un grito ahogado general sacude la reunión, me doy cuenta de que he entendido bien.

Oh, por...

No me gusta ser el centro de atención, es algo que siempre evito y ahora, sin embargo, no puedo evitar fijarme en las miradas de desconcierto y decepción que me dirigen algunos de los presentes.

Desvío la mirada hacia mi padre y su expresión de asombro sería casi cómica en otra situación.

—Tommaso, ¿podemos hablar un momento? —pregunta en cuanto recobra el sentido, aunque apenas puede contener su ira.

—Claro, adelante, hombre.

—¿En privado, quizá? —insiste mi padre.

—¿En privado? ¿Y eso por qué? No tengo necesidad de ocultar lo que pienso. Si tú, en cambio, lo necesitas, no tengo interés en escucharte.

Thomas no es precisamente de los que se muestran sutiles, y estoy seguro de que veremos cosas buenas durante su Regencia.

Por otra parte, es cierto que no tengo el menor interés en convertirme en Segundo, si no fuera porque fastidiar a mi padre es mi actividad favorita, pero tampoco puedo rechazar el puesto: sería un insulto enorme para Thomas.

Tienen problemas.

—Como quieras —comienza mi padre, dirigiendo una rápida mirada a los presentes—. Mi hijo es un chico listo y muy inteligente, pero aún no está preparado para un papel tan clave como el de segundo al mando.

—Hmm.

—Creo que deberíamos esperar unos años más antes de confiarle semejante tarea. Nuestros colaboradores en la Costa me conocen y confían en mí y en mis métodos. ¿Te imaginas a Romeo con su traje de sastrería y sus complicadas palabras grandilocuentes tratando con los rusos? —se ríe mi padre, provocando algunas risitas en la sala.

Thomas, sin embargo, permanece serio y le lanza una mirada peligrosa. Una de esas que deberían hacerle saber que está hablando demasiado y de forma equivocada.

Pero mi padre no tiene la sensibilidad adecuada para interpretar el lenguaje corporal de la gente.

—Sabes, creo que ése es exactamente el problema de nuestra organización —empieza, cadenciosando cada palabra como si fuera una frase—. Sigues pensando que comportarnos como rufianes incivilizados nos reporta mayores beneficios que el elegante traje a medida y la cultura que posee tu hijo.

—Por nuestra parte, tenemos la experiencia y las habilidades necesarias para hacer frente a hombres de nuestro calibre: despiadados y violentos —responde mi padre, lanzándome una rápida mirada.

Sabe tan bien como yo que aborrezco la violencia gratuita y creo firmemente que el diálogo y la negociación son más fructíferos.

—Estoy de acuerdo, pero *por tu parte* te falta previsión y capacidad de adaptación. Son como dinosaurios convencidos de que tienen una supremacía constante sólo porque son grandes, grandes y malos. La verdad, sin embargo, es que la delincuencia está cambiando y no podemos permitirnos quedarnos atrás.

Thomas observa la silenciosa sala y las caras de asombro que le miran como si hablaran otro idioma, y luego suspira aburrido.

—Bueno, pongamos un ejemplo. Dime, si te diera cinco mil dólares para aumentar exponencialmente el valor de la organización, ¿qué harías con ellos?

Mi padre entrecierra los ojos y se queda pensativo un momento. En mi mente, mientras tanto, toma forma un plan de inversión preciso.

—Drogas y armas, seguro —responde con seguridad, haciendo que la mayoría de los

presentes asientan—. Además, se podría pensar en arreglar las cosas con la familia Vancouver para reanudar el comercio con Canadá.

Dos generaciones atrás, debido a asuntos de matrimonios concertados y rotos en el último segundo que desembocaron en un baño de sangre, la familia Fontana había declarado la guerra a los Rossetti y el comercio con Canadá se había interrumpido bruscamente, reduciendo en gran medida los ingresos de Seattle y sus posibilidades de tránsito hacia el norte.

—Ya veo —asiente Tommy, que desplaza su mirada hacia mí y, junto con sus ojos, cambia la atención general de la sala.

Los latidos de mi corazón se aceleran, siento mis glándulas sudoríparas trabajar a toda máquina, mi presión sanguínea aumenta a medida que la adrenalina empieza a invadir mi sistema circulatorio. Me esfuerzo por mantener una respiración regular, por no moverme señalando mi agitación y, visto desde fuera, me muestro estoico e impasible.

—Y tú, ¿qué harías con cinco mil dólares, primo?

—¿Tengo libertad de elección?

—Absolutamente.

Me aclaro la garganta y respondo:

—Yo invertiría en monedas electrónicas, un mercado en rápido crecimiento aún desconocido para la mayoría. Sin embargo, según mis predicciones, podría convertirse en una tecnología revolucionaria, gracias al uso de la criptografía, una técnica para cifrar datos, haciéndolos ilegibles para cualquiera que no disponga de una contraseña.

Hago una pausa para registrar la reacción de los presentes, pero me encuentro con expresiones inexpresivas o de perplejidad.

No saben de qué estoy hablando.

—Adelante —me insta Tommaso.

—Sí, por supuesto. De momento, la moneda de la que hablo no tiene valor real, pero he hecho una pequeña inversión personal porque tengo confianza; aunque la que comento no es la primera moneda electrónica de la historia, es, de hecho, la más prometedora debido a una combinación de factores técnicos. Además, las criptodivisas son imposibles de falsificar y, de momento, difíciles de rastrear.

Gianni el Tesorero, un hombre calvo de unos sesenta años que siempre ha sido contable de profesión, levanta una ceja con una expresión llena de escepticismo.

—¿Alguna pregunta, Tesorero? —le llama el recién nombrado jefe de Seattle.

—No tengo ni idea de lo que estoy hablando y siempre he comido pan y números. ¿Qué es? ¿Un videojuego? —pregunta sarcásticamente, desencadenando una nueva serie de risitas burlonas.

—No recuerdo que lo describiera así, ¿verdad, Joe? —replica mi primo utilizando el diminutivo con el que solía llamar a su tío y un tono que amenaza problemas—. ¿O tal vez soy tonto? ¿Es eso lo que estás diciendo?

—Nunca me atrevería, jefe —se defiende inmediatamente en un intento desesperado por no perder la cabeza. *Literalmente*.

—Bien, porque veo un enorme potencial y estoy seguro de que mi primo será un excelente Segundo. ¿Alguien tiene alguna objeción al respecto? —pregunta, poniéndose de pie y colocando lentamente el arma sobre la mesa en un claro mensaje.

Todos guardan silencio. *Sabiamente*, debo añadir.

—Muy bien. Pueden irse, pasaremos a la siguiente reunión —despide a todos y luego me mira —. Quédate un momento.

—Claro.

Cuando estamos solos, el aire parece más ligero, la tensión se evapora e inmediatamente me siento mejor.

Odio los lugares abarrotados y no me gusta hablar con la gente.

Permanece inmóvil donde está y doy dos pasos hacia su asiento.

—¿Estás seguro?

Arquea sus oscuras cejas.

—¿Dudas de mí, primo?

—No es de ti de quien dudo, ya lo sabes. Pero ya me conoces, no me gusta la gente y no sé trabajar en equipo ni delegar tareas. ¿Cómo voy a ser una buena Segunda?

—Te diré lo que veo: un joven con una inteligencia superior a la media que ama la perfección y el control de cada situación, siempre dispuesto a encontrar nuevas formas de hacer crecer nuestra organización. Estoy seguro de que no me defraudarás, empieza a creértelo tú también, puedes irte.

La mirada que me dirige y su tono decidido no dejan lugar a réplica.

Además, es cierto que Thomas es mi primo, pero ahora también es el Jefe, y cuando el Jefe te despide, sólo puedes girar sobre tus talones sin mediar palabra y marchar hacia la puerta, rezando para que su visión sea cierta y no te salga el tiro por la culata.

6. ROMEO

Seattle, septiembre de 2015 (Romeo, 24)

Algo va mal.

Esta mañana, no soporto mi propia piel.

Tengo la sensación de que algo negativo está a punto de suceder y repaso mentalmente todos los compromisos previstos.

Sin embargo, no hay nada anormal.

Todo va según lo previsto, como siempre.

Tiro las piernas de la cama y planto los pies firmemente en el suelo, empiezo a estirar el cuello, los brazos y la espalda, luego me levanto y me dirijo a la esterilla de yoga desechable que ya está en el suelo delante de la cama.

Tras quince minutos de meditación, voy a la cocina aún descalza, cojo la taza blanca del armario y la coloco debajo de la máquina expendedora. Cuando está lleno a partes iguales de café solo y leche semidesnatada sin lactosa, me dirijo a la isla situada en el centro del salón y enciendo la tableta para leer los titulares de los periódicos locales y nacionales.

Reviso atentamente la página económica, evaluando las próximas inversiones, y memorizo algunos datos que elaboraré por la tarde.

Veintidós minutos más tarde, llamo a la puerta de casa de Tommaso y es su madre quien me abre, para mi sorpresa.

—Tía, ¿estás bien? —le pregunto, escrutando su expresión ligeramente desencajada.

Está pálida y parece haber dormido poco a juzgar por las bolsas que adornan sus ojos.

—S-sí —echa una mirada por encima del hombro y luego vuelve a mirarme, susurrando en voz baja para que sólo yo pueda oírlo—: Ten cuidado, Romeo. Es un día duro, y tú eres un buen hombre. Por favor, ten cuidado de no provocarle, hoy es realmente una bomba de relojería.

Asiento sin entender muy bien lo que quiere decir.

Es algo que ocurre cada vez más a menudo: muchos de los honorables de la organización parecen casi intimidados en presencia de Thomas, algunos evitan estar con él demasiado tiempo, pero me parece que mi primo tiene una personalidad histriónica, y que estos días está simplemente estresado.

Hemos tenido algunas dificultades con la gestión del tráfico debido a un nuevo asentamiento de Bratva en la ciudad, pero por lo demás todo marcha sobre ruedas.

Espero su llegada en el vestíbulo y reprimo un escalofrío cuando le veo bajar las escaleras con los ojos desorbitados, como si esperara un ataque en cualquier momento.

Mi cuerpo se pone automáticamente rígido, listo para protegerle.

—Primo, buenos días. ¿Va todo bien?

—Claro, todo está bien, ¿por qué? —replica agresivamente.

—Ninguna razón en particular. ¿Nos vamos?

—Claro. Quiero enseñarte algo nuevo —responde, escrutándome con una atención distinta a la habitual.

¿Qué le pasa?

Mantengo una expresión indescifrable hasta que parece satisfecho y se dirige a la puerta.

Inhalo profundamente, restableciendo la calma en mi interior.

No me gustan las desviaciones de la rutina, una ya es demasiado, si añadimos el mal presentimiento de esta mañana, todos mis sentidos están en alerta máxima.

Poco después, estamos en el coche de camino a uno de los almacenes de la organización, cuando Thomas me ordena parar en el parque Green Lake.

Aprieto los dientes ante el cambio de planes, no me gusta que me pillen desprevenida, pero hago lo que me dice y, unos minutos después, aparco cerca del parque que hay al norte de Seattle.

Son poco más de las diez de la mañana y la zona está bastante tranquila, a pesar de que estamos cerca del zoo, que sigue atrayendo a muchos turistas en esta época del año.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunto en tono neutro, disimulando la decepción que siento.

—Lo averiguarás dentro de poco.

Le sigo hacia uno de los bancos y, cuando me indica que me siente a su lado, dudo.

Uno, dos, tres...

Inhalo profundamente para no pensar en todas las bacterias y microbios esparcidos por ese hierro viejo.

Cuatro, cinco, seis...

Soy el segundo del jefe y cumplo las órdenes con diligencia y prontitud.

Siete, ocho, nueve...

Puedo hacerlo, quemaré la ropa en cuanto llegue a casa.

Estoy listo.

Me siento junto a un Thomas que me escruta con atención, pero sigo sin entender a dónde quiere llegar con esto, entonces me llama la atención una niña sonriente que camina por el parque a unos diez metros de nosotros.

Tiene unos diez años, el pelo largo y rubio y unas trenzas que enmarcan su rostro angelical. Desde aquí es difícil definir el color de sus ojos, tal vez claros.

Con su mochilita rosa al hombro, se acerca a un joven que parece bastante colocado, casi seguro que colocado, y si yo sintiera algún tipo de emoción positiva, un sentido primario de protección me impulsaría a acercarme a ella para salvarla de un monstruo en potencia.

Con el rabillo del ojo, sin embargo, veo las comisuras de la boca de Thomas girarse hacia arriba e intuyo que probablemente estoy a punto de presenciar por qué estamos aquí.

Tengo la confirmación de ello cuando la chica llega hasta el yonqui, a no más de cuatro metros de distancia, y lanza una breve mirada a Thomas, inclinando ligeramente la barbilla a modo de saludo.

Sabe quién es.

—Hola, colega, ¿va todo bien? —le pregunta la chica al yonqui.

—Claro, todo genial —murmura con voz arrastrada.

—¿Necesitas algo? —le pregunta de nuevo con voz enfermiza, luego se coloca la mochila sobre el pecho y se desabrocha un poco la cremallera, mostrándole... *déjame un golpe seco.*

Mi cabeza da un respingo en dirección a Thomas, que vuelve a mirarme y sonríe como si acabara de presenciar un espectáculo divertido y no a una niña ofreciendo diferentes drogas y pastillas a un yonqui.

—¿Qué estoy mirando? —le pregunto, y es condenadamente difícil mantener un tono indiferente.

—Tenías razón, primo. Las herramientas de las autoridades evolucionan y mejoran día a día, y

nosotros debemos hacer lo mismo —me sonríe como si yo debiera entender de qué está hablando —. Nuestros *camellos* habituales son ahora caras conocidas para la policía local, y no todos los policías de Seattle están en nuestra nómina. Así que a tu genial primo, al igual que a Boss, se le ha ocurrido la idea de emplear a los hijos de nuestras putas como insospechados traficantes de drogas —explica todo de un tirón como si se tratara de una actividad planificada y estudiada al detalle.

Estoy bastante seguro de que lo hizo.

—¿Cuántos años tiene? —pregunto con un gesto de la cabeza a la niña que ha completado la transacción y se ha alejado dos metros de nosotros, sin dejar de sonreír como si estuviera contenta de haber completado su tarea.

—¿A quién le importa?

Mi silencio, sin embargo, le hace darse cuenta de que soy inflexible y dirige una breve mirada aburrida a la niña.

—Responde a la pregunta —le ordena.

—Casi once, pero con trenzas parezco más pequeña e inofensiva —responde toda orgullosa.

—Es una niña —digo, sin dejar de mirar a mi prima.

—Es un método muy bueno, estoy seguro de que estarás de acuerdo.

Aprieto los labios y examino cuidadosamente la mirada del Jefe. Hoy hay algo diferente en él, pero no poseo la empatía suficiente para comprender qué es.

Tras un minuto que parece durar un siglo, Tommy se vuelve hacia la chica y le dice bruscamente:

—Lárgate y vete a hacer tu trabajo.

Ella cumple la orden sin pestañear y, en mi interior, me doy cuenta de que este "método" se ha puesto en práctica hace más de unos días y que el Jefe lo ha ocultado a su Segunda.

¿Por qué?

La pregunta retumba en mi cerebro, alta y clara.

Sabía que no estaría de acuerdo, respondí un momento después.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —pregunto, desviando la mirada hacia el horizonte mientras siento que los latidos de mi corazón se aceleran y algo con un regusto amargo se revuelve en mi estómago.

Thomas guarda silencio durante un largo momento.

—Tres meses.

—¿Ya no confías en mí?

—Oh, Romeo, confío plenamente en ti, pero te veo como no puedes. Al menos, aún no.

Le miro de nuevo, y sus ojos parecen rozar la locura, tan en desacuerdo con la frialdad que siempre le ha distinguido y que siempre he admirado en él.

—¿De qué estás hablando?

—Eres extremadamente inteligente, impecablemente educado y a la vez jodidamente letal en combate, un estratega infalible, un olfato envidiable para los negocios.

En el momento en que sus palabras llenan el aire, comprendo la idea que se ha formado en su mente.

—Nunca te derramaría —respondo sin dudarlo un instante.

—No, claro, pero sólo porque eres un inadaptado social, no te gusta la gente y, por muy listo que seas la persona más inteligente que conozco, eres completamente incapaz de tener relaciones basadas en normas de comportamiento —dice como si leyera un expediente médico.

—No soy un sociópata.

Lo sé a ciencia cierta, he realizado todas las pruebas disponibles en la actualidad y el único diagnóstico al que he llegado hasta ahora es: anhedonia.

Una especie de aplanamiento emocional por el que no tengo acceso a mis emociones, ni positivas ni negativas. Es como si mirara el mundo más allá de un cristal blindado y nada pudiera tocarme.

—¿Verdad que sí? —replica Tommy con una mirada apenada—. ¿No tenemos que serlo todos un poco para hacer lo que hacemos? ¿O te crees mejor que yo?

—Yo no he dicho eso.

—Siempre cuidado con lo que dices, siempre cuidado con lo que haces. Cristo, nunca pierdes la calma, incluso cuando estás matando gente con tus propias manos, la adrenalina parece que se te escapa.

—¿Y eso es malo? —pregunto, incapaz de ver cómo mi falta de emoción puede comprometer mi capacidad para ser su Segundo.

—Es malo porque eres impredecible...

Deja que sus palabras se desvanezcan, pero no necesita completar la frase, porque le conozco como la palma de mi mano.

—Y odias no tener el control sobre todo. Lo comprendo, primo, pero nunca te he dado motivos para dudar de mi lealtad —insisto.

Asiente lentamente.

—Sigue así y no tendremos problemas entonces.

Entonces, se levanta y se va como si acabara de socavar lo único seguro en mi vida: mi papel dentro de la organización.

7. ROMEO

Seattle, junio de 2016 (Romeo, 25)

—Primo, ¿qué es este lugar?

Mi voz tiene el tono tranquilo de siempre, Thomas no nota que, por primera vez en mi vida, siento algo más que apatía.

Me horroriza lo que observan mis ojos y mi cerebro se esfuerza por procesar la escena que tengo ante mí.

Últimamente, mi primo se ha vuelto cada vez más violento y paranoico, ha desarrollado una verdadera fijación en querer ser conocido como el Jefe más temido de la Costa Oeste, pero no pensé que llegaría tan lejos.

En medio del hedor a moho y excrementos, un olor acre impregna la habitación y se cuela en mi mente hasta que mis entrañas se aprietan en un apretón paralizante.

Es el miedo de los niños que gimen, algunos atados a sillas, otros a camas, uno está colgado boca abajo y se mueve convulsivamente.

Desplazo rápidamente mi mirada hacia cada una de estas pobres criaturas y no encuentro palabras para describir el horror que presencio.

—Oh, esto es un capricho para nuestros clientes más ricos —responde con un brillo de locura en los ojos—. La verdad es que la imaginación no debería tener límites, y si eres asquerosamente rico, tienes el privilegio de cumplir todos los deseos, incluso los más retorcidos. Soy un poco como Papá Noel, ¿sabes?

Permanezco en silencio, observándole y preguntándome en qué momento la locura se ha apoderado de su perversa mente.

Nunca pensé que Tommy fuera un buen hombre, nadie en nuestro mundo puede llamarse así, yo mismo he matado, extorsionado y amenazado.

Esto, sin embargo, es otro nivel de malicia, y no quiero tener nada que ver con ello.

—¿Y qué tipo de regalos trae a sus clientes? —pregunto, pero la respuesta la tengo delante de mí.

Sólo necesito la confirmación de que no queda ni una pizca de humanidad en él.

Que ya no puedo salvarle de sí mismo.

Se ríe alegremente.

—Les traigo a los hijos de estos don nadie, los clientes pueden elegir su sexo, raza, edad y hacer lo que quieran con ellos: mutilarlos, esclavizarlos, violarlos, compartirlos. Como dije, no hay límite para la fantasía, de todos modos nadie hará preguntas.

—¿Por qué no lo sabía?

Algo en su voz o en su postura delata mi inquietud, porque se vuelve para mirarme y arquea una ceja con suspicacia.

No tienes por qué saberlo todo, Secondo —responde con altanería. Deberías darme las gracias por no haberte puesto al mando de este tugurio, dado tu historial —concluye, y pasa a burlarse del único tema del que nunca hablo.

Mi pasado.

Ahora, sin embargo, no es el momento de repetir lo que ha sido, sino de poner las cosas en su sitio para garantizar un futuro mejor a la organización de Seattle.

Miro a mi alrededor, sólo veo guardias de bajo rango, luego contengo una sonrisa cuando me doy cuenta de la presencia del hijo del Tesorero, Joe Junior, JJ para todos.

—¿Tommaso? —le llamo, ignorando la forma perversa en que acaricia a una de las chicas atadas.

—¿Hmm? —responde vagamente, demasiado distraído por lo que tiene entre manos.

—Yo, Romeo Fontana, Segundo de la organización de Seattle, ante estos Hombres de Honor, os desafío para el papel de Jefe —digo con la solemnidad que requiere la antigua fórmula que no se ha pronunciado en décadas, provocando un grito ahogado general que resuena en las húmedas paredes de la mazmorra.

La cabeza de Tommy se echa hacia atrás y sus ojos encuentran los míos, dentro no hay más que locura asesina.

—Tú —sisea —desagradecido hijo de puta.

Da dos pasos hacia mí y los hombres que nos rodean se acercan para evitar que lleguemos a las manos.

En cualquier otra ocasión, el Jefe podría acabar con la vida de un Hombre de Honor a voluntad, pero desde el momento en que se le arroja el guante, es como si su autoridad quedara congelada.

Me señala con el dedo amenazadoramente, pero no me intimida, no siento nada. A pesar de todo, siento pena ante la posibilidad real de acabar con la vida de mi primo, el único que siempre me ha hecho sentir aceptada.

—Deberías besar el suelo por donde camino. Sólo gracias a mí no eres un puto bicho raro encerrado en una celda acolchada. Yo te convertí en el puto hombre que eres y ahora intentas joderme. Jódete, debería haber escuchado al imbécil de tu padre.

Cuando termina, su respiración es entrecortada, sus ojos dilatados y, si los demás no estuvieran allí, estoy seguro de que ya habría intentado golpearme.

Comprendo el enfado y, si fuera cualquier otra persona, sus palabras serían puñales letales directos al pecho, pero soy yo y sus palabras son agua resbalando por un espejo.

—Estás acabado, imbécil, mañana en el barco te desangraré con mis propias manos delante de todos y serás comida para los tiburones —me amenaza.

JJ se aclara la garganta:

—Jefe, puede elegir el lugar o las armas.

Así es como debería funcionar: uno de nosotros elige dónde tendrá lugar el enfrentamiento, el otro elige si utiliza las manos o los cuchillos, pero para mí es indiferente. Tanto el lugar como el arma.

—No pasa nada —interrumpo—. Puedes elegir los dos, no hay problema.

Encuentro la mirada inquisitiva de JJ y asiento en silencio para decirle que voy en serio.

—Bien —concluye—. Hombres de Honor, escuchen y que todo el mundo lo sepa: mañana por la noche a esta hora, nos reuniremos en la *Esmeralda* para el enfrentamiento entre el actual Jefe, Tommaso Fontana, y el actual Segundo y aspirante a Jefe, Romeo Fontana.

***

Es una agradable tarde de mediados de junio, las aguas del océano están tranquilas y las montañas de la cordillera de la Costa hacen que el aire que nos rodea sea menos húmedo.

Observo a la multitud que se reúne en torno al círculo dibujado en la cubierta superior del

Emerald, el carguero que solemos utilizar como almacén flotante para mantener fuera del radar de las autoridades las drogas que esperamos sacar al mercado.

La tensión entre los que están a bordo es tan palpable como su incertidumbre sobre a quién animar.

Ya sea para Tommaso, el jefe al mando, un psicópata cruel y violento inexorablemente en una espiral descendente cuyo abuso de las mismas drogas que vendemos está poniendo a prueba su claridad mental haciéndole inestable e impredecible, o para mí, un asocial convencido que se relaciona con tan pocas personas que se pueden contar con los dedos de una mano.

Le toca al Tesorero ocuparse de las cortesías, mientras Thomas y yo nos preparamos, cada uno en su rincón. Él, con un par de Hombres de Honor a los que conozco superficialmente, y su mejor amigo del instituto.

Yo solo.

No es que esto me sorprenda.

Mi padre prefirió instalarse en el medio, como un buitre, esperando a ver cómo salen las cosas y si podrá obtener beneficios.

Pobre iluso.

La mayoría de los demás miembros de la organización permanecen a distancia para no tomar partido abiertamente, en sus ojos, sin embargo, capto chispas de esperanza y es fácil imaginar lo que están pensando: esperan mi victoria, pero no toman partido para evitar represalias de Thomas en caso de mi derrota.

Las probabilidades de victoria están definitivamente a mi favor y no porque sea arrogante, sino porque peleo mejor, estoy mejor entrenado que él y, sobre todo, más lúcido.

Cuando Gianni está a punto de llegar al centro del círculo para iniciar el duelo, observo por el rabillo del ojo que un chico se me acerca con una botella en la mano.

A dos metros de donde estoy, sin pronunciar palabra, extiende el brazo y me lo entrega.

¿Está loco?

Le miro mejor y le reconozco como Samuel, un par de años más joven que yo, introvertido y reacio a hacer amigos, un prometedor genio de la informática.

Lo sé porque la organización está pagando sus estudios en la Universidad de Washington con la esperanza de utilizar su educación para fines no precisamente nobles.

No entiendo por qué toma partido abiertamente ya que hemos hablado tres veces para decirlo. Por supuesto, no puedo rechazar su oferta con todos los ojos puestos en nosotros, sería una ofensa demasiado grande.

Alargo la mano y cojo la botella de plástico, con cuidado de no tocar sus dedos, y luego le hago un breve gesto de agradecimiento con la cabeza.

Tampoco dice nada, se da la vuelta y se va.

Gianni se aclara la garganta y extiende los brazos:

—Buenas noches, Hombres de Honor. Estamos aquí para presenciar el duelo por el papel de Jefe entre Tommaso y Romeo Fontana, respectivamente el actual Jefe y el actual Segundo, a los que me referiré, a partir de ahora, por los nombres de retador y retado.

—La elección de las armas depende del aspirante —continuó el Tesorero, mirando a mi primo —. ¿Cuál es la elección?

Thomas entrecierra los ojos, los desvía hacia mí, fingiendo pensárselo, pero sé que ya ha tomado una decisión.

—Las manos desnudas —su respuesta llega baja y amenazadora, convencido de que me preocupa porque prefiero las cuchillas al contacto directo con otra persona.

Por desgracia para él, mis fobias no funcionan así y, ahora mismo, sólo quiero poner fin a este tormento, no por reconocimiento personal, sino porque estoy seguro de que nuestra organización puede hacerlo mejor.

Su comercio negro de niños podría costarnos nuestras alianzas con San Francisco y Los Ángeles, porque es cierto que no somos hombres buenos, pero seguimos teniendo nuestra propia ética.

Las mujeres y los niños no son torturados, nunca, sin excepción.

Nuestro ring no necesita barras ni cuerdas, el límite está marcado por una pintura roja que pronto se mezclará con la sangre y conocemos bien las reglas: quien lo cruce, pierde automáticamente y será el público quien acabe con su vida.

Llegamos al centro bajo la atenta mirada de Gianni, nos damos la mano y la campana toca lentamente sus tres campanadas rituales.

Las voces se acallan, las luces brillan con mayor intensidad y me proyecto en ese lugar de mi interior donde sólo hay concentración y determinación.

Observo cómo mi primo me evalúa a su vez, tratando de especular cómo le atacaré, pero le conozco demasiado bien como para no saber que su peor defecto es su falta de paciencia.

Sólo tengo que esperar a que pierda la cabeza.

Y eso es lo que hago mientras él me espolea, primero con una mirada de desafío, luego con un gesto de las manos y finalmente con palabras.

—Vamos, tráelo, traidor.

No me muevo, mi único pensamiento es mantener mi respiración regular.

—Debería haberte hecho vivir en la mierda sin sacarte de la puta casa —se burla de mí con el resentimiento goteando de su voz, avanza un paso y se mueve hacia un lado para continuar con su melodrama.

—Yo te convertí en el hombre que eres hoy y deberías estar agradecido por todo lo que he hecho por ti. En cambio, mírate. Sigues mendigando atención y lo haces intentando desafiarme —sacude la cabeza y avanza otro paso—. Te estás cagando encima, ¿eh?

Extiende los brazos en un gesto exasperado y me doy cuenta de que lleva un tirador de nudillos de acero.

Tengo que contener una sonrisa sarcástica, pero me quedo donde estoy, ladeando la cabeza.

—Adelante, pedazo de mierda, pégame —me insta, y yo parpadeo lentamente mientras mantengo una expresión indescifrable.

Está casi a mi alcance, sin embargo, pretendo dejarle el primer disparo, hacerle creer que tiene ventaja y que ha conseguido arañarme la coraza.

Thomas es tan lento, quizá por tomar alguna droga, que puedo adivinar lo que hará antes incluso de que levante el brazo.

Y dejé que diera el primer golpe sin oponer resistencia.

En parte porque necesito sentir algo, e incluso el dolor me parece bien, y en parte porque espero que desencadene en mí esa ira mezclada con decepción que me permita poner fin al asunto rápidamente.

Enrollo los hombros, estiro el cuello y vuelvo a mirarle, preparada para el siguiente disparo.

—Te gusta el dolor, ¿eh? Pervertido imbécil. Pero no podías dejarme disfrutar de mis perversiones —se burla, y es en ese momento cuando mi primo dicta su sentencia de muerte, corta y dolorosa.

Las mujeres y los niños no son torturados, nunca, sin excepción.

Siempre he vivido según este mantra y no permitiré que la organización a la que he

consagrado mi existencia cambie de rumbo en este sentido.

Mi mano se adelanta antes de que pueda apartarse, lo agarro por el cuello y Thomas se pone rígido al instante, intenta liberarse, pero yo soy más fuerte.

Empieza a golpearme y a arañarme el brazo y yo le empujo hacia atrás, pillándole desprevenido con una patada en el costado.

Jadea y se dobla en dos, con la ira y una pizca de asombro brillando en su mirada. Pero dura un instante y vuelve a atacar. Intenta golpearme en la cara, pero rechazo cada uno de sus patéticos intentos, hasta que le doy un puñetazo en el pecho, dejándole sin aliento por un momento.

Aprovecho su aturdimiento para hacerle tropezar y hacerle caer de culo al suelo.

Le golpeo de nuevo y cuando su espalda toca el frío acero del barco, un escalofrío de excitación me recorre la espalda.

Está acabado.

Me pongo encima de él y, con un golpe en la cara, le aplasto la nariz y la ceja, un diente sale volando mientras grita como un perro azotado. *O moribundo*.

Thomas intenta pararle la cara de alguna manera, pero el dolor no le permite concentrarse y acaba despotricando y gritando sin hacer ningún daño.

Demasiado fácil.

Le suelto, me levanto y me alejo dos pasos.

Si quiere volver a intentarlo, esta es su oportunidad.

Intenta levantarse, pero vacila y supongo que gira la cabeza. Escupe sangre y otro diente, antes de volver a ponerse en pie y pasar al ataque.

Le agarro el brazo con el que ha intentado atacarme, lo rodeo estirándolo hasta que ejerzo suficiente presión para dislocarle el hombro.

Thomas se tira al suelo de dolor, grita de nuevo, pero su voz se pierde en la inmensidad del océano.

—P-para, p-para —balbucea, escupiendo más sangre y golpeando la rendición con su brazo bueno—. Me rindo, el trono es jodidamente tuyo.

Esto no funciona así.

Yo lo sé, los presentes lo saben, y él también lo sabría, si estuviera lo suficientemente lúcido como para poder razonar.

Sin embargo, me siento lo suficientemente indulgente como para poner fin a su castigo.

La multitud está tan callada que parece contener la respiración, sólo puedo percibir la tensión nerviosa que precede al momento en que se pone fin a una vida.

No sé por qué, pero mis ojos buscan a la única mujer de este barco esta noche: mi tía, la madre de Tommaso, una mujer reservada y férrea que ya ha perdido a su marido y está a punto de perder a su único hijo.

Ella le devuelve la mirada y baja lentamente la cabeza, asintiendo.

Consentir.

Eso es todo lo que necesito saber, me acerco con zancadas largas y decididas, lo agarro por encima y le parto el cuello en menos de diez segundos.

Su cuerpo cae al suelo y la multitud estalla en gritos de júbilo.

—Que esto les sirva de lección a todos —empecé, haciendo que los presentes se callaran de repente—. Nosotros no torturamos a mujeres y niños, nunca, sin excepción. A partir de hoy, yo seré el Jefe y también seré quien ponga el bienestar de la organización por encima de todo, pero traiciónenme y no habrá piedad para ustedes. Traiciónenme y la muerte será todo lo que deseen.

8. CHLOÉ

París, septiembre de 2021

—Hola, ¿está ocupado este asiento? —le pregunto a la preciosa chica rubia sentada en un banco de la cafetería de la universidad, a la que parece que le vendría muy bien una amiga.

Ya somos dos, chica.

—Um, *¿perdone*? —responde la chica en un francés algo torpe y por su acento deduzco que es angloparlante, probablemente estadounidense.

—¿Eres americana? —le pregunto en su idioma.

—Ah, sí, ¿hablas inglés? Menos mal, tengo que repasar mi francés —se ríe—. Siéntate —me invita.

—Muchas gracias.

Muevo mi silla y me siento frente a ella, no sé muy bien qué decirle y me parece bastante prematuro hablarle de mí y de mi falta de amigos.

Extiendo una mano a través de la mesa y me presento:

—Soy Chloé, estoy en mi primer año y me encantaría que fuéramos amigas.

Bravo Chloé, nada inquietante como presentación.

Para una niña de primaria, quizás.

De acuerdo, estoy un poco oxidado, pero hago lo que puedo, dame un respiro.

La sonrisa que me dedica es pura dulzura e ingenuidad, e inmediatamente me incomoda. No tengo nada que ver con esta chica, soy demasiado sucio para ella y siento la tentación de levantarme y salir corriendo.

Lástima que estreche la mano que aún le tiendo.

—Es un placer conocerte, soy Mariella y llegué hace unos días de San Francisco.

—Vaya, de California. Bueno, nunca me fui de Francia, pero mudarme a París desde Estrasburgo ya me pareció un cambio enorme —respondo con una risita, ganándome una sonrisa suya—. ¿Qué estás estudiando?

—Estudio literatura y me gustaría especializarme en literatura francesa e inglesa.

—¿No hay cursos de literatura europea en Estados Unidos?

—Ah, sí. Pero me apetecía respirar el aire del Viejo Continente —su respuesta es cordial, pero por un momento sus ojos verdes se oscurecen y asumo que ha dejado algo doloroso atrás.

Te escucho, chica.

Yo también buscaba algo para calmar el dolor cuando salí de casa, pero no estoy del todo seguro de haberlo conseguido.

—Entiendo lo que quieres decir —le digo, asintiendo—. En casa se respiraba un aire pesado, y vine aquí para estudiar literatura italiana y americana, pero también para poner distancia y poder respirar mejor —en su mirada pasa una luz cómplice, pero no quiero que se entristezca—. Claro, me has ganado de mano metiéndote en un océano, pero se hace lo que se puede —me río entre dientes y el ambiente se aligera al instante.

Ella también se ríe y, de repente, se pone seria.

—¿Desayuno dulce o salado? —pregunta con expresión seria.

—Vaya pregunta, *trésor*, estás en el hogar del croissant y yo sólo lo como con mermelada de albaricoque y acompañado de un café con leche. ¿Y tú?

—Soy muy golosa. Para mí, croissant de chocolate blanco con granola de pistacho y capuchino maxi.

—Sí, pero no después de las cinco de la tarde, ¿verdad?

Se ríe entre dientes y sacude la cabeza.

—En realidad, mis orígenes italianos lo prohíben después del mediodía.

—Querida Mariella, tengo la sensación de que tú y yo nos convertiremos en mejores amigas.

***

Mi corazonada resultó ser correcta y, desde hace tres semanas, mi nueva amiga y yo pasamos mucho tiempo juntas: desayunamos todas las mañanas, a pesar de mi retraso crónico, asistimos a las mismas clases y todas las tardes estudiamos mientras intento convencerla para que asista a alguna fiesta universitaria.

Hasta ahora, sin resultados.

Desde hace unos días, sin embargo, noto una palidez cada vez más pronunciada en Mariella y empiezo a pensar que está incubando una gripe, o tal vez que no come lo suficiente.

Hemos descartado el embarazo ya que la niña sólo lo ha hecho una vez en su vida.

Me pregunto qué pensaría de mí.

Sacudo ligeramente la cabeza para desterrar ese pensamiento incómodo y, cuando la veo en nuestra mesa habitual de la biblioteca, me apresuro a reunirme con ella.

—*Trésor*, Jean da una fiesta en su casa esta noche. ¿Vamos? Vamos, por favor —susurro con entusiasmo, sentándome a su lado.

—No lo sé… —responde, indeciso como siempre.

Arqueo una ceja señalando mi escepticismo.

—¿Y la excusa de hoy es qué?

De eso se trata: excusas y más excusas para quedarse encerrada en su habitación y rumiar quién sabe qué.

Aún no se ha dado cuenta de que, para no pensar, tiene que mantener la cabeza ocupada en otra cosa, como hago yo, que asisto a una fiesta distinta cada noche y me divierto con un chico distinto cada noche.

Sus nombres no importan, ni siquiera recuerdo sus caras, pero sirven a su propósito: hacerme olvidar.

Aunque sea por poco tiempo.

—Eso no es una excusa, ya sabes que todavía no estoy en forma —contesta muda.

—¿Has vuelto a vomitar? —pregunto levantando un poco la voz.

—Shhh— me mira mal, señalando con la cabeza hacia donde estamos—. De todos modos, sólo me ha pasado un par de veces esta semana, debo haber comido algo que me dolió.

—Bueno, seguro que no comer nada no puede ser la solución, Mari —respondo y mi voz se tiñe de preocupación.

¿Podría tener un desorden alimenticio? Dios, espero que no.

Tal vez realmente esté incubando algún tipo de gastroenteritis.

—Lo sé, pero en los últimos días apenas soporto los olores picantes de la cantina y no tengo tiempo de salir de la universidad para comer fuera.

¿Y si una vez fuera más que suficiente para...?

Es inútil quedarse aquí especulando, mejor actuar. Cojo su mano y me levanto.

—Vamos, realmente creo que es hora de hacer algo.

Media hora más tarde, estoy de pie frente a la puerta del cuarto de baño de su habitación en el primer piso y camino de un lado a otro con nerviosismo rascándome la espalda.

Nunca me he llevado bien con las esperas, ni con estar sin nada que hacer.

—¿Y bien? —le pregunto, y cuando no contesta, me preocupo aún más—. Mari, ¿te has desmayado?

Supongo que hacer tres pruebas de embarazo lleva más tiempo de lo normal, pero me estoy volviendo loca de ansiedad aquí fuera.

Compramos tres para asegurarnos de que no nos encontrábamos con ningún falso positivo; no me gustaría que perdiera diez años de su vida por una falsa alarma.

—Estoy ahí... yo… —murmura a través del umbral.

—Si no quieres hacerlo tú, abre la puerta.

—No, no, puedo hacerlo. Tengo que hacerlo.

Luego, no siento nada durante lo que parece una eternidad.

Justo cuando empiezo a temer que se haya desmayado, la puerta se abre y no tengo más que ver su expresión para darme cuenta de que mi amiga no tiene problemas de alimentación, no sufre estrés ni está incubando un virus estomacal. Está embarazada.

Santo cielo.

Hago lo único que puedo hacer en este momento y la estrecho entre mis brazos.

—Todo irá bien, Mari.

—¿Cómo es posible que todo salga bien? Mi vida acaba de dar un vuelco y no tengo ni idea de lo que tengo que hacer —responde desesperada.

—¿Qué quieres hacer?

—Yo... no tengo la menor idea. No sé qué hacer, y mi instinto me dice que llame a mi hermana, pero no puedo. No sé, no sé qué pensar, y mucho menos qué debería hacer.

—Muy bien. Primero, respira hondo. Vamos a razonar juntos, verás que será más fácil, ¿de acuerdo? La primera elección fundamental que tendrás que hacer es decidir si te lo quedas o no.

Vale, quizá podría haber sido menos brutal, pero ya hemos establecido que todavía estoy trabajando en mi capacidad de ser un buen amigo.

Abre la boca y la vuelve a cerrar.

—Yo tampoco lo sé.

—¿Lo quieres?

—Tengo dieciocho años, estoy a nueve mil kilómetros de casa y no tengo ni idea de cómo criar a un niño. Desde luego, nunca podré decírselo a su padre. Sería capaz de matarme con sus propias manos si intentara atraparle en una relación duradera. Por no mencionar el hecho de que mi padre me repudiaría definitivamente por tener un hijo fuera del matrimonio.

¿De verdad? Es cierto que Mari me contó algo sobre su familia, pero ¿es posible que este tipo de situación siga existiendo?

—Es normal que tengas miedo, no puedo ni imaginarme cómo debes sentirte ahora mismo, lejos de casa y de tu familia. Pero que sepas que estoy ahí, puedes contar conmigo.

—Gracias, Chloé. Pero no sé si podré hacerlo. ¿Cómo puedo cuidar de otro ser humano, si aún estoy aprendiendo a cuidarme a mí misma? ¿Cómo puedo ser madre, si aún estoy intentando convertirme en mujer?

—Entonces, ¿no quieres quedártelo? —pregunto con cautela.

¿Comprende lo que implica esta elección?

—¿Quieres decir si quiero matar a mi hijo? —*Bueno, supongo que lo entiende muy bien*—.

¿De verdad puedo pasar por un camino tan intenso y difícil como el aborto sólo porque no me siento preparada?

—No tienes por qué abortar, también está la adopción —le sugiero como salvavidas.

—¿Adopción?

—Sí, podrías ponerte en contacto con una agencia de adopción y dejar a tu hijo con una pareja que no puede tener hijos, y darles la inmensa alegría de criarlo —le explico.

—Tengo tanto miedo, miedo de no ser suficiente, miedo de no conseguirlo —solloza y vuelvo a apretarla para calmar su ansiedad.

—Oye, tómatelo con calma. Ya verás que todo saldrá bien —la veo levantarse y enjuagarse la cara, supongo que me tocará ser la voz de la razón—. Mira, Mari, no quiero presionarte, pero creo que lo mejor es que contactes con un ginecólogo y pidas cita.

—¿Por qué?

—Bueno, en primer lugar necesitas saber cómo van las cosas, si el bebé está bien. Y quizá ella pueda darte sugerencias más objetivas y, desde luego, más profesionales, sobre cómo seguir adelante. En la dirección que tú quieras —concluyo, mirándola a través del espejo.

—Tienes razón —asiente, y yo apenas contengo un suspiro de alivio.

Sólo espero ser una digna voz de la razón.

9. CHLOÉ

París, junio de 2022

Pero, ¿cuándo vuelve el otoño?

Esta es la pregunta que me martillea la cabeza desde que esta mañana salí de la cafetería y cogí un autobús hacia el nuevo piso de Mariella.

Por el camino, hace tanto calor que no temo que los capuchinos y los cafés con leche lleguen fríos, pero estoy sudando vergonzosamente y sólo estamos a principios de junio.

Son poco más de las ocho de la mañana cuando llamo al interfono de mi amiga, muy embarazada, que va a dar a luz en unas semanas.

Intento no dejarla sola demasiado tiempo, porque sé que ha reducido al mínimo el contacto con su familia en California para evitar el riesgo de perderse algo relacionado con su embarazo, pero le causa mucho dolor.

Sonrío amargamente al darme cuenta de que no veo a mi madre desde hace aproximadamente un año, nos limitamos a breves llamadas telefónicas y saludos en los días festivos.

Nuestra relación es distante en los días buenos, pero la distancia es buena para los dos. Para ella, sin duda, para tratar de olvidar lo que le dije.

Cierro todos los malos pensamientos en un cajón de mi mente cuando Mariella abre la puerta sonriendo.

—Buenos días, mami —la saludo, pisando el apodo que le puse—. ¿Cómo estás hoy?

—Igual que ayer —se ríe.

—Y, como ayer, traigo regalos.

Le enseño la bolsa que contiene su dulce desayuno.

—Pasa. Estaba repasando el temario del último examen, ¿te sientes preparada ya?

—¿No deberías estar descansando?

—En absoluto, el ginecólogo dice que estoy en perfecto estado y que no hay contraindicaciones para hacerme el examen la semana que viene.

—*¿Qué?* Estás loca, ¿y si das a luz en la facultad? ¿No sería peligroso para ti y para el bebé?

—No te preocupes, he leído en Internet que, cuando se tiene el primer hijo, se suele superar con creces la fecha de parto; así que no tendré ningún problema.

—Si tú lo dices. ¿Y cuándo vas a avisar a tu familia?

Mi amiga decidió decir a su familia que estaba agobiada estudiando con un grupo de estudio hasta final de mes para poder recuperarse tranquilamente del parto.

—En cuanto tenga valor —responde con una mueca.

Sacudo la cabeza y la miro con seriedad.

—Cuanto más lo pospongas, peor será. Deberías desahogarte cuanto antes.

Pone los ojos en blanco, pero ambos sabemos que tengo razón.

—Vamos. Vamos a estudiar.

Tras un par de horas de estudio, Mariella estira el cuello y me sonríe.

—¿Quieres un café?

—Tal vez, gracias. Quédate sentada, yo lo haré —propongo.

—No, no te preocupes, necesito caminar un poco, si no mis tobillos se convertirán en dos salchichas.

Vuelve poco después con una taza de café que huele divinamente.

Sus orígenes italianos tienen muchas ventajas.

Le doy las gracias con una sonrisa y, con cuidado de no quemarme, bebo un largo sorbo que me refresca al instante.

Por el rabillo del ojo, veo que Mariella se entretiene con viejas notas en lugar de volver a la mesa, tiene una expresión extraña y me preocupo un poco.

—¿Qué pasa?

—Hemos llegado a Shakespeare —suspira, haciéndome arquear las cejas—. Para mí es inevitable acordarme de *él* y todavía me duele. Es un recuerdo al que no puedo enfrentarme, porque a pesar de los kilómetros y el tiempo que ha pasado, lo que siento sigue aquí en mi corazón.

Un segundo después, mi mirada se desplaza en rápida sucesión entre sus piernas, luego al suelo y finalmente a su cara.

Mariella parece estar en estado de shock y no hace más que sacudir la cabeza, yo abro mucho la boca, pero no respiro ya que mi cerebro me dicta que mantenga la calma, porque a mí también me tocará ser la voz de la razón en esta circunstancia.

—Oh, por el amor de Dios, hombre. Tenemos que llamar a una ambulancia de inmediato. No soy un experto, pero diría que acabas de romper aguas.

***

Suspirando profundamente, sólo desearía poder decirle a mi amiga que no hay prisa, que el silencio de radar que está adoptando con su familia puede seguir y seguir.

Desgraciadamente, no puedo decirle tal cosa.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo ahora? —le pregunto.

—No tengo elección, Chloé. Llevo semanas esperando y no puedo aplazarlo más. Estamos a finales de junio, sé que espera que vuelva para las vacaciones de verano —responde, refiriéndose a su hermana mayor, Isabella, que le ha dejado decenas de mensajes de voz en los últimos días.

Mariella coge el teléfono e inicia la llamada.

Le dejo un poco de espacio para que pueda hablar con Isabella con toda la intimidad necesaria y me dirijo a la cuna, donde un dulce bultito rosa duerme profundamente.

Ajusto su sábana y compruebo la hora, pronto se despertará para reclamar su dosis de leche.

Miro a Mariella y noto que su voz se ha vuelto aguda y agitada.

—Quiero contártelo todo, Isa, pero aún no puedo. Necesito tiempo, lo siento, quiero estar cerca de ti, pero no puedo. Simplemente, no puedo. Te quiero —la oigo decir un momento antes de terminar la llamada y dejar que los sollozos se apoderen de ella.

Me acerco a ella y la envuelvo en un abrazo.

Admiro tanto a esta niña: tan pequeña, tan inocente, pero tan decidida y con el valor de una leona dispuesta a proteger a su cachorro.

—Me odiará —dice entre sollozos.

—Imposible. Tu hermana te quiere y haría cualquier cosa por ti. Cuando estés preparada, se lo contarás todo y estoy segura de que ella encontrará la manera de estar a tu lado.

Las mías no son sólo palabras de consuelo; por lo poco que he visto en la relación entre estas dos hermanas, su afecto es sincero y profundo, y no dudo ni por un momento de que harían cualquier cosa la una por la otra.

—No puedo decirte la verdad.

—Mari —suspiro—. Has decidido quedarte con Alexis. Eso significa que, tarde o temprano, tendrás que enfrentarte a tu familia. ¿O pretendes no volver a ver a ninguno de ellos?

—Tendré que pensar en algo, Chloé —responde, tras unos instantes de reflexión—. Pero la verdad es que no sé qué. Mi familia sabría a primera vista quién es su padre, y realmente no creo que los míos estuvieran tan bien dispuestos a quererla a pesar de haber nacido fuera del matrimonio.

Contengo una mueca y resoplo:

—Dios, me sigue pareciendo tan arcaico.

—Si papá lo viera, obligaría a Alex a casarse conmigo —explica.

—¿Y eso sería malo?

—¿No es obvio?

—Bueno, sinceramente, me parece que sigues sintiendo algo por él —respondo con cautela.

—Eso es cierto —está de acuerdo—. Pero obligarle a casarse estaría muy mal. Además, sé que ni siquiera habría necesidad de ello, porque su honor le obligaría a presentarse por sentido del deber. Verás, yo querría que *me* eligiera *por mí*... y por ninguna otra razón. Oh Dios, ni siquiera sé si lo que estoy diciendo tiene sentido.

Le sonrío, entendiendo perfectamente lo que quiere decir, y vuelvo a abrazarla, porque, sinceramente, poco más puedo hacer.

—Eso tiene mucho sentido. Y espero de todo corazón que, tarde o temprano, tu cuento de hadas se haga realidad.

—Oh, pero si Alex se enterara, sería más el comienzo de la peor pesadilla de mi vida que un cuento de hadas.

Poco menos de setenta y dos horas después de la llamada telefónica con Isabella, estoy de vuelta en el piso de mi amiga y casi parece que haya pasado por aquí un tornado.

Miro a mi alrededor y me quedo aturdida. Los libros de Mariella ya no están esparcidos entre la cocina americana y el salón, las cosas de Alexis ya no están, ni siquiera está su enorme maleta en el dormitorio demasiado pequeño y toda la casa está revuelta.

Como si hubiera pasado un tornado.

El único detalle que me impide pensar que sufro alucinaciones visuales y auditivas desde hace diez meses es una nota en la mesa del salón con mi nombre.

Chloé,
Alex vino a recogerme y estoy de camino a casa.
Aún no sé por cuánto tiempo, ni qué pasará.
Estoy bien y no tienes que preocuparte por mí.
Te llamaré en cuanto llegue a Cisco.
Te quiero,
Mari.

10. CHLOÉ

París, julio de 2022

—Buenos días, señorita Bertrand, tome asiento —me invita el profesor Bourgeois con un cortés gesto de la mano cuando llamo a su puerta.

Anoche recibí un correo electrónico suyo bastante escueto convocándome a una entrevista y la verdad es que no sé qué esperar.

Mantengo la tensión a raya y me acerco a uno de los sillones de cuero que hay frente a su escritorio, suelto un profundo suspiro para calmarme y sólo espero que no sean malas noticias sobre la redacción que entregué la semana pasada.

Estoy segura de que hice un buen trabajo.

—Tendrás que disculparme por la poca antelación, pero estaba encantado de hablarte de una oportunidad que no se presenta todos los días y que podría interesarte —empieza con una sonrisa que me anima un poco.

—No hay problema.

—Verás, se ha abierto la posibilidad de que dos candidatos de nuestro curso cursen uno o dos semestres en Estados Unidos y, por lo que he visto durante el último año, podrías competir fácilmente por la beca de dos semestres.

Estoy segura de que debería decir algo en este momento, pero mi cerebro está fuera de combate. Abro la boca y la vuelvo a cerrar sin gritar de alegría, porque no quiero que el profesor empiece a temer por mi cordura.

Entonces, la sospecha se instala en mi mente.

—¿Qué debo hacer? —pregunto, porque la vida me ha enseñado que nadie te regala nada y todo el mundo tiene un motivo oculto.

¿Quieres algo de mí?

El profesor me dirige una mirada larga y seria y, justo cuando temo haber dicho demasiado, me sonríe.

—Tiene que seguir estudiando como hasta ahora, hacer un pequeño examen de idioma, que estoy segura de que superará brillantemente, y elegir un destino que le convenga. Para *la Universidad de Nueva York*, la beca es de un semestre; para *la Universidad de Washington*, sin embargo, es de dos semestres —hace una pausa para dejar escapar un largo suspiro, y tengo la sensación de que está a punto de presentarme la otra cara de la moneda—. Por desgracia, la beca cubre los gastos de matrícula y la comida en el comedor del campus; tendrás que hacerte cargo del alojamiento y por eso, a regañadientes, los solicitantes desisten muy a menudo.

—Sí —asiento y mi corazón se desinfla un poco ante la perspectiva de no tener ahorros suficientes para vivir seis o doce meses en una de esas metrópolis.

—Nueva York es la ciudad más cara del mundo y Seattle tampoco es ninguna broma. Desde luego, una oportunidad como ésta se presenta una vez en la vida y sería una verdadera lástima desaprovecharla —concluyó el profesor, uniendo las manos frente a él—. Espero de verdad que pueda ir, señorita Bertrand. Avíseme lo antes posible, ¿de acuerdo?

—Por supuesto, profesor. Tengo que pensar en mis posibilidades económicas en este

momento, pero sería un honor para mí poder irme.

—Bien —da una palmada y se levanta.

Supongo que la entrevista ha terminado.

—Pongámonos al día la semana que viene. Intentaré mover algunos hilos en el extranjero para encontrar opciones asequibles de alojamiento en ambas ciudades.

—Muchas gracias —respondo, levantándome a mi vez y estrechando la mano que me tiende —. Hasta pronto.

Salgo de su despacho y me dirijo al aula donde tendré mi primera clase del día, mi mente es un torbellino de pensamientos y reflexiones.

En mi corazón, sé lo que quiero.

Vete.

Descubre un nuevo mundo de oportunidades.

¿Con qué dinero?

Las horas pasan en una niebla borrosa, entablo conversaciones superficiales con algunos compañeros de facultad, hago preparativos para otra fiesta universitaria en la que me emborracharé y perderé el sentido antes de medianoche, pero el único pensamiento en el que puedo concentrarme es irme.

Salir de aquí.

Alejarse del pasado.

Olvídalo todo.

Pero, ¿realmente puedo hacerlo?

Me parece una dificultad insuperable y no sé cómo afrontarla, entonces sonrío, porque conozco a alguien que ha superado obstáculos mucho mayores y lo ha hecho estupendamente.

Saco el teléfono del bolso y llamo a mi amigo.

—Me has leído el pensamiento —respondió Mariella al segundo timbrazo.

—¡Hola, forastera! ¿Qué tal estás? ¿Cómo está mi nieta favorita? —me pongo a hacer preguntas a toda velocidad, porque parece que ha pasado una eternidad desde nuestra última llamada.

Nos las arreglamos para estar al día de la vida del otro, sin embargo, no conseguimos mantenernos en contacto tan a menudo como me gustaría, en parte por la diferencia horaria, en parte por la universidad, que me mantiene muy ocupada.

Pero, sobre todo, porque ahora que está lejos, me parece que nuestras vidas ya no tienen nada en común: yo soy un universitario con una vida incoherente, ella es una mujer casada y una madre que lucha con un recién nacido.

—Digamos que todo va bien. Tu nieta ha ido a visitar a su abuela paterna y pasarán el día juntas. Esta noche, sin embargo, tendrá lugar la gran inauguración del restaurante; así que hay algo de electricidad en la casa.

Yo sabría qué hacer con él, teniendo en cuenta la materia prima que mi amiga tiene en sus manos.

—Estoy convencida de que sabes utilizarlo de forma *interesante*.

Resopla, pero no responde.

No me lo creo, es lo de siempre.

—¿Otra vez?

—Sí.

—Mira, *trésor*, no me puedo creer que tengas a un bombón así dentro de casa, que ese bombón sea tu marido y que aún no te hayas instalado en su regazo. Por el amor de Dios, yo no

le dejaría salir de casa —bromeo sólo en parte.

—No es fácil —responde, y detecto un deje de exasperación en su tono—. Cada vez que tenemos un momento íntimo, enseguida vuelve a poner todas sus barreras y, en los días siguientes, me evita como a la peste.

—Y tú ve a por él justo cuando te esté evitando, mejor aún, no dejes que se refugie en su caparazón para nada. De hecho, haz una cosa: ese puto caparazón, aplástalo directamente.

Se ríe entre dientes, pero cede:

—Lo intentaré.

—No, no lo haremos. Lo harás, y lo harás esta noche. Mira, los hombres son criaturas simples, es inútil que te quedes ahí esperando a que razonen y se den cuenta por sí mismos de que no se puede cambiar el pasado, sólo construir un futuro juntos. ¿Y sabes por qué? Porque su cerebro se enredará y concluirá que todo es demasiado difícil y te evitará, hasta que sus instintos le lleven de nuevo a ti en un *bucle* sin fin.

—Buen análisis. Entonces, ¿qué hago?

—Lo coges y lo pones frente a una elección. Contigo, o sin ti, de una vez por todas.

—Mierda —murmura pensativa—. Entonces, ¿debería seducirlo?

—Como he dicho, los hombres son criaturas simples —insisto, absolutamente convencido de mi tesis.

La única forma de comunicarse con los hombres es a través del sexo, que te permite convencerles de que lo vean a tu manera, de que piensen como tú, de que hagan lo que tú quieres que hagan.

Para darte lo *que* necesitas.

—Bien, pero que sepas que si el plan resulta un fracaso, sólo vendré a París a patearte el culo.

Esto es todo, todo lo que tengo que hacer es cruzar los dedos.

—Bueno, en ese sentido, puede que no sea necesario —respondo, aclarándome la garganta, repentinamente insegura. *¿Y si no quiere que me entrometa en su mundo?*—. En tercero, existe la posibilidad de estudiar uno o dos semestres en el extranjero y... —No puedo terminar porque Mariella me interrumpe con un gritito alegre.

—Avísame cuando llegues —me dice y respiro aliviada.

Dios, cómo odio mi perpetua inseguridad.

—Todavía no hay nada seguro, tengo que mantener una media muy alta y aprobar el examen. Y luego, las universidades asociadas son *la Universidad de Washington* y *la NYU* —explico, recordando mi conversación con el profesor Bourgeois.

—Estoy segura de que lo conseguirás. Para cualquier cosa, cuenta conmigo, ya lo sabes.

Sonrío aunque él no puede verme.

Necesitaba este apoyo, alguien que creyera en mí.

—Te quiero, amiga. Y no abandones tus estudios, puedes hacerlo. Seguro que ninguna universidad de California rechazaría tu solicitud con las notas que tienes, sólo tienes que mantener tu nota media hasta el final del primer semestre. Cuenta conmigo para lo que sea, y mantenme informada de lo que decidas hacer.

—Ah, la verdad es que no lo sé. Tendré que hablarlo con Alex, las cosas funcionan de otra manera aquí en la ciudad.

Contengo una mueca, aún maravillada por lo extraño de su familia.

No es que la mía sea mucho mejor.

—Si es tu sueño, no te rindas. Aquí has conseguido mantener tu media alta, estudiando y haciendo exámenes mientras llevas tu embarazo. Estoy segura de que podrás alcanzar todas las

metas que te propongas —insisto.

—Gracias, yo también te quiero.

Echo un vistazo rápido al reloj y me doy cuenta de que corro el riesgo de llegar tarde a la última clase del día.

—Vaya, tengo que volver, tengo una clase que empieza en 15 minutos.

—Adelante, nos pondremos al día pronto.

Vuelvo a guardar el teléfono en el bolsillo y me apresuro hacia el aula, cuando llego estoy sin aliento, pero mi corazón también late con adrenalina ante la mera idea de partir hacia Estados Unidos.

***

Entro en casa de Jean unas horas más tarde y la fiesta ya está en pleno apogeo.

La música es ensordecedora, el pasillo está invadido por el humo de las cañas y los cigarrillos, y sonrío a un par de caras conocidas mientras me dirijo a la cocina para coger una cerveza fría.

—Hola, cariño, ¿te apetece un chupito? —me pregunta el anfitrión, dándome un beso en la mejilla.

—Hola, Jean, prepárame dos, tengo algo de tensión que aliviar esta noche —respondo, abriendo la botella de cristal con los dientes.

—Será divertido entonces. Aquí tienes, nos vemos.

Hago las dos tomas en un tiempo récord y me dirijo de nuevo a la sala principal, donde varias personas están bailando, pero muchas otras se arrastran por rincones apartados.

—Hola, Chloé, ¿cómo estás? —me pregunta una chica a la que se supone que conozco, pero cuyo nombre no recuerdo.

—Oye, estoy bien, gracias, ¿y tú? Gran fiesta, ¿eh?

—Sí, también le he echado el ojo a un par de tíos, por si te apetece pasar un buen rato —responde, guiñándome un ojo cómplice.

Una chica decente se indignaría ante su insinuación, una chica decente se reiría en su cara ante esa propuesta sórdida, una chica decente giraría sobre sus talones y se marcharía sin mirar atrás.

Pero yo soy Chloé Bertrand, y no hay un solo gramo de mi cuerpo que siga siendo para siempre.

—Por supuesto que estoy dispuesta a pasarlo bien, cariño —le respondo con una sonrisita seductora, acercándome a los tipos que me indica.

Los saludo y me pongo a bailar con el más guapo de los dos: físico deportivo, un poco más alto que yo, ojos de un color indescifrable debido a las luces de colores de la sala, sonriente y bastante achispado.

Perfecto para esta noche.

—Oye, ¿alguien te ha dicho alguna vez que eres guapa? —me guiña un ojo.

Hmm, pero ¿por qué nunca se renuevan las líneas de embarque?

—¿Hablas en serio? —respondo, parpadeando y fingiendo inocencia.

—Oh, sí, chica, lo eres. Eres la más guapa de la fiesta —se regodea—. Soy Maurice, estudio Derecho y el que se restriega con tu amiga es mi compañero de piso, Pierre.

—Encantado de conocerte. ¿Cuándo vas a empezar a imitar a tu compañero de cuarto, Maurice?

Abre ligeramente los ojos, asombrado por mi franqueza, pero inmediatamente después se enciende una luz traviesa en su mirada y alarga una mano para apretarme la cintura.

—¿Qué tal ahora, preciosa?

—Digo que tengo las llaves de una habitación libre arriba, y nunca me gustó esperar.

Le cojo de la mano, hago un breve gesto con la cabeza a la chica cuyo nombre no recuerdo y arrastro a Maurice escaleras arriba hasta la habitación que Jean me deja usar durante las fiestas en su casa.

Abro la puerta, dejo las luces apagadas, porque las de la calle de abajo son más que suficientes, y empiezo a desnudarme incluso antes de que él cierre la puerta.

—Guau, preciosa, eres realmente explosiva —dice con una voz áspera que quiere sonar sexy, pero que a mí me parece ridícula.

—Por favor, Maurice, menos charla y más acción.

Dejo la chaqueta en el respaldo de una silla, me subo el vestido deslizándolo por la cabeza y me giro hacia él.

Jadea, pero no temo que pueda verme, las luces están muy bajas.

—Hermoso.

Ignoro el enésimo cumplido y me quito el sujetador yendo hacia él.

—Estamos aquí porque somos dos adultos que quieren divertirse. No voy a intercambiar cumplidos sin sentido, así que no pierdas el tiempo haciéndome cumplidos en los que no creo. Sólo fóllame, ¿estamos de acuerdo? —concluyo, quitándome las bragas.

—Joder, sí, belleza.

Me abalanzo sobre él con la firme intención de olvidarme de mí misma durante las próximas dos horas.

11. ROMEO

San Francisco, julio de 2022

Llego al restaurante a la hora indicada en la invitación y me siento dentro entre las miradas apreciativas de las mujeres y las temerosas de los hombres.

Cuando llego a nuestra mesa, la tensión que se palpa me sube por la piel hasta el cuello y mis sentidos se acercan a un estado de alerta.

Cruzo la mirada sarcástica de Leonardo hacia mí y se la devuelvo con una mirada que espero le haga perder las ganas de hacer bromas sobre mi soledad.

En un evento así, un Jefe debería venir acompañado, pero yo no puedo hacerlo, porque el compromiso con Rose sigue en pie, aunque nadie de los presentes lo sepa.

Soy un mal amigo.

Le toca al no tan nuevo jefe de San Francisco, mi querido amigo Frank, hacer los honores cuando nos sentamos.

—Me gustaría renovar mi agradecimiento a Don Mario y Don Romeo por estar aquí esta noche. Este es un hito importante en el crecimiento y la evolución de nuestra organización y nos complace poder compartirlo con ustedes, nuestros aliados de siempre. Frank ha sucedido a su padre con gran acierto y lleva algo menos de dos años dirigiendo la organización con gran éxito. Ante todo, tengo que dar las gracias a Alex, mi Segundo, pero sobre todo mi mejor amigo: este proyecto es tuyo, en todos los aspectos que importan, y no podría estar más orgulloso del esfuerzo que has invertido para llevarlo a buen puerto —concluye, dándole una palmadita en la espalda.

Felicito a Alex con un gesto de la barbilla, y entonces el Tesorero interviene en un tono que no estoy del todo seguro de que me guste.

—Confiamos en que será una inversión acertada y que aportará nuevo lustre a la organización.

—En serio, todo es precioso. Ahora, ¿podemos empezar a beber? —se ríe Leonardo, levantando su copa.

Para él, todo es un juego.

Hacemos un brindis, pero Don Ciro vuelve a intervenir:

—Hablando de proyectos exitosos, Isabella, sé que te va muy bien en la universidad, y me gustaría darte mi más sincera enhorabuena.

Me abstengo de arquear una ceja, pero mis sentidos se agudizan, porque en sus cumplidos no detecto ni un atisbo de sinceridad, ni mucho menos.

Cruzo un momento la mirada con Leonardo y sacudo imperceptiblemente la cabeza para decirle que no haga bromas en este momento tan delicado.

Isabel, como la verdadera reina que es, responde con una sonrisa diplomática.

—Muchas gracias, don Ciro. No voy a ocultar que fue agotador compaginar el embarazo con los estudios, pero no faltaron las satisfacciones. Ahora he decidido tomarme un semestre sabático para centrarme en el bebé, luego ya veremos.

El Tesorero sonríe y yo aprieto la mandíbula, preparándome para el inevitable enfrentamiento que se avecina.

—Me parece un buen plan —comenta y luego mira a Mariella.

Percibo la tensión que irradia Alex, sentado a mi lado, y todos mis músculos se tensan, dispuestos a contenerle de un asesinato cada vez más probable.

—¿Y tú, Mariella? Espero que te hayas retirado de la Universidad de París.

—En realidad, todavía no, pero estoy siguiendo un programa personalizado con cursos en línea para no perder el año. Aún estoy meditando qué hacer y....

—Quizá necesitarías una orientación más firme —la interrumpe con pesar.

Alex aprieta los puños, yo doblo la servilleta y la dejo sobre la mesa.

—No entiendo lo que quiere decir, don Ciro —responde Mariella, mostrando algo de esa columna vertebral que le ha crecido.

Bueno, eres una chica joven y tus elecciones no siempre te han llevado por el buen camino —insiste impertinente el Tesorero.

—Me refiero a París, por supuesto —se apresura a aclarar, quizá dándose cuenta de las miradas ardientes que le dirigen los hombres de la mesa.

—Por supuesto —repite Alex, pero por la tensión que destila, estoy segura de que se está conteniendo para no ahogarse delante de todos.

—Estoy exactamente donde quiero estar, gracias por su preocupación, don Ciro, pero no necesito que nadie me guíe. Ya soy adulta y puedo tomar mis propias decisiones. De hecho, no me arrepiento de ninguna de las decisiones que he tomado en mi vida —replica Mariella, probablemente inconsciente del inminente desastre.

Un momento después, Alex se levanta y gruñe:

—Disculpe.

Cuando se aleja, la calma desciende sobre mí y me doy cuenta de que mi cuerpo se está preparando para un enfrentamiento físico.

Es una reacción natural cuando alguien amenaza a las personas que desempeñan un papel importante en mi vida, y Alex, Frank y Leonardo son prácticamente mi familia.

—Discúlpame. Necesito un poco de aire.

Mariella también se levanta y, sin encontrar la mirada de ninguno de nosotros, camina hacia la terraza con la espalda rígida.

—Me pondré al día con mi hermana —dice Isabella glacial, intercambiando una mirada cómplice con su marido, antes de alejarse.

En la mesa quedamos cinco y desvío la mirada hacia el Tesorero, mostrándole un atisbo del monstruo que hay bajo mi máscara.

—No aprecio las faltas de respeto, ni soy aficionado al sarcasmo, don Ciro —dice Frank lentamente, y cuando el Tesorero intenta replicar, le interrumpe con un seco gesto de la mano—. Cuando mi Segundo vuelva a esta mesa, espero sus más sinceras disculpas. Y asegúrese de que sean escuchadas o tendremos un problema. Y usted sabe muy bien lo que yo hago con mis problemas —concluye, levantándose para ir a buscar a Alex.

—No entiendo por qué se malinterpretaron mis palabras —se atreve a balbucear el Tesorero.

No permitiré que juegue la carta de los tontos.

—Porque, don Ciro, lo hiciste así con el propósito de infundir dudas y disensiones en una pareja que aún tiene algunas asperezas que limar —le dirijo otra larga mirada—. Pero quiero decirte que en esta organización, y especialmente en esta mesa, hay dinámicas más profundas, y que nos cubrimos las espaldas mutuamente. Tenlo en cuenta la próxima vez que quieras ser un imbécil.

Me levanto tragándome la amarga sensación de la bronca y notando por el rabillo del ojo que

Leonardo hace lo mismo, me apresuro en dirección a los lavabos y, al entrar, la voz de Frank suena cristalina.

—Eres un hombre inteligente, de éxito y con dinero. Tienes amigos que te quieren y siempre te apoyarán. Tienes una mujer que te quiere y te ha dado una niña preciosa y sana. Podrías tener una familia maravillosa y feliz, sólo tienes que aceptarlo. Y tú te sientas aquí, en un puto retrete, dándole vueltas a la mierda que hizo tu padre en un pasado que *no* es de nuestra incumbencia. A quién coño le importa, digo yo. Yo sé quién eres, la gente que te quiere sabe quién eres. De los demás, a ti debería importarte una mierda. En cambio, sigues aquí. *Ergo*, eres un imbécil. ¡Amor, eh!

—Estoy de acuerdo —empiezo, entrando con una sonrisa.

—*Joder*, si hubiera sabido que la fiesta se había trasladado al baño, habría traído tequila —dice Leo en su lugar, conquistado por el estilo del entorno—. Por cierto, bonitos aseos —comenta, ganándose una mala mirada de mi parte por otro uso innecesario de palabras malsonantes.

Yo también lo utilizo, por no decir lo contrario, pero en contadas ocasiones y bien mirado, porque abusar de él me irrita.

—Creo que acabo de tener una revelación —dice Alex, devolviéndome al momento—. *Realmente* soy un imbécil. Necesito hablar con Ella ahora mismo.

Leo se ríe entre dientes.

—Yo glosaría el lugar de la revelación —sugiere, dejando escapar una risita irreprimiblemente divertida de Frank y mía.

Sin embargo, un momento antes de que Alex llegue a la entrada, salimos despedidos hacia atrás y yo gruño un improperio entre dientes.

Sí, tengo muy buena motivación y no es frecuente que estalle una bomba en mis inmediaciones.

Mi mirada se dirige hacia mis amigos y, cuando me doy cuenta de que todos están bien, me tomo un momento para ver si he sufrido algún daño.

Unos segundos después, me acerco a Leo y le tiendo una mano para ayudarle a levantarse, luego corro hacia la puerta con mi amigo siguiéndome de cerca.

—¿Qué coño ha sido eso? —me pregunta a mis espaldas.

Me gustaría mucho saberlo.

—A algunos les gusta jugar con fuego —replico con la mandíbula apretada y la ira a punto de estallar. *Mantengo la calma y razono—.* Vamos a ver cómo están los demás.

Pasan unos segundos antes de que pregunte:

—¿Crees que ha sido el cártel?

—Pocos tendrían la misma audacia —respondo, sacudiendo la cabeza.

En la sala reina el caos, entre un pequeño incendio en un rincón y heridos que se quejan.

Señalo la parte central de la sala, donde estaba nuestra mesa, y tardo un segundo en procesar lo que estoy viendo.

El artefacto explotó en sus inmediaciones y, dada la presencia de todos los Jefes de la Costa Oeste, se trata de un auténtico mensaje de guerra.

Ahora mismo, sin embargo, lo que más me preocupa es la presencia de Bob, el fiel guardaespaldas del padre de Leonardo. Si está ahí, inclinado sobre alguien que no se mueve, sólo significa una cosa.

—Joder —murmuro reflexionando sobre las implicaciones de lo ocurrido, luego desvío la mirada hacia Leonardo y una parte de mi cerebro no puede evitar preguntarse si estoy viendo al

nuevo Jefe de Los Ángeles.

—Dios mío, no respira —dice alguien.

—¿Sientes el pulso? —pregunta una mujer.

—¡Ya no respira! —Reconozco la voz de Bob y cierro los ojos un momento.

Tendremos que ser fuertes por Leo.

—¡Qué tragedia! —dice un tipo que no conozco.

—Está muerta —dice otro hombre.

—Otra tragedia para la familia del Jefe —murmura una mujer, acercándose a la mesa.

Desplazo mi mirada de Leo a Frank, y ante sus expresiones y sus pérdidas, juro por mi honor que el Cártel de Ramírez, tarde o temprano, será exterminado junto con todos sus aliados.

12. ROMEO

Seattle, diciembre de 2022

Es casi de noche, el viento azota la ciudad y la lluvia golpea con fuerza las ventanas del suelo al techo de mi casa, donde la temperatura está fijada en veintidós grados para ser agradable, pero no excesiva.

Compruebo que el cuello de la camisa está en orden, me abrocho los gemelos en los puños, miro el reloj y estoy a punto de marcharme cuando suena el teléfono.

Pongo los ojos en blanco al ver el número de la persona que llama.

Quién sabe lo que habrá hecho ahora.

—Fuente —respondo.

—Hola, Romy, ¿qué tal? —saludó Leonardo al otro lado de la línea.

¿Romy?

¿Cómo se atreve a dirigirse a mí de esa manera tan mortificante?

—Amigo, ¿estás ahí?

—Ese tonto apodo me molesta —respondo en un tono incoloro.

Incluso se atreve a reírse.

—Bueno, ¿prefiere que le llame Sr. Fontana?

—Mucho mejor, de hecho. Ahora, ¿podemos ir al grano? Aquí, alguien tiene que trabajar.

—Dijo el hombre que ganó decenas de miles de dólares sólo por respirar.

—Sesenta y dos mil dólares la hora, pero no dudo de que aún se puede mejorar.

De hecho, me he fijado en una nueva criptomoneda con perspectivas interesantes, por no hablar de la inversión inmobiliaria que me gustaría hacer en Canadá...

—Eres jodidamente surrealista.

Resoplo entre dientes y vuelvo a centrarme en la conversación.

—No hay necesidad de jurar. ¿Cuál es el motivo de la llamada?

—Tengo que localizar a alguien.

—¿Quién es? —respondo en el mismo tono impasible.

—En realidad, estoy bastante seguro de que me dio un nombre falso, pero incluso con su foto, Mark y sus chicos no pudieron encontrar nada sobre ella.

—Ya le he dicho que a sus chicos les vendría bien un cursillo de repaso, pero usted no quiere saberlo, *jefe* —acentúo la última palabra para hacerle entender que debe comportarse como el hombre que ostenta ese cargo, pero no acepta mi burla.

Bueno, ya hablaremos de ello. Ahora me gustaría mucho encontrarlo —insiste, y si yo fuera otra persona, sentiría mucha curiosidad.

Nadie mantiene la atención de Leo durante mucho tiempo, es como un niño que está constantemente descubriendo cosas nuevas y olvidando las que ya conoce.

—¿Por qué la buscas? —pregunto.

Silencio.

Suspiro porque, en serio, este tipo siempre me provoca unas migrañas fantásticas.

—¿De verdad me estás llamando por la línea segura por una chica por la que has desarrollado

un interés?

—¿Te oyes cuando hablas? Pareces sacado de una novela del siglo pasado —replica, y yo arqueo una ceja aunque él no pueda verme.

Este comportamiento infantil le traerá problemas tarde o temprano.

Aunque no mientras yo esté por aquí.

Tengo que ocuparme de esto porque, si se lo dejara a él, quién sabe qué lío montaría. Al menos, podré asegurarme de que la chica de la que se ha enamorado no sea una trepa social.

—Bien —resoplo—. Envíame lo que tengas y tendrás tu información en veinticuatro horas.

Cuelgo sin despedirme, porque llego muy tarde.

Menos de una hora después, estoy en la pequeña sala privada que he habilitado junto a mi despacho y miro atentamente a la persona que tengo delante.

—¿Tiene alguna pregunta?

—Ninguna, señor.

—¿Está absolutamente segura de que entiende todas las reglas del acuerdo que va a firmar? —insisto, escrutando cada matiz de la expresión de la mujer sentada frente a mí.

Ella asiente, pone el bolígrafo sobre el papel, pero yo necesito un consentimiento explícito.

—Necesito tu voz —insisto.

—Sí, señor, todo está claro para mí.

—Bueno, entonces supongo que podemos empezar. Por favor, firme y luego tome asiento.

Hace lo que le digo, se levanta y se acerca provocativamente a la cama que he colocado en medio de la habitación.

Puedo hacerlo.

Soy Romeo Fontana, el Jefe de Seattle, nada me asusta.

Y ha pasado demasiado tiempo desde la última vez.

Me centro en el objetivo de la velada y desvío la mirada cuando empieza a desnudarse.

—Puedes mirar, cariño, no soy tímida —dice con voz sensual.

Lástima que sólo quiera escapar de aquí y refugiarme en números y proyectos de desarrollo.

—Por lo que te pago, puedo mirar y hacer mucho más —replico con dureza—. Y ahora, date prisa, que el tiempo es oro.

Le doy la espalda, cierro los ojos y ordeno a mi cuerpo que se concentre en el momento, que no piense en otra cosa que no sea el coito.

Me deshago de mi ropa, doblándola meticulosamente y colocándola sobre una silla vacía, bajo la mirada hacia mi erección, me pongo un preservativo y vuelvo hacia la mujer tendida en la cama con las piernas abiertas de par en par.

—Eres realmente atractiva, cariño, ¡y qué maravilla tienes entre las piernas!.

—¿Regla número dos? —le pregunto arqueando una ceja y acercándome al borde de la cama.

—Oh, silencio absoluto —respondió, dándose cuenta de su error.

—Exactamente. Así que, cállate.

Me introduzco en ella de un solo empujón, evitando demasiados puntos de contacto entre nuestros cuerpos.

Entonces, empiezo a bombear dentro y fuera como si el diablo me pisara los talones.

No busco su mirada, no busco ninguna conexión emocional, sólo busco una mera liberación física.

Cuanto antes acabe esta tortura, antes podré volver a mis obligaciones con un nivel de concentración restablecido.

***

Tras una larga ducha caliente, estoy de nuevo frente al ordenador, en mi despacho de la última planta de la Torre Fontana, una monstruosidad arquitectónica profusamente financiada por anteriores generaciones de mi familia.

Desde aquí, gracias a los grandes ventanales, disfruto de una impresionante panorámica: la Space Needle iluminada y, a lo lejos, la silueta algo fascinante y algo espeluznante del monte Rainier, un volcán inactivo considerado uno de los dieciséis volcanes más peligrosos del mundo.

Me encanta Seattle y, a pesar de las gélidas temperaturas que experimenta durante el invierno, no cambiaría mi ciudad por nada del mundo.

Una notificación de la pantalla del ordenador capta mi atención y espero que mi software haya encontrado algo interesante.

Llevo horas buscando información sobre la Leila fantasma, pero el programa de reconocimiento facial que he desarrollado ha sido un rotundo fracaso, al igual que las demás investigaciones que he llevado a cabo hasta el momento.

¿Podría ser federal?

Nuestra organización siempre ha estado vigilada por las autoridades y, a lo largo de los años, hemos tenido que esforzarnos cada vez más para que no nos pillaran.

—¿Quién eres, Leila? —murmuro a la pantalla iluminada que está descargando y cruzando datos.

Normalmente, no me lleva más de cinco minutos conocer cada pequeño detalle de la vida de alguien, pero esta chica está ocultando algo.

Sólo tengo que averiguar qué.

Abro el archivo descargado de la *deep web* y al no encontrar nada interesante, descarto la hipótesis del agente federal.

—¿Un testigo bajo protección? —especulo en voz alta, mientras pongo en marcha un programa en el que he estado trabajando durante los últimos meses y que representa mi último recurso.

—Si no tienes presente, al menos debes tener pasado, ¿no?

Suspiro con frustración y me levanto para prepararme un espresso italiano en la máquina que tengo en el despacho.

Mi mirada se desvía de nuevo hacia la impresionante vista, pero una vocecita en mi cerebro me dice que algo no va bien con esta chica y que debo resolver el enigma lo antes posible.

¿Y si es peligroso?

Saco el teléfono del bolsillo y llamo a mi segundo.

—¿Sí, jefe? —respondió Samuel al primer timbrazo.

—Puede que tenga que ir a Los Ángeles, tener el jet listo.

—¿Cuándo está prevista la salida? ¿Y cuántos hombres serán necesarios para la seguridad? —quiere saber como buen obseso del control.

—Un hombre, sólo para que puedas dormir a pierna suelta, y puede que tenga que irme en un par de horas.

—Me pongo a ello, jefe —responde y cierra la llamada.

Miro el teléfono, ya no debería sorprenderme, pero Samuel es el único que se atreve a cerrarme el teléfono en las narices.

Terminado el café, vuelvo a mi mesa y me masajeo las sienes dispuesto a poner a trabajar el programa que analizará millones de fotos, películas, recortes de periódicos introducidos en una base de datos virtual hasta cruzar los rasgos de la Leila de hoy con una Leila más joven o incluso infantil.

Si eso tampoco funciona, recogeré e interrogaré a la chica yo mismo.

Introduzco los datos, cambio algunos ajustes y espero.

Entonces, vuelvo a esperar.

No sé cuánto tiempo ha pasado cuando el ordenador informa de un partido casi completo, pero cuando leo los resultados y hago las conexiones pertinentes, me doy cuenta de que no hay ni un minuto que perder.

Unas horas más tarde, paso por delante de la entrada de *Waves* sin que nadie me detenga, llego a la puerta del despacho y, al empujarla, encuentro a Mark enfrascado en escribir quién sabe qué en unos papeles.

Susurra y ladra un improperio, pero cuando levanta la vista y se encuentra con la mía, aprieta los labios y relaja las facciones.

Se levanta de un salto y me saluda con una respetuosa inclinación de cabeza.

—Buenas noches, Jefe Fontana.

—¿Dónde está el jefe ruso? —respondo bruscamente, pues no tengo tiempo para cumplidos.

—Está ocupado en este momento y tengo órdenes de no molestar.

Imagina en qué podría estar metido.

—Tengo información crucial que compartir con él, no puedo esperar —replico tajante.

Veo que Mark traga saliva, indeciso entre desobedecer las órdenes de su primo o las mías.

—Si quieres un trago mientras esperas, puedo conseguirte un…

—No quiero beber nada, quiero hablar con el jefe Russo cuanto antes. Que quede claro: es cuestión de vida o muerte, se trata de Ramírez.

La mirada de Mark se ilumina y asiente brevemente antes de salir casi corriendo de la habitación.

—Iré a llamarle ahora mismo.

Unos minutos más tarde, Leo abrió la puerta de golpe y, con su habitual calma, empezó:

—¡Hostia puta! ¿Qué coño haces aquí, hombre?

Me abstengo de poner los ojos en blanco y permanezco impasible.

—Dos improperios en menos de diez palabras, su promedio se vuelve preocupante, Jefe.

—Suenas como un *viejo* —resopla.

—Se comporta como un niño, *jefe* —le respondo.

—Mil ochocientos treinta.

Arqueo una ceja esperando a que se explique mejor.

—Son los kilómetros que separan Seattle de Los Ángeles. En coche, tardas casi dieciocho horas en llegar de un punto al otro y eso es todo un viaje. Y estoy bastante seguro de que no necesitabas venir hasta aquí para ir de fiesta, emborracharte o echar un polvo. Entonces, ¿por qué estás aquí? —pregunta.

—Cogí el jet después de cenar, tardé menos de tres horas en llegar. Ni siquiera necesito salir de casa para escuchar música, beber alcohol o copular —digo sin distraerme con sus tonterías.

Estoy aquí por una razón y quiero ir al grano rápidamente.

—Pero estoy aquí por nuestra llamada telefónica de ayer: la información que reuní es crucial y me pareció más seguro compartirla en persona.

Mis palabras dan en el blanco y, por el brillo de los ojos de Leonardo, me doy cuenta de que tengo toda su atención.

—Un momento. Mark dijo que era Ramírez. ¿Me está mintiendo? —murmura entre dientes apretados.

—No, pero necesito saber dónde está esta Leila ahora. ¿Hiciste que la siguieran? ¿Le pusiste a

alguien encima? ¿Cómo te enganchó la noche que os conocisteis? —Disparo preguntas una tras otra, consumido por la necesidad de saber cómo esta chica quiere infiltrarse en nuestras vidas.

—¿Por qué tanto interés por él? —pregunta con cierto resentimiento en la voz—. ¿Viste su foto y ese músculo de tu pecho tuvo un tic? O lo tenías en los pantalones el tic, ¿eh?

—Me parece ofensivo que siquiera insinúes eso —la acusación me hace hervir la sangre, pero por fuera mi expresión permanece inalterable, aunque no puedo evitar enarcar una ceja—. Esa chica tiene más de diez años menos que yo, eso la convierte en una niña. El día que me gusten las niñas pequeñas será el día en que podrás arrancarme las pelotas y arrojarlas al Océano, hombre.

—Amén.

Junta las manos delante de él y tengo que contenerme para no darle una patada en la espinilla desde debajo del escritorio.

¿De verdad crees que podría sentirme atraído por una niña?

Ni siquiera me atraen las mujeres maduras, ¿cómo podría una jovencita provocar alguna reacción en mí?

Espero a que me proporcione la información que le pedí, pero cuando se hace evidente que su mutismo persistirá, suspiro profundamente, sacudiendo la cabeza.

—Cuando me enviaste la foto de la chica, inicié el proceso rutinario de reconocimiento facial, pero no salió nada. Entonces, pensé que se trataba de algún federal encubierto, pero a pesar de buscar en la *deep web*, no saqué ni una araña del agujero. En ese momento, me di cuenta de que alguien, si no la propia chica, había hecho todo lo posible para que fuera imposible rastrearla. Pero, ¿por qué?

—Apuesto a que me lo vas a decir.

Lo haré mejor, se lo demostraré directamente.

Saco la foto del bolsillo interior de mi chaqueta y la coloco sobre el escritorio de madera maciza que hay entre nosotros, luego la empujo hacia él para que pueda verla con claridad.

Leo baja la mirada, pero su expresión es confusa.

—Um, esto es *literalmente* un niño. Leila dice que tiene veintidós años, aunque yo creo que es más joven, pero este no tendrá más de once —concluye señalando la foto con un dedo.

—Trece para ser exactos —le corrijo, ganándome una mirada ligeramente desconcertada.

—Ya no te sigo.

—He realizado un procedimiento especial de rejuvenecimiento de sus rasgos con el apoyo de una inteligencia artificial en la que llevo trabajando unos meses y la coincidencia es del noventa y siete por ciento. Es *ella* —digo, cogiendo la otra foto que tengo en el mismo bolsillo y colocándola junto a ella.

Mira a la chica y luego me mira a mí, encogiéndose de hombros.

—¿Y? —pregunta, incapaz de establecer la conexión porque carece de la información crucial.

—Así que... empiezo, extendiendo la mano por el escritorio para enseñarle la otra mitad del papel —esta niña es Ángela Ramírez, la única hija del jefe Ramírez.

En la mirada de mi mejor amigo todo pasa en el espacio de un segundo, luego se pone en pie de un salto y sale corriendo por la puerta.

—¿Adónde vas, Leo? Tenemos que discutir cómo afrontar esto, idear una trampa para que confiese y... digo siguiéndole, pero dejo que mi voz se apague, porque no está escuchando ni una sola palabra.

¿A qué se debe una reacción tan apasionada?

Justo cuando me hago esta pregunta, me doy cuenta de que la señorita Ramírez puede haber

encantado a mi amigo, que ahora se da la vuelta y casi se abalanza sobre mí con expresión asesina.

—Tu reacción...

—Cállate de una puta vez. Cállate —me interrumpe bruscamente antes de pasar a mi lado y dirigirse a su despacho.

Con cualquier otra persona, semejante afrenta a mi persona se castigaría con la muerte, pero percibo la ira de Leo, su frustración, su decepción por encima de todo, y decido quedarme a ver cómo se desarrollan los acontecimientos.

Me limito a seguirle cuando entra en su despacho después de ladrarle órdenes a Mark, le veo pasearse de un lado a otro emanando ira y decepción, luego cojo el teléfono y empiezo a hacer mi magia.

Abro varias páginas web y una aplicación de búsqueda que me permite cruzar los datos.

—¿Qué coño estás haciendo? —ladra.

Es mi mejor amigo, pero necesita calmarse.

Ladeo la cabeza sin responderle, le dirijo una mirada que no oculta el monstruo que hay bajo mi máscara y eso le calma de repente, le hace respirar hondo antes de preguntar en un tono muy distinto:

—¿Qué haces?

Bravo, amigo mío, pienso, limitándome a doblar la comisura de los labios.

—He hackeado la base de datos de la policía de Los Ángeles para encontrar información sobre Leila, pero hay muy poca. Un número de teléfono y un lugar de trabajo, ningún contrato de alquiler ni matrícula del coche, y ahora estoy haciendo otra comprobación.

—¿Qué tipo de control? —pregunta con curiosidad.

—Su empleador tiene un contrato de alquiler desde hace más de seis años en lo que resulta ser su residencia, pero desde hace unos meses ha firmado un nuevo contrato transitorio. Apuesto a que esa es la dirección de Angela —digo con sorna.

—Entonces, ¿a qué esperamos? —exclama, saliendo furioso, y yo le sigo de cerca hasta su coche.

Se levanta de un salto y empieza a conducir como un loco, aprovecho para observar la forma en que la ira distorsiona sus facciones, dispara su mirada, hace que sus movimientos sean bruscos, y yo no estoy acostumbrado a eso.

De los cuatro, Leonardo es el que siempre está alegre, el que consigue ver el vaso medio lleno incluso cuando el mundo va hacia atrás, pero desde que mataron a su padre y el papel de Jefe se le ha metido entre ceja y ceja, su control de las emociones es cada vez más tenue.

—¿Qué vas a hacer cuando la encontremos?

No lo veo lastimando a una chica, y no podría lastimarla aunque quisiera.

—¿Qué crees que le voy a hacer? Lo que se merece un Ramírez.

Comprendo su enfado, pero no necesita que le recuerde las normas, *jefe* —replico apretando los dientes.

—¿De verdad quieres hablarme de las putas normas? Esos imbécil mataron a mi padre —replica con la mirada.

—Intenta no precipitarte. No estamos al corriente de la implicación de la chica en todo esto— Intento razonar con él, en vano.

—Es un Ramírez, eso es suficiente para mí.

Cuando llega a la dirección que le he dado, se baja del coche como un loco y yo le observo con un parpadeo de curiosidad, preguntándome hasta dónde habrá llegado con Angela.

Mientras le sigo, reflexiono sobre la personalidad de Leo, el más sociable entre nosotros, el que siempre encuentra un motivo para sacar una carcajada a todo el mundo a pesar de las dificultades.

Verle así me desconcierta, lo reconozco, porque no sólo está enfadado, no sólo está furioso, está *herido*.

Abre la puerta de par en par pero, en este momento vulnerable suyo, prefiero quedarme fuera hasta que empiece a ladrar órdenes a sus hombres.

—Mark, llama a nuestros contactos en la frontera: nadie sale de California sin que yo lo sepa —ordena mientras marcha hacia el exterior emitiendo ira y frustración, con su Segundo siguiéndole de cerca.

—Leo... Intento razonar con él, en vano.

Tengo la sensación de que esta chica nos lo hará pasar mal.

13. CHLOÉ

París, febrero de 2023

Esta mañana se respira en el aire la tensión característica que llena los pasillos de la facultad cada vez que hay un examen especialmente complicado.

Por todas partes, los estudiantes repasan frenéticamente, algunos susurran fragmentos de obras literarias, otros repasan los subrayados de los libros de texto.

Llevo al menos una hora sentada en uno de los bancos fuera del aula, porque he dormido poco con un nudo en el estómago de ansiedad y nerviosismo.

—Entonces, ¿estás lista? —La voz de Manon me hace dar un grito ahogado y giro la cabeza para encontrarme con su cara relajada y ligeramente despeinada por el viaje.

He pasado las últimas semanas inmersa en los libros, estudiando y repasando la montaña de apuntes que tenía y participando en grupos de estudio hasta altas horas de la noche.

—Soy supersticiosa, ¿sabe? —murmuro a medias, volviendo a revisar mis notas por millonésima vez—. Estoy preparada, no digo que no lo esté, pero podría hacerme una pregunta meticulosa o podría entrar en pánico, y arruinarlo todo.

Suspiro un poco frustrada, mirando a mi nuevo compañero de estudio.

No hago amigos fácilmente, pero hay algo en Manon que me recuerda mucho a Mariella y la verdad es que echo mucho de menos a mi amiga americana, a pesar de las frecuentes llamadas y los muchos mensajes que intercambiamos a diario.

—Oye, tienes que tomártelo con calma —intenta consolarme, poniéndome una mano en el hombro—. Todo irá bien y, con la media que tienes, ganar esa beca será pan comido.

Y esa es la razón por la que he estado trabajando tanto en mis estudios en el último periodo, la beca que me permitirá estudiar durante un año en la Universidad de Washington, que me permitirá viajar, alejarme más de donde vengo.

Lo conseguiré, me exhorto mentalmente, sin dejar de releer los mapas conceptuales que preparé para el examen.

—Quiero ganarlo —confieso de pronto a media voz, sin avergonzarme siquiera de mi deseo —. Quiero tener la oportunidad de conocer un mundo que parece tan lejano al mío.

Manon me agarra lentamente por el hombro y noto que sonríe.

—No tengo ninguna duda de que lo conseguirás. Desde que te conozco, te he visto no hacer otra cosa que estudiar para aprobar brillantemente examen tras examen... —hace una pausa, adoptando una expresión pensativa—. Entre fiesta y fiesta, claro —concluye arqueando una ceja.

Me eché a reír porque sé exactamente a lo que se refiere y la pobre chica ha sido arrastrada a más fiestas de las que realmente disfrutaba.

—Me parece justo —respondo en cuanto recupero el aliento—. La vida es corta y quiero disfrutarla al máximo.

Lo que no le digo es que pasármelo bien es la única herramienta que conozco para mantenerme a flote y no ahogarme en la sensación de vergüenza que siento cada vez que estoy a solas conmigo misma.

El ayudante del profesor sale a llamar a un nuevo grupo de estudiantes y me doy cuenta de que

estoy en el siguiente.

Me froto las manos ligeramente húmedas en los vaqueros y suspiro para calmar los latidos de mi corazón.

Nunca tendrás éxito, eres un fracasado, eres débil e inútil.

Una voz del pasado estalla en mi cabeza y tengo que obligarme a mantener una expresión impasible a pesar de que sólo quiero acurrucarme sobre mí misma y llorar en un rincón hasta mañana.

La parte racional y madura de mí no se cree ni una sola de esas horribles palabras, pero la pequeña parte de Chloé adolescente que aún llevo conmigo sabe que todo eso es cierto. Que puedo ser una estudiante brillante, que puedo asistir a la más renombrada de las universidades de la capital francesa, que puedo irme a estudiar a Estados Unidos, pero sigo siendo un bluff, roto desde pequeño e imposible de enderezar.

—Hola, ¿va todo bien?

Agradezco en silencio la voz de Manon que me devuelve al presente e intento sonreír.

—Sí, claro, sólo un poco de nervios pre-examen.

—¿Quieres dejar de hacer eso? Eres el más preparado de nuestra clase de Literatura, no tienes nada de qué temblar.

Oh, no sabes lo equivocada que estás, me gustaría responderle, pero me limito a sonreírle, agradecida por su confianza en mí.

Oigo vibrar el teléfono en mi bolso y me apresuro a cogerlo.

Encuentro un mensaje de Mariella cruzando los dedos por mí y un nuevo correo electrónico en la dirección de la universidad del profesor Bourgeois.

Suelto un profundo suspiro, ignoro la ansiedad que intenta estrangularme y lo abro.

Quiere verme en su despacho después del examen, que no duda que irá muy bien, como los demás.

En la serie, sin presión.

Sin embargo, no tengo tiempo de asustarme, porque la puerta vuelve a abrirse y el ayudante del profesor me llama por mi nombre.

Ya está.

Enderezo la espalda, hago acopio de toda mi determinación y me encuentro brevemente con la mirada alentadora de Manon.

Este examen estará bien, no hay alternativa.

Cuarenta minutos más tarde, estoy brincando por otro pasillo de la facultad con una sonrisa de oreja a oreja y un nuevo éxito universitario en el bolsillo.

—¿Ha llegado ya el momento en que pueda decir: *te lo dije*? —se ríe Manon a mi lado, también satisfecha por la nota que ha sacado en el examen.

Sacudo la cabeza, pero sigo sonriendo, feliz y emocionada, y estoy impaciente por escuchar lo que tiene que decir el profesor Bourgeois.

Llego a la puerta de su despacho y respiro hondo, me giro para mirar a Manon y asiento con la cabeza.

—Llegó la hora de la verdad. ¿Nos vemos en la residencia? —le pregunto.

—Sí, claro. Te esperaré allí y, mientras tanto, me moriré de curiosidad.

En cuanto sale, llamo a la puerta y espero a oír la voz del profesor antes de entrar.

—Adelante.

—Hola, profesor.

—Señorita Bertrand, tome asiento. La estaba esperando, enhorabuena por el resultado —

comenta en cuanto hago lo que me dice.

¿Ya sabes cómo me fue en el examen?

Contengo mi asombro y asiento con la cabeza.

—Muchas gracias. Confieso que no pensaba que fuera a salir tan bien, a pesar de las muchas horas dedicadas al estudio.

—No tenía ninguna duda. Me ha confirmado el empeño que le he visto poner en cada examen de este curso académico que está a punto de terminar —el profesor junta las manos delante de él, como suele hacer, y me dedica una media sonrisa—. Falta una sesión más de exámenes, señorita Bertrand, pero si mantiene este ritmo, la beca será suya. De momento, sólo usted y otra excelente alumna de esta facultad están en la carrera por la Universidad de Washington.

—¿Sólo nosotros dos? —El corazón le da un vuelco.

—Así es. La decisión final no se tomará hasta el final de la última convocatoria de exámenes, así que aún hay tiempo, pero sois los únicos que habéis mantenido una media impecable. Aguantad unos meses más, porque si seguís así, no me cabe duda de que podréis iros.

Da una palmada y parece alegrarse de verdad por mí, que me siento casi desbordada por la emoción.

Estoy un paso más cerca del objetivo final, sólo tengo que aguantar un poco más.

—No le defraudaré, profesor Bourgeois, y le agradezco toda la confianza que ha depositado en mí durante estas semanas —le respondo cuando por fin recupero la voz.

—No lo dudo, señorita Bertrand, pero no subestime el estrés al que estará sometida. Estudiar continuamente a esta intensidad podría afectar a su salud a medio y largo plazo. Me gustaría que considerara la posibilidad de unirse al grupo deportivo de la universidad y, permítame, limitar su participación en fiestas tampoco sería mala idea.

El profesor me pilla desprevenida, no sé qué decir, pero mi ceja arqueada debe hacerle saber que estoy un poco conmocionada.

—Lejos de mí juzgar su estilo de vida, pero apuesto por que ponga la cara, señorita Bertrand. Es normal que me preocupe por su salud —se justificó levantando las manos delante de ella, a la defensiva.

Un destello de ira intenta salir a la superficie, pero entiendo lo que quiere decir.

—Es comprensible, por supuesto. Haré todo lo posible para no fatigar mi cuerpo y mi mente.

Sonríe satisfecho ante mi tranquila reacción, sin saber cuánto odio a los que juzgan mi vida y mi forma de vivirla.

—Sabía que lo entendería, Srta. Bertrand. Espero con impaciencia sus próximos éxitos. La alcanzaré en un par de meses —me despide y yo salto de la silla como electrizada.

Necesito recuperar el control sobre mis emociones, y ya sé cómo hacerlo.

Saco el teléfono del bolsillo y llamo a Manon.

—¿Qué tal ha ido? —pregunta mi amiga nada más responder.

—Está bien, aunque no te llamaré por eso. Prepárate que vuelvo y esta noche vamos a la fiesta de Louis y nos lo pasamos bomba.

El infierno se congelará antes de que nadie pueda decirme cómo vivir mi vida.

14. ROMEO

San Francisco, febrero de 2023

Una parte de mi cerebro está concentrada en escuchar el informe de Leo sobre la reunión que tuvo con Igor, la otra parte ya está centrada en planificar y organizar contramovimientos.

Debemos eliminar al enemigo de forma inteligente y sin hacer demasiado ruido.

—Mierda —comenta Frank, sentado en su escritorio, mientras Leonardo concluye su informe.

Alex, a su lado, asiente serio y tenso.

Estamos en el *Stark*, un club propiedad de la familia Mancuso que Frank dirige de forma muy rentable gracias a su formación académica y su olfato para los negocios.

Me basta un rápido vistazo a las expresiones de mis amigos para darme cuenta de que estarían dispuestos a declarar la guerra al instante, pero tenemos que ir tres pasos por delante de nuestros enemigos, sin darles ninguna ventaja.

Esta vida es una partida de ajedrez, pienso, pasándome un dedo por el labio inferior.

Aprendí este concepto en mi propia piel durante los años que viví a la sombra de la violencia de mi padre primero y de mi primo después.

—Interesante.

Es lo único que digo pensando en lo que me acaba de decir mi mejor amigo, que no deja de pasearse de un lado a otro de la habitación.

—No, espere. Te digo que mis malditos hombres contravienen órdenes directas y que nadie me informa de ello, hasta el punto de que me enteré por un socio comercial en confianza, sólo porque lo entretuve en mi club un par de veces, ¿y eso te parece interesante? —pregunta, irradiando ira y frustración.

—Bastante interesante —repito inexpresivo.

Leo se detiene en medio de la sala y abre mucho los brazos mientras mira a Frank, que se limita a levantar una comisura de los labios, mientras un Alex mucho más diplomático finge mirar algo en otra parte.

Leonardo sacude la cabeza y se acomoda en el sillón de cuero frente al mío. Frunzo el ceño cuando Frank se levanta para entregarle un nuevo vaso de Lagavulin.

El tercero, si no he contado mal.

Y no estoy del todo seguro de que le haga tanto bien embotar sus sentidos cuando todos tenemos que estar alerta y listos para la acción.

—Sé que éste es un concepto nuevo para ti, aunque es tan antiguo como el mundo. *La paciencia es la virtud del fuerte* no es sólo un dicho, es un patrón de pensamiento. Cada enfrentamiento en nuestro entorno es más el resultado de una partida de ajedrez que de una reyerta. Y ahora, si realmente podemos confiar en Igor... —espero a que mi amigo asienta, para continuar—: Podemos circunscribir el círculo a unos pocos peones y preparar mejor nuestros próximos movimientos permaneciendo vigilantes desde las sombras. La próxima vez que se muevan, estaremos listos para atacar.

—No quiero sentarme y esperar, maldita sea. Quiero ir dos pasos por delante de ellos y liderar la partida acosándolos como los animales que son antes de matarlos del primero al último —

suelta Leo.

Respiro hondo y sacudo la cabeza ante su temperamento siempre apasionado, para bien o para mal.

—Respira hondo, amigo mío, e intenta pensar con claridad. Si el tipo de infiltración que estamos sufriendo fuera desde el exterior como siempre hemos pensado -sólo piensa en la niña que tienes cautiva- no podría suscitar tal nivel de lealtad...

—Pero *tal nivel de lealtad* sólo podría venir de... —En su mirada se encendió la comprensión que yo quería—. De los Jefes, los Segundos y, tal vez, los Tesoreros. ¿Estamos diciendo lo que creo? —Leonardo mira a los presentes uno tras otro, encontrando confirmación a sus temores.

—Mierda —vuelve a comentar Frank—. No hace falta decir que pondría la mano en el fuego por todos los presentes.

—Y yo sobre Mark —añade Leo, refiriéndose a su Segundo.

No dudo ni un momento.

—A Samuel no le gusta la gente, todavía no sé por qué soy una excepción, pero rara vez sale de su *cueva*, y mucho menos podría conspirar con extraños para derrocarme.

—Entonces, quedan los Tesoreros. ¿Alguna idea de cuál de ellos podría ser el imbécil? —pregunta Leonardo.

Expreso la duda que se está apoderando de mi mente.

—Llegados a este punto, ¿cómo podemos suponer que es sólo uno?

Frank asiente y luego levanta la voz:

—De hecho, nuestros Tesoreros pertenecen a la vieja guardia y no están precisamente de acuerdo con nosotros. Bueno, al menos en lo que a Leo y a mí respecta.

De hecho, nunca tuve problemas con el ala más conservadora de la organización, ya que todos estaban aterrorizados de mi primo y vivieron su derrota como una liberación.

—¿Y la mujer fantasma del tatuaje? ¿De verdad creemos que Ángela colaboró con uno o dos Tesoreros en el secuestro de Isa y el atentado contra *Amorcito*? —interrumpe Alex, provocando un momento de escarcha.

Todos sabemos que es muy probable que esta chica no tenga nada que ver, pero Leonardo no parece dispuesto a aceptarlo.

—Ella es la hija del enemigo, tiene un tatuaje de un pájaro y estaba en mi club al mismo tiempo que el imbécil de Brody estaba allí también. ¿Cómo demonios crees que ella no tuvo nada que ver? Encontraré esa conexión y entonces tendrás que besarme el culo —se levanta, furioso e impaciente—. Por el momento, supongo que tendremos que vigilar a un par de viejos. Mientras tanto, iré a buscar ese maldito nexo.

Observo con interés cómo mi amigo sale a grandes zancadas, lleno de ira y frustración.

—Estará bien —comenta Frank a media voz, y cuando me giro para mirarle, me doy cuenta de que me está mirando con atención.

—No entiendo la intensidad de sus reacciones cada vez que se menciona a esa chica, ¿y tú? —le respondo.

La mirada de Frank se dirige a la puerta y una comisura de sus labios se levanta en una sonrisa comprensiva.

—Oh sí, nuestro amigo rompecorazones está metido en un buen lío.

Arqueo una ceja, nada convencida.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando fui al almacén, comparó a Ramírez con mi mujer.

Inclino la cabeza y miro a Frank, tratando de entender lo que acaba de decir.

Y, cuando lo hago, me quedo de piedra.

Oh, mierda, ¿de verdad quieres decir lo que pienso?

La media sonrisa del jefe de San Francisco se convierte en una mueca divertida.

—Está prendado de esa chica, bastante prendado. Ahora, habrá que ver si tendrá los cojones de sacar la cabeza del culo y enfrentarse a lo que eso significa o si insistirá en esconderse detrás de ese muro de ira suyo.

—Desde que le conozco, nunca le he visto interesado por ninguna chica. Ha habido alguna que le ha gustado durante más tiempo, pero nunca una que le haya provocado tanta emoción —respondo.

Alex se aclara la garganta, aun fingiendo mirar por la ventana, Frank clava su gélida mirada en la mía.

—Sé que te suena a concepto ajeno, pero en la vida puede ocurrir que conozcamos a la persona con la que *congeniamos*, y también puede ser la persona racionalmente menos adecuada para nosotros, como en este caso, pero no hay nada que se sostenga ante esa sensación de acierto.

—*¿Congeniamos*? —insisto, cada vez más escéptico.

Pero, ¿qué demonios se supone que significa eso?

—Pensé en usar una metáfora, porque sé cuánto te aterrorizan el amor y los sentimientos en general —responde impasible el hombre que quizá me conoce mejor en el mundo.

Casi me ahogo con mi propia saliva, pero suena el teléfono para salvarme.

—Tengo que cogerlo —me disculpo, levantándome y comprobando la notificación en la pantalla—. Fuente —respondo mientras salgo del despacho de Frank.

—Jefe, hay noticias interesantes sobre Ramírez, puede que haya encontrado la forma de conseguir algunos datos sobre su hija, pero tardaremos semanas en desencriptarlo todo, a no ser que hagas magia —explica Samuel con su habitual tono serio.

¿Me aterrorizan los sentimientos?

¿Es esto lo que piensa la gente que me rodea?

¿Cómo puede aterrorizarme algo que no conozco, que ni siquiera me ha tocado en la vida?

—¿Jefe? —Samuel llama mi atención, pero mi cerebro va por libre.

—Estaré allí en un par de horas, inicia el programa de desencriptación, yo me encargaré del resto.

Cuelgo sin despedirme, me vuelvo hacia la puerta y me doy cuenta de que he dejado una conversación bastante incómoda más allá de ese umbral.

Una conversación que no me apetece retomar ahora, y probablemente nunca más.

Por eso doy media vuelta y me dirijo a la salida del *Stark*, dispuesto a volver a Seattle.

Un par de días después, sin embargo, me encuentro de nuevo frente a esta maldita puerta y, en esta ocasión, no puedo echarme atrás.

Llamo y entro en cuanto oigo la voz de Frank, que me saluda con una ceja arqueada y esa cara de bofetada con la que le gustaría decirme que fui un cobarde por largarme la última vez que estuve aquí.

—¿Ha llegado? —le pregunto, quitándole la oportunidad de reabrir el tema.

—Ya está en el coche y estará aquí en cinco minutos. ¿Estás listo?

—Se lo tomará a mal —respondo pensativo y mi mente corre hacia la última llamada que tuve con mi amigo.

—Buenas noches, Leo. Tengo la información que me pediste.

—Dispara —responde, y casi puedo percibir su impaciencia a través de la línea telefónica.

—Ángela Ramírez vivió recluida hasta su fuga, que te confirmo ocurrió exactamente como la

chica la contó. Llegó a Los Ángeles unas semanas antes de conocerte y nunca había estado en San Francisco antes de la noche en que te revelé su identidad.

—Estás diciendo que fui un imbécil...

—Con la persona equivocada. Y si ella te importa la mitad de lo que creo que te importa, estás en un enorme estercolero, amigo mío, y vas a tener que arrastrarte mucho.

—Pasaré por alto la porquería, pero joder, me temo que tienes razón. Hay una cosa más que tienes que saber —dice antes de ponerme al corriente de las últimas noticias. —Es que no entiendo la implicación de don Mauro. Nuestro Tesorero siempre ha respetado a mi padre y su cargo.

Echo un vistazo a la carpeta roja que ocupa un rincón apartado de mi archivador y sacudo la cabeza, apretando con fuerza el teléfono.

Esperaba ahorrarle a mi amigo una dolorosa verdad, pero me temo que esa posibilidad ya no está sobre la mesa.

—Hmm. Eso, tal vez, puedo responder. Te veré en el Stark cuando vuelvas.

—Es muy posible, pero le apoyaremos —comenta Frank, devolviéndome al presente.

Suelto una risita socarrona.

—Dudo que nos quiera cerca cuando sepa lo que le hemos ocultado.

—Se cabreará a muerte, pero luego recapacitará y entenderá nuestros motivos.

—Hmm.

Yo no estoy tan convencido, pero no tiene sentido discutirlo ahora, sólo puedo esperar que mi mejor amigo entienda por qué le oculté ciertas cosas.

Alex entra en el despacho de Frank con expresión seria.

—Está aquí.

Me levanto y le espero en la puerta, mientras el peso de la verdad me aplasta el pecho en una sensación extraña y desconocida que me hace sentir cómo aumenta mi pulso junto con la opresión en el estómago.

Las emociones son realmente un contratiempo no funcional.

—Leo, tenemos que hablar —le digo en cuanto le veo, luego le doy la espalda y vuelvo a la silla con el nerviosismo erizándome la piel.

Con un gesto de la cabeza, señalo la carpeta sobre el escritorio de Frank.

—Lee.

—¿Qué demonios está pasando? —responde más confuso que nunca.

—Ábrelo y lee... —repito—. Por favor.

Esas dos palabras casi me queman en la lengua, pero son necesarias para hacerle comprender la gravedad del momento.

Finalmente, hace lo que le digo y pasa una eternidad.

O tal vez un momento interminable en el que veo a Leonardo leyendo y releyendo el historial médico de su padre.

—Eso no es posible. Me lo habría dicho —repite una, dos, tres veces hasta que la culpa amenaza con ahogarme.

—Lo siento, hombre. Fue un error de juicio por mi parte, tal vez debería habértelo dicho antes.

—¿Quizás? Joder, Romeo, ¿sabías desde hace meses que mi padre se estaba muriendo y no te pareció apropiado hablarme de ello? Qué buen puto mejor amigo eres.

Ignoro el pinchazo que siento en las costillas y doy las gracias en silencio a Frank, que decide tomar la palabra:

—Pensamos que lo mejor era que hablara directamente contigo. Estábamos realmente

convencidos de que lo haría antes de que fuera demasiado tarde. Y después del restaurante, pensamos que su secreto se quedaría con él.

—Pero cuando me contaste tus recelos sobre la implicación de don Mauro, me di cuenta de que debía de estar al corriente del asunto y es probable que participara en la operación sabiendo que tu padre iba a morir pronto de todos modos —le explico.

—Y todos sabemos que tú y yo no somos bien vistos por la vieja guardia —añade Frank como si alguien en esta sala no se diera cuenta todavía.

Una vez ultimado el plan y dispuestas las piezas en el tablero de ajedrez, nos trasladamos a una de las mesas reservadas del restaurante para poner en marcha la trampa con la que esperamos acabar de una vez con el asunto que nos ocupa desde hace demasiado tiempo.

No tenemos que esperar mucho antes de interceptar a nuestra presa.

Don Ciro, el tesorero de San Francisco, sale con expresión petulante de uno de los reservados en compañía de Kat, una de las bailarinas más experimentadas del club y la que estaba convencida de poder atrapar a Frank antes de que se casara con Isabella.

Y puede que incluso después, lástima que el Jefe de San Francisco sólo haya tenido ojos para su mujer desde su primer encuentro.

—Buenas noches, caballeros —empezó Don Ciro cuando llegó hasta nosotros, dirigiéndome una mirada fulminante—. No le vemos a menudo por aquí, jefe Fontana.

Le hago un gesto con la cabeza, aunque las ganas de silenciarlo me invaden de inmediato.

Kat dirige una mirada llena de lujuria a Leonardo, que hasta hace un rato no habría dudado en hacer un espectáculo con ella delante de todos, pero que ahora me asombra cuando responde con una sonrisa tirante y molesta mientras se sienta en su pierna con un sensual:

—Me alegro de verle, jefe Russo.

—He estado ocupado —contesta Leo, sin ahorrarse un guiño al Tesorero, que lo pilla visiblemente tenso antes de tomar asiento en la única silla libre.

Frank le da un vaso de whisky y él está demasiado distraído para preguntarse por qué hay un vaso más en nuestra mesa.

—En realidad, he venido a relajarme un poco antes de ponerme a trabajar —prosigue Leo, atrayendo de nuevo la atención de Don Ciro.

—¿En serio? —pregunta aquél, incapaz en absoluto de ocultar el interés en su voz.

—Sí, nuestro invitado me está esperando. Por cierto, ¿puedes encargarte del envío a nuestro amigo Ramírez? —continúa Leo dirigiéndose alusivamente a Frank, mientras yo mantengo los ojos clavados en Don Ciro para calibrar cada una de sus reacciones.

—Um, yo no estaba al tanto de tal envío —se insertó el Tesorero.

Frank le hace una breve inclinación de cabeza a Kat y ella se aleja al instante como un buen soldadito.

—Sí, no más rodeos. He decidido devolverle a su amada hija... Pieza a pieza.

La sangre se le escurre de repente de la cara al Tesorero de San Francisco, que traga saliva nervioso, pensando en quién sabe qué.

—Jefe Russo, le recuerdo que tenemos normas muy estrictas sobre la seguridad de mujeres y niños y...

—Concedí la excepción —le interrumpió Frank.

—P-pero tal excepción sienta un precedente muy peligroso, no podemos condenar a muerte a una inocente....

—¿Quién dice que es inocente? —replica Frank sin inmutarse—. Por otro lado, tenemos numerosos indicios de su culpabilidad, así que está decidido.

—Comprendo —las manos de Don Ciro, su voz, su expresión son una ventana abierta a su estado de ánimo en turbulencia.

—¿Está todo listo en el almacén? —pregunta Leo a Frank, que asiente con una sonrisa lenta y letal.

—Por supuesto, se ha avisado a los equipos de limpieza y transporte. ¿Ha pensado ya cuántas entregas quiere organizar? —responde, pero por su mirada adivino fácilmente quién quiere hacer entregas por partes.

Leonardo finge estar pensativo un momento.

—Hmm, al menos cinco para hacerlo más dramático, ¿qué te parece?

El anciano, ahora al borde del colapso, murmura algo incomprensible, antes de tragar el contenido del vaso como si su vida dependiera de ello.

Mi turno.

—Su invitada ya ha sido trasladada al almacén del puerto, me he tomado la libertad de instalar algunas cámaras adicionales para captar todos los momentos destacados y poder enviar un vídeo conmemorativo a su padre.

—Bueno, también puedes decirles a tus hombres que tienen unas tres horas para divertirse un poco con el topo antes de que yo llegue —responde mi mejor amigo, haciéndome arquear una ceja ante la voz entrecortada y la expresión de náusea que asume ante esas palabras.

Don Ciro se levanta.

—Ya veo. Como ya está todo decidido, me voy a casa con mi encantadora esposa —comenta, inclinando la cabeza en espera de la despedida de Frank, y luego desaparece tan rápido como el gusano que es.

No me cuesta imaginar hacia dónde huye.

—Es la hora del espectáculo —comento.

Y efectivamente, sólo unas horas después, nuestra trampa entra en acción y eliminamos sin demasiada dificultad varias ratas que infestaban nuestra organización.

Lástima que el infame Don Ciro consiga escapar y ahora tengamos que iniciar una cacería humana sin precedentes en la Costa Oeste.

No descansaré hasta que haya encontrado hasta el último traidor.

15. CHLOÉ

París, junio de 2023

Hoy es el día de la verdad.

Cierro los ojos, abro el grifo y me meto en la ducha tibia.

Lo necesito de verdad después del footing de esta mañana, el único hábito saludable que acepté tras la charla del profesor Bourgeois en su despacho.

Por el contrario, las fiestas no han desaparecido de mi radar, pero me he vuelto mejor a la hora de seleccionarlas, casi siempre lejos del campus universitario, donde se reúne gente diferente que no tiene nada en común con Bourgeois.

Él no se entera de las habladurías, yo sigo viviendo a mi manera y todos ganamos.

Ayer aprobé el último examen de mi sesión con las mejores notas, llegando al final de cinco semanas de pruebas y exámenes sin la menor mancha.

Era una carrera contrarreloj, teniendo en cuenta además que la sesión se cierra dentro de un mes, pero estaba demasiado nerviosa para esperar hasta cerca del cierre, sin tener en cuenta que ahora estoy casi agotada.

Salgo de la ducha y me envuelvo el cuerpo con una toalla, echo un vistazo al teléfono, releo rápidamente el mensaje de citación en el despacho del profesor Bourgeois y compruebo la hora, asegurándome de que aún me queda media hora antes de nuestra cita.

¿De qué quieres hablarme?

¿Es posible que hayan tomado la decisión final tan pronto?

Me seco el pelo, me lo recojo en una coleta alta y me visto rápidamente, porque ya no estoy de humor.

Siento náuseas por la mezcla de emoción, nerviosismo y esperanza que se agita en mi interior.

Repaso todo lo que he hecho en los últimos cuatro meses echando un vistazo a la pila de libros de texto que adorna el escritorio junto con las docenas de páginas de apuntes tomados.

Ha sido un periodo tenso, espero de todo corazón que mis esfuerzos se vean recompensados, pero no puedo ignorar por completo la vocecita en el fondo de mi cabeza que me recuerda que no soy suficiente, que no me lo merezco.

Veinte minutos más tarde, llego al despacho de Bourgeois como si estuviera en una burbuja que me permite ver todo lo que me rodea, pero como si flotara intocable entre la gente.

—Bienvenida, señorita Bertrand, imagino que se preguntará por qué la he citado aquí esta mañana —me saluda el profesor al entrar.

Sonrío y me siento frente a su escritorio, me sudan las palmas de las manos, pero hago un esfuerzo por sonreír y parecer tranquila.

Lástima que yo sienta todo lo contrario: me siento como al borde de un precipicio, con mareos. Y una bajada de tensión en marcha.

En resumen, estoy a punto de ceder bajo el peso del nerviosismo.

—Iré directamente al grano, porque no quiero entretenerte. En nombre de la universidad, me gustaría informarte de que has sido seleccionado como ganador de la beca para la estancia de un año en Estados Unidos.

Contengo bruscamente la respiración, el tiempo parece detenerse, no me atrevo a decir nada

para no interrumpir.

El profesor me dedica una breve sonrisa y continúa:

—Todo es gracias a tu sobresaliente nota media y a la constante dedicación que has demostrado en tus estudios.

Apenas puedo creer lo que oigo y repito sus palabras en mi cabeza un par de veces, pero siguen sin tener sentido.

¿Lo he conseguido?

Yo, Chloé Bertrand, ¿gané una beca?

Una mezcla de incredulidad, alegría y emoción me invade, el corazón parece a punto de salírseme del pecho.

—No puedo creerlo —susurro incrédula.

—Créanos, Srta. Bertrand. Este reconocimiento es realmente merecido.

No puedo contener las lágrimas de alegría, doy las gracias al profesor innumerables veces, incapaz de expresar de forma más elaborada lo agradecida y feliz que estoy.

Esta es la oportunidad que he estado esperando, la que te cambia la vida, y sé que lo daré todo en el extranjero para hacer honor a la confianza que la Facultad me ha otorgado.

Me tiemblan las manos mientras recorro los pasillos de la facultad y cojo el teléfono del bolsillo, para llamar a la persona que entenderá mejor que nadie lo que este logro significa para mí.

—¿Hola? Chloé, ¿va todo bien? —respondió Mariella al cuarto timbrazo.

Frunzo el ceño y me doy cuenta de que es de madrugada en el extranjero.

—Dios mío, lo siento, no me di cuenta de la hora —farfulló—. Puedo llamarte más tarde.

—No te preocupes, ya estaba despierto. Cuéntamelo todo, ¿estás bien?

Le cuento lo que Bourgeois acaba de decirme y ella responde con un prolongado silencio, antes de que un grito de alegría estalle en mis oídos.

—Es genial, Chloé. No tenía ninguna duda de que lo conseguirías, te lo mereces —se felicita mi mejor amiga con voz llena de orgullo, y me doy cuenta de que estoy sonriendo como una loca paseando por el campus—. Vaya, ¿ya has terminado la sesión? Te has vuelto aún más friki que el año pasado —se burla riéndose.

—Es que no veía el momento de terminar, de liberar parte de la tensión acumulada en los últimos meses.

—Bueno, sobre eso... —responde ella, dejando la frase en el aire.

—¿Qué? —pregunto con la curiosidad apoderándose de mi tono.

—Ya que has terminado y necesitas relajarte un poco antes del próximo curso académico, podrías anticipar tu marcha, ¿no?

—¿Qué sugiere exactamente? —pregunto con cautela, porque no sé si entiendo realmente lo que sugiere.

—Ven a Frisco en cuanto estés preparado, podríamos disfrutar juntos del verano antes de tener que retomar los estudios. Es cierto que después te quedarás en Seattle, pero entonces podrías tener un poco más de tiempo para adaptarte al ritmo de la ciudad.

—Puede que tarde un poco —intento disuadirla.

—No, unas semanas como mucho, puedes estar aquí en julio —responde sin perder el ritmo.

Siento una cálida oleada de afecto por mi amigo, pero la parte racional de mi cerebro ya está calculando los gastos que conlleva.

—En realidad, la universidad sólo cubre parte de la estancia y tengo que empezar a....

—Ni se te ocurra —me interrumpe bruscamente—. Serás mi huésped tanto cuando estés en

Frisco como cuando estés en Seattle, fin de la discusión. Guárdate el dinero de la beca para sesiones de compras o para darte algún capricho, pero ni se te ocurra buscar alojamiento.

Me río entre dientes, consciente de que Mariella puede ser testaruda y decidida, entonces desvío la conversación y ésta termina entre risas y la promesa de reservar el primer vuelo disponible en cuanto haya solucionado todos los asuntos burocráticos.

—Me alegro mucho por ti, Chloé, te lo mereces de verdad —comentó Manon cuando, unas horas más tarde, estábamos en el pub con unos amigos tomando una copa antes de ir a una fiesta.

—Gracias, Manon.

La alegría de la noticia que he recibido no da señales de disminuir y el entusiasmo me hace estar aún más dispuesta a celebrarlo, porque esta noche me lo merezco, merezco disfrutar de este momento de pura felicidad y de reconocimiento de todo el trabajo duro y los sacrificios que he hecho para llegar hasta aquí.

—¿Sabes algo ya de Mariella? ¿Qué te parece? —pregunta mi amigo cuando llegan las cervezas que hemos pedido.

—Ella lo está deseando, de hecho, ¿sabes lo que me ha propuesto? —respondo, incapaz de mantener a raya mi asombro—. Que me anticipe a marcharme a Estados Unidos y me reúna con ella ya el mes que viene. ¿Te lo puedes creer?

Pensar en irme pronto me hace girar la cabeza.

Ya me imagino las carreteras de ciudades desconocidas, los paisajes impresionantes y la diversión que me espera con Mariella.

—¡Vaya! Es una oportunidad loca —replica Manon llevándose una mano a la boca—. Si yo fuera tú, me iría mañana, o quizá me acobardaría de ansiedad. ¿Te sientes preparado?

—¡Por supuesto que sí! No niego que será difícil y exigente, pero estoy segura de que también será increíblemente gratificante. Estoy preparada para este reto —declaro, mientras esta convicción se abre paso por mis venas y ya me siento lista para marcharme y empezar de nuevo en otro lugar.

Las semanas pasan volando, más rápido de lo que esperaba, y aunque la oficina de extranjería de la universidad me ayude con la burocracia y la solicitud del visado de estudios que necesitaré para la estancia en el extranjero, no podré anticipar la partida como me propuso Mariella.

Por mi parte, vigilo constantemente los sitios de venta de billetes de avión y chillo de alegría cuando encuentro una oferta loca para el vuelo intercontinental que me llevará a Seattle a principios de agosto, luego tardo un rato en empaquetar mis pocas pertenencias.

En un abrir y cerrar de ojos, o eso me parece, estoy en el aeropuerto internacional Charles De Gaulle, listo para embarcar en el avión que me llevará al otro lado del océano Atlántico en poco menos de doce horas.

Cuando tomo asiento en el avión, observo cómo el cielo se tiñe de rosa y naranja al atardecer y sonrío. Por primera vez en mi vida, siento que el mundo está lleno de posibilidades.

Y por fin estoy listo para aprovecharlas todas.

16. ROMEO

Seattle, agosto de 2023

Nunca he pretendido ser un hombre con una vida normal, lo que he visto y hecho a lo largo de los años me ha vuelto casi insensible y nunca nada consigue impactarme hasta el punto de dejarme sin habla.

Lo inesperado en mi vida sencillamente no existe, porque evalúo cada eventualidad y sus consecuencias.

Confieso, sin embargo, que no estaba preparada para la llamada que recibí hace unas semanas de Frank.

—Fuente —respondo en cuanto veo el nombre de Frank en la pantalla del teléfono.

Estos días, la preparación podría ser crucial, ya que Don Ciro parece merodear por mi territorio.

—Hola, Romeo, ¿te molesto? —responde Frank, aclarándose la garganta, y no puedo evitar notar que hay incomodidad en su tono.

Frunzo el ceño, intentando averiguar qué es.

—En absoluto. Estaba mirando algunas impresiones, no es gran cosa. Cuéntamelo todo.

Voy directo al grano, porque no me gustan las sutilezas y con mis amigos siempre he podido ser yo mismo: franco y directo.

—En realidad, te llamaba para pedirte un favor. Verás, hay una amiga de Mariella que viene a estudiar a Estados Unidos durante un año y me preguntaba si tú... —mi amigo hace una pausa y lo oigo respirar por un momento, como si meditara cuidadosamente sus próximas palabras—. Toma, si podrías ocuparte de su protección cuando llegue. Estará estudiando en Seattle, pero estoy seguro de que pasará mucho tiempo aquí en Frisco para estar con Mariella, y Alex y yo nos encargaremos de todos los traslados, por supuesto.

Mis cejas se disparan hacia mi nacimiento del pelo.

—¿Una amiga de Mariella?

—Sí.

—¿Vendrás a estudiar a Estados Unidos?

—Exactamente.

—¿Cuántos años tienes?

Vuelve a aclararse la garganta antes de hablar.

—La edad de Mariella.

Me paso una mano por la cara, sin saber si reír o llorar.

—Así que, si te he entendido bien, me estás diciendo que durante el próximo año haremos de canguro de una niña. ¿Es eso correcto?

—Bueno, yo no habría utilizado esa definición en absoluto —suspira profundamente, antes de continuar—: La alojaremos durante su estancia, pero como es amiga íntima de mi cuñada, es importante para mí que esté segura.

—¿Para ti? —repito.

—Es importante para Mariella y eso lo hace importante para Isa. Y lo que es importante para Isa, es importante para mí.

Frank habla despacio, como si intentara explicar su razonamiento a un niño.

—Comprendo —permanezco en silencio un momento, intentando comprender de verdad—. Y, ya que te preocupas por su seguridad, en lugar de dejarla tranquila en el campus universitario con otros miles de chicos de su edad, quieres entregársela al Jefe de Seattle que lidia con un topo fugado y un conflicto con un cártel mexicano aún sin resolver. ¿Es eso correcto?

Y como una goma elástica demasiado estirada, la paciencia de Frank se rompe.

—Joder, viejo, dame un respiro. Mi mujer no me da tregua si su hermana no está tranquila y, seamos realistas, en un campus universitario pueden pasar cosas desagradables de todos modos, ¿no?

—La probabilidad es 52% menor, sin mencionar que...

—Romeo —me interrumpe Frank en tono serio.

—¿Sí?

—Necesito que cuides de esa chica por mí. Intentaré que pase su tiempo en la universidad o fuera de la ciudad para estorbarte lo menos posible, pero necesito poder decirle a mi mujer que Chloé estará a salvo, y sólo podré hacerlo si sé que está contigo.

Me pregunto qué se siente al querer cumplir las expectativas de alguien, al intentar no defraudarle nunca.

Puede que nunca haya experimentado de primera mano lo que mis amigos comparten con sus parejas, pero reconozco su valor y lo respeto.

—Me ocuparé personalmente de su seguridad, hombre, y mientras esté en mi territorio no tendrá nada que temer, tienes mi palabra.

Y no hay nada más valioso para un Jefe.

Y por eso, a pesar de una evidente falta de entusiasmo, me dirijo al aeropuerto internacional de Seattle-Tacoma en mi Ferrari Purosangue.

La escala está a unos veinte kilómetros al sur de la ciudad y podría haber enviado a algunos de mis hombres, pero prometí que me ocuparía personalmente de esta niña y eso es exactamente lo que pienso hacer.

Salí bastante temprano, porque había previsto el tráfico en la carretera, y entré a tiempo en el aparcamiento VIP.

Echo un vistazo rápido por el retrovisor, me ajusto el cuello de la camisa y los puños de la chaqueta y salgo del coche, sintiendo inmediatamente en la piel la humedad de la calurosa tarde de verano.

Camino hacia la entrada de la terminal a paso ligero, comprobando de nuevo la hora en mi reloj de pulsera, y una parte de mi cerebro espera que la niña haya cambiado de opinión y se haya quedado en Francia.

Dentro, el caos típico de los aeropuertos, gente corriendo de aquí para allá, los llantos emocionados de los que se van y las risas de los que se reencuentran.

No es un ambiente en el que me sienta cómodo, pero si el vuelo no se retrasa, la tortura debería durar poco.

Echo un vistazo al tablón de llegadas y, como era de esperar, el vuelo ha aterrizado hace unos treinta minutos.

Entre la recogida de equipajes y el control de visados, debería estar en la recta final.

Unos minutos más tarde, en efecto, las puertas correderas que separan la sala de espera de la zona de llegadas se abren, dejando pasar a varios pasajeros, y sólo tengo que escuchar a dos de

ellos para darme cuenta de que se trata del vuelo procedente de París.

Ya está.

He memorizado una foto de la joven, pero es fácil reconocerla entre la multitud: pelo largo y castaño, ojos azules brillantes muy abiertos por la emoción y la ansiedad, y una mochila al hombro que pesa el doble que ella, sin contar las dos maletas que lleva.

¡Qué demonios!

¿No podría comprar un nuevo vestuario aquí?

Suspiro, la parte más educada de mí patalea hacia la superficie, para que actúe como un caballero, y doy un paso adelante, atrayendo su atención.

Cuando nuestras miradas se encuentran, una chispa de algo que no reconozco brilla en la suya y me limito a arquear una ceja esperando a que se acerque.

—¿Romeo? —pregunta con una cálida sonrisa mientras se detiene a dos metros de mí.

Le tiendo la mano, sin devolverle la sonrisa.

—Ese soy yo, ¿y tú eres...?

Finjo no saber su nombre, a pesar de que tengo sobre ella un dossier de un par de centímetros de alto con todos sus hábitos, preferencias e incluso alergias alimentarias.

Odia los pepinos, el único yogur que come es de coco y es alérgica a la soja.

Está suscrito a Netflix y la mayoría de sus operaciones bancarias consisten en comida a domicilio.

Por supuesto, no te diré que tengo acceso a todas tus cuentas, bancarias o sociales, me arriesgo a avergonzarte con la cantidad de porno que ves.

—Soy Chloé Bertrand, amiga de Mariella —responde con una vocecita vacilante, pero lo que me hace sentir algo que llevo mucho tiempo enterrado en mi interior es ver cómo la ansiedad de su mirada se convierte en pavor, casi miedo, como si yo fuera la personificación de sus peores pesadillas.

Probablemente no esté lejos de la verdad.

Sin embargo, no sabe que no tiene nada que temer de mí.

—Bienvenida a América, señorita Bertrand. Soy Romeo Fontana, y serás mi invitada hasta que vuelvas a casa.

Echo un rápido vistazo a las maletas y vuelvo a mirarle a la cara.

Pómulos altos, arco de Cupido perfilado, labios carnosos.

—Vamos, el coche está fuera. Llevaré esto.

Agarro las bolsas y las levanto, terminando mi detallado análisis de sus rasgos e ignorando sus protestas me dirijo hacia la salida, sin comprobar que me sigue.

No hago ningún esfuerzo por entablar conversación, siempre he preferido el silencio. Cuanto menos hablamos, menos tengo que esforzarme por empatizar.

La tarea es sencilla: acompañarla sana y salva al piso y asegurarme de que tiene todo lo que necesita. Luego, puedo volver a asuntos mucho más urgentes y prioritarios.

El viaje hasta el piso transcurre en silencio, yo mantengo la mirada en la carretera, ella fuera de la ventanilla. A veces abre los labios y abre mucho los párpados, como si el asombro fuera demasiado para contenerlo.

Me tomo un momento para mirar la *Ciudad Esmeralda* a través de los ojos de una niña francesa y me gusta lo que veo. La ciudad más poblada de la región noroeste del Pacífico norteamericano, situada en un istmo entre Puget Sound y el lago Washington, a unos doscientos kilómetros de la frontera canadiense, se alza sobre siete colinas: First Hill, Capitol Hill, Beacon Hill, Queen Anne Hill, Magnolia y Crown Hill, y la ya aplanada Denny Hill.

Es una ciudad cargada de historia, incluidos los bajos fondos.

Antes de los Fontana, en el poder estaban los Colcarci, cuyos miembros fueron condenados por una amplia variedad de delitos, desde sobornos a extorsión, pasando por asesinatos relacionados con la mafia, que enviaron a prisión a los miembros más importantes de la familia a mediados de la década de 1960, quedando debilitados y expuestos a los ataques de sus rivales.

Mi abuelo se impuso, pero no fue el único que lo intentó y, según me contaron, fue una época bastante violenta y sangrienta.

Me sacudo esos pensamientos justo cuando llegamos al garaje de mi edificio de apartamentos, aparco en la plaza reservada para mi ático y salgo, rodeo el coche y le abro la puerta a Chloé.

Me lo agradece con una tímida sonrisa que no le devuelvo.

Recojo mi equipaje y me dirijo al ascensor privado con la niña a cuestas, pero no pulso el botón de la última planta y nos detenemos cinco pisos más abajo.

Bajo control, pero no demasiado cerca.

Al llegar al rellano, la guío al interior del moderno y acogedor apartamento de tres habitaciones, amueblado con gusto y sin excesos, para lo que contraté a un *interiorista* muy conocido en la ciudad.

—Este es el piso en el que vivirá durante su estancia, señorita Bertrand —le digo, dándome la vuelta y mostrándole el espacio abierto que conecta la zona de estar con la enorme cocina blanca con una isla central—. La cocina está totalmente equipada, pero una asistenta hace la compra y la limpieza dos veces por semana. Si tienes alguna petición especial o necesitas ayuda para preparar la comida, sólo tienes que decírselo.

—¿Podemos ser un poco menos informales? —pregunta de sopetón.

—¿Perdón?

—Sigue llamándome señorita Bertrand, pero me gustaría que me llamaras simplemente Chloé y, si es posible, que nos tuteáramos.

—Tendré en cuenta tu petición —sentencio un poco desconcertado por su brusquedad, y doy largas zancadas por el pasillo—. Por aquí hay dos dormitorios y los dos cuartos de baño, uno de ellos en la suite principal.

Una vez en el dormitorio principal, le enseño también el vestidor y suspiro aliviada por haber terminado la visita.

Por fin puedo volver a mis asuntos.

—Es muy bonito, no era necesario reservarme un piso entero.

Hago un gesto con la mano para rechazar su protesta.

—No es para tanto.

—Bueno, gracias. ¿Está tan lejos la universidad?

—A unos diez minutos de aquí, quince en caso de tráfico.

—No será un problema, caminaré de todos modos.

—Por supuesto que no, yo me encargaré personalmente del transporte.

Esta vez arquea una ceja y yo inclino la cabeza.

Nos quedamos en silencio mirándonos a los ojos, y la timidez de antes parece haber desaparecido para dar paso a un fuego de descaro e impertinencia.

—Soy un incordio, ¿eh? —pregunta con sarcasmo.

Un sarcasmo que con gusto habría hecho tragar a cualquier otro.

Ella, sin embargo, es una invitada especial.

Suspiro, intentando tener en cuenta que estoy mirando a una niña que no sabe nada de nuestro mundo.

—Nada personal, señorita Bertrand. Soy un hombre muy ocupado y ser práctico es esencial para el éxito de mi trabajo.

Asiente sin apartar la mirada.

—Lo comprendo, haré todo lo posible para no causarle más molestias. No se preocupe, puedo cuidarme sola.

La sonrisa que sigue a sus palabras está llena de ironía y de algo más que me cuesta contextualizar.

Por un breve instante admiro su determinación.

—Bien. Te dejo con tu nuevo piso, Chloé.

Su nombre tiene un sabor extraño en mi lengua, pero no me permito meditarlo demasiado y me doy la vuelta para marcharme.

Estoy casi en la puerta cuando oigo su voz:

—Gracias por todo lo que has hecho por mí, Romeo.

No contesto y me meto en el ascensor hasta el último piso.

Cuando se cierran las puertas, respiro aliviada y me paso una mano por la cabeza.

No me gusta tener que hacer de niñera, sobre todo cuando a Don Ciro sólo lo vieron en la ciudad hace tres días, pero Frank y Alex son como hermanos para mí, y haría cualquier cosa por ellos, incluso aguantar una situación así.

Entro en casa, dejo la tensión del día en la puerta y me sirvo un trago de whisky antes de sentarme en el sofá con los ojos puestos en el horizonte, empezando a pensar de nuevo en números e inversiones.

Un rincón de mi mente, sin embargo, sigue pensando en esa niña de mirada llena de contrastes, una fuerza silenciosa a la que tendré que prestar atención.

17. CHLOÉ

¿Quién demonios se cree que es?

Comprendo que el piso es genial, pero eso no justifica que se comporte como un imbécil ególatra.

¿O no?

Todavía puedo oír el zumbido del avión en mis oídos cuando veo que la puerta se cierra tras él y me dejo caer de nuevo en el sofá, agotada. Dejo que la ansiedad y la emoción del día me invadan a medida que la realidad de mi nuevo comienzo en Seattle se hace cada vez más concreta e innegable.

Están aquí, de verdad.

Quiero deshacer las maletas y luego dar una vuelta por la ciudad, no me voy a deprimir por la actitud gruñona de mi anfitrión, he visto un cartel de un evento en internet para esta noche y creo que me pasaré para instalarme, tengo ganas de mi primera fiesta americana.

Abro los ojos de golpe y lo primero de lo que me doy cuenta es de que, a mi alrededor, todo está oscuro.

Lo segundo de lo que me doy cuenta es de que el gruñido de mi estómago debe de haberme despertado, porque sigo sentada en el cómodo sofá de cuero del lujoso piso que será mi hogar durante los próximos doce meses.

Lo tercero de lo que me doy cuenta es de que me he quedado dormida, echando por tierra cualquier plan para la noche. El cansancio del viaje ha podido conmigo y estoy deseando darme una ducha y volver a dormir.

Compruebo mi teléfono y encuentro un par de llamadas perdidas de Mariella y algunos mensajes de Manon preguntando si he llegado bien.

A esto último respondo rápidamente diciéndole que la llamaré mañana a una hora decente y luego paso la llamada.

—¡Por fin! No podía esperar —exclama la voz eufórica de Mariella al otro lado de la línea. ¿Qué tal el viaje? ¿Te gusta el piso? ¿Qué te ha parecido Seattle? ¿Ha ido todo bien con Romeo?

—¡Oye, oye, espera! —me río mientras me dirijo a la cocina en busca de algo de comer.

La cocina es tan perfecta que casi me da miedo tocar nada.

Abro la nevera y encuentro una selección de alimentos gourmet que probablemente cuestan más que seis meses de mi piso de alquiler en París.

—El viaje ha ido muy bien y el piso es un sueño.

Elijo un trozo de queso y una manzana, intentando no sentirme demasiado culpable.

—¿Y el resto? —vuelve a preguntar mi amiga.

Veo a dónde va esto, pero no quiero que se preocupe por mí. No le mentí, puedo cuidarme sola.

—Bueno, no es que haya visitado mucho la ciudad. Me he desplomado en el sofá y estoy deseando meterme en la ducha y volver a dormir. Sin embargo, por lo que he visto en el trayecto desde el aeropuerto hasta aquí, parece una ciudad encantadora y muy diferente de París. Tardaré

un poco en acostumbrarme —admito, con la esperanza de desviar su atención mientras devoro mi comida.

—Seguro que te acostumbras enseguida. Ahora, ¿lo vas a escupir o te vas a andar con rodeos mucho más tiempo?

Resoplo una carcajada nasal.

Imagínate.

—¿Qué quieres que te diga? Me has dicho que *el señor Fontana* es un tranquilo hombre de negocios de cierta edad, muy callado y reservado, cuando deberías haberme dicho que tu amigo es un cachondo espacial que me haría la boca agua y me daría ganas de dar un par de paseos, aunque debe de tener un carácter de mierda —reflexiono, dándome golpecitos con un dedo en la barbilla.

—¡Jesús! —exclama Mariella—. Hay tantas cosas mal en tu frase que no sé por dónde empezar.

—¿Empezamos por los hombros poderosos, los dedos largos y gruesos, o tal vez la mandíbula cuadrada? —respondo, recordando el físico imponente del escorbuto.

—No queremos empezar en absoluto. Escúchame, Chloé, ese hombre está fuera de los límites. En serio, no lo tomes como un desafío. Es una de esas batallas que no puedes ganar, simplemente porque juegas en dos ligas diferentes. ¿Me entiendes?

No puedo evitar notar la nota de ansiedad en el tono de mi amiga, pero mentiría si dijera que una parte de mí no se siente irresistiblemente excitada.

Resoplo, pero cedo.

—Lo entiendo, tómatelo con calma, de todas formas ni siquiera me ha mirado.

—Por suerte —murmura Mariella, pero no puedo negar la punzada de decepción que siento ante ese pensamiento.

—Hmm, sí. Ahora que he comido, me voy a tumbar en esa cama de ensueño que he visto y me despertaré directamente mañana por la noche —me río, intentando acortar la conversación.

La decepción me ha puesto de mal humor y sólo quiero archivar este agotador día.

Me despido de mi amiga con la promesa de volver a llamarla mañana y me dirijo al dormitorio en cuanto termino de lavarme los dientes.

Lástima que todo el sueño parece haber desaparecido.

Una hora más tarde, me tumbo en la cama por enésima vez con la sábana envolviéndome las piernas como una segunda piel. Miro al techo y vuelvo a pensar en él.

Romeo.

Pienso en sus ojos oscuros, profundos y helados.

Pienso en su media sonrisa distante y en las afiladas palabras que resuenan en mi cabeza como un eco interminable.

Sobre todo, pienso en mi reacción ante él.

Me considero una chica emancipada, no tengo ningún problema en presentarme y ligar incluso con el primero que se me ponga por delante.

Por último, soy dueña de mi cuerpo y decido qué hacer con él y con quién, sin importarme un bledo los juicios de la gente.

Sin embargo, hacia él sentí a la vez atracción y asombro.

Su proximidad me produjo escalofríos de otra naturaleza, causándome una enorme confusión que aún no he podido poner en orden.

Salgo de la cama, decidida a no pensar más en ese atractivo escorbuto y me acerco a la enorme ventana de paredes enteras para admirar mi nueva ciudad que ahora duerme bajo un cielo

salpicado de estrellas.

La luz de la luna proyecta largas y finas sombras entre los rascacielos, creando una atmósfera casi irreal.

Cierro los ojos, intentando calmarme y concentrarme en el presente. Inhalo, exhalo.

Céntrate en lo que puedes controlar.

Justo cuando intento encontrar algo de paz, un extraño olor me toma por sorpresa.

Abro los ojos y huelo el aire que me rodea.

—¿Qué está pasando? —murmuro, recorriendo rápidamente el gran piso en busca del origen del olor a quemado que se vuelve más y más intrusivo a cada segundo que pasa.

No usé la cocina, no cargué el teléfono, no usé ningún enchufe.

Vuelvo a la zona de estar de la casa, miro a mi alrededor frenéticamente, recupero mi teléfono y me acerco a la puerta principal, donde el hedor a quemado se hace aún más fuerte.

¿Y si hubiera un incendio?

Sacudo la cabeza, descartando la ridícula idea en un complejo residencial exclusivo como éste, donde el sistema de alarma contra incendios será tan puntero que saltará al menor indicio de peligro.

Sin embargo, mis instintos me gritan que salga de aquí y, un par de segundos después, un fino humo sale por debajo de la puerta y oigo voces excitadas.

El corazón me salta a la garganta, no voy a perder más tiempo.

Abro la puerta de golpe y casi tropiezo con otros inquilinos somnolientos y agitados que se dirigen a lo que imagino que son las escaleras.

—Perdone, ¿qué pasa? —le pregunto a una mujer que debe tener unos cuarenta años y lleva a un niño de la mano.

—Parece que se ha declarado un incendio en el piso del fondo, el que está más cerca del ascensor —contestó dándose prisa y haciéndome señas para que la siguiera.

—¿Hay alguien dentro? —respondo con creciente preocupación.

—No, es gratis, a disposición de la organización, como tu piso y el de al lado —responde como si yo debiera saber a qué se refiere.

Es increíble cómo todo el mundo mantiene la calma y avanza en fila india, sin gritos ni empujones, incluso los niños.

Casi parece que lo hagan todos los días; por otra parte, el miedo me atenaza dolorosamente el estómago, me tiemblan las manos y sólo sigo adelante gracias a la inyección de adrenalina que me espolea.

—¿Y la alarma de incendios? —no pregunto a nadie en particular, pero siempre es ella quien me responde justo cuando entramos en la escalera y empezamos a bajar.

—Buena pregunta, no entiendo por qué no se fue. Sin embargo, el Sr. Fontana es siempre muy minucioso en la eficiencia completa del condominio.

Seguimos bajando y el olor pierde intensidad, cuatro pisos más abajo, aún me arden los ojos, pero todavía no parece haber humo a nuestro alrededor.

Alguien más adelante nos dice que nos dirijamos a los ascensores para bajar al vestíbulo del edificio.

—¿Pero no está prohibido usarlas en caso de incendio? —pregunto, siguiendo al grupo.

Esta vez, es un señor de mediana edad que está detrás de mí quien responde.

—Hemos contactado con la conserjería y, por las cámaras, el fuego parece confinado a nuestra planta y a la de arriba; además, estos ascensores son independientes de los de las quince plantas superiores, así que no hay peligro.

Le doy las gracias con una inclinación de cabeza y acelero el paso, desesperado por ponerme a salvo.

Es increíble que me vea envuelto en un incendio en mi primera noche en Estados Unidos.

Poco después, llegamos a la planta baja y salgo corriendo a la calle con la necesidad de aspirar con avidez el aire fresco y húmedo de la noche, amenizado por las sirenas de los vehículos de emergencia que se acercan.

Mi corazón sigue latiendo desbocado y siento que las piernas me flaquean, miro el teléfono, pero llamar a mis amigos sólo haría que se preocuparan.

Me siento en la acera con la cabeza entre las rodillas, intentando respirar lenta y profundamente, manteniendo a raya el pánico, controlando las fuertes emociones de la noche.

Me aparto del caos que me rodea y puede pasar una hora o sólo un minuto cuando oigo una voz familiar que me llama por mi nombre.

Levanto la cabeza y veo a Romeo que viene hacia mí, aún completamente vestido.

—¡Chloé! ¿Estás herida? ¿Estás bien?

Se pone en cuclillas frente a mí y empieza a revisarme de pies a cabeza, ya no tiene la expresión impasible de hace unas horas, parece más pálido.

Si Mariella no me hubiera explicado a qué se dedica *el señor Fontana*, casi podría pensar que es médico.

—Vamos, te llevaré al hospital —dice agarrándome por los hombros e intentando levantarme.

—No hace falta, estoy bien —replico, encontrando por fin mi voz arqueada por el humo, o tal vez por el miedo—. Sólo estoy un poco asustada. Nada que una ducha caliente y una buena noche de sueño no puedan arreglar.

Romeo suspira y se pasa una mano por la cabeza rapada.

—De acuerdo. Quiero hablar con los bomberos un momento, ¿puedes esperar aquí un momento?

Asiento con la cabeza y se marcha.

—Hola, ¿cómo estás?

Sigo la voz hasta el rostro de la mujer con la que hablé antes.

—Todo está bien, sólo un poco asustada. ¿Están bien tú y el bebé?

—Ah, sí, gracias por preguntar. Mi marido ha vuelto del trabajo y hemos decidido que, durante unos días, nos quedaremos con mi hermana, al menos hasta que todo esté bajo control —desvía la mirada hacia el bebé, que ahora está en brazos de un hombre alto y corpulento, y luego vuelve a mí con una media sonrisa—. ¿Tienes dónde quedarte?

¿Tengo dónde quedarme?

Buena pregunta, y la verdad es que no tengo ni la menor idea.

—Se quedará conmigo, María. La señorita Bertrand es una invitada mía, amiga de la familia Mancuso —interviene Romeo, acercándose a nosotros.

—Buenas noches, Sr. Fontana. Me alegro mucho de que la joven tenga un lugar donde quedarse. Ahora vuelvo con mi familia, me despido —responde la mujer, que ahora sé que se llama María, con una rápida inclinación de cabeza, adoptando una actitud mucho más aceptadora, hasta el punto de que casi parece temerle.

Es una actitud que me recuerda mucho a mí hace unos años.

Y lo odio.

Miro a Romeo, preguntándome quién es realmente este hombre, y él debe percibir la intensidad de mi mirada, porque me corresponde arqueando una ceja.

Pasan unos segundos de inmovilidad en los que el mundo que nos rodea continúa, agitado y

rápido, pero nosotros permanecemos inmóviles, estudiándonos y, de alguna extraña manera, comprendiéndonos.

—Vamos, señorita Bertrand. Necesita descansar después de todo lo que ha vivido en las últimas veinticuatro horas.

Me levanto poniendo los ojos en blanco cuando oigo que ha vuelto a la formalidad, me paso las manos por los pantalones y le sigo, pero no puedo evitar darme cuenta de que el frío y distante escorbuto me ofrece su ayuda en un momento de necesidad.

Por supuesto, lo hace porque soy amiga de la familia Mancuso, signifique eso lo que signifique, pero sus últimas palabras escondían una comprensión y una amabilidad por las que estoy increíblemente agradecida.

Romeo me conduce a un ascensor lateral y teclea un código, entonces las puertas se cierran y el aire parece desaparecer.

—¿No habrá problemas por el incendio? —pregunto para contenerme y no proponer algo mucho más inapropiado.

Como un abrazo o, mejor aún, un beso.

—El fuego ha sido contenido y extinguido. Además, el ascensor en el que viajamos es independiente y sólo está conectado con las tres plantas superiores de este edificio —explica pacientemente, y su presencia resulta extrañamente reconfortante.

Las puertas del cubículo dan directamente a la entrada de su piso y Romeo me invita a pasar.

—Sígame, le enseñaré su habitación —dice, pasando por un enorme espacio abierto que me dejaría sin palabras si tuviera energía—. Le daré un tour completo por la mañana. Ahora, necesita dormir.

Ojalá no notara la nota autoritaria de su voz y, sobre todo, ojalá no hiciera vibrar algo muy dentro de mí.

Lo que puedo ver del piso me gusta, es sencillo, despejado y minimalista, refleja perfectamente la personalidad del propietario.

Cuando se detiene ante una puerta y la abre, me quedo con la boca abierta: mi habitación es más grande que mi piso de París.

—La primera puerta a la izquierda lleva al cuarto de baño privado, la segunda al vestidor. En el armario encontrarás una muda de ropa de deporte, toallas y un albornoz, mañana podrás recuperar tus cosas del otro piso —explica, de pie en el umbral.

—B-bueno, muchas gracias —digo cuando el cansancio empieza a hacer mella en mí. Me siento en la cama justo cuando las fuerzas me abandonan—. Pero, por favor, llámame por mi nombre.

—Buenas noches, señorita Bertrand —responde, ignorando mi petición.

—Buenas noches, Romeo, y gracias por lo que haces por mí.

Veo cómo aprieta la manivela mientras me tumbo de lado, ya casi dormido.

—No me des las gracias, pequeña. Eres mi invitada y es mi deber mantenerte a salvo. Esta noche no he hecho un buen trabajo, pero te aseguro que no volverá a ocurrir.

Parpadeo de nuevo y me doy cuenta de que se ha ido, tal vez sólo imaginaba sus palabras, pero mientras el sueño me envuelve, por fin me siento segura, porque sé que él está ahí para velar por mí.

18. ROMEO

Me despierto de un tirón, mi pulso acelerado y el aumento de la sudoración se combinan con una sensación opresiva en el pecho, me froto la mano sobre él, pero no se me pasa.

Las imágenes del incendio vuelven a mi mente, las posibles consecuencias me atormentan.

He memorizado cada fotograma de la grabación de la cámara de vigilancia y la expresión aterrorizada de Chloé está grabada en mi cerebro y me espera cada vez que cierro los ojos.

Es sólo sentido de la responsabilidad, pienso, cogiendo el teléfono y levantándome de la cama para dirigirme al baño.

Necesito una ducha rejuvenecedora y una taza de té para intentar calmar mis nervios.

En la ducha, me lavo cualquier residuo de inquietud que me haya dejado el atormentado sueño. Sin embargo, sigo sintiendo una vibración nerviosa en la boca del estómago, y alargo una mano agarrando la erección de piedra que tengo entre las piernas con la esperanza de que amortigüe el nerviosismo.

Cierro los ojos y me acaricio vigorosa y firmemente, primero despacio y hasta la base, luego cada vez más rápido, concentrándome en la punta y apretando el agarre en los puntos más sensibles.

En la base de la espalda comienza a desarrollarse otro tipo de tensión y los músculos de los muslos se tensan.

Ya casi está.

Y entonces, justo un instante antes de alcanzar la cima del placer, una imagen de alta definición estalla tras los párpados cerrados: un rostro en forma de corazón, pelo largo y castaño, dos ojos azules que me miran con gratitud y algo más que no quiero investigar.

El momento pasa y es mi turno de explotar, eyaculando sobre la pared de la ducha mientras la racionalidad entra en acción y me doy cuenta de lo que acaba de ocurrir.

Sólo necesito reservar una sesión, ha pasado mucho tiempo desde la última vez.

Cuando termino en el baño, paso a la cocina y, mientras espero a que el agua alcance la temperatura de ebullición, consulto mi correo electrónico.

Estoy esperando el informe de los bomberos, que, cuarenta y ocho horas después del incendio, debería estar listo.

Todavía nada, maldita sea.

La niña estaba bajo mi protección en mi maldito edificio de apartamentos, sin embargo, arriesgó su vida.

Sumerjo la bolsita de té negro y pongo en marcha el temporizador, ciento ochenta segundos, ni más ni menos.

Echo un vistazo a la encimera transparente de la cocina y me doy cuenta de que hay algo en ella, me inclino hacia delante para ver mejor y me doy cuenta de que son migas.

Me paso una mano por la cabeza, manteniendo a raya el malestar.

Está aquí, en mi casa, en mi santuario, y su presencia me perturba profundamente.

Estoy acostumbrado a estar solo, a tener mi propia rutina, a vivir en un entorno ordenado y

limpio.

Su presencia lo altera todo, me sacude por dentro.

Suena el cronómetro y termino el proceso de preparación, siguiendo meticulosamente mi rutina.

Ayer salí de casa muy temprano y llegué bastante tarde para no encontrarme con Chloé.

La verdad es que se me hace un nudo en el estómago cada vez que pienso en lo que podría haber pasado a causa de aquel incendio.

Esta mañana pienso encerrarme en el despacho de mi casa para estar cerca si hace falta.

Varias horas más tarde, mi estómago refunfuña recordándome que me salté el almuerzo, sólo porque tenía mucho trabajo que hacer, sin ninguna otra razón.

A pesar de la excelente insonorización de las paredes del piso, oía el sonido de sus pasos al otro lado de la puerta, la puerta de la nevera abriéndose y cerrándose más veces de lo aconsejable para un consumo energético sostenible, el suave sonido de su risa mientras hablaba por teléfono.

En resumen, es una especie de fantasma ruidoso que deambula por la casa.

Suelto un profundo suspiro, bajo la pantalla del portátil y me pongo de pie.

Soy el Jefe de Seattle, el Emperador de la Ciudad Esmeralda, no me dejaré acorralar por una niñita.

Entro en el salón y la veo.

La luz del atardecer se refleja en su pelo, creando un aura casi etérea a su alrededor.

Chloé está tumbada en el sofá con unos pantalones cortos deportivos que dejan al descubierto la parte superior de sus muslos y una camiseta de tirantes que no deja nada a la imaginación. Está tumbada con los pies en el sofá, leyendo un libro y comiendo patatas fritas despreocupadamente.

Un momento.

Permanezco inmóvil en el umbral, incapaz de apartar la vista de lo que tengo delante.

Una parte de mí está furiosa. El sofá de cuero blanco siempre ha estado inmaculado, y ahora estará grasiento y lleno de migas.

El otro lado, sin embargo, está molesto de una manera que no puedo explicar.

Analizo la reacción de mi cuerpo y casi podría llamar atracción física a lo que siento hacia él, y es una constatación que me golpea como un puñetazo en el estómago.

Jesús, es una niña, hombre.

Ponte las pilas y pide cita para una nueva sesión lo antes posible.

Sacudo la cabeza para deshacerme de la sensación y doy un paso adelante, llamando su atención.

—Empezaba a preocuparme —murmura Chloé a media voz, y yo finjo no haberla oído.

—Buenas tardes —respondo secamente—. Ese sofá no es adecuado para merendar, ni para descansar los pies.

Espero que se levante y se disculpe, pero empiezo a darme cuenta de que Chloé Bertrand nunca hace lo que uno espera.

—Tiene gracia, porque a mí me parece un cómodo sofá para picar mientras veo mi serie favorita de Netflix desde la comodidad de mi espalda —replica fingiendo ingenuidad, pero veo la chispa de desafío en sus ojos y me doy cuenta de que le gustaría una reacción desquiciada por mi parte.

Cuando el infierno se congele.

—Señorita Bertrand, puedes optar por seguir diligentemente mis indicaciones demostrando ser la invitada bienvenida que recomendó la señora Mariella Esposito. O puedes comportarte como una niña malcriada y caprichosa, demostrando que tu amiga se equivoca —el tono es seco, las

palabras urticantes.

No hace falta gritar ni alborotar para poner a alguien en su sitio, y esta niña parece necesitarlo.

Necesidad desesperada.

Pasa un momento en silencio y percibo todas las maldiciones que le gustaría gritarme, luego se endereza poniendo los pies en el suelo y se levanta, retirando con cuidado las migas que se le habían caído.

Seis, para ser exactos.

Uno de más para mi gusto.

—¿Contento? —murmura con una ceja arqueada mientras se dirige hacia la cocina.

Uno, dos, tres...

Respiro profundamente, controlando la tormenta en mi interior.

Cuatro, cinco, seis...

Esta niña está jugando con fuego, despertando una llama en mi interior que rara vez se reaviva, afortunadamente.

Siete, ocho, nueve...

La serenidad en mi interior se restablece y el monstruo bajo la máscara vuelve a dormirse.

—Bastante, en realidad.

No necesito girarme para saber que me está haciendo un gesto con el dedo, y estoy listo para darle otra lección de vida cuando suena el teléfono y reconozco el tono personalizado de mi Segundo.

Camino a paso ligero de vuelta al estudio acercándome el teléfono a la oreja.

—Fuente.

—Jefe, acabo de pasarle el informe de los bomberos y, como nos temíamos, es de origen provocado —Samuel va directo al grano sin perder el tiempo con premisas y presentaciones, es una de las cosas que le convierten en uno de los pocos sujetos con los que resulta agradable interactuar. O, al menos, no desagradable.

—La confirmación de nuestras sospechas no me anima en absoluto.

—Me lo imagino, pero ya he iniciado una actualización de todo el sistema de seguridad del edificio de apartamentos. Además, he ido más atrás en el archivo de imágenes y parece que cuatro días antes del incendio hubo un fallo en el sistema de ventilación de ese piso —explica.

Inclino la cabeza, atenta a sus palabras, pero no le interrumpo.

—El equipo de mantenimiento habitual, que ya había sido comprobado y verificado durante años, se encargó de ello. Ese día, sin embargo, había un sustituto de uno de los trabajadores, que seguía de baja, y parece ser que se encargó de reparar la avería en el piso donde empezó todo.

—¿Tenemos un nombre?

—Estoy en ello, nunca mira hacia las cámaras y casi siempre mantiene la cara cubierta, como si supiera exactamente cómo evitarlas. Además, los datos que dejó para el reclutamiento fueron robados.

—¿Robados?

—Exactamente. Si hubieran sido falsos, la empresa lo habría descubierto enseguida, ya que utilizan nuestro sistema de verificación, pero pasaron el control de esta manera.

Me acerco a la ventana del estudio, dejando vagar mi mirada sobre la ciudad, ajena y distante de mis problemas, mientras reflexiono sobre lo que acaba de decirme mi colaborador de mayor confianza.

—Eso lo cambia todo —murmuro al cabo de unos segundos.

—Sí —confirma sin ocultar su frustración—. Debe ser alguien que conoce nuestra forma de

trabajar.

Cierro los ojos por un momento en un intento de poner en orden mis pensamientos y suposiciones.

—¿Viste a Don Ciro?

La última vez que se vio por ahí al tesorero de San Francisco, topo del cártel de Ramírez, estaba en Portland y parecía decidido a llegar aquí, a Seattle.

No sabemos si es porque tiene primos lejanos en la zona, porque posee propiedades en Lake Union o, más sencillamente, porque está desesperado y no sabe qué más hacer.

—Ninguna. La vigilancia de los primos y de la casa del lago es constante, aunque hasta ahora no ha dado ningún resultado.

—Y no hubo heridos, sólo daños materiales, ¿correcto? —le pregunto, tratando de evaluar todas las posibilidades y descartando las más improbables.

—Correcto, gracias al sistema de evacuación, nadie resultó herido.

—Así que era una advertencia —concluyo pasándome una mano por la cabeza.

Odio la incertidumbre, no saber de dónde y de quién viene la amenaza.

Dame un ejército al que combatir y saltaré al campo con una sonrisa, dame un enemigo al que derrotar y lucharé con astucia y determinación.

Mi Segundo murmura una incomprensible respuesta afirmativa, mientras yo evalúo cuáles son los siguientes pasos.

—Llevemos los protocolos de seguridad al máximo nivel, reforzando la vigilancia y añadiendo nuevos puntos de control con cámaras. Aumentemos la presencia física de los guardias, al menos hasta que tengamos una idea más clara de la situación. Interroguemos a todos los que interactuaron con este trabajador fantasma y, en aras de la exhaustividad, escuchemos también la versión del trabajador que fue sustituido.

—Entendido. ¿Algo más?

Pienso en el despertar de esta mañana, en lo que ha pasado en la ducha, pero sobre todo en la sensación que he tenido al entrar en el salón.

—Resérvame una nueva sesión lo antes posible.

Sé que puedo hacerlo por mi cuenta, pero Samuel puede explicar detalladamente lo que busco al director de la agencia de acompañantes. Se me pasaría antes de concluir la conversación.

—Sí, jefe —responde ella, incapaz de ocultar la incertidumbre en su voz.

Resoplo, pasándome una mano por la cabeza. *Otra vez*.

—¿Qué pasa?

—Tuviste una sesión hace un mes. Normalmente, pasan al menos tres. ¿Te preocupa algo?

A pesar de mis tendencias antisociales y de ser un gruñón malhumorado, Samuel siempre intenta estar al día de mi estado de ánimo.

Con el tiempo, aprendí a responder a sus preguntas antes de que él las hiciera para ahorrar tiempo y poder dedicarme a actividades más necesarias.

—Me masturbé en la ducha pensando en una niña que tiene más de diez años menos que yo y con la que apenas habré intercambiado cien putas palabras. Cuando llamé a Frank para informarle de lo sucedido y me sugirió que la chiquilla se fuera a un puto hotel, estuve a punto de mandar a la mierda a uno de mis mejores amigos. El fastidio que sentí al ver todas las putas migajas que dejó tiradas por mi casa no me quitó ni un ápice del deseo que tengo de follármela por todas las superficies de este maldito piso, de marcar cada centímetro de ella con mi semilla y de ver cómo su boca se aprieta alrededor de mi polla mientras le follo la garganta. ¿Crees que hay algo de lo que preocuparse?

Sólo el silencio acoge mi respuesta.

—¿Samuel?

—Has maldecido más veces en los sesenta segundos que acaban de pasar que en los últimos cinco años. No creo que haya nada de qué preocuparse, estoy jodidamente seguro de que estamos en Defcon 3. Espera, estoy solicitando una sesión para esta noche a las veintidós, Jefe.

19. CHLOÉ

Casi me pitan los oídos de rabia nublándome la vista, tengo que respirar hondo para no ir a por Romeo y echarle la bronca por su actitud maleducada.

No esperaba una reacción tan vehemente por su parte, sobre todo porque Mariella me lo había presentado como una persona tranquila, sosegada y reservada.

Pff, reservada mi culo.

Supongo que puedo decir que el plan me salió por la culata, ya que mi intención era precisamente provocar una reacción por su parte para iniciar una conversación, ya que lleva ignorándome desde que nos vimos obligados a vivir bajo el mismo techo.

No es que esta casa sea difícil de compartir, teniendo en cuenta las dos plantas que tiene, los cuatro dormitorios con sus respectivos cuartos de baño, la biblioteca, el gimnasio e incluso hay habitaciones en las que aún no he husmeado. En resumen, un palacio moderno en treinta tonos de blanco y gris.

Para no hacer otras cosas de las que pueda arrepentirme, cojo el teléfono de la mesita e inicio la llamada que llevo demasiado tiempo posponiendo.

—Hola, forastero —exclama Mariella sarcásticamente al responder.

—¿De verdad? Hace sólo dos días que no hablamos, me estaba instalando —justifico con una media risita, sin querer contarle lo del incendio para que no se preocupara.

—Entonces, ¿va todo bien? —pregunta mi amigo tras un momento de silencio.

—Claro. He visitado un poco la ciudad y ya he visto algunos sitios bonitos para pasar el fin de semana —miento con los dientes apretados, rezando para que no se dé cuenta.

—Hmm, ¿y qué viste de bueno?

Mierda. ¿Qué he visto?

Intentaré recordar lo que leí en la guía turística de la ciudad antes de mi partida y dispararé un par de nombres al azar.

—Bueno, el Space Needle, Pike Place Market y el museo de historia del arte.

—Vaya, has sido la velocidad del rayo. Todo en tres días, bravo. ¿Y los palos?

Doble mierda. ¿Qué le digo ahora?

La verdad es que no he sacado la nariz de casa desde que llegué, primero para quitarme el jet lag y luego para recuperarme del susto que me llevé durante el incendio.

—Um, ahora no recuerdo los nombres —respondo, entrecerrando los ojos ante la vacilación evidente en mis palabras.

—Claro que es extraño —reflexiona en voz alta.

—¿Qué es lo extraño?

¿Me he traicionado a mí mismo? ¿Se notaba en el tono de mi voz?

—Es extraño que no me dijeras que tenías una doble o hermana gemela que vino contigo a Estados Unidos.

—¿Pero qué...?

¿De qué estás hablando?

—Porque si has estado cerca para ver todas estas cosas, cuando el jefe Fontana le dijo a Frank, y por consiguiente a mi marido, que nunca abandonaste el condominio, debió referirse a otra persona, ¿no?

Triple mierda.

Hincho lentamente la nariz.

—Sólo intentaba no preocuparte —murmuro a media voz.

—Por el amor de Dios, Chloé, la primera noche que estás en un país extranjero, por primera vez en tu vida, te pilla un incendio y acabas viviendo con el Jefe más terrorífico de la Costa Oeste ¿y no se te ocurre llamarme y pedirme que te saque de allí?

—¿Qué? —respondo atónita—. ¿Por qué lo harías? Romeo ha sido un anfitrión impecable hasta este momento, y no me da tanto miedo. Quizá tenga algunas manías con el orden y la limpieza y yo tendría más posibilidades de mantener una conversación con una pared, pero creo que tu apreciación es un poco exagerada.

—¿Exagerada? —replica incrédula—. Chloé, ya lo hemos hablado, pero tengo la sensación de que debo reiterarte que tienes que mantenerte alejada de él. No es como esos chicos con los que sueles salir, ¿cómo te lo digo?

—Oh, lo sé —suspiro, haciendo aire con una mano aunque ella no pueda verme—. Es todo un hombre, ese.

—Jesús —suspira Mariella—. Chloé, por favor, escúchame. Mejor, sal y conoce a alguien.

—Eres una aguafiestas cuando te pones a ello. ¿Tengo que recordarte quién es tu marido? —replico.

—Bueno, por las historias que se oyen sobre Romeo Fontana, mi marido casi parece un monaguillo en comparación.

Me pellizco el puente de la nariz con dos dedos y suspiro suavemente.

Es inútil seguir discutiendo con mi amiga: cuando se propone algo, no hay quien la haga cambiar de opinión.

—De todos modos, puedes estar tranquila, Mari. Quiero decir, no es que le haya estado tirando los tejos descaradamente ni que tenga ningún objetivo en particular, pero parece que ni siquiera me ve, y no voy a ocultar que es un poco frustrante.

Se le escapa una risita.

—Lo entiendo, estás acostumbrada a gustarle a todo el mundo, pero él es diferente. En todos los sentidos —recalca como si no me lo hubiera dicho ya cien veces.

—Bah, por muy diferente que sea, sigue siendo un hombre, pero ya me ha dejado claro que me ve como a una niña pequeña, así que no tengo remedio. Esta noche saldré, me tomaré una copa y me liaré con el primero —me río entre dientes, pensando en lo que haría en casa.

—Eso es, bien. Me gusta mucho más este programa —ella también se ríe antes de volver a ponerse seria—. Te advierto que lo más probable es que el jefe Fontana te asigne un hombre por si acaso.

—Pero... —intento interrumpirla.

—Sin peros. Por aquí, así es como funciona. Por favor, no te opongas, me sentiría mucho más cómoda sabiendo que hay alguien ahí para protegerte. Además, te aseguro que estos hombres saben ser invisibles, no estropearán tus planes —se mofa.

—De acuerdo —concedo—. Si me asigna a alguien, no me quejaré ni intentaré perderlo. Antes de ir a elegir qué ponerme para que todos los chicos de Seattle caigan rendidos a mis pies, ¿cuándo te veo?

Mariella me explicó que los desplazamientos de personas tan altas en la jerarquía de la

organización tienen que planificarse al detalle y que tardarían un tiempo en llegar hasta mí.

Normalmente soy una persona bastante solitaria, así que pasear sola no me asusta, pero dadas las circunstancias, no puedo negar que me encantaría ver una cara amiga.

—Alex está trabajando con Frank para arreglar los últimos detalles, espero llegar la semana que viene a más tardar.

Sus palabras son tranquilizadoras, su tono de voz un poco menos.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Esta vez, le toca suspirar a mi amigo.

—Alex no dice nada, pero sé que le pone nervioso dejar atrás a Frank. Por otro lado, no quiere que me vaya solo con Alexis. Sólo espero que pueda encontrar un compromiso.

—Oye, no quiero causarle problemas a tu familia. Puedo ir a verte, si te parece mejor —propongo.

—Tú no creas problemas —responde ella con firmeza—. Además, quiero venir para ayudarte a instalarte en la ciudad. Por supuesto, más adelante podrías venir con nosotros a Frisco, quizá para Acción de Gracias o Navidad. ¿Qué te parece?

—Con mucho gusto. En cuanto sepa la cantidad de estudio y si puedo seguir el ritmo de todo, podemos hablarlo, ¿eh?

Me encantaría visitar California y conocer a la familia de Mariella, pero tengo que ver si puedo con todo el trabajo que tengo por delante.

Además, estoy aquí con una beca y mi universidad espera resultados.

—Claro. Vamos, ahora te dejo, y asegúrate de divertirte esta noche. *Con cuidado* —recomienda Mariella, pensativa.

—Siempre.

***

Unas horas más tarde, me miro en el espejo y me permito una sonrisa de satisfacción.

Llevo un vestidito negro, sencillo y ajustado, que abraza mis curvas de la forma justa, resaltando mi figura sin ser demasiado atrevido.

El tejido ligero cae suavemente hasta medio muslo, los hombros quedan al descubierto resaltando la piel ambarina. El maquillaje es sencillo, con un brillo natural para resaltar los labios carnosos y una línea de máscara de pestañas para resaltar el color de mis ojos.

Me arreglo un mechón del pelo que decidí dejar suelto detrás de la oreja, una cascada de ondas castañas cae sobre mis hombros y dos sencillos círculos plateados en mis lóbulos reflejan la cálida luz de la lámpara del baño.

Elegí este atuendo con cuidado, quiero causar una buena impresión en mi nueva ciudad y tal vez terminar la noche con un poco de diversión.

De hecho, no he tenido sexo en casi una semana.

Sacudo la cabeza en cuanto mis pensamientos se desvían peligrosamente hacia el casero, porque esos ojos negros provocan algo en mí que no puedo explicar, pero racionalmente sé que Mariella tiene razón y que no tengo ninguna posibilidad con un hombre que me ve como a una niña pequeña.

Dudo sólo un momento cuando recojo mi bolso del escritorio junto a la ventana, no puedo evitar sentir un tinte de excitación y nerviosismo.

Es mi primera salida desde que me mudé a Seattle, y tengo toda la intención de aprovechar al máximo cada momento y vivir la experiencia al máximo.

Quiero explorar los clubes, sumergirme en el vibrante ambiente de la ciudad y, con un poco de suerte, conocer a alguien que haga que la velada sea aún más especial.

Es una pena que Romeo esté fuera de los límites.

Resoplo y vuelvo a sacudir la cabeza, antes de salir de la habitación y dirigirme al salón.

La casa está tranquila, supongo que esta noche tampoco me encontraré con él, pero en cuanto doblo la esquina tengo que volver a pensar.

Romeo está sentado en la isla de la cocina con un vaso de vino en la mano, concentrado en observar algo en su tableta.

No parece darse cuenta de mi llegada y aprovecho para disfrutar de la gloriosa vista que tengo ante mí.

Tiene una expresión concentrada mientras sus dedos afilados trabajan rápidamente en el aparato y las mangas de su camisa oscura remangadas hasta los codos resaltan sus antebrazos que hacen la boca agua.

Por tercera vez en cinco minutos, sacudo la cabeza para ahuyentar los pensamientos de luz roja que mi cerebro está pariendo, y tengo que hacer algo de ruido, porque sus ojos se dirigen hacia mí, divisándome al instante.

Me observa de pies a cabeza, inclinando ligeramente la cabeza y, a medida que prosigue su examen, frunce cada vez más el ceño.

Siento que mis mejillas se calientan bajo su mirada.

¿Quién eres y qué has hecho con la descarada Chloé Bertrand?

—Decidí pasear por la ciudad esta noche, tal vez encontrar algunos lugares interesantes —empiezo con una breve sonrisa—. Mariella me explicó que podrías asignarme a alguien de seguridad, aunque, en mi opinión, no hace falta.

Arquea una ceja, pero no dice nada.

—De todos modos, me parece bien, ¿podrías llamarle ahora o debo esperar? —pregunto dubitativa, porque ¿quién sabe cómo funciona esto?

Como si no le importara nada, se termina el vino, se levanta para meter el vaso en el lavavajillas, se ajusta las mangas de la camisa y coge la chaqueta de uno de los taburetes.

—Estás de suerte, señorita, no tendrás que esperar nada —dice acercándose a mí.

Esta vez, me toca a mí arquear una ceja.

—¿Conoces algún club de la zona o vas a dejar que te lo enseñe yo? —pregunta como si yo no tuviera un enorme interrogante en la cara.

—¿Tú?

—Soy el hombre asignado a tu seguridad para esta noche.

Me quedo con la boca abierta un momento, intentando procesar sus palabras.

—¿Qué?

Se limita a asentir lentamente, y yo le observo, intentando descifrar su mirada.

Hay algo en sus ojos que no puedo identificar, una chispa de algo más profundo.

—Bien, entonces vamos, tú propones el lugar —concedo finalmente con un suspiro—. Pero no creas que me vas a seguir como una sombra todo el tiempo. Pienso divertirme —le advierto señalándole con un dedo.

—No hay problema.

Romeo se dirige hacia la puerta y yo le sigo, sin poder evitar fijarme en sus anchos y poderosos hombros.

Mierda.

En el aparcamiento subterráneo brillan los faros de un deportivo distinto del que me recogió en el aeropuerto, pero igual de encantador y de líneas modernas. No soy un experto, pero este coche huele a dinero desde lejos.

—Vaya, es precioso —comento, acomodándome en el asiento de cuero.

—Es un Bugatti W16 Mistral. Cuatro turbocompresores con una cilindrada de ocho litros y una potencia de mil seiscientos caballos acoplados a una transmisión automática de doble embrague y siete velocidades —explica como si yo pudiera entender siquiera una palabra.

—Como dije, precioso.

Cuando arranca el motor, el coche ronronea y nos conduce por las animadas calles de la ciudad, iluminadas por las luces de las farolas.

—¿Adónde vamos? —pregunto al cabo de un rato, volviendo mi atención al interior de la cabina.

—A *Decadence*, un club en el centro de la ciudad. La clientela es muy buena, así como la oferta de cócteles.

—Genial, aunque no te tomaba por alguien que le gustara la discoteca.

—¿Ah, no? —responde, echándome una rápida mirada, antes de volver a centrar su atención en la carretera.

—Sí —me río entre dientes—. Tú pareces más del tipo de obra clásica y ballet.

—La verdad es que los aprecio mucho. No pongo límites a la diversión.

Dios mío, ¿es una indirecta?

Porque estoy dispuesta a desnudarme aquí y ahora, soy muy flexible incluso para un coche biplaza.

Suspiro profundamente, repitiendo para mí las palabras de Mariella, y me abstengo de replicar con un chiste de luces rojas.

Poco menos de diez minutos después, sin embargo, no puedo evitar exclamar: “¡Mierda!” cuando entramos en el club, que es nada menos que precioso, donde el ambiente es elegante y sexy.

La suave iluminación crea un ambiente íntimo, pero la música electrónica aporta modernidad al local.

Lanzo una mirada a Romeo, ocupado una vez más con su teléfono, y extiendo la mano para que me escuche.

—Nunca encontraremos un sitio para sentarnos.

No puedo entender cómo nos saltamos la cola.

Sacude la cabeza y levanta una comisura de los labios con una sonrisa divertida.

—Sígueme.

20. ROMEO

Salgo en dirección a los reservados VIP de la entreplanta, sin molestarme en comprobar que la niña me sigue, y el guardia de la entrada me deja pasar sin siquiera asentir con la cabeza.

El *Decadence* es el club nocturno de la organización y esta planta está reservada a la música disco.

Las plantas superiores están dedicadas al restaurante italiano y a la discoteca, donde las cosas se ponen mucho más movidas.

Tomamos asiento en una mesita del fondo desde la que podemos ver toda la pista gracias al enorme ventanal, lo que nos ahorra la molestia de la multitud y el ruido excesivo que harían imposible permanecer más de diez minutos.

A partir de aquí, sin embargo, es un caos organizado de luces estroboscópicas y gente moviéndose al compás del bajo de la música que siento vibrar en mis huesos.

Saco el móvil del bolsillo del pantalón, que no ha dejado de sonar desde que le envié a Samuel un mensaje diciéndole que cancelara mi sesión con la acompañante.

Comprendo su preocupación: nunca cambio mi horario y siempre acudo a mis citas.

Dejo el teléfono sobre la mesa y dirijo mi atención a la niña, que contempla el lugar con ojos apreciativos.

—¿Qué tal un Martini, Srta. Bertrand?

Sonríe y asiente, pero noto el momento de vacilación y no me cabe duda de que está acostumbrada a cócteles mucho más comerciales, pero no quiere delatarme.

—Suena genial, ¿qué vas a tomar?

—Lo mismo.

No tengo una bebida favorita, me adapto a la situación en la que me encuentro y ahora necesito algo a sorbos mientras estudio a la persona que tengo delante.

Sólo porque es amiga de la mujer de uno de mis mejores amigos.

Por ninguna otra razón.

—¿Siempre funciona así? —pregunta, moviendo una mano entre nosotros en cuanto la camarera se aleja con nuestro pedido.

—¿Qué?

—Pasear con un guardaespaldas. ¿Estamos juntos o te mantienes al margen? Porque con alguien pegado a nosotros, difícilmente voy a conseguir hacer algo esta noche, *non pas que cela me dérange, au contraire*.

—¿Perdón?

Se encoge de hombros.

—Dije que me estás arruinando la noche.

Mentirosa.

La traducción de lo que dijo es más bien, *no es que me moleste, al contrario.*

Pero no le voy a decir que domino siete lenguas extranjeras, incluido el francés.

—¿Y qué te gustaría concluir en particular, Srta. Bertrand?

Pone los ojos en blanco exasperada por mi cumplimiento de la formalidad.

—Por Dios, viviremos juntos quién sabe cuánto tiempo, me llamo Chloé.

Arqueo una ceja, decidido a mantener la distancia entre nosotros y a no decirle que podría alojarla en otro piso esta misma noche.

—Por favor —insiste, mirándome con dos grandes ojos de cachorro, en cuyo fondo veo una luz que me cuesta enmarcar.

Suspiro lentamente al pensar en lo que supondrá el alejamiento, y no puedo negar que siento un hilo de inesperada preocupación.

—De acuerdo —concedo finalmente.

La camarera vuelve con nuestras bebidas y mi anfitriona se abalanza sobre ellas como una sedienta en el Gran Cañón.

—Guau, esto está delicioso —exclama cuando lo prueba—. Un equilibrio perfecto de sabores en la lengua.

Y tengo que centrarme en la próxima inversión inmobiliaria que planeo hacer para no tener que pensar en lo que le haría probar en la lengua.

—Ahora, para responder a tu pregunta, me gustaría bailar y divertirme con alguien. Ya sabes, no sólo los hombres tienen ciertas necesidades —concluye, guiñándome un ojo.

Casi me atraganto con mi martini ante sus desvergonzadas palabras y la observo con renovada atención.

No estoy acostumbrado a que las mujeres sean tan rápidas cuando se trata de encuentros casuales.

Es cierto que en la organización, las hijas mujeres crecen en un entorno extremadamente protegido, por no decir intolerante, hasta que alcanzan la mayoría de edad o hasta que se desposan.

En el mundo real, sin embargo, funciona de otra manera y tú, en mi mundo de orden y reglas, eres un soplo de aire fresco.

Tal vez más de un tornado.

Extiendo un brazo hacia la pista que tenemos debajo.

—No estorbaré en tu *noche* —digo con sorna, pues una parte de mí siente curiosidad por verla trabajar—. Me quedaré aquí e intervendré sólo en caso de peligro.

—Oh, ¿no bailas?

La insinuación de decepción en su voz me conmueve por dentro, pero no pierdo el tiempo analizándola.

—No, Chloé, yo no bailo.

Acabaría más que pegado a ti.

Sin más preámbulos, engulle de un trago lo que hay en su vaso, como si buscara valor líquido, y luego me clava una mirada firme.

—Bueno, me voy entonces.

—Asiente con la cabeza si me necesitas —respondo impasible, sin embargo, cuando se da la vuelta y se dirige a las escaleras, levanto dos dedos en dirección al guardia de la entrada de los privados y éste se apresura a asignarle dos hombres de seguridad que se situarán cerca de ella en la pasarela dejándole espacio para moverse sin tener extraños encima.

Libre, pero no solo.

Aprovecho el momento de soledad para volver a llamar a mi Segundo, que me está reventando el teléfono con llamadas y mensajes alarmados.

—¿Qué pasa? —le pregunto en cuanto acepta la llamada.

—¿Qué pasa, me preguntas? —responde, goteando un sarcasmo que a otros no se les perdonaría—. Te conozco desde hace diez putos años y nunca, y subrayo nunca, ha ocurrido que faltaras a una cita o cambiaras de planes. Así que te pregunto qué coño está pasando, jefe.

—Lo hemos hablado muchas veces, no hace falta utilizar un lenguaje tan soez. De hecho, es posible expresar los mismos conceptos manteniendo un registro más elegante y más propio de hombres educados como nosotros —respondo tratando de ganar tiempo, pero cuando guarda silencio, sé que no me libraré tan fácilmente e intento un desvío—. Sin embargo, para satisfacer tu morbosa curiosidad sobre mi vida privada, he tenido un contratiempo.

—Si quieres saber mi opinión...

—No me importa —intento interrumpirle.

En vano.

—Tomar martinis con la Srta. Bertrand parece más una cita que un acontecimiento inesperado.

Miro a mi alrededor intentando localizar a ese entrometido de mi Segundo, impresionado de que haya salido de su *cueva* por una vez, entonces me doy cuenta.

Las cámaras de vigilancia.

—El morbo de tus acciones empieza a ser preocupante, *Sam*.

Odia que le llamen así, pero en este momento me siento tan rencoroso como mi amigo Leonardo, que me apodó Romy para mi disgusto.

—Buen intento, Jefe, pero fallido. Ahora, ¿quieres explicarme qué está pasando?

—Como a ti te gusta señalar a menudo, yo soy el Jefe y no tengo por qué dar explicaciones a nadie. Sin embargo, soy un hombre generoso y te diré que, sencillamente, la niña decidió en el último momento salir y pensé que la mejor opción era acompañarla yo mismo sin incomodar a los demás.

—¿A los demás? ¿Como Tony y Marcello, que prácticamente viven dos pisos por debajo de ti y están disponibles las veinticuatro horas del día, siete días a la semana?

—Así lo he decidido, ¿alguna objeción? —replico.

Suelta una risita, consciente de que se ha visto acorralado.

—Claro que no, sólo quería decirte que te entiendo.

Frunzo el ceño, confundido.

¿De qué habla ahora?

—Explícate.

—Con esas tetas y ese culo de escándalo, yo también lo habría decidido.

Su comentario hace que apriete la mandíbula hasta el punto de que casi oigo el castañeteo de mis dientes.

—Vuelve a meter tu lengua, imbécil —mi mirada se desvía hacia la cámara más cercana mientras le oigo reír encantado—. Lo digo en serio.

Samuel no contesta y aprovecho para observarla embelesada con la música.

Su cuerpo es puro pecado con ese vestido ajustado que lleva y su cara provoca varios pensamientos impuros en mi mente racional.

Y eso me preocupa, porque eso nunca ocurre.

Con ella, sin embargo, el cuerpo parece reaccionar sin tener en cuenta la parte más lógica de mi cerebro.

Observo cada uno de sus movimientos, la forma en que agita las manos sobre la cabeza al compás del bajo, las sonrisas que dispensa a los hombres y mujeres que bailan a su alrededor, mantiene los ojos casi siempre cerrados o semicerrados como si quisiera alejarse de su entorno, como si mirara a todo el mundo pero no viera a nadie.

¿Cuál es su historia?

Esta es la pregunta que me hice cuando leí por primera vez su expediente, luego la descarté por superflua hasta que la conocí en persona y vi algo en sus ojos que aún no he podido identificar.

Sin embargo, sé leer muy bien a las personas, puedo interpretar sus acciones y anticiparme a sus movimientos.

Con ella, no puedo.

Y ni siquiera debería interesarme poder hacerlo.

No es más que una invitada temporal a la que pronto encontraré un nuevo hogar, me olvidaré de su existencia y volveré a mi vida tranquila.

—Está claro que a la chica le gusta que la miren, si no, no lo habría expuesto todo así —insiste, devolviéndome la atención a la conversación.

Tiene razón, y eso me molesta más de lo que quiero admitir.

Tengo ganas de ir a verla y ordenarle que se ponga mi chaqueta.

—Deja de babear sobre ella, pervertido. Es una niña, joder.

—Bueno, tu novia se mueve bien.

Se me escapa un medio gruñido.

—Ella no es mi novia.

Samuel vuelve a reír, más fuerte que antes.

—Dios, hombre, nunca pensé que presenciaría este momento. Estás mostrando posesividad hacia una mujer, ¿te has dado cuenta?

Claro que sí, y ese es el maldito problema.

—Basta, ¿vale?

Me paso una mano por la cabeza, frustrado.

¿Qué demonios me pasa?

—¿Cuánto sabes de ella? —pregunta, poniéndose serio tras un momento de silencio.

—Todo lo que necesitas saber, lo investigué exhaustivamente en cuanto Frank me pidió que te acogiera en la ciudad.

La música cambia de ritmo y ella empieza a menear más las caderas y ese maldito vestido apenas le cubre el trasero, tan redondo y firme que parece listo para ser estrujado o mordido.

Con mucho gusto haría las dos cosas.

No, no lo haría porque soy once años mayor que ella.

Me llevo una mano a los pantalones y me recompongo, porque puede que sea racional, pero no estoy muerto.

—¿Dónde se aloja?

Y aquí está la pregunta que esperaba que no hicieras.

Nunca he traído a ninguna mujer a mi casa, la única que tiene acceso a ella es mi criada cuatro veces por semana en momentos en los que yo no estoy.

Y se pueden contar con los dedos de una mano las veces que he recibido visitas.

Suelo recibir a empleados y socios aquí en *Decadence*, eligiendo entre el restaurante o el club de striptease según los gustos de mis invitados.

Hablando de socios, tengo que llamar a Giovanni Rossetti para...

Samuel se aclara la garganta, trayéndome de vuelta a nuestra llamada telefónica.

Y a la respuesta que espera.

—En mi casa —murmuro con la boca entreabierta.

—Creo que hay interferencias en la línea, ¿puedes repetirlo?

Qué imbécil.

Sé lo que hace, podría hacer valer mi posición, pero soy superior.

—He dicho que se queda en mi casa. ¿Alguna objeción?

Samuel ríe divertido.

—No, Jefe, absolutamente no.

Pongo los ojos en blanco esperando su siguiente flecha, que no llega.

—Uh-oh, las cosas están a punto de ponerse feas —dice en su lugar, y mis ojos se desvían hacia la pasarela justo cuando un tipo, que debe tener ganas de morir, se acerca a ella por detrás y le roza el vientre.

Inmediatamente siento una sensación de ardor que irradia entre mis costillas y se extiende hasta la punta de mis manos. No es tan familiar como la ira, pero es igual de intensa.

¿Qué demonios es eso?

—Estoy bastante seguro de que son celos.

Las palabras de mi Segundo me devuelven al presente y me doy cuenta de que he dado voz a mis pensamientos.

—No estoy celoso.

—Lo que usted diga, Jefe.

El sarcasmo es sutil en su voz, pero decido dejarlo pasar.

—Es libre de bailar, hablar y hacer lo que le dé la gana con quien le dé la gana —insisto, aunque ya no sé a quién intento convencer.

Mientras tanto, en la pista de baile, Chloé mueve la cabeza indicando al chico que no la toque, y él insiste agarrándola por las caderas.

Ese solo movimiento basta para desencadenar una oleada de adrenalina en mis venas, y estoy listo para matar.

Que me parta un rayo si me quedo aquí viendo cómo un imbécil la toca así contra su voluntad.

Sus manos se deslizan alrededor de su esbelta cintura, pero ella intenta liberarse antes de que él vuelva a agarrarla.

Los hombres de guardia saben que sólo deben intervenir en caso de peligro extremo, pero yo no espero a llegar y bajo las escaleras casi volando, sin perderlos de vista.

La multitud se abre a mi paso, quizá porque saben quién soy, quizá porque mi expresión grita asesinato.

Llego hasta detrás del imbécil y lo agarro por el cuello de la camisa, apartándolo bruscamente de la chica.

—¿Qué coño haces, imbécil? —le gruño.

Se tambalea, cae al suelo y me lanza una mirada asesina mientras se pone en pie y carga contra mí.

Por el rabillo del ojo, veo a mis hombres chasquear, pero les hago un gesto con la cabeza y se quedan inmóviles.

Encuentro el equilibrio anclando los pies al suelo, aprieto los abdominales y espero el golpe, pero cuando llega, contraataco con puñetazos y rodillazos.

Alguien grita a nuestro alrededor, mis hombres espantan a los curiosos e intentan intervenir para separarnos.

El imbécil tiene la cara ensangrentada y la respiración entrecortada, yo estoy plácido y sin un pelo fuera de lugar, salvo mis nudillos sucios.

De su sangre.

Cuando mis chicos se lo llevan, me giro y agarro a la niña por la muñeca, arrastrándola detrás

de mí e ignorando sus excitadas protestas.

—¿Qué demonios estás haciendo? —me grita cuando volvemos a nuestra habitación privada.

—¿Qué demonios hago? —replico furioso—. Ese imbécil te ha tocado y era obvio que no querías. ¿Qué se supone que tenía que hacer?

—Puedo cuidarme sola, cavernícola. No había necesidad de actuar así.

—Claro que sí, sobre todo si te vistes... así.

—Cómo me vista no es asunto tuyo —replica enojada.

Tiene razón, no es asunto mío, pero estoy demasiado ido para recurrir a mi extrema racionalidad, me quito la chaqueta y se la doy.

—Póntela.

La petición parece más bien una orden y tengo que reprimir una mueca, porque ya sé cuál va a ser su reacción.

—¡No! —me grita, mientras su ira refleja la mía.

—No me provoques, pequeña.

—Me llamo Chloé, no pequeña.

—No me presiones, Chloé —insisto—. No ahora que estoy preparado para alcanzar a ese imbécil y acabar con él— respondo con sinceridad, con la adrenalina aun bombeando a toda potencia por mis venas.

Ella jadea y abre los ojos, luego me pone la chaqueta y yo vuelvo a respirar, pero cuando inclina la cabeza murmura algo que no entiendo.

—¿Qué has dicho, Chloé?

—Que eres un imbécil y que quiero irme a casa. *Ahora.*

Su furiosa respuesta viene acompañada de una mirada ardiente que, en otras circunstancias, se apagaría en el dormitorio.

Me acerco a ella, estamos casi cara a cara, y sus ojos se clavan en mi boca.

Sé lo que está pensando, y lo peor es que yo también lo he estado pensando toda la noche.

Sería tan fácil poner mis labios sobre los suyos, reclamar su boca y hacerla mía en medio de la discoteca, está tan en racha que me dejaría hacerlo, pero no dejaría que nadie la viera así.

Cierro los ojos y respiro profundamente.

Uno, dos, tres...

Expulso el aire.

Cuatro, cinco, seis...

Soy el Jefe y nunca pierdo la paciencia.

Siete, ocho, nueve...

La lógica vuelve a guiar mis acciones.

—Vamos a casa.

21. CHLOÉ

Cojo el teléfono de la mesilla, compruebo las notificaciones y lo vuelvo a colocar en su sitio.

Desvío la mirada hacia la ventana y reflexiono sobre qué ponerme hoy, luego resoplo, consciente de que sólo estoy posponiendo lo inevitable.

Me revuelvo en la cama para mirar la puerta con el ceño fruncido, preocupada, y no sé si estoy preparada para salir y enfrentarme al hombre que me trató como a una niña indefensa.

No he estado indefensa durante tanto tiempo...

Ha pasado casi una semana desde la pelea de la discoteca y nos hemos vuelto muy buenos evitándonos: él sale de casa antes de que yo me levante y sólo vuelve cuando me acuesto.

De hecho, permanezco a la escucha, esperando que la puerta se abra y se cierre y sus pasos lentos pero decididos en el pasillo.

Hoy no será así, nos veremos obligados a interactuar, y sólo espero poder comportarme con indiferencia ante esos labios que habría mordido hace unas noches.

Deja de pensar en ello.

Más bien debo centrarme en el hecho de que por fin volveré a ver a mi amiga, porque Mariella vendrá a visitarme acompañada de su marido y Alexis, y estoy impaciente por abrazar a mi dulce nieta política. La he visto crecer a través de fotos y videollamadas, pero conocerla en persona será otra historia.

Suelto un profundo suspiro, salgo de la cama y, tras una ducha más lenta de lo habitual, me preparo para el día dirigiéndome al salón con la cabeza alta y la espalda recta.

Me sorprende encontrarlo sentado en la isla de la cocina con una taza de café al lado y un periódico delante, mis ojos traicioneros se clavan en su boca carnosa y mis pasos vacilan.

Sacudo la cabeza, decidida a calmarme, y me aclaro la garganta.

—Buenos días, Romeo.

—Buenos días, Chloé —me saluda sin apartar los ojos del papel, mientras yo suelto un suspiro de alivio por no haber vuelto a la formalidad—. Alex y Mariella aterrizaron hace veinte minutos y ya están en el coche, he hecho gestiones en la puerta para que suban directamente. Deberían estar aquí en... —hace una pausa, mirando el reloj que lleva en la muñeca—, no más de doce minutos.

Ni diez ni quince, sólo doce.

Si él lo dice.

—Bueno, gracias por la información.

No sé qué hacer y él no parece interesado en una conversación, así que me sirvo un vaso de agua y me muevo por el espacio abierto, fingiendo poner orden en una casa ya maniáticamente ordenada.

Exactamente doce minutos después, suena su teléfono y me giro para mirarle, todavía concentrada en ese maldito periódico.

—Están aquí, están subiendo al ascensor ahora mismo —dice y, un momento después, frunce el ceño—. Lo siento, tengo que coger esta llamada. ¿Puedes recibirlos?

Asiento con la cabeza, pero él ya se dirige a paso ligero a su despacho.

Me encojo de hombros, miro a mi alrededor por última vez e intento relajarme un poco, porque parezco un resorte a punto de romperse y no quiero preocupar a mi amiga, que me conoce como la palma de su mano.

Llamaron a la puerta y casi corrí a abrirla de un tirón, encontré a Mariella al otro lado con una sonrisa radiante, di un gritito y me lancé sobre ella para darle un abrazo abrumador.

Ha pasado demasiado tiempo desde la última vez que nos vimos.

—¡Chloé, estás estupenda! —exclama mi amiga—. Estados Unidos te sienta bien.

—Gracias, Mari. Estás más guapa de lo que recordaba, debe ser el efecto de la maternidad —le respondo—. O el buen sexo que tienes con tu marido —le susurro al oído para que nadie más me oiga.

Su risa cristalina llena el aire y desvío la mirada hacia Alex, que sostiene en brazos a la hermosa Alexis y me la entrega con una sonrisa.

—Es maravillosa —suspiro mientras se me nublan los ojos y ella suelta una risita. Es emocionante tener en mis brazos a esta niña que he visto crecer en el vientre de su madre y que ahora tiene un año—. Ven, siéntate, Romeo ha tenido que coger una llamada, parecía importante —le digo en cuanto consigo recuperarme de la emoción que me embarga, devolviendo la niña a su papá.

Mariella mira a su alrededor y parece impresionada, Alex me observa con curiosidad mientras me dirijo al enorme sofá.

—Es una casa preciosa, nunca había estado allí —dice Mariella.

—Yo tampoco —murmura Alex, casi pensativo.

—Bueno, desde luego no me voy a acostumbrar —explico con una risita que espero que suene nerviosa sólo para mis propios oídos—. Me alojaba en un piso unos cuantos pisos más abajo pero, después del incendio que hubo allí, estamos esperando a que arreglen algunas cosas para poder volver a mudarme y devolverle a Romeo la intimidad de su propia casa.

Noto que Alex arquea una ceja.

—¿Qué cosas?

—Repintar algunas paredes del pasillo del condominio, sustituir algunas ventanas rotas y, sobre todo, volver a comprobar el sistema de alarma contra incendios y de vigilancia —explica Romeo, uniéndose a nosotros y saludando a Alex con un apretón de manos y a Mariella con un beso perfecto ante el que no puedo evitar poner los ojos en blanco.

—*Est-il du 19ème siècle?* —resoplo.

¿Es del siglo XIX?

—¿Qué? —pregunta Romeo por encima de mi hombro.

—Dijo que eras muy educado —interrumpe Mariella, lanzándome una mirada sucia que sólo yo puedo ver—. Entonces, ¿cómo te va en Seattle?

—Bueno, se podría decir que aún no he empezado a experimentarlo del todo, pero doy largos paseos por el centro de la ciudad y, aunque todo es diferente a lo que estaba acostumbrada, me gusta mucho. Además, el tiempo no es tan malo como todo el mundo dice.

—Verás que pronto te acostumbras y, cuando empiecen las clases, harás nuevos amigos con los que pasar el rato —leo entre líneas y contengo una sonrisa—. Hoy he pensado enseñarte algunos de los sitios a los que solía ir cuando visitaba a mi prima Klaudia.

Aplaudo emocionada ante la idea de ver algo nuevo de esta ciudad.

—¿Quién es tu acompañante? —pregunta Alex a Romeo.

—Romeo me acompañó a la discoteca y en mis paseos —respondo en lugar del anfitrión,

haciendo que los ojos de Mariella se abran de par en par mientras veo pasar una mirada extraña entre los dos hombres.

—Tony se encargará hoy —explica, impasible como siempre—. Quería enseñarte algunas cosas del trabajo, Lia, mi criada, puede ocuparse de Alexis, si te parece bien.

Pasa un largo momento de entendimiento entre los dos amigos, finalmente Alex asiente y mira a su mujer.

—Ve a divertirte, nosotros nos quedaremos en casa aburriéndonos —le dice, guiñándole un ojo.

Mi amiga suelta una risita y, poco después, salimos de casa y nos dirigimos al centro de la ciudad.

Mariella me lleva a ver el Pike Place Market, uno de los mercados más famosos de Seattle, un lugar bullicioso y animado incluso a media mañana, lleno de coloridos puestos de fruta fresca, verduras, flores y artesanía.

Paseamos entre los puestos, poniéndonos al día de las noticias de nuestras vidas y probando trocitos de queso y fruta que nos ofrecen aquí y allá.

Tras el mercado y un almuerzo rápido, le toca el turno a la Aguja Espacial. Mariella insiste en subir a la cima para disfrutar de la vista panorámica y, a pesar de mi no tan ligero miedo a las alturas, acepto. La vista es impresionante. Desde allí arriba, Seattle se ve como luces y rascacielos que se extienden hasta el horizonte.

—Impresionante —comento asombrada.

—Te lo dije —responde ella—. Es uno de los mejores miradores de la ciudad, no te lo podías perder.

Pasamos el resto de la tarde explorando, visitando el Museo de la Cultura Pop y el Chihuly Garden and Glass. Mariella los conoce bien y me cuenta divertidos episodios de cuando era apenas una adolescente.

Tony nunca va lo suficientemente lejos, sin embargo, sé que mi amigo está temblando para acribillarme a preguntas.

Hacia el atardecer, paramos en un pequeño café cerca del lago Union, pedimos dos tés helados y nos sentamos junto a una de las ventanas que dan al lago, mientras Tony se queda en la entrada.

—Escúpelo —le digo en cuanto nos quedamos solos.

Se echa a reír un momento, pero enseguida vuelve a ponerse seria y me acribilla a preguntas:

—Ah, no, aquí eres tú la que tiene que empezar a hablar. ¿Qué demonios pasa entre ustedes? ¿Qué es eso de que se van a vivir juntos? ¿Por qué no están en su propio piso? Además, ¿te acompaña?

Levanto las manos delante de mí y sacudo la cabeza ante el aluvión de preguntas.

—Oh, más despacio. No pasa nada en absoluto, no vivimos juntos, sólo soy una invitada temporal hasta que, como también me ha explicado, mi piso vuelva a ser habitable. ¿Y qué tiene de extraño que sea mi acompañante?

Las cejas de Mariella casi le llegan a la línea del pelo, luego mira a su alrededor, se inclina sobre la mesa y baja la voz:

—Él es el Jefe de esta ciudad, Chloé. Sé que no estás familiarizada con el funcionamiento de la organización, pero *es* a *él* a quien escoltan, no al revés. Por no hablar de que, con todas las propiedades que tiene, podría haberte encontrado un piso en el que alojarte la noche del incendio. Por algo le llaman el Emperador —concluye resoplando.

Abro la boca y la vuelvo a cerrar sin saber muy bien qué decir.

—¿El Emperador? —pregunto frunciendo el ceño.

—Es el apodo que le pusieron cuando tomó el relevo de su primo y expandió su territorio tan al sur como Portland y tan al norte como la frontera canadiense, triplicando los ingresos de la organización mediante inversiones inmobiliarias y financieras. Por cierto, es el Jefe con el mayor territorio de la Costa Oeste —explica mi amiga, moviendo las cejas como si yo debiera saber a qué se refiere. Además, mi cerebro sigue una línea de pensamiento propia.

—Me alegro de que Romeo no me dejara tirada en algún sitio esa misma noche, necesitaba no estar sola después del susto que me llevé —suelto al final de mi razonamiento.

El verdadero problema es que no sé cómo reaccionaría si lo hiciera ahora.

Pero no se lo digo a mi amiga, que me mira como si me hubiera salido una segunda cabeza.

—Cariño, sabes que te quiero, ¿verdad?

Asiento con la cabeza y espero a ver adónde quiere llegar, aunque ya tengo media idea.

—Pero lo que te dije las otras veces sigue siendo cierto: no te involucres con él, son dos mundos completamente separados y él nunca podría formar parte del tuyo sin moldearlo a su gusto. Y tú no podrías adaptarte al suyo sin sufrir. Así que, déjalo.

Respiro hondo, porque estamos hablando mucho de algo que no existe en absoluto.

—Ya te he dicho que puedes estar tranquila, ni siquiera me ve. Sólo está siendo amable, probablemente por su amistad con tu cuñado y tu marido.

—Hmm, sí —asiente Mariella, aunque parece poco convencida—. ¿Ya te has informado sobre las clases que tomarás en la universidad?

Agradezco el cambio de tema y le explico lo que he aprendido navegando por la web de la universidad, lo que da lugar a una conversación mucho más ligera.

Poco después, el móvil de mi amiga recibe una notificación y sonríe.

—Quiero presentarte a alguien —dice antes de girarse hacia la entrada del club.

Sigo la trayectoria de su mirada y veo entrar a una chica de pelo largo y negro, de más o menos nuestra edad, que nos mira sonriendo.

—Hola, Klaudia, ¿cómo estás? —la saludó Mariella mientras se levantaba y la abrazaba brevemente—. Gracias por venir, quería presentarte a mi amiga Chloé, que es de Francia y está en Seattle con una beca en la Universidad de Washington.

Le devuelve el abrazo a su prima y me tiende la mano.

—Hola, Chloé, me alegro mucho de conocerte.

—Klaudia es mi prima, vive aquí en la ciudad y pensé en juntarlos para que pasaran un rato juntos —explica Mariella mientras yo le devuelvo el apretón y sonrío.

Invitamos a la recién llegada a sentarse con nosotros y, después de pedir té helado para ella también, reanudamos la charla sobre actividades que hacer en la ciudad y cuáles son los mejores sitios a los que ir.

Pasamos una hora hablando de nosotros, de nuestras pasiones, y me siento muy feliz de tener tanto en común con ella.

De vez en cuando, noto que Mariella sonríe y asiente con la cabeza, como si esperara que me llevara bien con su primo y estuviera satisfecha con el resultado.

Cuando llegó la hora de volver a casa, Klaudia y yo intercambiamos números y ella prometió organizar una cita para la semana siguiente.

—Gracias por todo —le digo mientras nos dirigimos a la salida de la cafetería.

—De nada —responde sonriendo—. Y eso es sólo el principio. Bienvenida a Seattle, Chloé.

Cuando Mariella y yo subimos al coche para volver a casa, mi corazón se siente ligero y no puedo contener una sonrisa.

Sé que habrá momentos difíciles y retos que afrontar en esta nueva aventura en el extranjero, pero con amigas como Mariella, Manon y Klaudia, me siento preparada para lo que me depare el futuro.

22. ROMEO

—No quiero oír ningún comentario —digo con firmeza mientras la puerta se cierra detrás de Mariella y Chloé.

Alex simplemente se da la vuelta con su hija en brazos y arquea una ceja.

—¿Me concede su señoría un reflejo?

Pongo los ojos en blanco, enfadado, y vuelvo a la cocina, porque necesito otra taza de café, aunque ahora mismo me vendría bien una infusión de manzanilla.

Por suerte, Lia acude a mi rescate y viene a buscar a la pequeña Alexis, para la que he habilitado una zona de juegos en la biblioteca para que pueda relajarse y divertirse mientras su padre y yo hablamos de negocios.

Aprovecho que no estoy bajo la atenta mirada de Alex para enviarle un mensaje de texto a Tony y decirle que me informe de la situación de las chicas cada treinta minutos.

Sólo verán a Tony, pero me aseguré de que tengan al menos otros seis guardias cerca.

Además, Mariella es mi invitada en la ciudad.

Cuando estamos solos, Alex se reúne conmigo en la isla de la cocina y se queda mirándome.

Siempre he sido un campeón en la lucha de miradas, pero hoy soy consciente de que estoy en falta y puedo elegir el camino corto y explícito o el más largo en el que mi amiga me desgastará con miradas, cejas levantadas y risitas mal disimuladas.

—Habla —le invito al final.

—¿Tu casa?

—El piso que le había asignado corría peligro de incendiarse y le di mi palabra a Frank de que cuidaría de esa niña, ya sabes que me tomo muy en serio mis responsabilidades.

—Me temo que tengo amnesia repentina, recuérdame cuántas propiedades tienes.

—¿En general o en Seattle? —respondo.

Suelta una media risita.

—Quedémonos en la ciudad.

—Unos diez pisos en este edificio, tres áticos en el centro además de éste, dos chalés cerca del lago.

Alex levanta una comisura de los labios y me doy cuenta de que no ha mordido el anzuelo.

—¿Y qué hay de las propiedades de la organización?

—Tres bloques de pisos que suman unos setenta pisos, pero... —Levanto una mano mientras intenta hablar—. Muchos de ellos están asignados a los Hombres de Honor y sus familias. Además, la niña es mi huésped personal, no de la organización.

—Ya veo. ¿Por eso la acompañas?

—No lo hagas parecer una costumbre, sólo ha ocurrido un par de veces.

—Bien. ¿Y cuántas veces en tu vida has escoltado personalmente a alguien desde que eres el Jefe?

Acaba de acorralarme.

—Ninguna —respondo, expulsando lentamente el aire por la nariz.

—Dime, hombre, ¿hay algo de lo que quieras hablar?

Sacudo la cabeza y le miro mal.

Suspira descaradamente.

—Qué lástima. Esperaba que pudiera satisfacer mi curiosidad y, en cambio, me quedaré con la duda. Piensa en lo que pasaría si se me escapara algo de este asunto con el querido Leonardo.

Un escalofrío me recorre la espalda.

Si Leo se enterara de cómo me comporto con la chica, sacaría inmediatamente conclusiones erróneas y yo no oiría el final de sus burlas.

—¿Qué quieres? ¿Dinero, favores?

Alex se echa a reír a carcajadas como si yo acabara de hacer un chiste. Yo, sin embargo, hablo muy en serio.

—Viejo, debes estar muy mal si vienes a proponerme cosas así.

Entrecierro los ojos, diciéndole que no me gusta el tono de la conversación, y él intenta recomponerse.

—Por mucho que te cueste procesar el concepto, los amigos guardan secretos sin necesidad de sobornos ni nada, aunque me encantaría ver a Leo dándote la lata porque estás colado por una niña —concluye, riendo de nuevo.

—No estoy enamorada —replico con seriedad.

Ni siquiera sé cómo conseguir una, me enseñaron que las mujeres se utilizan para desahogar una necesidad primaria o para reproducirse. Ciertamente, no me interesa reproducir el ADN de las Fuentes, así que a lo largo de los años las he utilizado por una sola razón.

Nunca dije que fuera un buen hombre.

—Dios, suenas como yo cuando intentaba alejarme de Mariella —se acerca para darme una palmada en la espalda—. Míralo por el lado bueno, al menos es mayor de edad.

—¿Quieres parar? Tengo treinta y dos años, imagínate si puedo interesarme por una niña apenas mayor de edad —*cómo me gustaría que la parte lógica de mí hiciera que la parte irracional de mi cerebro también asimilara el concepto*—. Y en fin, quería hablarte de una información que he recibido referente al incendio y a don Ciro.

Alex me lanza una mirada larga y seria antes de asentir y volver al modo de trabajo.

—Cambio de tema acordado, por ahora. ¿Crees que Don Ciro tuvo algo que ver con el incendio?

—No lo creo, lo sé con seguridad. El trabajador que fue sustituido fue encontrado en su piso con un tiro en la nuca, y el tipo que ocupó su lugar fue identificado como uno de los secuaces del Tesorero. Así que está en alguna parte de la ciudad e intenta enviarme un mensaje.

—¿Qué tipo de mensaje? —pregunta frunciendo el ceño.

—Todavía no lo tengo claro, pero hemos perdido dos cargamentos procedentes de Colombia, y Samuel acaba de informarme de que un cargamento de armas destinado a nuestros aliados rusos ha sido incautado frente a la costa.

Alex se pellizca el puente de la nariz entre el pulgar y el índice, negando con la cabeza.

—Mierda, ¿estás diciendo que ese baboso hijo de puta intenta quemar nuestras alianzas?

—No lo habría dicho exactamente así, pero sí, tendría sentido. Si sigue trabajando con el cártel, debilitar nuestras alianzas nos haría más vulnerables a los ataques.

—Y sabe cómo hacerlo, ya que conoce todos nuestros procedimientos —murmura mi amigo.

—Sí, he cambiado todos los procedimientos de seguridad de la ciudad y estoy haciendo que limpien nuestros depósitos y lugares de almacenamiento, mientras Samuel busca nuevos puntos de apoyo. Tenemos que dejar obsoleto todo lo que sabe de nosotros, es la única forma de

neutralizarle.

—Además de encontrarlo y matarlo.

—Aparte de eso, sí —confirmo mientras las ganas de matar y torturar afloran en mi interior y sonrío lentamente—. Por ahora, tendremos que encargarnos de su secuaz.

La mirada de Alex se volvió de repente interesada.

—¿Lo has pillado?

Asiento lentamente.

—Samuel utilizó el programa de reconocimiento, el que yo usé para averiguar quién era Ángela, por así decirlo, y nos condujo a un piso en las afueras del norte de la ciudad. Esperaba encontrar allí también a Don Ciro, sin embargo parece que nunca estuvo, sigue escondido en algún agujero.

—Bueno, lo sacaremos de cualquier cloaca en la que se haya estado escondiendo. Por ahora, dejemos que su hombre hable, ¿de acuerdo?

—No puedo esperar.

Horas después, en un almacén a las afueras de la ciudad, Alex y yo vemos cómo dos de mis mejores hombres interrogan al hombre de Don Ciro mientras éste intenta resistirse enérgicamente.

—Díganos lo que sabe y haremos que todo sea rápido e indoloro —aseguran.

—Podemos dormirte como a un bebé si nos das la información que queremos —prometen.

Pero el prisionero parece indiferente a todo, incluso al dolor.

Yo, en cambio, cuanto más le miro, más cavilo sobre lo que hizo, porque puede que no fuera el cerebro del incendio, pero fue el brazo que puso en peligro a mis inquilinos, a mis hombres alojados en ese piso y a la pequeña.

Cristo, veo rojo.

Nunca he sentido tanta rabia, la mía siempre ha sido fría y controlada, pero lo que siento ahora mismo quema como el infierno y me dan ganas de romper algo, sobre todo el cráneo del imbécil que tengo delante.

Recupero el teléfono que vibra en el bolsillo de mi pantalón y respondo a la llamada de Samuel.

—¿Qué?

—Para un hombre de su edad que permanece quieto unos diez minutos, es peculiar que tenga ciento treinta y cinco pulsaciones por minuto.

Suspiro lentamente mientras echo un vistazo a las cámaras del almacén y hago un gesto con la cabeza a Alex para indicarle que me alejo.

—Lo que es realmente peculiar —murmuro intentando que no me oigan los demás presentes —es tu nivel de acoso que está alcanzando cotas nunca vistas. ¿Qué demonios se te ocurre hackear mi smartwatch para comprobar mis pulsaciones?

—Oh, perdóname por preocuparme por alguien que siempre se ha comportado como Glacier Lambert y desde hace unas semanas se comporta como Mauna Loa.

La comparación primero con el glaciar más grande del mundo y luego con el volcán hawaiano activo provoca una carcajada gutural que hace que los presentes se den la vuelta y silencien a mi interlocutor.

—Y ahora te estás riendo. Jesús, es más serio de lo que me temía.

En cuanto me encuentro con la mirada atónita de Alex, me recompongo y me aclaro la garganta.

—Me río de tus comparaciones idiotas, y no hay nada de qué preocuparse. Mi pulso aumentó

porque pensaba en el peligro que corrían los inquilinos por culpa de este imbécil.

—Por supuesto. Entonces, ¿la Srta. Bertrand no tiene nada que ver?

—Absolutamente nada.

—Sigue diciéndote eso, quizá tarde o temprano seas más creíble.

—Samuel...

—Sí, sí, usted es el Jefe y bla bla bla. Bien, tu pulso ha vuelto a sesenta. Ahora puedo dejarte con tu trabajo, quizá aproveches para desahogarte un poco ya que has cancelado las otras dos sesiones que tenía reservadas para ti, iré a hacerte unos cuantos millones más.

Terminó su monólogo y puso fin a la llamada sin darme tiempo a responder, por otra parte, ¿qué podía haberle dicho?

Vuelvo a guardar el teléfono en el bolsillo reflexionando sobre lo que me ha dicho, y quizá tenga razón.

Vuelvo junto al prisionero, me deshago de la chaqueta y se la entrego a uno de mis hombres, luego desabrocho los puños de la camisa blanca que pronto dejará de estar tan inmaculada y remango las mangas hasta los codos.

—¿Estás bien? —pregunta Alex a media voz.

—Sé lo que estás pensando, que soy el Jefe y que no solemos mancharnos las manos, pero es cierto que he cancelado las dos últimas sesiones y necesito un desahogo antes de que la tensión me lleve a hacer cosas indecibles a la niña con la que vivo.

—Todo está bien. Sólo quiero hacerle un par de preguntas a nuestro invitado.

Alex asiente y se aleja, yo me pongo delante del hombre herido y ensangrentado que pronto dejará esta Tierra. Con cuánto sufrimiento, eso lo decidirá él.

—Hola, soy Romeo Fontana, Jefe de la Ciudad y el hombre que acabará con tu vida —me presento mirándole a los ojos—. Tú decidirás qué camino tomar y cuánto sufrir, a mí sólo me interesa la respuesta a estas dos preguntas: ¿dónde coño está Don Ciro? ¿Quién coño le está ayudando?

Veo que traga saliva y me observa atentamente, considerando qué hacer.

—No sé las respuestas.

Con la ayuda de una hoja afilada, empiezo a golpear los puntos más dolorosos pero no letales de sus brazos y torso, haciéndole musitar gemidos y palabras confusas.

—Has puesto en peligro a mi pueblo y pagarás por ello —le digo, cortando con cuidado y precisión los músculos de sus muslos y pantorrillas.

La sangre fluye copiosamente, él permanece vigilante y obstinadamente silencioso.

—Hmm, veo que no quieres ponérmelo fácil, Nico —le respondo y él pone los ojos en blanco.

¿De verdad creía que no sabía su nombre?

Es cierto que la organización tiene muchos Hombres de Honor repartidos por la costa, pero cuando se dispone de una tecnología avanzada como la nuestra, no es de extrañar que lo sepa todo sobre cada hombre.

—En mi territorio no se toca a los niños, ya lo sabes, sin embargo, muchos de mis hombres podrían decidir no seguir las reglas si nuestros hogares y nuestro dinero siguen en peligro. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Asiente en silencio.

—¿Y te imaginas lo desagradable que sería tener delante a tu mujer y a tu hijo de apenas dos años?

El prisionero se pone pálido como un cadáver y me doy cuenta de que me ha tocado la lotería.

—Y también amenaza a m-mi familia —murmura derrotado.

—Previsible y predecible. Yo, sin embargo, puedo prometer enviarles fuera de los Estados Unidos con una atractiva suma para que se hagan una nueva vida cuando usted se haya ido. ¿Crees que Don Ciro haría lo mismo?

Me mira de nuevo, durante un largo momento de silencio, y le doy tiempo para que decida qué futuro asegurar a su familia.

—No sé dónde está ahora, se muda cada vez que ella le llama o le escribe.

—¿Tú?

—S-sí, nunca la conocí, pero le acompañé a dos reuniones en la ci-ciudad en un coche con ventanas oscuras, eso es todo lo que sé —su voz empieza a temblar, la pérdida de sangre empieza a notarse.

—¿Detalles del coche?

—Sedán negro, no-sé-qué-modelo, pero elegante y caro. Eso es todo lo que sé.

Su rostro es ya de un blanco cadavérico, sus miembros tiemblan incontrolablemente y el shock le abruma.

Asiento con la cabeza antes de sacar la pistola de la funda que llevo en la cintura y apuntarle a la cabeza.

—Te doy mi palabra de que tu familia tendrá una segunda oportunidad bajo mi protección —prometo, y aprieto el gatillo.

23. CHLOÉ

Me despierto con unas manos desconocidas tocándome el vientre, mientras un cuerpo me sujeta por detrás.

—Si intentas gritar, cariño, sólo te dolerá más. Y ahora, quédate quieta —me sisea al oído una voz que conozco muy bien.

¿Qué es lo que pasa?

¿Es una broma?

Intento darme la vuelta en la cama, pero una de las manos del tío Antoine me cierra la boca y la otra sube a tirarme del pelo.

—Te he dicho que te estés quieta —vuelve a sisear y un olor acre me llena las fosas nasales. Huele como el licor que solía beber papá cuando teníamos invitados después de cenar.

¿Quizá se encuentra mal?

Intento levantarme para mirar el despertador de la mesilla, pero él aprovecha el movimiento para apretarme uno de los pechos, si se puede llamar así a la pequeña protuberancia que tengo.

Me convertí en señorita el año pasado, a los once años, y mi madre dice que mis pechos crecerán con el tiempo, aunque mis compañeras de clase ya llevan sujetador.

Mis cavilaciones se interrumpen de repente cuando siento sus dedos deslizarse bajo el pantalón corto del pijama que llevo puesto.

—Te veo caminando semidesnuda para que te mire, ahora no seas una puta rizzacazzi.

Murmuro contra su mano, porque su comportamiento empieza a asustarme y quiero que pare.

—¿No has entendido lo que te he dicho, nena? —se burla, apretándome una nalga.

Oh Dios, ¿qué va a hacer?

—No te preocupes, ahora haré que te guste —promete mientras el miedo me inmoviliza.

La mano pasa por delante y toca mi sexo, una zona completamente inexplorada para mí.

El miedo se convierte en terror cuando mete su pierna entre las mías obligándome a separarlas y utiliza sus dedos para rozar mi clítoris, intento gritar porque no me gusta lo que está haciendo y quiero que me suelte.

—Cállate o te tapo la nariz —amenaza, moviendo los dedos arriba y abajo cada vez más rápido—. Perderías el sentido y ya no sería tan divertido.

No me divierto nada, ¿dónde está mi madre?

Algo húmedo me toca la boca y me doy cuenta de que estoy llorando.

—Déjame hacerlo, verás que pronto te gustará.

Es una pesadilla, Chloé, debes despertar.

Los dedos del tío Antoine están a punto de hacer algo irreparable, sé cómo acaba esta puta pesadilla y no quiero revivirla.

¡Despierta, joder!

Me echo hacia atrás en el asiento con la respiración entrecortada y las lágrimas cayendo por mis mejillas.

Por mucho que lo intente, el recuerdo de aquella primera vez está enterrado dentro de mí y no

se irá.

Después hubo muchas más, la violencia de mi tío duró años y yo no pude hacer nada para sufrir hasta que me fui de casa sin mirar atrás.

Intenté hablar con mi madre durante mi adolescencia, pero él era listo y la convenció con el tiempo de que yo era una niña ávida de atención, dispuesta a hacer cualquier cosa para llamar cada vez más la atención, incluso a inventarse historias dramáticas.

Por su parte, fue astuto al limitar sus visitas a mi dormitorio a las noches en que mi madre tenía turno de tarde en la fábrica.

Respiro profundamente, recupero la compostura, me toco la cara, los brazos, los pechos, las piernas en una búsqueda desesperada por recuperar el control total sobre mi cuerpo.

Sólo yo puedo decidir qué hacer con ella y cómo utilizarla.

Lástima que por mucho sexo que tenga, ese primer encuentro resbaladizo no salga de mi memoria.

Necesito una ducha limpiadora para quitarme ese toque putrefacto y un vaso de agua refrescante para calmar mi ansiedad. Contengo un improperio al darme cuenta de que el frasco que guardo en la mesilla de noche se ha acabado.

Resoplo y me levanto, luego intento cruzar el pasillo lo más silenciosamente posible para llegar a la cocina y abrir la puerta de la nevera, de donde saco la botella de té.

Me doy la vuelta y casi grito.

—Dios, ¿quieres matarme? —jadeo, llevándome una mano al pecho mientras encuentro a Romeo inmóvil en el sofá mirando por las ventanas que van del suelo al techo—. ¿Qué demonios haces a oscuras en mitad de la noche?

—Creo.

...y ya está.

Su respuesta consiste en dos sílabas secas, sin más explicaciones. *Así es él.*

—¿Y tienes que hacerlo a las cuatro de la mañana?

—Cinco horas de sueño son más que suficientes para que mi cuerpo se recargue —responde, desviando su mirada hacia mí.

Me quedo boquiabierta, observando a este hombre, que parece completamente indiferente cuando habla, como si el resto del mundo no contara para nada y ni siquiera le tocara, pero en esos ojos siempre puedo ver la tormenta.

Sé cuánta energía requiere la supresión de sensaciones y sentimientos, por no mencionar que puede conducir a la represión permanente de la emoción.

Por dentro, tengo la absoluta certeza de que bajo ese dique de acero y hielo, hay un mar de lava dispuesto a arrollarlo e incinerarlo todo. Y eso, me irrita y me excita al mismo tiempo.

No, Chloé, cállate.

Sin embargo, aún necesito recuperar el control total sobre mi cuerpo y él podría ayudarme.

—¿Quieres tener sexo? —propongo.

Mierda, tal vez podría haberle planteado el asunto de una manera más diplomática y racional.

Entrecierra los ojos.

—Vuelve a dormir, pequeña.

Suspiro e intento interpretarlo mejor, luego avanzo con pasos inseguros hacia él, que permanece inmóvil como una estatua.

—Mira, sé que suena cuanto menos extraño, pero he tenido una pesadilla y necesito que mejore. ¿Puedes ayudarme?

—No.

Extiendo los brazos con frustración y exasperación.

—Bueno, entonces tendré que salir y acostarme con un tipo cualquiera, ¿sabes? No es un capricho, es una necesidad.

—¿Necesidad? —repite escéptico.

—Sí, cuando tengo ese tipo de sueños, necesito recuperar el control sobre mí misma y el sexo ayuda mucho, porque yo decido qué hacer con mi cuerpo. Podrías ser cualquiera, no es personal, pero necesito que me toques.

Lentamente inclina la cabeza hacia un lado.

—¿Que te tocas?

—Sí.

Sólo así puedo olvidar el toque baboso y enfermizo de mi tío.

Pero no se lo digo.

—¿Qué tipo de sueños?

Mierda.

—Malos sueños.

—Explícate.

—No es asunto tuyo. ¿Vas a ayudarme o no?

Pasa un momento de silencio interminable, no podría apartar mis ojos de los suyos aunque quisiera, parece tenerme encadenada a sí mismo mientras me sondea Dios sabe qué.

—Ven aquí, pequeña.

Hago lo que me dice hasta que me pongo delante de él, yo en pijama y despeinada, él perfecto con su habitual camisa inmaculada.

Cuando se da una palmada en el muslo y en su mirada veo una luz de desafío, sé lo que espera: que me asuste y salga corriendo, lo que no sabe, sin embargo, es que en mi vida me he enfrentado a más terror del que cualquier ser humano debería, y he sobrevivido.

No sólo me acerco, sino que me siento a horcajadas sobre él sin apartar nunca los ojos de los suyos, hasta que estamos tan cerca que nuestras respiraciones se entremezclan y ese dique de acero y hielo se sacude desde dentro.

Alargo los brazos para rodearle el cuello, pero él me detiene negando lentamente con la cabeza.

—Yo te toco, no al revés. Puedes equilibrarte apoyando las manos en mis rodillas, no vayas más allá.

Genial, odia que lo toquen.

No me atrevo a decir nada, temo que resulte en algo inapropiado que rompa la extraña burbuja que se ha creado alrededor de nosotros dos, casi parece como si el mundo exterior ya no existiera.

—¿Dónde quieres que te toque? —pregunta suavemente.

Desvío la mirada hacia su boca y, que Dios me ayude, deseo que toque cada centímetro de mi cuerpo con ella.

—En todas partes.

Baja la barbilla en un gesto afirmativo y me pone las manos en los hombros, luego baja hasta los codos y me rodea los antebrazos hasta las muñecas, me toca suavemente los dedos uno tras otro y un escalofrío me recorre.

Estamos tan cerca que sólo huelo su aroma fresco y masculino y olvido el hedor del sudor y el coñac de mi tío.

Se inclina hacia delante y lleva sus manos a mis pies, su boca está a un suspiro de mis pechos y su aliento me cosquillea los pezones bajo el chaleco del pijama.

Gimoteo y su respiración se detiene, no me paro a pensar y agarro la camiseta de tirantes, quitándomela por encima de la cabeza y quedándome desnuda de cintura para arriba, expuesta y vulnerable.

—Dios —suspira—. No te quites nada más, ¿entendido? —murmura, y podría pensar que está enfadado si no tuviera un enorme bulto bajo el pantalón del traje.

—Entendido.

La exploración se reanuda desde mis pantorrillas, me aprieta las rodillas y luego recorre mis muslos lentamente, se endereza y vuelve a mirarme a los ojos.

Tengo las tetas al aire delante del hombre más encantador que he conocido y su mirada no va más allá de mi barbilla.

Dios, esto es emocionante.

Sus manos suben hasta rozarme los huesos ilíacos, ignorando mi sexo, y se desplaza hasta la base de mi espalda, que recorre con una lentitud insoportablemente excitante.

Estoy segura de que estoy goteando entre mis muslos.

Vuelvo a gemir y él se detiene, tal vez para darme tiempo a serenarme, antes de iniciar de nuevo el recorrido de sus manos, que suben por mi espalda un centímetro cada vez hasta los omóplatos, luego por las clavículas y se detienen justo encima de mis pechos.

No pares ahora, me gustaría decírselo, pero no tengo el valor de dar aliento a mis deseos.

Y luego, *finalmente*, sus dedos gruesos y ásperos rozan lentamente el contorno de mis pechos, rodeando las areolas con una delicadeza conmovedora, como si pensara que soy de cristal.

Siento que se mueve hacia el vientre y no puedo resistirme a hablar:

—Otra vez.

Sus manos se detienen un momento y me observa atentamente.

—Más fuerte —le pido, y arquea una ceja—. Por favor.

Se queda mirándome y juro que nunca había sentido tanta tensión sexual que cuando empieza a masajearme la carne casi grito.

Me aprieta los pechos, me pellizca los pezones y ya estoy a punto de correrme.

El frenesí de lujuria me impulsa a mover las caderas adelante y atrás y él aumenta la presión, la velocidad, la fuerza.

Intento acercar una mano a la furiosa erección de sus pantalones, pero el agarre de sus pechos se vuelve casi doloroso.

—Yo te toco, no al revés.

Me detengo, pero acelero el ritmo de mis caderas.

—Por favor.

Suspira suavemente y baja una mano entre mis piernas. Rezo en silencio para que mueva el algodón de mis calzoncillos y deslice sus gruesos dedos dentro de mí, pero en lugar de eso se limita a frotarme el clítoris por encima de la tela.

—¿Estás mojada, pequeña?

—Puedes averiguarlo fácilmente —respondo, sin dejar de balancear mis caderas contra sus dedos.

Aplasta su mano contra mi sexo y mis movimientos se vuelven aún más agitados, siento su otra mano pellizcándome el pezón, la presión sobre mi clítoris y sus dedos ligeramente arqueados rozando mi entrada. Una, dos, tres veces.

—Tus pantys empapadas me bastan para saber que lo estás —dice con suficiencia cuando

estoy a un paso de perderme en el éxtasis del placer—. Déjame ver cuánto te gusta masturbarte con mi mano.

—Sí, así, sí —gimo, cerrando los ojos y reclinando la cabeza hacia atrás.

—Mírame, pequeña —me ordena y yo obedezco sin vacilar, volviendo a enlazar mi mirada con la suya, perdiéndome en aquel vórtice negro de hielo abrasador.

Uno de estos días derribaré esa maldita presa.

Hoy, sin embargo, me centro en mi placer y en nada más.

Clavo mis ojos en los suyos, me froto descaradamente en su mano, disfruto de la estimulación de sus dedos en mis pechos y persigo el éxtasis que deseo.

—Ahora, pequeña, ven.

De nuevo, mi cuerpo acompaña su petición como si fuera un músico experto y yo el instrumento que hace vibrar con destreza y sabiduría.

Me corro con fuerza, explotando sobre su mano, mientras un poderoso escalofrío me sacude de pies a cabeza, dejándome ligera y relajada.

Entumecido y extasiado.

Limpio y feliz.

Le dirijo una enorme y alegre sonrisa y él me corresponde con una media sonrisa que estoy casi segura de que es totalmente involuntaria.

Antes de que nuestra burbuja estalle y me devuelva bruscamente al suelo, me sereno y le dejo un beso rápido en la nariz, luego me levanto y le guiño un ojo.

—Muchas gracias, realmente lo necesitaba.

Y, entonces, corro a mi habitación sin mirar atrás.

24. ROMEO

Quedarme quieto y no correr tras ella cuando se escapa me cuesta toda la resistencia que tengo.

Antes de perder la última pizca de racionalidad y acosar a mi anfitriona para quitarle lo que ansío, debo reservar una sesión.

Sólo entonces no seré un riesgo para ella.

Porque, a juzgar por la marmórea erección que apenas disimulan sus pantalones, esa niñata es un puto peligro para mí y para mi claridad mental.

Todavía tengo en mis oídos el sonido de sus gemidos, que me inundaron como una sinfonía que saboreé hasta la última nota mientras se despertaban todos mis sentidos.

En mi nariz, aún tengo el embriagador aroma que desprenden su piel sedosa y su sexo húmedo tras el potente orgasmo que la envolvió, casi puedo saborearlo en mi lengua mientras se desliza por mi garganta como un néctar que despierta al monstruo bajo la máscara.

¿Y si tú también tuvieras uno?

Dijo que necesitaba sexo, que era una necesidad después de un mal sueño y, a pesar de mi petición, no dio más detalles, pero percibí su necesidad mezclada con desesperación.

Necesitaba que la tocaran y mi cerebro no pudo evitar devanarse los sesos para saber por qué, sobre todo porque vi una oscuridad oculta en sus ojos, la de una persona rota hasta la médula.

Repaso mentalmente lo que leí en su expediente y me doy cuenta de que tengo que ampliar algunas cosas: Chloé perdió a su padre a los diez años, luego vivió con su madre, trabajadora a tiempo completo en una fábrica farmacéutica de Estrasburgo, se licenció con matrícula de honor y luego se matriculó en una universidad parisina; desde entonces, las visitas a casa son más bien esporádicas.

No parecía haber anomalías ni incoherencias en su pasado, pero sé lo que he visto esta noche y no voy a quedarme con esta pregunta.

Haré una investigación más detallada.

Vuelvo a bajar la mirada hacia mi erección y suspiro suavemente, ya estaba listo para ir a la oficina, pero creo que antes tendré que ir al gimnasio para aliviar un poco la tensión.

Dos horas más tarde, recién salido de mi segunda ducha del día y refrescado por cinco kilómetros de carrera en la cinta, saco el teléfono del bolsillo y contesto a un viejo amigo.

—Buenos días —me saluda Frank.

—Buenos días, Frank, ¿en qué puedo ayudarte?

Aunque tengo media idea del motivo de esta llamada.

—Hmm, qué amable estás esta mañana. ¿Has pasado una velada agradable? —responde sin ocultar la ironía y yo pongo los ojos en blanco.

—Bastante, sí.

Si quiere jugar, podemos hacerlo en dos.

—Romeo...

—¿Qué quieres saber, hombre? Me conoces, sabes que detesto que divaguen.

—¿Debería preocuparme?

Suspiro, en parte molesto porque una de las personas que mejor me conoce se sienta obligada a hacer una llamada así y en parte aliviado de que la niña tenga a alguien que le cubra las espaldas, porque me doy cuenta de que no tiene muchos amigos, aparte de Mariella, una tal Manon y, desde hace unas semanas, ha empezado a intercambiar mensajes con Klaudia Rizzo.

Por supuesto, sólo llevo un registro de sus llamadas por razones de seguridad.

—El hecho de que no respondas me preocupa, ¿sabes? —Frank llama mi atención.

Comprendo su postura y, desde luego, no quiero contribuir a ponerle en más dificultades con su mujer y su cuñada.

—Ya hablamos de ello y también tranquilicé a Alex durante su visita, pensé que era un tema cerrado. Puedes estar tranquilo, Frank, nunca podría tocar a una chica tan inocente.

—Joder —murmura a media voz.

—¿Qué? —resoplo.

—Esas son casi las mismas palabras que Alex me dijo la última vez que me enfrenté a él en una situación similar.

—¿Y? —Frunzo el ceño sin comprender, aunque él no puede verme.

—La chica en cuestión era Mariella.

—Ah. *Pero, a diferencia de Alex, realmente quiero decir lo que dije*.

Aunque Chloé tiene un extraño efecto en mí que aún no puedo comprender del todo, nunca podría sentir interés por una joven de la que me separan más de diez años.

¿Verdad?

—Ah, y una mierda —replica exasperado el Jefe de San Francisco—. Ya he arriesgado mi vida y mis pelotas una vez, no quiero ponerlas en peligro una segunda vez, porque Isa no me dejaría salirme con la mía, y esta vez contaría con el apoyo de su hermana y, puedes apostar, Alex ayudaría a su mujer a esconder mi cadáver.

Estallo en carcajadas de gusto y disfruto de esa sensación de diversión con la que no estoy familiarizado.

—Jesucristo, ¿de verdad te estás riendo? Te conozco desde que era un niño y ni siquiera pensé que fueras capaz. Pensé que Alex estaba alucinando.

Me llama la atención la incredulidad de su voz y, aunque me gustaría negar sus palabras, no recuerdo ni una sola ocasión en el pasado en la que me haya reído así.

¿Qué ha cambiado?

Sacudo la cabeza centrándome en la conversación actual, ya habrá tiempo de cuestionar el resto.

—Amigo, no hay nada que temer —le tranquilizo una vez más—. Admito que me intriga de un modo extraño, pero es un interés que soy completamente capaz de mantener bajo control.

Soy absolutamente capaz de evitar que se repita la situación de esta mañana.

Le oigo suspirar profundamente y apuesto a que niega con la cabeza.

—Bien, iré entonces.

—¿Te vas? —pregunto confuso.

—Voy a hacer los arreglos para mi funeral.

***

Hoy es el primer día de clases para la pequeña, el sol ya está alto en el cielo y la temperatura afuera es agradable para ser la última semana de agosto.

Llevo despierto desde las cinco, como siempre, y creo que ella tampoco duerme.

De hecho, estoy seguro de ello, porque pasé casualmente por delante de la puerta de su habitación un par de veces y la oí caminar de un lado a otro con pasos pesados y nerviosos.

Llevamos casi una semana evitándonos de nuevo, casi parece como si necesitáramos romper la conexión que nos une cuando disfruto de ella y restablecer la distancia adecuada entre nosotros.

De hecho, ocurrió un par de veces más que Chloé tuvo pesadillas y yo la ayudé a recuperar el control sobre su cuerpo, por razones puramente altruistas.

Quizá más de un par de veces, pero ¿quién lleva la cuenta?

En el lado positivo, siempre he tenido cuidado de mantener nuestro contacto por encima de la ropa, una parte de mí teme perder el último atisbo de control si la probara.

Las tres últimas veces, sin embargo, se ha aventurado a un contacto más íntimo y le he permitido tocarme a su vez como nunca antes.

Memoricé cada detalle de su placer, desde la dilatación de sus pupilas cuando alcanza el clímax hasta la tensión de los músculos de su cuerpo un instante antes del orgasmo.

Lo que más me llama la atención es cómo dice mi nombre mientras la sacuden escalofríos y la forma en que nuestras miradas se fijan de principio a fin del contacto que compartimos.

Odio, sin embargo, que huya cada vez.

En cuanto se apaga la satisfacción del placer, Chloé huye como si nuestras barreras corrieran peligro de derrumbarse y no quisiera encontrarse bajo los escombros.

No puedo negar que mis defensas tuvieron un par de buenas sacudidas, sobre todo cuando la niña consiguió que me corriera simplemente acariciándome por encima de los boxers y jadeando mi nombre contra mi boca.

Sentí unas ganas irresistibles de comerme aquellos labios, pero logré contenerme.

Ahora que lo pienso, también odio el hecho de que aún no sé de qué surge esta necesidad suya tras las pesadillas, pero he notado que aumentan cuando está bajo estrés, y el acercamiento de las clases no ha ayudado a la situación. O quizás sí, según se mire.

Chloé entra en la cocina ignorándome por completo, me limito a observarla antes de decidir qué hacer a continuación.

Lleva el pelo recogido en una desaliñada coleta alta, auriculares y una camiseta oversize que cae sensualmente sobre un hombro y se desliza dentro de unos... *¿qué demonios son esos?*

Me distraen sus piernas kilométricas. Largas, afiladas, perfectas para ceñirse a mi cintura mientras empujo dentro de ella.

No.

Por supuesto que no.

¿Desde cuándo soy incapaz de mantener bajo control este tipo de pensamientos impuros?

Cuando llega a la nevera, me da la espalda para abrir la puerta y agacharse a coger su querido yogur de coco, y tengo que apretar los dientes hasta el punto de temer que me rompa la mandíbula.

Por más que intento evitarlo, mis ojos se posan en los globos perfectos de sus nalgas envueltas en los vaqueros que lleva puestos y tengo que obligarme físicamente a quedarme quieto.

¿De verdad crees que puedes andar por ahí así?

En el campus, entonces, donde una avalancha de chicos cachondos podría considerar la idea de ligar con ella.

Dios mío, voy a reducir a la mitad la población de Seattle.

Debo recuperar el autocontrol al instante o algo realmente inapropiado sucederá en esta cocina.

Me paso una mano por la cabeza y desearía tener el pelo más largo para echármelo hacia atrás

y concentrarme en otro tipo de dolor que no sea el que se está despertando en mis pantalones.

Me aclaro la garganta para llamar su atención, aunque ella se ha fijado en mí en cuanto he llegado al salón.

No permitiré que continúe con este estúpido juego de *ignorarnos hasta que las ganas se desborden y nos hagan cometer otra locura*.

—Buenos días, Chloé —la saludo cordialmente, tratando de ganar tiempo para encontrar algo significativo que decir—. ¿Cómo te encuentras esta mañana?

Hago una mueca ante esta amabilidad desconocida.

Resopla una risita sin volverse siquiera en mi dirección.

—¿Cómo me siento? Estoy cagada de miedo por no estar a la altura de la situación, de las expectativas de la universidad, de la gente que me conoce, de los amigos que me apoyan —hace una pausa, me mira pensativa y vuelve a suspirar—. Me arrepiento de haber cruzado el Océano pensando que podría dar un giro a mi vida, porque la verdad es que soy una chica de pueblo y esta enormidad me asusta, me hace sentir abrumada y creo que no puedo con ella.

Inclino la cabeza, esperando a que termine su arrebato, porque veo en el remolino de emociones de sus ojos que hay más.

—Bueno, ¿no vas a decir nada? —me presiona.

—Estaba esperando a que terminaras.

—Yo... —hace una pausa, parece meditar lo que quiere decir, luego sacude la cabeza—. He terminado.

—A pesar de la ansiedad que sientes ahora, que te sugiero que desahogues respondiendo a los mensajes de tus amigos, no me cabe duda de que la Universidad de Washington tiene suerte de tenerte, eres un estudiante brillante.

—¿Qué sabes tú?

—He visto tus notas, eres la mejor de tu clase. Así que no tienes nada que temer, aquí también te irá genial.

—¿Has visto mis notas? —repite asombrada.

Me encojo de hombros.

—¿Cómo demonios lo has hecho? —insiste.

—Sencillo. Página web de la universidad, introduje los datos de tu perfil y entré, no hace falta titulación.

—No, pero necesitas una contraseña —responde enojada.

—Sí, y la fecha de tu cumpleaños es muy mala.

Abre la boca con expresión atónita, sus labios forman una pequeña “o” antes de volver a cerrarla.

—Eres consciente de que eres un maniático del control, ¿verdad?

—Me han llamado cosas peores, pequeña.

—¿Y qué sabes tú de los mensajes de mis amigos? —pregunta llevándose las manos a los costados.

—Registros telefónicos.

—Jesús, eres increíble —resopla, abriendo mucho los brazos.

—Gracias.

—No era un cumplido.

—Semántica. Ahora, deja de actuar como una niña que puede sobrevivir a cualquier cosa por sí misma y acepta el apoyo de tus amigos.

—¿Una niña? —repite sorprendida y se toma un segundo de más para ocultar que se ha

sentido herida—. Te juro que a veces desearía... —se interrumpe y mira hacia otro lado.

Ignoro el malestar que me produce esa pérdida.

—¿Qué te gustaría? —le pregunto mientras me acerco a ella, en parte porque realmente quiero saberlo, en parte porque quiero que vuelva a mirarme.

—Me gustaría entender qué pasa por tu cabeza —responde en voz baja, volviendo por fin a mirarme—. Revisas mi teléfono y mis notas, pero no compartes nada sobre ti. Me das lo que necesito, pero no me dejas corresponderte. Me dejas vivir aquí contigo, pero siempre mantienes la guardia alta.

—¿Te gustaría estar en otra parte?

Ella sacude la cabeza con decisión.

—No, quiero quedarme aquí contigo.

Dejo escapar un suspiro de alivio y dos pasos más hasta estar prácticamente encima de ella, veo su pecho subir y bajar rápidamente, sus labios entreabiertos, sus pechos llamándome como un canto de sirena, y aprieto la mandíbula para no llevarme su boca como me gustaría.

—No tengo nada interesante que compartir, porque hasta que llegaste tú, sólo sobrevivía y el control de tus dispositivos es necesario para mantenerte a salvo —empiezo a enumerar, rozando su mejilla con la punta de mi dedo índice—. Me encanta darte lo que necesitas, pero dejarte corresponder o ir más allá significaría cruzar un límite del que sería difícil volver —Trazo el contorno de su boca, memorizando cada detalle—. Vives aquí porque tu seguridad es importante para mí, pero si me atreviera a bajar la guardia, pasaría todas las noches acurrucado entre tus muslos, empujando en tu calor y blandiendo cada centímetro de ti. ¿Te queda claro lo que pasa por mi cabeza?

Parpadea lentamente, mientras un ligero rubor recorre sus mejillas y se ve aún más hermosa.

—¿Estás mejor ahora? —le pregunto.

Cuando se limita a asentir, recupero el control sobre la tormenta que se arremolina en mi interior y dejo de tocarla, doy un paso atrás e intento sonreír.

—Bien, entonces podemos irnos.

25. CHLOÉ

Alargo la mano hacia la mesilla de noche para apagar la alarma del teléfono y, poco después, el smartphone vibra.

Es un mensaje de Mariella preguntándome si estoy preparada para afrontar la segunda semana de universidad, y también encuentro un mensaje similar de Manon enviado durante la noche.

Sonrío, respondo rápidamente a ambos y me levanto, dispuesta a afrontar una nueva semana de clases, con un ánimo completamente distinto al del primer día.

En la ducha, el agua caliente se desliza sobre mi piel, quitándome el sueño y parte de la tensión nerviosa que siento por haber dormido poco y mal a causa de la pesadilla de siempre.

Intento mantener las distancias con Romeo, sobre todo después del enfrentamiento de la semana pasada, pero no es nada fácil.

—No tengo nada interesante que compartir, porque hasta que llegaste tú, sólo sobrevivía y el control de tus dispositivos es necesario para mantenerte a salvo.

La Chloé que conozco de toda la vida se habría indignado y le habría dicho que dejara de comprobar su teléfono inmediatamente, pero él hace algo que no entiendo a la Chloé que estoy empezando a conocer, y la hace sentir bien, segura.

—Me encanta darte lo que necesitas, pero dejarte corresponder o ir más allá significaría cruzar un límite del que difícilmente podrías volver.

El problema es que quiero destruir esa frontera, no me importan las consecuencias, sé que puedo sobrevivir a todo y tengo toda la intención de hacérselo entender a él también.

—Vives aquí porque tu seguridad es importante para mí, pero si me atreviera a bajar la guardia, pasaría todas las noches acurrucado entre tus muslos, empujando en tu calor y blandiendo cada centímetro de ti. ¿Te queda claro lo que pasa por mi cabeza?

Dios, ¿te das cuenta de que no puedes decirme cosas así y esperar que la situación no cambie?

No soy psicóloga, pero estoy aprendiendo que Romeo es rígido y obstinado, un perfeccionista que roza lo patológico y un maniático del control con una extraordinaria atención al detalle.

Si esto no es un trastorno obsesivo-compulsivo, no sé qué otra cosa puede ser.

También me di cuenta de que confía poco en los demás y no permite que casi nadie vea más allá de esa capa de perfección con la que se pasea.

No puedo negar que cuando me llamó isla, solitario que no necesita a nadie, encajé el golpe, pero él es igual que yo. Salvo por unas pocas personas, que se pueden contar con los dedos de una mano, es *exactamente* como yo.

Lo único que me queda por aclarar es su relación con el sexo, porque te juro que le he provocado de todas las formas posibles y sé que le excito, *lo he sentido*, pero tiene tal control sobre su cuerpo y sus instintos que aún no ha cedido.

Y cómo me gustaría que lo hiciera.

Tarde o temprano lo conseguiré.

Espero que más pronto que tarde, porque estoy perdiendo la cabeza.

Si cree que me ha desmoralizado está muy equivocado, y estoy dispuesta a demostrárselo.

Llego a la cocina con una nueva determinación y, cuando lo encuentro sentado en la isla leyendo el periódico económico de siempre, tengo que contener una sonrisa de satisfacción.

—Buenos días, Romeo —le saludo suavemente, mi voz casi suena como un maullido, y no me extraña la forma en que aprieta la mandíbula—. ¿Has dormido bien? —le pregunto, pasando por detrás de él en dirección a la nevera y frotándome ligeramente contra su espalda.

—Buenos días, Chloé. He dormido muy bien, gracias —su voz tiene su habitual tono impasible, pero es más áspera que de costumbre.

Me encanta impresionarle, también porque él hace lo mismo conmigo.

Abro el yogur y me dirijo al cajón de los cubiertos para coger una cucharilla, pasando junto a él y rozando su espalda con mi pecho.

Estamos uno al lado del otro y finjo limpiar una miga de la encimera estirando la mano y tocándole el antebrazo.

—Sé lo que estás haciendo, y no va a funcionar, Chloé.

—¿Qué estoy haciendo? —respondo, fingiendo una inocencia que no siento.

—Tienes que ir a clase. Tony ya está en el vestíbulo.

—Tony esperará, porque he tenido una pesadilla y me gustaría que la ahuyentaras tú y no uno de los estudiantes que conocí la semana pasada.

—Sólo hablaste con tres chicas la semana pasada —responde impasible, y juro que me avergüenzo de la sacudida de excitación que recorre mis ovarios ante su despótica manera de ser.

—¿Ah, sí? —Arqueo una ceja en un torpe intento de imitarle.

—Sí. Helen, Martha y Julia. Todas de buenas familias, dos en el negocio de la restauración, una en la construcción. Toman la mayoría de las clases juntas y han compartido mesa en la cantina, intercambiado números y creado una charla de grupo, pero nunca inician la conversación.

—Bien —resoplo, aunque estoy secretamente impresionada—. Así que hoy voy al campus con la intención de conocer a un chico y solucionar el problema.

—Lo condenarías a muerte.

Le miro con exasperación, acercándome aún más, porque hace demasiado tiempo que no respiro su aroma ni tengo sus manos sobre mí.

—Pero sigues manteniéndome a distancia —le grito.

—Intento darte lo que necesitas, no lo que quieres —replica, y por primera vez desde que lo conozco parece a punto de perder el control. Su voz alta, sus músculos tensos, sus ojos frenéticos.

La maldita presa está cediendo.

—¿Y qué crees que es?

—Estabilidad emocional. Debes darte cuenta de que no te dejaré como hizo tu padre cuando eras demasiado joven, ni te abandonaré como hizo tu madre cuando trabajaba doble turno en la fábrica, dejándote días enteros con tu tío.

Mierda.

Alguien hizo sus deberes y se acercó demasiado.

Sorprendida y desconcertada, retrocedo dos pasos para reagruparme.

Quería derribar sus defensas, pero no creía que fuera a cavar un puto túnel subterráneo para evadir las mías.

—No sé de qué me hablas —balbucea ella, con cuidado de no mostrar fisuras bajo su mirada perspicaz.

—Me refiero al hecho de que tienes dificultades para establecer vínculos con nadie y lo

reduces todo al sexo, que utilizas como una conexión física efímera, nunca mental.

Un escalofrío me recorre la espalda, esta conversación se está volviendo extremadamente peligrosa.

Es cierto que uso el sexo, pero no por la razón que él piensa. Lo necesito para mantener el control sobre mi cuerpo, para demostrarme a mí misma cada vez que no estoy rota, podrida y desesperada como me sentía cuando no era más que una adolescente maltratada.

—Eso no es verdad, ni siquiera me conoces. Deja de sacar conclusiones precipitadas basadas en nada —mi voz tiembla un poco, nada comparado con el terremoto que experimenta mi corazón.

—Te estoy conociendo y mis conclusiones se basan en la observación de tu comportamiento —vuelve a responder impasible.

—No soy un puto animal del zoo y no puedes conocerme basándote en la información que reúnes sobre mí —me aferro a la rabia, un sentimiento mejor que el pánico.

—Soy consciente de lo que eres para mí, y te conozco a través de nuestras interacciones, en las miradas que me diriges cuando crees que no puedo verte, en las miradas que te dirijo cuando estás ensimismado, en nuestras cenas mientras das vueltas a lo que has visto durante el día —se acerca a mí, volvemos a estar cerca y la agitación en mi interior cede, mi cuerpo busca su refugio —. Te conozco por cómo te toco y, maldita sea, por cómo dejo *que me toques* —ahora es su voz la que tiembla, bajo la mirada a la mano que tiene en el pecho y que no recuerdo haber movido allí.

Sé lo difícil que fue para él dejarme devolver el contacto, lo que no puedo hacerle entender, sin embargo, es que no soy suficiente.

Quiero perderme en él porque me siento condenadamente bien cuando estamos en nuestra burbuja, cuando cenamos juntos y él se hace el tieso y el gracioso y me hace reír o cuando soy franca y directa y le arranco una risita de vez en cuando.

Me hace olvidar cada pesadilla, cada malestar, cada repulsión hacia mí misma y mi cuerpo. Y lo hace sin siquiera tener sexo conmigo.

Dios, este hombre me hace caer en picado.

Cierro los ojos para concentrarme en un largo suspiro, dándome cuenta de que mi plan para la mañana se ha desvanecido: ningún orgasmo.

Y en ese momento siento la caricia de sus labios sobre los míos, ligeros como una pluma en un contacto que parece casi inexistente, aunque lo siento por todas partes, hasta los dedos de los pies.

Lo siento en el estómago y en los huesos.

En el corazón.

Y eso me da mucho miedo.

Me gustaría decirle que lo entiendo, que aceptaré que no tenga contacto íntimo todo el tiempo, que intentaré establecer una conexión mental aunque no tenga ni idea de cómo hacerlo, pero cuando abro los ojos no puedo decirle nada de esto, porque él ya está al final del pasillo y se encierra en su despacho.

Y llego jodidamente tarde a clase.

***

No puedo seguir así.

Me despierto con la luz filtrándose a través de las pesadas cortinas.

Es una mañana fría en Seattle, el cielo de diciembre promete lluvia.

Llevo meses viviendo en el ático de Romeo y mis nervios se ponen a prueba constantemente.

Por las mañanas asisto a la universidad de mis sueños entre clases de literatura y glottodidáctica, por las tardes visito la ciudad para descubrir nuevos rincones, por las noches salgo con Klaudia que me lleva a conocer lugares y personas con las que tomo una copa y charlo, hasta que Tony señala el reloj y, como una Cenicienta moderna vuelvo a casa, al hombre que incendia cada una de mis fantasías y congela cada uno de mis deseos durante las horas de vigilia.

Esta mañana ni siquiera la ducha parece capaz de quitarme la vibración nerviosa que siento en la boca del estómago y entro en la cocina con una nube negra sobre mi cabeza.

—Buenos días, Chloé —me saluda Romeo, mientras me dirijo a la nevera con un diablo por pelo.

Murmuro algo indefinido y me concentro en prepararme el desayuno.

—No pensé que te levantarías tan temprano, ya que hoy no tienes clase hasta las once.

Murmuro una respuesta a medias y me siento en el mostrador de la isla.

Todavía no lo he visto, creo que lloraría si lo hiciera.

—Salgo dentro de un rato, tengo que ocuparme de unos asuntos, pero volveré para la cena sin problema si quieres empezar esa nueva serie de televisión.

—Mmh —murmuro.

—Alguien durmió mal.

—La verdad es que he dormido muy bien —suelto.

—No lo parece —responde con una risita.

—Me lamiste hasta que me corrí tres veces y luego me follaste hasta olvidar mi nombre en todas las posturas conocidas haciendo que me corriera como una loca. Tuve tus dedos en lo más profundo de mi sexo, cabalgué tu polla y sentí cómo te corrías dentro de mí mientras el quinto orgasmo sacudía mi alma —mis ojos se clavan en los suyos, oscuros e intensos, noto su mandíbula apretada, sus músculos tensos, su mano apretada sobre el mostrador—. Entonces, me desperté.

—No puedes decirme esas cosas —dice con calma.

—Me gustaría *que me hicieras* ciertas cosas.

—Estoy tratando de mostrarte…

Levanto una mano para interrumpirle.

—Me lo has mostrado abundantemente, pero necesito sentirte más cerca.

Accede a mi petición acercándose a mí y, una vez más, nuestros cuerpos se tocan y nuestras almas se reconocen.

—Quiero más.

Es una petición, una oración.

—Ya lo tienes todo, ¿no lo entiendes? ¿No entiendes lo peligroso que es?

¿De qué estás hablando?

No quiero arriesgarme a que reabra viejas heridas o a que vuelva a alejarse de mí; así que reúno todo el valor que tengo y me inclino hacia él.

—Quiero más —murmuro entre sus labios.

—Me matas, pequeña —responde, mordiéndome la mandíbula y acercando mi muslo a su costado hasta que estamos tan cerca que no hay límites entre nuestros cuerpos.

Siento su erección contra mi muslo y el deseo de sentirlo dentro de mí se vuelve incontrolable.

—Te. Quiero. Ahora —le digo, despacio y con firmeza, para hacerle saber que esta vez no hay escapatoria.

Me mira y en sus ojos veo caos, esa maldita presa por fin cede.

—No puedo.

Contengo el impulso de golpearme la cabeza contra la pared y estrecharlo más contra mí.

—Déjate de tonterías. Soy lo suficientemente mayor para saber lo que quiero y no soy una damisela a la que proteger.

En su mirada veo lujuria, tan poderosa como la mía, y racionalidad intentando recuperar el control sobre su cuerpo, pero ya no puedo permitírselo, me destrozaría.

—No te atrevas —le ordeno.

—¿A qué?

—Sé lo que estás haciendo. Te estás alejando de mí, *otra vez*. Lo siento, pero no te dejaré, no esta vez.

Y entonces le beso, con todo lo que tengo. El anhelo, la desesperación, la pasión, la ira y todos los sentimientos que ha despertado en mí.

Sus manos recorren mi cuerpo con un hambre y una calidez que creo que dejarán huella en mi piel sensible y excitada.

Gimo con fuerza y deseo cuando llega a mi sexo y *por fin* hunde un dedo en mi interior, deslizándose por mis humores.

Vuelvo a gemir y muevo las caderas mientras la lujuria me nubla la vista y la razón.

—Más —le pido, y él me complace con un segundo dedo, tocando cada punto sensible, llevándome hacia el éxtasis.

De repente, todo se detiene.

Su boca ya no está sobre la mía, sus dedos abandonan mi cuerpo, su corazón deja la caja torácica para estrellarse contra el suelo.

—No podemos —murmura.

—No te atrevas a intentar decirme que no me deseas, porque tu polla, ahora mismo, está intentando hacer un túnel contra mi muslo.

—Esta bocaza, tarde o temprano, te meterá en muchos problemas.

—Nado bastante bien, no te preocupes. Ahora, fóllame.

La presa aún se tambalea, con fuerza, pero esa maldita lógica es tan fuerte que tiemblo al pensar en lo que podría hacer con mi irracionalidad, la forma en que me estoy exponiendo a él.

—Ya hemos cruzado una línea que no deberíamos haber cruzado. Tenemos que parar ahora y creo que tienes que irte —el tono es tranquilo y sé que ya ha tomado una decisión, pero no me rendiré sin luchar.

—No, joder, no hagas eso —replico sin ocultar mi frustración—. Dime que estás de broma. Dime que quieres que me quede.

—Debes irte. Ahora mismo. Abajo, encontrarás a mi chofer. Él te llevará a donde quieras ir.

—Qué considerado eres —resoplo con sarcasmo—. Sin embargo, a dónde vaya ya no es asunto tuyo. Tú, en cambio, puedes irte a la mierda.

Le doy la espalda y salgo furiosa, dando un portazo con las últimas fuerzas que me quedan, antes de derrumbarme ante los ojos del hombre del que, por desgracia, me estoy enamorando.

26. CHLOÉ

—¿Seguro que no quieres echarme? —le pregunto a Klaudia mientras me pone una taza de café delante.

Irrumpí en su casa hace dos días, cuando escapé del piso de Romeo frustrada por no poder romper esa maldita presa ni siquiera en el momento más cercano que compartimos.

—¿Quieres parar? Ya te he dicho que puedes quedarte todo el tiempo que quieras. Pero, por favor, contéstale a Mariella que no para de escribirme sobre si debería venir en persona a cargarse al Jefe de Seattle.

Si Klaudia es una chica amable y comprensiva que me ha ahorrado varias preguntas incómodas, mi amiga Mariella lleva dándome la brasa desde que le dije que dormía en casa de su primo.

Pero, ¿qué puedo decirte?

¿No puedo seguir con Romeo porque le rogué que me aceptara de cualquier forma posible y él me rechazó fría y distantemente?

¿No puedo seguir con él porque cada vez que lo miro deseo tenerlo dentro de mí?

Resoplo y pongo los ojos en blanco.

—Tienes razón, la llamaré en cuanto acabe esto —digo levantando la taza casi vacía.

Se ríe y me sonríe comprensiva.

—Sigues intentando dar largas. Sé que nos conocemos desde hace poco, pero si necesitas hablar de ello, puedes contar conmigo.

Pasé la noche dando vueltas en la cama, atormentada por los pensamientos y sentimientos tristes que me abrumaban, sintiéndome vacía, como si me hubieran arrancado una parte de mí.

Y eso me asusta muchísimo, porque nunca había estado tan unida a alguien desde... bueno, desde que dejé de confiar en la gente.

Que ocurriera con un tipo como Romeo -tímido, reservado y silencioso- me resulta aún más extraño, ya que siempre he encontrado refugio en el caos para dominar el ensordecedor silencio de mi corazón.

Suspiro lentamente, pensando que le debo a Klaudia una explicación mejor que lágrimas y sonrisas tristes.

—Estoy enamorada de él.

Mi amiga levanta lentamente las cejas y abre los ojos hasta que corren el riesgo de salirse de las órbitas.

—¿De quién creo que estamos hablando?

Me limito a asentir.

—¿Y qué vas a hacer al respecto? Quiero decir, nunca ha estado con nadie y admito que saber que vivías con él me chocó, pero... —se detiene y me mira con cautela—. Ya sabes quién es, cuál es su papel en la ciudad. Además, personalmente siempre me ha parecido bastante espeluznante, ¿no le tienes miedo?

—¿Miedo? En absoluto, de hecho nunca me he sentido más seguro en toda mi vida. Puede

parecer espeluznante porque habla poco, pero es un observador agudo, extremadamente inteligente y organizado.

—Te brillan los ojos cuando hablas de él, quizá eso sea aún más inquietante —bromea Klaudia.

—El problema es que ha dejado claro varias veces que no le interesa —murmuro derrotada.

—Ustedes se besaron, ¿verdad?

—Ah, sí. ¿Sueno cursi si digo que vi estrellas cuando sucedió?

Ella sacude la cabeza.

—Sólo un poco. No quiero ser insistente, pero por lo poco que me has contado, deduzco que había algo más, ¿no?

Me sonrojo y bajo la mirada.

Cómo explicarle que no era el contacto físico lo que nos unía, sino todo lo demás hecho de caricias, miradas y respiraciones que nos unían.

—Sí, pero se detuvo antes de llegar al punto.

—Bueno, si quieres mi opinión, ni siquiera habrías llegado al beso si él no estuviera realmente interesado. Quizá él también sea humano -aunque yo no apostaría por ello- y quizá tenga algunas reservas porque eres mucho más joven y no perteneces a nuestro mundo, pero si él es lo que quieres, ve a por él.

—No puedo arriesgarme a que me rechace otra vez, Klaudia. Me expuse, le dije lo que me hace sentir, y me dijo que no podíamos cruzar esa línea. Es decidido y jodidamente testarudo, mis palabras no bastarían para convencerle, tiene que ser él quien entienda que me desea tanto como yo a él y que nos necesita tanto como yo —concluyo con un grito ahogado y me doy cuenta de lo ciertas que son mis palabras, aunque no ayuden a mitigar el dolor sordo que siento en el pecho.

Klaudia suspira y es evidente que siente lástima por mí y por mi situación, pero no llevo bien la simpatía de los demás.

Bebo el último sorbo del café, ya frío, y sonrío.

—Bueno, gracias por el café, pero ya es hora de hacer esa llamada, luego te cuento —digo levantándome y sacando el móvil del bolsillo mientras me dirijo a la habitación de invitados.

Me tumbo boca abajo en la cama y comienzo la llamada respirando profundamente para calmarme.

—Ya era hora —exclama Mariella en cuanto acepta la llamada.

Hago una mueca y hago lo único que puedo hacer.

—Lo siento, Mari. No quería preocuparte, sólo necesitaba tiempo.

—¿Cómo estás?

—De mierda —respondo y contengo un sollozo.

—Cuéntamelo todo y no te dejes nada —me invita tras un profundo suspiro.

Y así lo hago, porque es la amiga más cercana que tengo, porque necesito sacar todas las emociones enredadas que tengo dentro, porque no sé cómo avanzar desde donde estoy.

—¿Quieres que vaya a Seattle? —me pregunta, justo cuando termino de contarle todo lo que ha pasado entre Romeo y yo desde que aterricé en el aeropuerto hasta ahora, con todo lujo de detalles.

Agradezco que esta sea su primera pregunta y que no le haya importado que no le cuente mi implicación física y emocional con el Jefe, como ella le sigue llamando.

—Te lo agradezco, amiga, pero no es necesario. Voy a tomarme este fin de semana para lamerme las heridas y divertirme un poco, luego volveré a la universidad. Creo que conseguiré

una habitación de hotel y luego buscaré un piso para alquilar.

—He hablado con Klaudia, me ha dicho que para ella no hay problema, pero si de verdad quieres ir al hotel, deja que me encargue yo.

—Ni hablar, tengo la beca y algunos ahorros, puedo hacerlo.

Resopla.

—Basta, Chloé. Somos amigas, deja que te cuidemos.

De repente, me vienen a la mente las palabras de Romeo.

—Deja de actuar como una isla que puede sobrevivir a todo por sí sola y acepta el apoyo de tus amigos.

¿Y si tenía razón? ¿Y si por una vez pudiera contar con alguien?

Cierro los ojos y me lanzo al vacío.

—De acuerdo —respondo—. Pero si se convierte en un inconveniente para Klaudia, me iré y no hay nada que puedas decir o hacer para hacerme cambiar de opinión.

—Perfecto —responde alegremente—. Entonces, ¿es demasiado pronto para decir *te lo dije*?

Me río, divertida por el tono amable con el que ha formulado la pregunta a pesar de su característica brusquedad.

—Ah, ¿te importaría esperar hasta el lunes?

—Por supuesto, cariño.

Y el lunes por la mañana fue su mensaje el que me dio los buenos días, lo que me hizo sonreír mientras me secaba las lágrimas y me armaba de valor para afrontar un nuevo día “post Romeo”.

No supe nada de él, aunque salí con Klaudia el sábado por la noche y tuve la clara sensación de que alguien me vigilaba, pero preferí concentrarme en mi nuevo amigo, que resultó ser una persona llena de energía, sueños y muy divertida.

En resumen, lo contrario de lo que siento en este momento.

Sacudo la cabeza, reprimo las lágrimas y me obligo a sonreír para no volver a caer en la habitual vorágine de tristeza.

—¿Planes para el día además de las clases? —me pregunta mi nueva compañera de piso mientras me siento a desayunar.

—En realidad, no. Estudiaré un poco, veré la tele, nada del otro mundo.

Tomo un sorbo de café y me apunto mentalmente que haga un viaje al supermercado, empiezo a echar de menos mi yogur de coco.

—Genial, entonces puedes venir conmigo a la inauguración de una panadería en el centro, todo el mundo habla de ella.

Sí, simplemente genial.

—El sábado por la noche acepté salir porque no quería preocupar más a mis amigos, pero hoy realmente no me apetece ir por ahí estrechando manos y sonriendo cuando lo único que quiero es acurrucarme en la cama y llorar.

Y para dormir, tal vez.

—Sí, porque cada vez que cierro los ojos, empiezan las pesadillas, y ya no tengo ganas de buscar a un desconocido para recuperar el control sobre mí misma; por lo tanto, intento dormir lo menos posible.

No sé cuánto tiempo podré aguantar.

—Además, tengo un par de invitaciones más para esta semana, estoy deseando que vayamos juntos.

Da palmadas delante de ella con expresión entusiasta y no tengo valor para decirle que no.

***

—Chloé, siéntate aquí conmigo, tenemos que hablar.

Cuando entro en casa después de una mañana de clases, la voz seria de Klaudia hace que se me ericen todos los pelos de la nuca.

Me temo que sé de qué va esto: hace poco más de un mes que soy huésped en su casa, probablemente querrá recuperar su intimidad.

Fue más que amable conmigo durante este periodo, animándome a salir para distraerme y pensar en otra cosa después de encontrarme varias veces mirando al techo preguntándome qué había hecho mal.

Ignoro la punzada de decepción en el estómago, diciéndome que es perfectamente legítimo que me pida que me vaya, y voy a sentarme en el sofá frente a ella, empezando a pensar en el hotel al que tendré que trasladarme.

—Ya sé lo que quieres decirme, y lo entiendo. He estado aquí demasiado tiempo y es justo que recuperes tu espacio. Haré las maletas enseguida y buscaré otro sitio donde quedarme —le digo, mientras me siento y le dedico una sonrisa.

Fue demasiado amable conmigo, me acogió en un momento de crisis y no quiero que se sienta culpable de ninguna manera por querer algo tan razonable.

—¿Qué? ¿Otra vez con lo mismo? —replica poniendo los ojos en blanco—. Te he dicho y repetido al menos mil veces que me alegro mucho de tenerte aquí y que no te estoy echando —aclara.

—Ah, vale —no contengo mi asombro y curiosidad, porque realmente no sé de qué puede tratarse—. ¿Qué está pasando?

Suelta un profundo suspiro, cruza el sofá y toma mi mano entre las suyas.

—Mis padres han recibido una invitación esta mañana y quería contártelo antes de que empezaran a circular rumores por ahí y en los periódicos.

—Vaya, ¿a qué viene eso? —pregunto frunciendo el ceño.

—No hay manera fácil o indolora de decir esto. Por lo tanto, simplemente lo diré: el jefe Fontana se casa.

Esto no es posible.

Las palabras me golpearon como puñetazos en el estómago.

El corazón se para, los pulmones se niegan a tomar aire.

No puedo creer lo que he oído.

Me trago el nudo en la garganta, me tiemblan las manos.

Sólo ha pasado un mes desde la última vez que nos vimos, y ahora se va a casar con otra mujer.

Sacudo la cabeza y se me saltan las lágrimas.

Me siento traicionada, burlada, defraudada.

¿Cómo puede hacer eso?

Cierro los ojos, los sollozos me sacuden.

Todo estaba en mi cabeza, la química, el deseo de estar juntos. En realidad, nunca dijo que sintiera algo por mí, me engañé.

¿Cómo podría hacerlo?

Klaudia se mueve a mi lado, me abraza, murmurando palabras de consuelo que no llegan a mí.

Aprieto los puños, el dolor me abruma.

—No, no, no —me apoyo en ella, impotente ante mi corazón destrozado—. No puede hacerme esto.

Mi amiga no responde, me abraza fuerte y deja que me desahogue.

—¿Cómo he podido ser tan estúpida? Creía que él también sentía algo —sollozo, atenazada por la rabia, la tristeza y la decepción.

Klaudia suspira.

—Yo también lo pensaba, cariño, pero hay más.

Levanto la cabeza, me limpio los ojos y la miro expectante.

—¿Qué?

—Te juro que no tenía ni idea, y estoy segura de que Mariella tampoco, pero mamá me ha dicho que Romeo está oficialmente prometido con la señorita Rose Johnson desde que eran dos niños —explicó en tono apesadumbrado.

—No puedo creerlo —jadeo incrédula, mientras las emociones que siento se funden en una sola, abrasadora e imparable.

Ira. *Se burló de mí todo el tiempo.*

Ese maldito bastardo.

La ira me invade, me envuelve y me asfixia hasta que no veo nada, no oigo nada, no percibo nada más y vuelvo a mi mecanismo de defensa favorito.

—¿Puedes hacer algo por mí? —le pregunto.

—Todo lo que necesites.

—Llévame a bailar.

27. CHLOÉ

Atuendo sexy, listo.

Maquillaje impecable, listo.

Deseo de salir a bailar con unos desconocidos, no presente.

La necesidad de acabar con los malos pensamientos, con los graves de la música a todo volumen en la pista de baile, de sobra.

Termino de aplicarme brillo en los labios y estoy satisfecha con lo que veo en el espejo, aunque sé que por dentro las cosas no van tan bien.

No pienses en ello.

Tras un día dedicado al bienestar entre mascarillas faciales, exfoliantes corporales y pedicuras, salgo de mi habitación y me encuentro con una despampanante Klaudia esperándome.

Esta chica es realmente hermosa, con los rasgos delicados y los ojos verdes típicos de la familia Rizzo, pero con una melena pelirroja que la convierte en la versión sexy de Mérida, la princesa rebelde.

—Estás estupenda —le digo cogiendo mi bolso.

—Lo mismo digo, amiga —me mira con cautela y se aclara la garganta—. ¿Estás segura de que quieres hacer esto?

Agradezco que se preocupe por mí, en lugar de pensar sólo en disfrutar de una velada divertida con un amigo, pero salir y divertirme un poco es justo lo que necesito para dejar de pensar en una persona que lleva varias semanas tomándome el pelo.

—Por supuesto —respondo con la mejor sonrisa que puedo esbozar.

—Entonces, no perdamos más tiempo.

Cuando nos bajamos del Uber un poco más tarde, espero estar en *Decadence*, pero nos encontramos en un local más espartano, donde los chicos de la cola también llevan vaqueros.

Definitivamente más informal que el exclusivo club al que me había llevado... *¡ah, no! Ni siquiera pensaré en su nombre.*

—¿Han estado aquí antes? —pregunta Klaudia mientras saluda al portero para avisarle de que estamos en la lista.

—No, la única otra discoteca en la que he estado es *Decadence*.

Su cabeza se gira hacia mí y abre mucho la boca en una mueca de sorpresa, luego suelta una risita y sacude la cabeza.

—Por supuesto. ¿Dejó el Sr. Fontana su nombre en la entrada?

Me he dado cuenta de que tanto ella como Mariella sólo le llaman “Jefe” cuando estamos en privado, o lejos de oídos indiscretos.

—No. En realidad, él me llevó, pero creo que también estaba en una lista, porque no hicimos cola para nada —le respondo.

—Y me lo creo —se ríe—. Él es el dueño.

—¿Qué? —exclamo.

Mientras tanto, el portero nos hace pasar y cruzamos la entrada con la música empezando a

subir de volumen.

Klaudia se inclina hacia mí. Poseen la mayor parte de la ciudad y de Portland. Mis padres no me cuentan mucho, pero sé que la organización pretende expandirse a Canadá.

—Ven, acabo de ver a unas amigas.

No me da tiempo a contestar, porque nos vemos literalmente desbordados por un grupito de chicas eufóricas por nuestra llegada, que se presentan desgranando nombres, edades y trabajos que no recordaré por la mañana, haciéndome preguntas que contesto casi automáticamente con la ilusión de poder salir a la pista.

También tengo que esperar a la primera ronda de cócteles antes de tener por fin luz verde y poder rockear al ritmo de la música.

Me refugio en el ritmo constante que resuena en mis oídos, en la vibración que hace temblar mi vientre, y sonrío a Klaudia y a sus amigos con los que comparto esta burbuja de energía y movimiento.

—¡Este DJ es increíble! —grita Klaudia por encima de la música y yo asiento con la cabeza, mareado y haciéndome ilusiones de que el mundo fuera de estas paredes no existe.

Nos reímos y bailamos sin parar, pero sólo hacen falta unas cuantas canciones para que algunos chicos se acerquen y empiecen a bailar con nosotras, que es exactamente lo que estaba buscando.

Distribuyo sonrisas, bebiéndome el segundo cóctel que me pasa mi amiga, mientras un tipo me habla al oído diciéndome que soy la chica más guapa del lugar.

Mentiroso.

No lo niego porque él podría ser la distracción que buscaba, y sigo bailando, saltando al ritmo de la música y cantando a pleno pulmón durante los estribillos de las canciones bailables.

—Parece que me has impresionado —me dice Klaudia al oído con una sonrisa burlona.

—Sí —sonrío a cambio, aunque la familiar sensación de control se ve sustituida por un creciente malestar cuando el desconocido coloca una mano en la base de mi espalda.

—¿Cómo te llamas, preciosa? Soy Michael y estos son mis amigos Roger y Charlie —se presentó señalando con la cabeza a los dos chicos que bailaban con Klaudia y una amiga suya.

—Me llamo Chloé —le respondo, aunque la sonrisa que le dedico es realmente forzada.

Me gustaría apartar su mano, no me produce las mismas sensaciones de calor y placer que las de... *¡No! Maldita sea, Chloé, esfuérzate más.*

Y eso es lo que hago mientras sigo bailando con este tipo de cuyo nombre no me acordaré mañana, de vez en cuando intercambiamos algunas palabras, pero la mayor parte del tiempo la pasamos moviéndonos al ritmo de la música.

Rachel, una de las amigas de Klaudia, vuelve con una nueva ronda de bebidas, que acepto encantada.

Tengo la cabeza ligera gracias a los cócteles, aunque no me siento borracha, sólo agradablemente eufórica. Como debe sentirse Rachel, que en la siguiente canción se aferra a Roger, o quizá a Charlie, y se besan como si quisieran chuparse el alma.

—¿Quieres tomar aire? —propuso Michael, acercándose de nuevo.

¿Quiero?

Claro que sí, Chloé, has venido aquí a propósito, me recuerdo y asiento un poco rígida, llamando la atención de Klaudia.

—Vamos a salir a tomar el aire, ¿de acuerdo?

Su mirada se vuelve cautelosa.

—¿Estás segura?

Sólo lo pienso un momento, para no perder los nervios.

—Sí, parece un tipo tranquilo, y luego vamos a hablar. Si no tienes noticias mías en los próximos quince minutos, llama a la policía —digo en broma, pero cuando me encuentro con la mirada de mi amiga, veo que se lo ha tomado muy en serio.

—Muy bien, quince minutos.

El aire de la noche es fresco cuando salimos a una terraza en la parte trasera y él saca un cigarrillo.

—¿Quieres? —me ofrece, pero me niego, negando con la cabeza—. ¿Dónde te has estado escondiendo? Creo que nunca te he visto por aquí.

—Estaba escondida en Francia, llegué a Seattle hace unos meses para una estancia de estudios.

—¿Qué estás estudiando? —pregunta, echando una nube de humo por la boca.

Michael es un tipo guapo, alto y de constitución atlética, pero mi cuerpo no reacciona, no siente ninguna atracción hacia él.

—Literatura americana.

—Interesante, supongo —responde con una media sonrisa seductora, luego mira a su alrededor, tira el cigarrillo al suelo y su tono de voz cambia, volviéndose menos juguetón y más posesivo—. Estás muy guapa, Chloé. ¿Te gustaría hacer más interesante esta velada?

Empiezo a sentirme cada vez más incómoda, pero no pierdo de vista el objetivo de la velada.

—¿Qué propones?

De nuevo esa sonrisita seductora, se acerca con pasos lentos y decididos y, por instinto, retrocedo un poco hasta encontrarme contra la pared.

—Voy a follarte ahora.

Abro mucho los ojos ante su brusquedad, me trago el malestar que se hace cada vez más fuerte e intento mantener el control de una situación potencialmente desastrosa.

—Me parece que estás corriendo demasiado rápido.

—¿Sí? Me parece que he estado detrás de ti dos horas en la pista, intercambiando cháchara inútil que me importa una mierda, y ahora tienes que devolvérmela, ¿no? Entonces, ¿te follo o me la chupas?

Enderezo los hombros y levanto la barbilla, intentando mantener la calma y la voz firme.

—Creo que no haré nada de eso. Ahora, me gustaría volver a entrar.

Hago lo posible por adelantarle, pero me agarra de la muñeca y me hace chocar contra la pared con fuerza, aplastándome con su atlético cuerpo.

—No irás a ninguna parte, maldita rizzacazzi.

El golpe, su aliento alcohólico, *esa ofensa*. Todo se vuelve demasiado y, cuando utiliza la fuerza para sujetarme, en lugar de luchar, me paralizo.

Me bloquea las muñecas con una mano y el cuello con el antebrazo, mi cerebro grita que patee, golpee, arañe, grite, pero mi cuerpo es un enorme e indefenso trozo de hielo.

No puede volver a ocurrir.

—No, no, no —murmuro horrorizada—. Suéltame.

—¿Vas a hacerte la dura ahora? Veo que te gusta cómo te toco.

No es verdad, tengo ganas de vomitar.

Cuando me arranca los botones de la blusa y me toca bruscamente los pechos, cierro los ojos, siento cómo caen las lágrimas y sólo quiero morirme.

Un momento después, sin embargo, ya no estoy apretada contra la pared, ya no oigo su aliento empapado en alcohol, ya no siento sus sucias manos sobre mí.

Abro bien los ojos y veo a mi atacante recibiendo patadas, puñetazos y rodillazos hasta que

cae al suelo sangrando.

Cuando desvío la mirada hacia la persona que me rescató, me invade la gratitud, la esperanza y la rabia.

Gratitud porque evitó que ocurriera lo peor, esperanza de que este comportamiento indique que le importo de alguna manera, enfado cuando recuerdo que me ocultó que estaba comprometido con otra persona.

Y es a esta última emoción a la que me aferro con todas mis fuerzas para no acurrucarme en un rincón y llorar.

—¿Qué demonios haces aquí? —siseo, y una descarga de adrenalina me pone de nuevo en marcha, haciendo que me separe de la pared y me acerque al hombre que habita mis sueños.

Tras asegurarse de que el atacante ha sido neutralizado, Romeo se vuelve y me estrecha los ojos.

—Acabo de salvarte de una agresión sexual.

—Y te agradezco que intervinieras, pero ¿cómo sabías dónde estaba?

Inclina la cabeza y acorta la distancia entre nosotros.

—Eres mi invitada en la ciudad, señorita Bertrand. *Siempre* sé dónde estás.

Sus palabras me producen un cálido escalofrío.

—Así pareces un acosador.

Romeo se limita a encogerse de hombros y alarga una mano para moverme un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Vamos, antes de que te desmayes te acompaño al piso de la señorita Rizzo.

Lo sabe todo.

—¿Quién te dijo que voy a colapsar?

—Ahora mismo estás en estado de shock, pero dentro de poco la adrenalina que te mantiene en pie desaparecerá y empezarás a enfriarte y a sentirte abrumada por sensaciones menos agradables, como el miedo y las náuseas —explica como si se tratara de un boletín médico—. Supongo que no quieres que te vean así, ya que eres una niña testaruda y orgullosa. Si me equivoco, puedes quedarte y seguir con tu velada.

Pongo los ojos en blanco, pero no respondo, porque siempre ha tenido razón.

Me agacho para coger el bolso, que se me había caído, y saco el móvil para enviar un mensaje rápido a Klaudia, explicándole que había quedado con Romeo y que me llevaría a casa.

Cuando desvío la mirada hacia el hombre que deseo con todas mis fuerzas, veo que sus ojos se centran en algo, *en mi pecho*.

Miro hacia abajo y veo que ha empezado a formarse un moratón allí donde Michael me sujetó violentamente.

—¿Qué mano? —pregunta Romeo en voz baja.

Inclino la cabeza hacia un lado sin captar el sentido de su pregunta.

—¿Con qué mano te dejó esa marca? —repite.

Sacudo la cabeza sin entender a dónde quiere llegar.

—Con la derecha, ¿por qué?

Se me acerca de nuevo y me mira directamente a los ojos mientras me responde:

—Puede que no sepas muchas cosas de mí, pequeña, pero que sepas que en mi pueblo no se toca a las mujeres ni a los niños. Y quien lo hace, paga las putas consecuencias.

Sin esperar mi respuesta, Romeo se da la vuelta, se inclina sobre Michael y lo despierta con un par de bofetadas certeras. En cuanto abre los ojos, le murmura algo al oído y, con un movimiento brusco, le rompe la muñeca derecha.

Me quedo quieta y no sé si estar más desconcertada por el hecho de que Romeo me haya seguido, de que le esté rompiendo los huesos a un tipo cualquiera, o por el hecho de que nada de esto me disguste.

Michael gime de dolor y Romeo se limita a decirle:

—Da gracias de que no te rompa el cuello, hijo de puta.

Luego se endereza con elegancia, se ajusta las solapas de la chaqueta y vuelve hacia mí con una sonrisa salvaje que debería asustarme, pero que me hace sentir segura.

Poco después, subo a su cálido y acogedor coche deportivo, que huele a él, y nos alejamos de la discoteca, a toda velocidad por las calles iluminadas de la ciudad.

A medida que la discoteca desaparece detrás de nosotros, siento que mi corazón empieza a ralentizarse, encontrando un ritmo más normal, y en el vehículo reina un silencio total, roto por mi acompañante sólo cuando se detiene frente a la casa de Klaudia.

—Hemos llegado.

Debería darle las gracias por salvarme, por acompañarme hasta aquí, por estar a mi lado una vez más, pero las únicas palabras que salen cuando abro la boca son:

—¿Quién coño es Rose Johnson?

28. ROMEO

Todavía tengo el pulso acelerado y los nervios a flor de piel, no quiero ni imaginarme qué habría pasado si hubiera llegado tarde, porque sólo quiero volver y meterle una bala en el cráneo a ese imbécil.

Creo que eso es exactamente lo que debería hacer, quizá en cuanto esté seguro de que la chica está a salvo en el piso de la señorita Rizzo.

Dejé a dos de mis hombres para que la vigilaran a ella y a sus amigas, dada la mala compañía con la que decidieron pasar la velada.

De hecho, podría llevarlo al almacén junto al lago y disfrutar de la música de sus huesos rompiéndose mientras pide clemencia, como hizo Chloé cuando temblaba como una hoja, indefensa y aplastada.

Uno, dos, tres...

Cierro los ojos y me esfuerzo por recuperar el control antes de asustar a la niña.

Cuatro, cinco, seis...

Soy el Jefe y mantener a raya el caos de las emociones es mi arma más poderosa.

Siete, ocho, nueve...

—¿Y bien? ¿Quieres contestarme?

Abro los ojos y me encuentro con el hermoso rostro de Chloé manchado de lágrimas, con el rímel emborronado y las mejillas sonrojadas por las lágrimas, y pienso que nunca ha estado tan guapa, aunque esté demasiado alterada.

Mi adrenalina sigue por las nubes y mi autocontrol vacila peligrosamente ante su olor.

Seguramente debe de estar en estado de shock, aún no se ha dado cuenta de lo que podría haberle pasado si yo no hubiera llegado a tiempo.

Esta es la única explicación que encuentro a su pregunta, que no tiene ninguna relación con la situación en la que nos encontramos.

—Después de lo que acaba de pasar, ¿quieres saber quién es Rose Johnson? —aclaro.

—Eso es, y deja de andarte con rodeos —replica ella enojada.

Suspiro suave y profundamente, consciente de que la confrontación es inevitable.

—Ya sabes quién es.

—Sí, tu puta novia *histórica* con la que te vas a casar en menos de dos putos meses. ¿Es de extrañar, entonces, que disfrutaras follando conmigo?

Aprieto la mandíbula y casi me muerdo la lengua para no morder su anzuelo.

Sabe cuánto me molesta este tipo de lenguaje, porque fue testigo de una discusión que tuve con Samuel hace meses.

Lo confirmo cuando levanta la barbilla y arquea una ceja desafiante.

—Ambos sabemos que no fue así —respondo y me paso una mano por la cabeza para mantener a raya mi frustración, porque no hay forma agradable de decirlo—. Es cierto, sin embargo, que mi compromiso con la señorita Johnson es un compromiso de larga duración que me tomo muy en serio.

—¿También te lo tomaste muy en serio cuando tenías tus dedos dentro de mí o cuando hice que te corrieras con mis manos? —contraatacó.

—Los compromisos organizativos son mucho más pragmáticos y no siempre se basan tanto en los sentimientos como en los acuerdos familiares.

—Qué palabras tan bonitas —responde, sacudiendo la cabeza—. ¡Lástima que a cada paso me recuerdes *que* eres el puto Jefe! ¿Qué trato tendrás que hacer?

Me pellizco el puente de la nariz entre el pulgar y el índice, estoy intentando seriamente no ser brusco con ella.

—Todas las necesarias para cimentar el bienestar de la organización.

—Vete a la mierda —suelta enfadada, señalándome con el dedo—. No intentes darme esas respuestas de mierda que son puro humo y nada de contenido. Quiero la verdad.

La verdad es que once años de diferencia quizá no te pesen ahora, pero sí lo harían si te hiciera parte de mi mundo oscuro y corrupto.

La verdad es que me arriesgaría a joder todas las responsabilidades si te tuviera a ti.

La verdad es que conozco mis límites y tú estabas destruyendo todas mis defensas.

—La verdad es que Rose y yo somos muy amigos y ha llegado el momento de que empiece a pensar seriamente en un heredero para el futuro de la organización.

Y mi mente es un maldito vagabundo que ha empezado a imaginarte llevando a mi hijo.

Huye, pequeña, huye tan lejos como puedas.

Chloé sacude la cabeza y cuando me doy cuenta de que las lágrimas vuelven a llenar sus ojos, siento que el suelo bajo mis pies se tambalea, junto con todas mis certezas.

—Has jugado conmigo —sentencia con la decepción coloreando su voz y su mirada.

Me gustaría negar sus palabras, pero si es lo que hace falta para que se sienta un poco menos mal, las aceptaré sin replicar.

Sin defender lo que sentí en los momentos que compartimos.

Sin decirle que mis emociones sólo se sienten alto y claro cuando estoy con ella.

Resopla una risita socarrona y sacude la cabeza, estoy tan concentrado en quedarme quieto para no tocarla que su movimiento me coge por sorpresa y cuando la encuentro a un suspiro de mi boca, casi cedo.

—Dime que no lo sientes.

Lo oigo todo, pequeña.

Gracias a ti, siento todo como nunca antes en mi vida.

—No sé de qué estás hablando. Es tarde, deberías irte —le digo.

Vuelve a sacudir la cabeza y sus labios casi rozan mi piel. Su aliento se mezcla con el mío y aprieto los puños para no agarrarle la nuca y besarla.

—No eres el único que ha metido la pata —continúa—. Sin embargo, yo estoy aquí e intento salir a la calle, aunque me dé mucho miedo. Y tú, ¿qué haces? Huyes y te refugias en una boda escopeta.

—No huyo, estoy donde tengo que estar.

Sólo intento salvarte.

—¿Y es eso lo que quieres?

Mis ojos se clavan en sus labios carnosos, me trago el nudo de la garganta y respondo con los dientes apretados:

—Sí.

—Entonces, puedo irme —suspira decepcionada—. Adiós, Romeo, que tengas una buena vida.

Pero en el momento en que se da la vuelta y su mano agarra el pomo de la puerta, se me va la respiración y la vida deja de tener sentido.

Dejo de tener sentido.

Alargo la mano por el asiento y le agarro la nuca tal y como había imaginado que haría, ella no se resiste y vuelve hacia mí, yo estrello mi boca contra la suya para recuperar el aliento.

Labios, dientes, lengua.

Volvemos a ser un maravilloso caos de sensaciones explosivas, y cuando se inclina sobre la consola central y se sienta a horcajadas sobre mí, juro que estoy dispuesto a follármela dentro de este coche, porque necesito conocer cada centímetro de su cuerpo.

Lástima que la temperatura de la cabina descienda drásticamente cuando suena mi teléfono y aparece el nombre de Rose en la pantalla del salpicadero.

—Joder —murmura Chloé, pasándose nerviosamente una mano por el pelo al darse cuenta de lo que estaba a punto de ocurrir. Con un hombre a un paso del matrimonio—. No me lo puedo creer. Vete a la mierda, Romeo, no quiero volver a verte.

Salió del coche por el lado del conductor y cerró la puerta con fuerza, pero lo único que necesitaba saber era que se le quebró la voz con ese *plus*.

—¿Diga? —respondo, en cuanto consigo que mis instintos y mis sentimientos vuelvan a funcionar.

—Hola, Romeo. Necesito hablar contigo, ¿podemos vernos en *Decadence*?

—¿Quieres que me reúna con mi prometida en un club nocturno? ¿No sería más apropiado hablar en una cafetería, tal vez? —respondo, aún aturdido por lo que acaba de pasar con Chloé.

Resopla, pero no cambia de opinión.

—En *Decadence*, en quince minutos. VIP Privé, te acompañarán a tu llegada.

Rose cierra la llamada y yo frunzo el ceño.

¿Qué tiene en mente?

—¿Estás loco? —pregunto asombrado ante la escena que se despliega ante mí mientras me acompañan a la sala privada VIP tal y como ha dispuesto Rose, que en estos momentos está dándole la mano a Liza, una de las bailarinas históricas del club, y acaba de terminar de decirme que quiere casarse con ella.

—En realidad, esperaba tu apoyo —dice con esa vocecita que solía darle todos los caramelos que tenía de niña.

—Tienes mi apoyo, pero no podemos cancelar la boda. Nos casaremos como estaba previsto.

—Yo no quiero, tú no quieres. Entonces, ¿por qué condenarnos así?

Suelto un largo y lento suspiro y desvío la mirada hacia Liza, que me observa con mal disimulado asombro.

—¿Te importaría dejarnos solos?

Rose sigue a su compañera con la mirada hasta que sale por la puerta, dejándonos solos.

—Lo habíamos hablado y acordamos que es la mejor opción para los dos. ¿Qué ha cambiado? —le pregunto en tono tranquilo.

—Era una niña desesperada que quería escapar a toda costa de un matrimonio concertado —respondió, abriendo mucho los brazos y expresando su frustración.

Lo mismo que siento yo, aunque por razones diferentes.

Empiezo a caminar de un lado a otro, considerando todas las opciones de que disponemos, que no son muchas.

—¿Sabes lo que significaría anular el matrimonio? —le pregunto—. Si lo hicieras, tendría que castigarte descaradamente por faltar a tu compromiso conmigo como hombre y como Jefe. Si lo

hiciera yo, por otra parte, quedarías con una mancha indeleble en tu reputación, estarías arruinado de por vida, nadie querría volver a relacionarse contigo. Imagina el efecto que tendría en tu familia.

La madre de Rose se ha vuelto a casar hace unos diez años y siempre ha trabajado en el ámbito social.

Subastas, bailes benéficos, donaciones a asociaciones y hospitales.

Todas iniciativas para las que la imagen pública es crucial y si Rose cancelara la boda arruinaría definitivamente la de su madre.

Inclina la cabeza y se cubre la cara con las manos.

—Lo sé, Romeo, pero no puedo seguir con esto. No puedo renunciar a ella. Sólo pensarlo es devastador, tienes que creerme, aunque sé que es un concepto desconocido para ti ya que no sabes lo que se siente cuando amas a alguien.

Por desgracia, estoy empezando a hacerme una idea bastante clara, y la sensación de impotencia y falta total de control me molesta mucho.

—No somos una pareja normal que pueda tener una ocurrencia y cancelarlo todo —respondo —. Dentro de la organización, una eventualidad así crearía inestabilidad y podría provocar grietas en el equilibrio de poder y, en estos momentos, sencillamente no podemos permitirnos eso.

Seguimos sufriendo pequeñas alteraciones en las entregas, uno de nuestros almacenes explotó dos horas antes de la entrega de un cargamento de armas y tuvimos que reprogramarlo todo, lo que provocó retrasos y aliados cada vez más nerviosos.

—Soy consciente de ello. Y, créeme, si pudiera me iría de la ciudad sin mirar atrás para poder vivir mi vida libremente sin arruinar la de mi madre —solloza Rose.

Especulo y evalúo las oportunidades, pero no encuentro buenas ideas, o quizá sí.

—¿Qué estás dispuesto a hacer para conseguir lo que quieres?

Levanta la cabeza y responde sin dudar:

—Cualquier cosa.

—¿De verdad crees que vale la pena?

—Absolutamente. Ha sido mi oxígeno durante siete años y no voy a dejar de respirar —me mira directamente a los ojos con la determinación marcando sus rasgos—. Prefiero morir.

Arqueo una ceja ante sus fuertes palabras.

—¿Estás segura?

—Por supuesto que sí.

—Bien, porque ese podría ser el resultado final.

29. CHLOÉ

Seattle, 09 de marzo de 2024.

Romeo se casa hoy con la señorita Johnson.

Y he estado tumbada en la cama de la habitación de invitados de Klaudia llorando desde que salió el sol.

Mi corazón late despacio, dolorosamente, pero me gustaría detener el tiempo, congelarme a mí y a mi entorno en un momento suspendido en el que Romeo aún no es un hombre casado, en el que Romeo aún es el único hombre que puede hacerme sentir bien.

Hacía más de un mes que no le veía, desde aquel último beso voraz en su coche en el que sentí escalofríos en la piel y esa sensación de calor y alegría que sólo él puede darme.

Me pregunto si me echa de menos tanto como yo a él.

Desde fuera, parezco una chica normal que va a clase a la universidad por las mañanas, estudia todas las tardes en la biblioteca con sus compañeros y sale con sus amigos casi todas las noches.

He llegado a apreciar los aperitivos en las azoteas de los rascacielos, las inauguraciones y las sesiones de compras que Klaudia califica de “terapéuticas”.

Sigo yendo a discotecas, pero mantengo a los chicos a distancia, en parte porque no quiero encontrarme en otra situación peligrosa, y en parte porque he admitido, al menos ante mí misma, que me molesta el contacto de un hombre que no es el que ha sustituido mis pesadillas habituales por sueños húmedos. Al menos, la mayoría de las noches.

No he vuelto a poner un pie en *Decadence* desde entonces, a pesar de la insistencia de mi compañera de piso, porque tengo demasiado miedo de encontrarme con él: tengo miedo de darle una paliza por haberme engañado, o de echarle los brazos al cuello y rogarle que no me deje marchar.

En resumen, reina el caos total en mi interior. A una parte le gustaría presentarse en su casa, darle un cabezazo y luego besarle hasta que le entre sal en la cabeza, obligándole a admitir que lo que siento cuando estamos juntos no es una calle de sentido único; a la otra parte le gustaría mandarle a la mierda a él y a su testarudez y pasar página definitivamente.

Sacudo la cabeza, me limpio las lágrimas y afronto la vida, como siempre con la cabeza alta.

El suelo está frío bajo mis pies y cada paso hacia la cocina parece más pesado que el anterior, como si el peso de las emociones me aplastara contra el suelo.

Preparo el café automáticamente, sin darme cuenta, y el ruido de la máquina es el único sonido en la casa aún silenciosa. Lástima que no pueda dominar el caos de mi cabeza, los recuerdos de los desayunos con *él*, leyendo el periódico cada mañana en la misma posición, bebiendo su café siempre en la misma taza.

¿Alguien dijo maniático del control?

—Qué bien huele —exclama Klaudia alegremente cuando llega hasta mí, pero sus ojos delatan la preocupación que siente, observándome con cautela, tal vez temiendo que me derrumbe en cualquier momento.

—Buenos días, acaba de salir —la saludo, mientras abro la puerta de la nevera y saco un bote de yogur.

Nos sentamos a la mesa y me concentro en la sencilla tarea de verter el yogur y los cereales en un cuenco más grande, rociándolo todo con miel como si fuera una operación de neurocirugía.

—Siento que me miras, amiga —bromeo, aunque siento la veracidad de esa palabra en mi lengua, porque Klaudia es alguien a quien he llegado a conocer en el tiempo que hemos pasado juntas, pero sobre todo en el apoyo incondicional que me ha brindado día tras día.

Casi se atraganta con el café al sacudir la cabeza.

—No, no, yo no... es que... —hace una pausa, suspira y luego se encoge de hombros—. Me gustaría saber cómo estás, pero no quiero ser demasiado directa.

Suelto una risita socarrona.

—Oh, no te preocupes, Mariella será directa por las dos.

—Claro —replica antes de aclararse la garganta—. Sabes que llegará pronto, ¿verdad?

Asiento despacio, consciente de que no podré escapar al doble escrutinio de mis amigas, agradecida de que se preocupen por mi bienestar, aunque un sentimiento de culpabilidad cava cada vez más hondo en mi interior al pensar que me dan tanto, mientras que yo ni siquiera les he dicho la verdad.

¿De verdad puedo llamarme amiga?

Más tarde, recién salidas de la ducha y vestidas con cómodos monos, las tres estamos sentadas en el salón.

—Me alegro de que la universidad vaya genial, no es que lo dudara. Pero, ¿cómo te va a ti? —pregunta Mariella cuando termino de contarle sobre los brillantes resultados en los primeros exámenes realizados en las últimas semanas—. Y no me vengas con el cuento de que *todo va bien, sin problemas,* porque no te creo. Sé sincera —me dice.

Mi primer instinto es mantener la fachada de comodidad que me he construido con esfuerzo durante las últimas semanas, pero sus miradas comprensivas y la mano de Mariella entrelazada con la mía me hacen optar por la verdad.

—Me siento como una mierda —confieso finalmente, dejando escapar un suspiro—. Lo extraño mucho, pero también estoy enojada con él por lo que está haciendo y su terquedad. ¿Por qué lo hace? —pregunto cambiando mi mirada de Mariella a Klaudia, pero ambas se limitan a apretar los labios esperando a que continúe—. No puedo darme paz: ¿debo dejarlo ir por el bien de su organización? ¿O debo luchar por él por *nuestro* bien? —vuelvo a preguntar a mis amigos, o quizá a mí misma, mientras las dos opciones chocan en mi mente como olas en un acantilado.

—Querida, no podemos darte la respuesta a esa pregunta —responde Mari con su habitual calma—. Sólo tú sabes lo que compartiste y si él estaba realmente tan implicado como crees.

Klaudia asiente, lanza una mirada dubitativa a Mariella y toma la palabra:

—Por lo que me han contado mis padres, a Romeo nunca se le ha visto con la futura esposa en cenas o actos sociales, pero el compromiso data de hace casi quince años.

—Pero eso no significa que sienta algo por ti —intervino Mariella, luego resopló y extendió los brazos—. La verdad es que no quiero que te lastime, que te rompa el corazón.

—Demasiado tarde —murmuro a media voz.

—¿Quieres que me quede aquí contigo? —pregunta Mariella—. Estoy segura de que Alex lo entendería.

—No bromees, eres la esposa del Segundo de Frisco y tu ausencia se notaría. Pero puedo quedarme —replica Klaudia.

—Te agradezco tu apoyo, pero no es necesario que te quedes aquí para consolar mi corazón roto.

Mariella me estrecha la mano y me lanza una mirada llena de ternura.

—Tal vez, con el tiempo, mires atrás y te des cuenta de que fue sólo un capricho del momento, los muchos cambios que has pasado en los últimos meses —ofrece, encogiéndose de hombros—. Tal vez conozcas a otros chicos y te rías mucho recordando a Romeo, ¿no?

Entiendo su punto de vista; por otra parte, cuando estaba en París y salíamos, me veía divertirme con un chico diferente cada vez y yo siempre le decía que nunca me involucraría con nadie.

Suspiro profundamente, trato de mantener una respiración regular y me armo de valor antes de hablar:

—Cuando tenía unos diez años, mi padre murió y mi madre se quedó sola y sin trabajo para cuidarnos. Empezó a trabajar en una fábrica no muy lejos de la ciudad, pasando muchas horas fuera de casa, pero la vida era cara y no podía permitirse una niñera.

Me levanto y empiezo a pasear de un lado a otro de la habitación, siento que una presión sube por mi esófago y me empuja contra la boca.

—Así que le pidió ayuda al hermano mayor de mi padre, el único pariente que teníamos en la ciudad, y él, que tenía un trabajo que podía hacer a distancia, empezó a pasar buena parte del día en casa conmigo. Cuando mamá tenía turno de noche, se quedaba a dormir en la habitación de invitados.

Me detengo un momento para tragarme el miedo y la vergüenza, luego agacho la cabeza y suelto la bomba.

—Unos cinco meses después, me violó por primera vez.

Ignoro los jadeos de mis amigos y no me atrevo a cruzar sus miradas, sabiendo que si lo hiciera perdería el poco valor que aún me queda.

—Decía que yo le había provocado paseándome semidesnuda por la casa y, desde ese día, empecé a odiar mi cuerpo y a cubrirlo todo lo que podía, pero fue inútil, porque la violencia continuó durante años.

Me enjugo la lágrima traicionera que surca mi mejilla.

—Intenté hablar con mi madre, pero él la convenció de que sólo buscaba atención porque ella siempre estaba en el trabajo y yo me sentía solo. Mamá se enfadó conmigo por decir esas cosas malas del tío que tanto nos estaba ayudando —resoplo socarronamente—. Así que seguí sufriendo en silencio, perdiendo el control total de mí misma, de mi cuerpo, de mi voluntad, hasta que pude marcharme sin mirar atrás y decidí que ya no permitiría que nadie me juzgara a mí, a mi cuerpo y a lo que hago con él.

—Cariño... —empieza Mariella, pero la detengo levantando una mano, porque tengo que sacar la parte más retorcida de mi comportamiento.

—Practico sexo ocasional para olvidarme de las manos de mi tío, para reivindicar mi libertad de elección, mi autodeterminación. El sexo siempre ha sido sólo una salida física para mí y, a menudo, ni siquiera necesito mirar a mis amantes, porque no me interesa formar ningún tipo de vínculo con ellos.

Aventuro una mirada hacia mis amigos, temiendo su disgusto, pero encontrando sólo comprensión y afecto.

—Con Romeo nunca llegué hasta el final, pero lo que me une a él tiene una fuerza extraordinaria. Cuando me toca, me siento limpia, curada, pero sobre todo, por primera vez en mi vida, me siento *amada* —inclino de nuevo la cabeza y suspiro—. Él también está estropeado, soy consciente de ello, pero conmigo es diferente. Es un perfeccionista que odia las migas en casa y no soporta el contacto, pero se deja tocar y, conmigo, se permite perder el control, actúa por instinto y no siempre con extrema racionalidad.

Mis palabras son recibidas con un silencio que huele a comprensión y aceptación.

—¿Y qué hago? —pregunto a mis amigos sin recibir respuesta.

En silencio, se levantan y vienen hacia mí, estrechándome en un abrazo fraternal, y dejo que mi fragilidad salga a la luz, abandonándome a un grito liberador.

Disfruto de estos momentos con ellos, que pronto tendrán que llegar al lugar de la ceremonia,

Aún no sé cómo acabará este día, pero mi vida acaba de cambiar, porque puede que mi tío me haya doblegado con todo el sufrimiento que me infligió, pero no me ha roto y aún puedo sanar y renacer.

30. ROMEO

—¿Quieres hablar de negocios hoy? —pregunta Frank escéptico, mientras estamos en mi despacho junto con Alex y esperando a Leonardo, que estoy segura de que se está ocupando de su mujer para lo que él llama “arrumacos de buenos días”.

—¿Por qué no? Hoy es un día tan bueno como cualquier otro —miento con los dientes apretados, haciendo que mi amigo arquee una ceja y que Alex mueva la cabeza.

Sé por qué reaccionan así.

Hoy es el día en que prometeré ante Dios y ante la humanidad que seré fiel a la misma mujer hasta mi último aliento, que la amaré y respetaré en la salud y en la enfermedad, etcétera.

Lástima que nunca hubieran oído hablar de Rose antes de recibir la invitación de boda, y que tuviera que hacer estas promesas a una mujer diferente.

¿En qué demonios estás pensando?

Por más que lo intento, la cara de la niña vuelve a mi mente en todo tipo de momentos: cuando duermo, cuando practico el autoerotismo y cuando pienso en el matrimonio.

Concéntrate, haz lo que debas.

Mi racionalidad se ha puesto a prueba, sobre todo en las últimas semanas.

Tuve que lidiar con los ataques de llanto de Rose, aterrorizada por tener que decirme “sí”; con las reprimendas de Samuel, que no para de torturarme con información sobre Chloé, la brillante carrera universitaria que está cursando y las salidas con sus amigas cada noche, donde el riesgo de conocer a un chico es altísimo; y con los partos perdidos por culpa de unos lunares que por fin sacamos a la luz en la ciudad.

Los tres imbéciles que cazamos y eliminamos habían tenido contacto reciente con Don Ciro, lo que confirma mi hipótesis de que no se esconde demasiado lejos.

Por eso estoy haciendo que mis hombres barran las casas de la zona.

Por desgracia, aún no hemos obtenido resultados.

Frank se aclara la garganta y me dirige una mirada seria, de las que apremian un sermón, y no importa que sea más joven que yo.

—Mira, Romeo, te considero un amigo y, como tal, creo que es justo ser sincero contigo —espera mi asentimiento para continuar y sólo prosigue cuando asiento—: No creo que debas casarte con la señorita Johnson. También me pregunto por qué la boda repentina, ya que no tiene ningún equilibrio de poder que salvaguardar y no parece estar involucrado en absoluto.

Me hace esta pregunta, porque si el día de su boda estaban ilusionados y enamorados, yo soy la típica placa de hielo, aunque en realidad no sea así.

Estoy tenso porque si cambia lo más mínimo, todo el meticuloso plan que he urdido se irá al traste.

No es que pueda hablar con él de ello, al menos no por el momento.

—Frank, no tengo que recordarte que la organización necesita estabilidad y lazos fuertes. Tú mismo tuviste que buscarte una esposa casi inmediatamente después del traslado de la Regencia, yo conseguí salirme con la mía durante tanto tiempo gracias al largo noviazgo, pero ha llegado el

momento de que haga frente a mis responsabilidades.

Alex se acerca y se sienta junto a Frank, y ahora sí que me siento como si estuviera delante de un tribunal.

—Entonces, este extraño momento no tiene nada que ver con un estudiante francés que alojaste en tu casa, ¿verdad? —pregunta Alex con ironía.

—Claro que no —respondo bruscamente, poniendo los ojos en blanco—. Rose es una mujer inteligente, pero su reloj biológico corre y si queremos asegurarnos un heredero a mi trono, tenemos que darnos prisa —concluyo, abriendo los brazos para subrayar lo obvio de mi postura.

—¿Inteligente es el primer adjetivo que te viene a la cabeza cuando piensas en tu futura esposa? —pregunta Frank, justo cuando llaman a la puerta y entra Leo.

Instintivamente, todos mis músculos se agarrotan y la tensión aumenta, porque si Frank y Alex son grandes amigos míos, Leo es como un hermano y me conoce tan bien como Samuel, es decir, mejor que nadie, en la medida de lo posible.

Por eso ocultarle algo es lo más difícil.

Suspiro profundamente y me levanto para saludarle y señalarle un sillón, hago un esfuerzo por relajar los músculos y actuar como si no pasara nada.

—Buenos días, amigos, ¿preparados para el gran día? —pregunta Leo con la despreocupación que ha recuperado gracias a su esposa Angela.

Los comienzos de ambos no fueron nada fáciles, pero ahora forman una formidable pareja de poder en Los Ángeles: él ha establecido una próspera asociación con los rusos y ella se encarga de todos los actos sociales que prepara la organización.

—Por supuesto —respondo, haciendo un esfuerzo por sonreír y ganándome una mirada extraña de Leonardo.

Tengo la sensación de que será el primero de una larga lista.

—Sí —coincide Frank—. Romeo, sin embargo, quería contarnos sus ideas para hacer salir a Don Ciro, ya que las últimas pistas nos llevan a creer que se esconde aquí en Seattle, ayudado por alguien que aún no hemos identificado.

Alex se ríe por lo bajo, Leo ladea la cabeza confundido.

—¿Y quieres hablar de ello hoy? —pregunta tras un momento de silencio.

—No veo nada malo en ello, pero si lo prefieres, podemos posponerlo —replico bruscamente.

Respira y mantén la calma.

—¿Cómo te sientes? —vuelve a preguntar Leo, con su aguda mirada tratando de leer en mi interior.

—Oye, por supuesto. Esta boda es importante para todos nosotros. La organización necesita mantener una base sólida y estable y Rose es la elección correcta.

—¡Oh! —interviene Alex, volviéndose hacia Leo—. ¿Sabías que la amiga de Mariella, la estudiante francesa, tuvo un inconveniente con el piso que le asignaron y se fue a vivir con Romeo durante cuatro meses?

Mierda.

—¿Qué? —exclama Leo—. ¿De qué demonios estás hablando? —pregunta, fulminándome con la mirada por haberme hecho el desentendido—. ¿Quién es la amiga de Mariella? ¿Y por qué yo no lo sabía?

—Porque no hay nada que saber —respondo antes de que los demás le metan alguna idea extraña en la cabeza—. Es una universitaria que estudia aquí en Seattle con una beca y necesitaba hospitalidad, eso es todo.

—¿En tu casa?

—Hubo un pequeño incidente en el edificio de apartamentos y...

—Romy, amigo mío, ¿estoy hablando con el hombre que gana sesenta y dos mil dólares a la hora? —insiste, tergiversando mis propias palabras.

—Sigue siendo mi invitada…

—Que podría alojarse en una suite del *Four Seasons* —me interrumpe de nuevo—. Pero que tú decidiste hospedarte bajo tu propio techo. Eso sí, si fueras un tipo normal, no tendría nada de raro, pero eres *tú* y tienes todas tus manías, incluida la de mantener tu casa impecable no dejando entrar a la gente. Así que, escúpelo o pensaré que el escarchado Romeo Fontana tiene corazón.

Respiro hondo, consciente de que tengo que darles algo o no me dejarán en paz con esto.

—Todo lo que puedo decir es que, a pesar de que no es el tipo de mujer que puede estar a mi alrededor -entre otras cosas porque sólo es una chica joven-, la señorita Bertrand provocó en mí una reacción física relevante.

—Quiero decir, ¿te la ha puesto dura? —responde Leo con franqueza, ganándose miradas severas de todos los presentes.

En realidad, me refería más al pulso acelerado, a la sensación de vacío en el estómago, a las manos que pican por tocarla, al cerebro que sigue buscando su olor dentro de la casa.

—Supongo que podría decirse eso —respondo en su lugar, porque no puedo permitirme mostrar vacilación, hoy no—. Hora de irse.

Respiro hondo y me pongo la chaqueta de esmoquin, intentando ignorar el apretón que siento en el estómago, la sensación de que algo está a punto de ocurrir.

No lo entiendo del todo, pero siempre he confiado en mis instintos y hoy volveré a hacerlo, aunque tengo una idea bastante clara de lo que ocurrirá en las próximas horas: el caos.

***

Rose no quería ser llevada al altar por su padrastro y, según el protocolo de la organización, seré yo quien lo haga.

La espero en la escalinata de la catedral de St James con Samuel, Frank, Leonardo y Alex a mi lado.

El aire de media mañana es fresco, pero el cielo está despejado y el tráfico sigue fluyendo.

No se me escapa la ironía de que a menos de un kilómetro de aquí está la Universidad de Seattle y que, precisamente hoy, la niña está cursando un taller optativo sobre literatura estadounidense.

Sí, conozco su agenda al detalle, pero sólo porque Samuel me mantiene constantemente informado.

Mi Segundo se inclina hacia mí y murmura a media voz:

—Ya viene el coche, todo está listo.

Asiento brevemente con la cabeza, antes de centrarme en los siguientes pasos del programa, porque será cuestión de segundos.

Treinta segundos después, veo llegar lentamente frente a la iglesia el coche de los cristales tintados, seguido de cerca por media docena de motos negras.

¿Qué demonios está pasando?

El coche se detiene como estaba previsto, pero los motoristas empiezan a disparar al coche de Rose y a nosotros en las escaleras.

Pasa menos de un segundo y el coche explota ante los ojos de la mitad de los invitados en un infierno de metal retorcido y llamas furiosas.

El calor irradia por el aire, entre los gritos desesperados de los presentes y una onda expansiva

que me hace tambalear mientras mis hombres sacan la artillería y comienzan a defender a los presentes.

Las mujeres gritan aterrorizadas, un par de hombres las hacen entrar en la iglesia en busca de un refugio seguro.

Me centro en el enemigo. Cinco motos con dos pasajeros, diez armas semiautomáticas apuntándonos a nosotros, que somos unos malditos blancos fáciles en este escalón.

Por eso debemos aprovechar el humo y avanzar sin ser vistos.

Samuel me detiene con una mano en el brazo.

—Ve a la iglesia con Frank y Leonardo, nosotros nos encargaremos.

Como buen Segundo, su primera tarea es protegerme, pero a nadie se le ocurre dispararme a mí y a mis invitados en mi ciudad y verme huir con el rabo entre las piernas.

—Tendré cuidado —respondo, sacando mi pistola de la funda, mientras otro de mis hombres me flanquea por la derecha—. Cúbreme— grito por encima del estruendo, antes de apuntar.

El primer disparo da en el blanco y uno de los motoristas pierde el equilibrio y cae al suelo.

—¡Debemos mantenerlos alejados de la multitud! —grita Frank con voz tensa pero firme, tras acabar con un par de enemigos.

Su intención es clara. Si podemos mantenerlos ocupados, podemos evitar más bajas civiles.

Los silbidos de las balas explosivas llenan el aire en busca de una víctima, debemos asegurarnos de que no haya más en nuestro bando.

—Faltan cuatro —grita Alex desde su posición más expuesta.

A mi derecha, caen dos Hombres de Honor, pero no hay tiempo para pensar en los caídos, hay que eliminar lo que queda del enemigo.

—Voy con dos tiros —anuncio a mis compañeros para que me cubran, luego me pongo en pie y apunto al cuello de uno y a la visera del otro.

—Doble tiro —exulta Leo.

—Faltan dos —señala Alex.

Con dos disparos precisos, y nosotros cubriéndole, Frank se eleva a toda su altura y golpea a los dos últimos enemigos que siguen en pie.

El silencio que sigue es irreal, un vacío ensordecedor tras el caos. El humo se disipa lentamente, todos seguimos alerta por si hay más amenazas.

Entonces lo veo.

Al otro lado de la calle.

Chloé ha caído.

El tiempo parece detenerse y dilatarse mientras corro hacia ella, sin importarme ninguna otra amenaza, porque mi corazón acaba de dejar de latir y no volverá a hacerlo hasta que tenga la certeza de que se encuentra bien.

—¡Chloé! —grito arrodillándome a su lado, mientras se oyen a lo lejos las sirenas de los vehículos de emergencia. Está pálida, con los ojos cerrados y una mancha de sangre tiñe su blusa —. No, no, no —murmuro, presionándola con las manos para detener la hemorragia.

—Estoy a veinte segundos —la voz de Samuel viene detrás de mí, la tensión evidente en su tono mientras la sangre de Chloé fluye sobre el asfalto.

—Oye, pequeña, no juegues, quédate conmigo, joder —le susurro sin importarme quién pueda oírme.

Cuando abre lentamente los ojos, una ráfaga de esperanza florece en mi corazón.

—Romeo... —consigue decir en voz baja—. *Ne me laisse pas*... —murmura justo antes de caer inconsciente—. *No me dejes.*

—*Je ne te quitterai jamais* —le prometo en su lengua materna que nunca la dejaré, un instante antes de que lleguen los paramédicos y me quiten a Chloé de los brazos para trabajar frenéticamente sobre ella en un intento de salvarle la vida.

Retrocedo dos pasos, me miro las manos, cubiertas de su sangre, envío una plegaria silenciosa a un Dios al que pocas veces me he dirigido.

Percibo la presencia silenciosa de mis amigos, que están a mi lado, dispuestos a compartir mi dolor y mi miedo, y agradezco su amistad.

Y, mientras suben a Chloé a la ambulancia que parte a toda velocidad en dirección al hospital, una epifanía me golpea, poniéndolo todo en perspectiva.

La vida es frágil, tenemos suerte si podemos encontrarnos con *nuestra* persona y no debemos dejar que las dificultades triviales nos alejen.

Qué más da la diferencia de edad; qué más da si quiere vivir en París, puedo dejarle la Regencia a Samuel y mudarme allí; qué más da si soy un bicho raro, aprenderé a ser normal.

Por ti, puedo intentarlo.

Para nosotros, puedo hacerlo.

31. CHLOÉ

Un zumbido constante y monótono es lo primero que percibo.

Los ojos siguen cerrados, los párpados pesan como si fueran de plomo. Intento abrirlos, pero un dolor sordo y palpitante me obliga a cerrarlos inmediatamente.

Un fuerte olor a desinfectante invade mis fosas nasales.

¿Dónde estoy?

Lo último que recuerdo es ver al hombre que amo esperando a su novia en las escaleras de la catedral, luego se desató el caos y todo fue un borrón.

Con un esfuerzo, consigo entreabrir los párpados, lo suficiente para ver la tenue luz de una habitación estéril y una silueta indistinta.

Todo está borroso, como una acuarela, pero estoy segura de que estoy en un hospital.

¿Por qué estoy aquí?

Me siento confusa y desorientada, el dolor de cabeza es terrible y punzante, y cuando intento moverme, una punzada me atraviesa el costado, haciéndome gemir.

—Buenos días, Chloé. ¿Estás despierta? —me pregunta una voz amable que no reconozco—. Estás en *el Washington Medical Center*, ahora intenta no moverte para no arrancar puntos. Voy ahora mismo a avisar al médico para que te examine.

Permanezco inmóvil porque incluso asentir me parece un esfuerzo demasiado grande, pasan unos segundos, o tal vez una hora entera, pero cuando vuelvo a intentar abrir los ojos con otro esfuerzo agotador, allí está Romeo a los pies de la cama.

Su habitual expresión impasible es sustituida por unos rasgos tensos por la preocupación, sus cejas fruncidas y sus ojos fijos en los míos.

Intento hablar, pero siento como si me hubiera tragado una playa.

—Hablaremos más tarde —dice en voz baja, posando una mano en mi tobillo inmóvil bajo las finas mantas.

Cierro los ojos y suspiro, cuando vuelvo a abrirlos, él ya no está y temo haberlo imaginado.

En su lugar hay un señor de mediana edad con gafas redondas y mejillas regordetas.

—Buenos días, Chloé, soy el Dr. Smith y soy quien te operó.

¿Operación?

—La operación ha ido muy bien, pero has perdido mucha sangre y tienes una conmoción cerebral por el impacto de la caída; por eso, puedes sentirte débil y confusa.

Ya lo creo.

—Tuvimos que intubarle durante la operación, por lo que la garganta también podía molestarle. Afortunadamente, la bala no alcanzó ningún órgano vital y pasó de largo. No tendrás daños permanentes, pero tendrás que guardar reposo durante un tiempo. En resumen, has tenido mucha suerte, teniendo en cuenta lo que ha pasado.

Sus palabras me golpean con fuerza y, de repente, los recuerdos empiezan a resurgir en fragmentos revueltos. Recuerdo que decidí en el último momento no ir al taller literario porque quería ver a Romeo elegir a otra mujer con mis propios ojos.

Fue una decisión impulsiva, que parece carecer de importancia hasta que resulta crucial.

También recuerdo la iglesia, la gente reunida fuera, la explosión del coche, los motoristas armados hasta los dientes y el brutal tiroteo que se produjo, luego la oscuridad.

La explosión del coche.

Abro la boca para intentar hablar de nuevo.

—¿Ro-Romeo?

—El señor Fontana te ha estado vigilando día y noche, ahora mismo está fuera esperando a que termine mi visita.

De día y de noche.

—¿Cuándo? —pregunto en voz baja.

—Llevas aquí cuarenta y ocho horas —responde con una leve sonrisa—. Has superado la parte más crítica, ahora sólo tienes que tener paciencia para recuperarte del todo.

Quiero preguntarle cuándo puedo irme a casa, pero el dolor y el cansancio me dominan y pronto vuelvo a caer en la inconsciencia.

Cuando vuelvo a despertarme, la habitación está vacía y la luz del sol no se filtra a través de las cortinas. Sin embargo, me siento algo más lúcida, a pesar del dolor constante y punzante.

Muevo una mano con dificultad para tocarme el costado, en el punto donde el dolor es más intenso, y capto un movimiento en la esquina oscura.

—No te esfuerces demasiado —la voz de Romeo es tranquila como siempre, pero al acercarse a la cama, noto las profundas ojeras que rodean sus ojos—. Necesitas descansar para recuperar fuerzas.

Nos quedamos en silencio mirándonos fijamente durante lo que parece una eternidad, con la intención de leer en el otro cosas que quizás tenemos demasiado miedo de decir.

Sin embargo, cuando ves a la muerte a la cara, ocurre que las cosas adquieren una perspectiva nueva y diferente y quieres vivir lo poco que nos dan en esta tierra sin remordimientos.

Quizá intuye lo que estoy pensando, porque su mirada cambia, se vuelve más amable, mientras aprieta los puños sobre la base de la cama y casi parece hacer un esfuerzo por quedarse donde está.

Se me escapa un sollozo, siento una lágrima correr por mi mejilla.

—*J’avais peur de te perdre* —confieso con otro sollozo sacudiéndome el pecho.

Tenía miedo de perderte.

Entrecierra los ojos como si le hubiera golpeado físicamente, y luego me sorprende con unas palabras que no esperaba:

—Es culpa mía. Si no fuera por mí, nunca habrías estado fuera de esa iglesia y no te habrías arriesgado a morir.

—N-no digas tonterías, no es culpa tuya —le respondo con dificultad porque, a pesar de mi cansancio, no quiero que se convenza de tal responsabilidad—. ¿Qué ha pasado? ¿Tu novia?

Nos miramos durante un momento muy largo, el vínculo entre nosotros se ha hecho tan fuerte que es casi un hilo invisible que nos une.

Siento su sufrimiento, él siente el mío.

—No es el momento de hablar de eso, pero no te preocupes, ella está bien.

Y así es como descubro que soy una persona horrible, porque me alegro de que esta chica esté bien, pero no me alegro de que este matrimonio siga siendo posible.

—Oh.

Sacude la cabeza lentamente.

—No habrá boda —una vez más, consigue interpretar mis pensamientos y reacciones—. Si

quisieras volver a casa, sería completamente comprensible.

¿A casa?

¿Cómo explicarle que me he sentido más a gusto con él en dos meses que en toda una vida pasada con mi madre en una casa de las afueras de Estrasburgo?

—No me iré —me tiembla la voz, un poco por el cansancio que empieza a aparecer de nuevo, pero el asunto no es negociable y es mejor dejar las cosas claras desde el principio.

—Tómate un tiempo para pensarlo, estarás aquí un par de días más.

—¿Un tiempo?

—Entonces, estarás convaleciente durante algunas semanas. Mariella está dispuesta a hospedarte en San Francisco y el jet podría trasladarte cómoda y rápidamente; Klaudia también ha dado su disponibilidad y podríamos encargarnos de complementar parte del mobiliario con lo que pudieras necesitar.

—¿Y tú?

Una pregunta, dos palabras, un millón de cosas sin decir.

De nuevo, Romeo sacude la cabeza y me observa atentamente antes de hablar:

—No sabes lo que preguntas, sigues confusa por la morfina.

—¿Y si te lo pregunto mañana?

Siento que la lucidez empieza a escabullirse, el sueño se apodera de mí y los párpados me pesan demasiado para mantenerlos abiertos.

Y es entre el sueño y la vigilia cuando me parece oír:

—Puede que no sea capaz de decirte que no.

***

La estancia en el hospital transcurre lentamente, pero cada día es mejor que el anterior: recupero fuerzas, ya no me duele la garganta y el dolor en el abdomen es bastante manejable, gracias en parte a los analgésicos que las enfermeras nunca me dejan que me falten.

Ahora puedo sentarme, como sola y he dado algunos pasos gracias a la ayuda de mi fisioterapeuta, que me ha enseñado a no forzar la banda abdominal.

Mariella regresó a San Francisco sólo después de que los médicos y yo le aseguráramos al menos mil veces que mi estado es estable y está mejorando, pero ya ha prometido volver en un par de semanas.

Durante este periodo, Klaudia me visitaba casi todos los días, compatibilizándolo con las clases de la universidad, y conseguí sacarle alguna información sobre lo que pasó el día de la boda.

—Esos motoristas formaban parte de la organización y estaban compinchados con un traidor al que ahora todos persiguen y sus disparos mataron a cinco Honorables e hicieron estallar el coche en el que viajaba la señorita Johnson.

Ni que decir tiene que me quedé de piedra, pero no tuve valor para interrumpir.

—Las familias de las víctimas organizaron un funeral privado en días pasados, al que Romeo asistió como Jefe, prometiendo una venganza rápida y brutal.

Y estoy segura de que está trabajando en ello porque, aunque no se salta ningún día de visita, cada vez le veo más cansado y nervioso, entra en la habitación con una carga nerviosa encima de la que sólo parece deshacerse después de que hablemos de mis progresos.

Miro brevemente el reloj que cuelga de la pared frente a la cama y noto cómo aumenta la tensión.

Dentro de poco llegará Romeo y tendrá que darme algunas explicaciones. Ya no le he pedido

que venga a casa conmigo, en parte porque temo otro rechazo y en parte porque tenemos que aclarar algunas cosas.

—Buenas tardes, Chloé —empezó, entrando tres minutos más tarde.

—Hola, Romeo —respondo, pero algo en mi voz debe de traicionarme, porque me lanza una mirada extraña y veo que sus hombros se tensan.

—¿Cómo estás? —pregunta inmediatamente después.

—¿Qué pasó con Rose Johnson?

No hace falta irse por las ramas, quiero saber la verdad.

—Nada de lo que debas preocuparte —responde, después de mirarme largamente.

—Estaba segura de que estaba bien, porque tú me lo dijiste, pero Klaudia asistió a su funeral. Entonces, ¿me mentiste?

—Nunca te mentiría.

Como de costumbre, no da más detalles, dejándome a tientas en la incertidumbre.

—¿Y qué? —insisto con voz cada vez más exasperada.

Romeo respira hondo y cuando vuelve a dirigirme la mirada, siento que el ambiente de la sala cambia, se vuelve solemne, su postura cambia junto con el aura que le rodea y por fin comprendo por qué le llaman el Emperador.

—Es imperativo que lo que te diga ahora quede entre tú y yo. Esto significa que no podrás hablar de ello ni siquiera con Mariella y Klaudia y que tendrás que mentir si te hacen una pregunta directa, ¿entiendes?

Me tomo un momento para observarle y tengo la certeza de que nunca he visto a un hombre tan oscuro y fascinante al mismo tiempo.

—Entendido.

—Conozco a Rose Johnson desde que éramos dos niños solitarios y asustados. Ella perdió a su padre de niña, yo odiaba al mío, aunque ella era toda la familia que me quedaba tras la muerte de mi madre. Nos apoyamos y fortalecimos mutuamente hasta que su familia decidió que estaba en edad de casarse y quiso concertar un matrimonio arreglado para ella.

Me mira extrañada, pero yo sé lo que es, porque forma parte de las cosas que Mariella me explicó sobre la organización.

Asiento con la cabeza.

—Cuando dos familias acuerdan un matrimonio entre dos personas que tal vez ni siquiera se conozcan para traer la paz o solidificar alianzas.

—Exactamente. No podía permitir que le pasara algo así, sobre todo porque mi amiga nunca se ha sentido atraída por los hombres, pero la homosexualidad en aquella época -y hasta cierto punto incluso hoy- se consideraba una desgracia, una mancha irreparable en la reputación de toda la familia que sus tíos podían castigar incluso de forma brutal.

—Dios mío —murmuro llevándome una mano a la boca.

—Por eso le propuse el compromiso —concluye como si eso fuera todo, pero ambos sabemos que no es así.

—Y tú, ¿no habrías querido casarte con una mujer que te atrajera? ¿Por qué, después de tantos años de noviazgo, querías casarte justo ahora? Sobre todo, ¿qué demonios le ha pasado a Rose? —Le acribillo a preguntas, pero ni se inmuta.

Aprieta los labios un momento, meditando qué decir y cómo decirlo.

—Nunca he sentido atracción sexual por nadie, ni por hombres ni por mujeres. He tenido mis experiencias, claro, pero sólo porque desconectaba del momento pensando en otra cosa durante el acto y dejándome llevar por el instinto físico.

—Quiero saber el resto —insisto cuando no continúa.

—Chloé.

—¿Dónde está Rose Johnson?

—En Puerto Rico con su mujer —suelta, dejándome sin palabras—. El coche estaba vacío y controlado a distancia, la puesta en escena se suponía que era para su familia y las partes más radicales de la organización, el tiroteo no estaba planeado.

Sacudo la cabeza con incredulidad ante su explicación, pero hay una última cosa que necesito saber.

—¿Por qué casarte ahora?

Se limita a apartar la mirada y a sacudir la cabeza.

—¿Por qué ahora?

—Pequeña...

—Porque sí. Quiero casarme contigo.

—¿Ahora? —casi grito, enfatizando cada palabra.

Sus ojos vuelven a clavarse en los míos y el dique se derrumba:

—Porque, por primera vez en mi vida, sentí esa atracción, más fuerte que un puñetazo en la cara, más fuerte que un disparo en el pecho, y me cagué de miedo de arrastrarte a la oscuridad de mi mundo.

Me quedo quieta, lo suelto todo, porque nos lo debemos desde hace demasiado tiempo.

—Pensé que el matrimonio con Rose trazaría una línea infranqueable, un límite estricto imposible de cruzar, aunque mantenerme alejado se hiciera cada vez más difícil. Sin embargo, tras anunciar la boda, me habló de su relación y me rogó que solucionáramos las cosas. Y lo hice.

—¿Te habrías casado con ella de otro modo? —pregunto con un hilo de voz.

—Soy el Jefe de Seattle, tengo un deber con la organización y debo hacer lo correcto por el bienestar de todos —responde, evadiendo la pregunta.

—Eso no es lo que te he preguntado.

Le veo tragar saliva, se pasa una mano por la cabeza, se aprieta el puente de la nariz entre los dedos y noto que está a punto de explotar de nuevo.

—No, pequeña, no me habría casado con ella, porque pienso en ti, día y noche. Y eso debería aterrorizarte, porque nunca he sentido eso por nadie. Pienso en tu sonrisa, en tu sabor, en tu boca suave y sensual, en tu coño apretando mis dedos, y tengo unas ganas de estar dentro de ti que no son normales. Deberías huir lejos mientras yo aún pueda contenerme, ¿entiendes?

Mi corazón late desbocado en mi pecho, mi sangre se calienta y contengo una sonrisa de satisfacción ante sus palabras.

—¿Romeo?

—Hmm.

—¿Me llevarás a casa contigo?

Abre ligeramente los ojos, atónito ante mi petición, y vuelve a negar con la cabeza.

—Estás loco.

—¿A quién le importa ser normal cuando puedo tenerte a ti?

32. ROMEO

A pesar de mis intentos por hacerla desistir de venir a casa conmigo, cuando llega el momento del alta hospitalaria, Chloé no atiende a razones y no puedo decirle que no, tal como me temía que ocurriría.

Podrías pedirme la luna y yo encontraría la forma de atraerte hasta aquí.

Lo único que me queda por hacer es contener mis instintos y mantenerme lo más lejos posible de ella para permitirle curarse y recuperar la lucidez que debe de haber perdido durante el tiroteo.

Estudios científicos demuestran que los traumas y los acontecimientos dramáticos provocan una exacerbación de los sentimientos. Tras la masacre del 11 de septiembre, se produjo un enorme aumento de matrimonios y nacimientos.

No se excluye, por tanto, que dentro de algún tiempo Chloé entre en razón y se dé cuenta de que lo que siente hacia mí es sólo atracción física.

No se puede descartar que si esto ocurriera, podría ser el golpe final a mi ego y a ese músculo que parece haber cobrado vida de repente en el centro de mi pecho.

Llevamos tres días compartiendo el mismo techo, donde le hago el desayuno y la llevo a la cama, luego la dejo al cuidado de Lia que la ayuda a lavarse y vestirse hasta que llega el fisioterapeuta. Ayer también vino el médico para una revisión y para quitarle los puntos de la herida perfectamente curada.

Estos tres días he estado trabajando desde casa en la información que tenemos sobre el tiroteo mientras cerramos el círculo para llegar a los responsables.

Ninguno de los motoristas sobrevivió a la colisión, pero uno de ellos tenía un teléfono desechable con un solo número entre llamadas recibidas y realizadas, también perteneciente a un desechable, pero estoy rastreando los movimientos de la tienda donde se vendió para localizar al comprador.

Por desgracia, es un proceso lento y laborioso en el que la única arma es la paciencia.

—Analicé toda la semana anterior a la explosión y no encontré nada útil —suelta Samuel con frustración, sentándose en uno de los sillones frente a mi escritorio.

Aún me impresiona que saliera de su cueva para trabajar en mi casa, probablemente porque comprendió que no abandonaría a Chloé.

—Paciencia, amigo mío, debemos mantener la calma y trabajar con frialdad y precisión. ¿Has olvidado cuánto tiempo me llevó darme cuenta de quién era realmente Angela?

La mujer de Leonardo es la hija del jefe del cártel mexicano que lleva un par de años metiéndose en nuestro camino y, cuando ambos se conocieron, tardé mucho en identificarla.

Pone los ojos en blanco con la exasperación marcando sus rasgos.

—No, lo recuerdo bien, pero estos imbécil se atrevieron a pegarnos en nuestra casa en un día festivo, y con un servicio de seguridad bastante impresionante.

—Sí... —mi voz se apaga mientras los pensamientos se precipitan repensando la dinámica aún poco clara de los acontecimientos.

Todos los Hombres de Honor de rango inferior, más algunos Capitanes, fueron encargados de

crear un cordón de seguridad alrededor del bloque de la catedral.

Uno de ellos, sin embargo, tuvo una reacción alérgica repentina y tuvo que ser rescatado para evitar un shock anafiláctico, dejando el lugar al descubierto durante unos segundos, justo los que tardaron los motoristas en encontrar el agujero en una enorme coincidencia afortunada.

Ni que decir tiene que no soy de los que creen en las coincidencias y ambos fueron interrogados largo y tendido, sin resultado.

También comprobé el informe médico, que mostraba que fue una pequeña cantidad de canela, quizá en su café matutino habitual, lo que desencadenó la reacción.

Samuel hackeó el sistema de vigilancia de la cafetería y también estamos revisando las imágenes de la mañana de la boda.

En resumen, tenemos mucho trabajo por hacer.

—¿Cómo le va, jefe?

Si no estuviera acostumbrado a captar todos los matices de lo que me rodea, las palabras de mi Segundo podrían parecer inofensivas, pero hay una ligera nota alta al final que hace saltar mis alarmas.

Le observo atentamente, extiendo las manos delante de mí y me limito a arquear una ceja.

Me sostiene la mirada durante un par de segundos, luego pone los ojos en blanco y resopla:

—Mira, no sé cómo hacer estas cosas diplomáticas, pero realmente quería saber cómo estás, dada la forma en que reaccionaste cuando le dispararon.

Aprieto la mandíbula, aprieto los puños y rechino los dientes.

Dios, me gustaría resucitar a esos cabrones sólo para matarlos de nuevo.

—No sé de qué me estás hablando.

—Hmm, veamos —responde, fingiendo pensarlo con una mano en la barbilla—. ¿Quizá del hecho de que mi jefe, un hombre notoriamente insensible y frío, que hasta hace unos días pensaba que ni siquiera era capaz de sentir emociones, haya mostrado su implicación romántica con una mujer, por primera vez desde que le conozco?

Siempre he apreciado la forma de ser franca y directa de Samuel, pero en esta circunstancia resulta bastante molesta.

—Estoy bien —corté—. Más bien, ¿nuevas noticias de Rose?

Samuel estaba al tanto de mi plan desde el principio y me ayudó a organizarlo sin llamar la atención.

—Las chicas saben que tienen que pasar desapercibidas y están disfrutando de su luna de miel entre películas, palomitas y mucho sexo —explica con detalles innecesarios—. Ah, Rose dice que le salvaste la vida.

Ojalá hubiera salvado también a los de mis hombres en la escalinata de la catedral, pero sin duda vengaré sus muertes.

—¿Alguien ha hecho preguntas sobre el conductor fantasma?

—Ninguna especialmente insidiosa. La historia del esbirro sin familia funcionó muy bien —se burla con satisfacción—. Ahora, ¿cómo piensas tratar con ella?

Samuel puede ser al menos tan persistente y molesto como Leo y desviar sus preguntas no sería más que una pérdida de energía.

—No voy a hacer nada en absoluto, tendrá tiempo y espacio para recuperarse y luego volveremos a nuestras vidas.

—Su beca termina en unos meses —responde como si yo no lo supiera—. ¿La dejarás volver a París?

Evito resoplar ante sus absurdas palabras.

—No *dejaré* que haga nada. Chloé es una mujer adulta que sabe lo que quiere y cómo conseguirlo. Conociéndola, creo de verdad que no renunciará a la segunda parte de la beca, pero su vida está en Francia y no voy a perturbar su existencia.

—¿Pero te preocupas por ella?

Me quedo mirándole con expresión inescrutable.

Siento un pedrusco en el pecho con sólo pensar que hay un océano entre nosotros y empiezo a entender el humor de mierda que tenía siempre Alex cuando Mariella se escapaba a París.

—Vamos, no hace falta ser un genio para darse cuenta —continuó, abriendo mucho los brazos —. Sólo me gustaría saber si es el culo estratosférico o esos ojos de mamón.

En tres segundos, atravieso el escritorio, le agarro por el cuello y le pongo en pie.

—¿Qué coño has dicho? —le gruño en la cara.

En la cara de Samuel se dibuja una mueca que me gustaría hacerle tragar.

—Creo que tengo mi respuesta, pero no mencionaré la palabra "A" para no ponerte ansioso.

Lo suelto de golpe, dándome cuenta de lo que he hecho, de la vulnerabilidad que he mostrado, dejando clara la profundidad de mis sentimientos por ella.

"Los sentimientos son una puta debilidad y nosotros no somos débiles".

Mi padre solía repetirme esta frase, sobre todo tras la muerte de mi madre, cuando yo lloraba al echarla de menos y él me daba una paliza para castigarme.

Creo que fue entonces cuando empecé a reprimir la expresión de sentimientos y emociones, a desvincularme del mundo exterior y de cualquier posible fuente de debilidad.

Y aquí estoy, con Chloé habiendo cavado una puta cueva en mi pecho y anclándose como un mejillón al músculo de mi corazón.

Me aclaro la garganta, me ajusto los puños de la camisa y siento la necesidad de alejarme de Samuel antes de que sus preguntas calen demasiado hondo.

—Si no hay nada más... —dejaré que capte la indirecta, porque más vale que este discurso se cierre rápido.

No deja de sonreír, se ajusta la camisa a su vez y se toma todo el tiempo del mundo para meter el portátil en el bolso.

—Claro, jefe, ahora voy. Si encuentro algo interesante, se lo haré saber lo antes posible.

Le acompaño hasta la salida, sintiendo la necesidad cada vez más acuciante de un breve respiro.

Evidentemente, no es mi día de suerte.

En el espacio abierto, nos cruzamos con Chloé, sentada en el sofá, empeñada en terminarse un yogur de coco, que ahora es el principal alimento de mi nevera.

Samuel se burla y me lanza una mirada irónica, pero verla comer en el sofá no me disgusta tanto como antes, sobre todo porque temía no volver a verla comer ni hacer otra cosa.

Le sonrío brevemente y luego veo cómo se saludan con un abrazo que me hace rechinar los dientes y acompañar a Samuel hasta la puerta.

—Mantenme informado —le saludo aunque sé que no es necesario recordárselo, luego cierro la puerta y gano tiempo acercándome a la máquina de café.

Siento la mirada de la chica clavada en mí todo el tiempo y cometo un gran error al mirar por encima de su hombro.

—¿Por qué me evitas? —me pregunta, clavándome esos ojos grandes y expresivos en los que siempre corro el riesgo de perderme.

—Estoy trabajando para encontrar a los autores del tiroteo —respondo mordazmente.

—Sí, ¿y no puedes hacerlo sin evitarme? —insiste con su terquedad habitual.

—Intento darte el espacio que necesitas para recomponerte y averiguar lo que quieres después de lo que nos dijimos en el hospital —suelto, sintiendo que mis defensas flaquean cuando sus ojos se vuelven vidriosos.

—¿Querías decir esas cosas que dijiste en el hospital?

La esperanza en su voz casi me rompe.

Percibo claramente que la parte racional de mí exige recuperar el control, sostener la máscara, restablecer la distancia.

Pero la idea de apagar la esperanza que tiñe su voz me repele.

—Sólo digo lo que pienso —admito finalmente, bajando mis defensas, exponiéndome por primera vez en mi vida—. ¿Y tú?

—Siempre —responde con una sonrisa que roza sus labios suaves y dulcísimos.

Me aclaro la garganta, antes de hacer la pregunta crucial:

—¿No te asusta lo que he dicho?

Resopla una media risita, sacude la cabeza y sus ojos vuelven a clavarse en los míos. Esos mismos ojos con los que me mantiene prisionera de mis pensamientos durante el día y de mis sueños por la noche.

—¿Quieres saber de qué tengo miedo? Tengo miedo de ser la única que siente estos sentimientos tan fuertes, tan abrumadores que a veces me dejan sin aliento.

¿Cómo es posible que no lo entienda?

Entonces me doy cuenta de que no puedo dejar las defensas bajas, tengo que destruirlas y dar un salto de fe.

—No hay ni una puta cosa que no me guste de ti. Incluso tu boca sucia y tu testarudez me vuelven loca, y no voy a vivir sin ellas, sin ti —exploto, dejando a un lado la cautela, la calma y la compostura.

Una lágrima recorre lentamente su mejilla, mi cuerpo tiembla por tocarla.

—¿Seguro que me quieres?

—Claro que sí. Hace meses que sé lo que siento, y no importa lo mucho que haya intentado luchar contra esos sentimientos. Por tu bien y por el bien de la organización. No puedo hacerlo más, no quiero hacerlo más.

—¿Sigues pensando que soy una niña? —pregunta con la voz temblorosa de inseguridad por un momento, y me odio porque sé que la he provocado.

—Te quiero exactamente como eres, Chloé —doy un paso adelante porque no puedo resistir más sin respirar el mismo aire que ella—. No hay nada que cambiaría de ti, no eres perfecta, nadie lo es. Yo, sin embargo, te quiero tal y como eres: mi pequeña niña feliz.

Acorta la distancia que nos separa, salta a mis brazos abiertos dispuestos a acogerla y protegerla hasta el último aliento y estrella su boca en la mía, devolviéndome el hambre, el deseo de marcarla como mía en todos los sentidos posibles.

Su sonrisa es cegadora y parece iluminar todo el ambiente mientras nos separamos para recuperar el aliento.

—Ahora, por fin, ¿puedes follarme? —pregunta impertinente, ganándose un gruñido de lo más profundo de mi pecho.

Ah, esta bocazas.

33. CHLOÉ

Volver a besar a Romeo después de estar convencida de que lo había perdido para siempre es un momento casi catártico que me hace reflexionar sobre mis próximas elecciones.

De lo único que no tengo duda es de que le elijo a él, aquí y ahora.

Por primera vez, un hombre no es una distracción pasajera, sino el refugio seguro en el que me siento como en casa, y nada pido más que ser su pequeña isla feliz.

Unas manos fuertes recorren mi espalda y luego bajan para sostener mi trasero mientras se acerca a la zona de dormir y todo mi cuerpo empieza a estremecerse.

Dios, he anhelado tanto a este hombre que ahora que estamos aquí, podría llorar de alegría.

Abre de una patada la puerta de su habitación y gana el centro de la estancia hasta llegar a la cama, me tumba suavemente en el suelo y, a pesar de mi curiosidad por curiosear y descubrir más de su mundo privado, soy prisionera de su mirada voraz en la que *por fin* veo ya no una presa, sino un río de lava que incendia todo mi ser.

—Eres preciosa —murmura contra mi boca, dejando ligeros besos en la punta de mi nariz, en mis pómulos, en mis sienes.

Sonrío disfrutando de esta inesperada muestra de afecto y luego le imito deshaciéndome de mi ropa, la última barrera que aún nos separa.

—Tú tampoco estás nada mal —le respondo sonriéndole.

Nunca he deseado a nadie tanto como con él, el sexo siempre me ha servido para exorcizar pensamientos oscuros manteniéndome anclada en el presente, pero Romeo hace de esta intimidad un momento tan profundo de compartir que me cuesta respirar cuando estamos separados.

En los últimos días, los momentos del tiroteo antes de perder el conocimiento han vuelto a mí y he recordado la sensación de pavor ante la perspectiva de no volver a ver esa mirada suya oscura y clara, brutal y sincera.

—¿Dónde estás, pequeña? —me pregunta, devolviendo mi atención al presente.

—Aquí mismo, contigo.

Me responde con una sonrisa tan rara como impresionante, y una sensación de calor me sube al pecho y me acelera el corazón.

Realmente me siento como una niña pequeña en su primera vez.

—Bien, porque aquí es exactamente donde te quiero, aunque sólo conozcamos nuestros cuerpos y nos besemos.

—¿Qué? —mi voz sale aguda y fina.

¿De qué demonios está hablando? ¿Quiere verme morir de combustión espontánea?

—Aún te estás recuperando, necesitas descansar, no un maratón de sexo.

—Ayer le pregunté al Dr. Smith por si acaso, y me dio el visto bueno para el sexo. Dejando de lado el más extremo durante un par de semanas —bromeo.

Arquea una ceja y, si no supiera lo que siente por mí, parecería casi amenazador.

—¿Hablaste de sexo con el Dr. Smith?

—Alguien parece un poco celoso —le replico.

—Soy culpable de los cargos que se me imputan, Señoría —me sigue la corriente, pero la forma en que se le levanta la comisura de los labios me hace comprender que no está realmente resentido.

Pienso en una réplica burlona con la que seguir provocándole cuando se deshaga de los calzoncillos y me abandone todo pensamiento racional.

Este hombre.

Este hombre es un deleite para el corazón, para los ojos y espero que deleite otras partes de mí.

Siento un impulso irrefrenable de tocarle, pero me contengo porque la incertidumbre vuelve a llamar a mi puerta.

—¿Puedo tocarte?

Me coge suavemente de las muñecas y lleva mis manos a sus pectorales.

—Nunca lo dudes. Este cuerpo, pequeña, te pertenece, al igual que mi mente y mi corazón.

Saboreo el tacto de su piel cálida y suave bajo mis palmas, luego una oleada de posesión invade mis venas al darme cuenta de que el hombre magníficamente desnudo que tengo ante mí es tan mío como yo suya.

Nos acomodamos en la cama sin dejar de tocarnos, de explorarnos.

Tardo dos manos en rodear la erección de piedra que se alza entre nosotros y empiezo a masajearla con un grito ahogado cuando desliza dos dedos en mi interior, encontrándome tan mojada que no me sorprendería que mi humedad dejara rastros en las sábanas.

Me besa, me lame, me chupa y yo le correspondo con la misma voracidad voraz, podría seguir toda la noche, porque no hay prisa por llegar a la meta final que siempre he sentido en el sexo.

—¿Eres consciente de que seré el caos en tu vida perfecta, la tormenta en tu mar en calma?

Sacude la cabeza y me sonríe.

—A veces, los pensamientos de mi cabeza alzan la voz, pero cuando estoy contigo, no oigo nada más que el sonido de ti dentro de mí. Y es extrañamente tranquilizador.

Sus palabras calan hondo en mi maltrecho corazón para envolverlo como una manta en un sentimiento difícil de explicar. Es casi como una técnica invisible de Kintsugi, en la que la dulzura de Romeo sutura las heridas que llevo toda la vida con una hoja dorada de amor y dulzura.

Aumento el ritmo de mi agarre sobre él y veo su mirada brillante observando cada centímetro de mi cuerpo, igual que yo hago con la suya.

Es una pasión caliente pero tranquila, es el deseo de saber que ya no estamos solos aunque hayamos corrido el riesgo de perdernos el uno al otro, primero por su sentido del deber y luego por un tiroteo.

No soy ingenua, sé que la vida junto a él no será fácil ni tranquila, pero estoy dispuesta a afrontar cualquier cosa con tal de estar cerca de él.

—Túmbate y abre las piernas para mí —me dice de repente y yo me pongo rígida.

Nunca he intimado con nadie hasta el punto de tener sexo oral, he visto mucho porno sobre el tema, pero me he quedado con la teoría.

—¿Qué pasa, pequeña?

Romeo está tan en sintonía con mi cuerpo que nota inmediatamente el cambio.

—Nunca lo he hecho —murmuro en un susurro con un atisbo de duda que desaparece en el momento en que una sonrisa petulante y depredadora se dibuja en su rostro.

—¿Nadie te lo ha lamido nunca?

—No —respondo con un rubor subiendo por mis mejillas.

—Entonces has estado con un montón de idiotas —replica con descaro, arrancándome una carcajada—. Para mí también es nuevo, pero tu sabor es tan dulce que me recuerda al mango maduro y, si pudiera, me pasaría el resto de mis días con la cara entre tus piernas.

Cuando está exactamente donde quiere, me lanza una mirada que haría que se me derritieran las bragas si no estuviera ya desnuda y boquiabierta mirándole.

—Así que, pequeña, ponte cómoda y disfruta de la experiencia.

Y eso es exactamente lo que hago cuando su lengua entra en contacto con mi sexo y un torrente de adrenalina me recorre desde la punta de los dedos de los pies hasta el vientre, mi corazón bombea con más fuerza y mis pulmones luchan por mantener el ritmo.

Con un juego de dientes, lengua y dedos en una mezcla erótica de dolor y placer, Romeo me lleva entre las estrellas y estoy bastante segura de que si realmente quisiera pasar el resto de sus días así, yo no tendría nada en contra.

—Oh, Dios —jadeo al sentir la presión del orgasmo abriéndose paso a través de mí.

—Disfruta, pequeña —me invita con una voz áspera que golpea todos los lugares más recónditos de mi alma y yo acepto la invitación con impaciencia, mirándole a los ojos mientras su lengua sigue trabajando mi clítoris y sus dedos bombean dentro de mí cada vez con más frenesí.

—Te quiero —consigo decir un instante antes de que el orgasmo estalle como una descarga eléctrica, dejándome exhausta y feliz.

Se queda de pie, absorbiendo cada gota de mi placer con mirada satisfecha y ojos brillantes de emoción, la misma emoción que me embarga al pensar que nosotros dos, almas solitarias y algo magulladas, nos hemos encontrado y que, tal vez, hayan sido esas desventuras las que nos han traído hoy aquí.

Cuando el éxtasis de placer se calma, alargo una mano y le acaricio la cara, no digo nada, pero sé que entiende cada uno de mis pensamientos.

—Te deseo —digo contra su boca mientras sube por mi cuerpo lentamente cubriéndolo de besos y caricias, siento mi sabor en sus labios y gimo encontrando mis bíceps bajo mis manos vagabundas.

—Ya me perteneces, pequeña, pero después de esto, nunca te dejaré ir.

Me mordisquea el lateral del cuello, baja hasta la clavícula y mi piel se estremece mientras el corazón me da un vuelco.

—No quiero esperar más, Romeo. Te deseo, ahora.

La necesidad es evidente en las palabras, en el tono de voz.

Él, sin embargo, no se mueve. Se mueve para poder mirarme a los ojos, con todos los músculos tensos.

—Esto no es sexo al azar, pequeña. Esta es la promesa que hacemos con nuestros cuerpos, tan válida como la promesa que hice a la organización.

Sus palabras penetran en la niebla de la lujuria y el conocido instinto de huir intenta asomar la cabeza, pero lo relego a un rincón de mi cerebro.

—Casi parece una boda —replico con una risita nerviosa para amortiguar la intensidad de lo que ha dicho.

Sacude la cabeza lentamente, sin apartar los ojos de los míos.

—Para los matrimonios existe el divorcio, para nosotros no hay nada más que para siempre. Ya no puedes ser una isla, Chloé, ahora eres mi tierra firme, mi patria.

Mierda, la antigua Chloé huiría ante la gravedad de este momento, pero la nueva Chloé percibe la verdad de cada una de las palabras.

Amo a este hombre, con todas sus rarezas, virtudes y defectos, sé que es y será mío para siempre.

Por primera vez en mi vida, ya no tengo miedo de lo que pueda depararme el futuro, ni siento el peso del pasado cerniéndose sobre mi felicidad.

Asiento y le sonrío.

—Es todo lo que pido.

Y entonces, por fin, coge un condón, se lo pone rápidamente y alinea su erección con mi entrada para penetrarme de un lentísimo empujón.

Grito de placer ante aquella dulce invasión, mi piel se cubre de escalofríos y cuando empieza a empujar, primero despacio, luego más deprisa, temo que mi corazón estalle de tanto placer.

—No te preocupes, yo cuidaré de ti y de tu corazón —me dice y me doy cuenta de que he hablado en voz alta, demasiado perdida en el placer del segundo orgasmo que me golpea segundos después como un rayo que rasga un poco más esa ya maltrecha cortina de superficialidad que estaba interponiendo entre los demás y yo.

Una cortina que se derrumba inexorablemente durante la noche y los cuatro orgasmos que siguen.

34. ROMEO

Nunca me he quedado despierto viendo dormir a alguien, probablemente porque nunca he compartido mi cama con nadie.

Supongo que es otra de mis primeras veces con Chloé.

La luz de la luna se filtra tenuemente a través de las cortinas semicerradas y apenas ilumina el contorno de su rostro y su cuerpo relajado, e intento memorizar cada detalle. Es magníficamente hermosa incluso dormida, con el pelo castaño extendido sobre la almohada como una cascada de chocolate.

Su respiración es regular, tranquila, su pecho sube y baja a un ritmo casi hipnótico. Sus labios carnosos, a cuyo sabor ahora soy adicto, están ligeramente entreabiertos y parecen insinuar una sonrisa.

Me pierdo en los detalles de su rostro, las suaves líneas de sus pómulos, la perfecta curva de su barbilla, hasta su largo y fino cuello, en el que esta noche he marcado las huellas de mis besos y mordiscos.

Siento una oleada de orgullo y excitación al pensar en las marcas que me ha dejado: arañazos en los bíceps y la espalda, mordiscos en los hombros, chupetones en los pectorales y el cuello.

La niña es bastante combativa en la cama, aunque esta noche he sido suave con ella porque, a pesar de lo que dice el médico, su cuerpo aún necesita recuperarse del todo.

Además, tenemos toda la vida por delante para esforzarnos más.

Sin embargo, cuando la miro, algo cambia. Su rostro se crispa un poco, como si una nube oscura se cerniera sobre ella. Su respiración se vuelve más rápida, casi agitada. Sus manos, antes relajadas, aprietan las sábanas entre los puños y sus dedos se clavan en la tela como garras.

La sensación de tranquilidad que la rodeaba se rompe y siento cómo la tensión aumenta en el aire.

Me acerco a ella intentando comprender lo que ocurre y preguntándome si debo despertarla.

Frunce el ceño y su expresión se vuelve preocupada. Su cuerpo se mueve ligeramente, al principio de forma casi imperceptible y luego con más decisión. Murmura algo, palabras indistintas que no puedo descifrar, pero está claro que no es nada agradable. Casi parece como si estuviera luchando contra algo.

Quizás esté recordando el tiroteo, quizás esté asustada.

—Chloé... susurro, tratando de despertarla sin ponerla nerviosa.

La llamo unas cuantas veces más, en vano. Es como si estuviera atrapada en una prisión invisible y yo no pudiera hacer otra cosa que mirar.

Su frente se perla de sudor, las palabras que murmura se vuelven más claras, pero aún demasiado confusas para entenderlas. Sin embargo, lo que entiendo sin lugar a dudas es el miedo. Es palpable y me oprime el estómago.

Decido despertarla para evitar que la pesadilla empeore.

—Chloé, despierta —digo con más fuerza, posando suavemente una mano en su hombro.

Pero es un error.

Porque su cara se sacude hacia la dirección de mi mano, sus ojos aún cerrados, pero su expresión aterrorizada.

—No, no, déjame ir, no quiero.

Empieza a dar patadas con las piernas, su respiración se vuelve irregular y el apretón en mi estómago me deja sin aliento.

—No me toques, no se lo diré a nadie —dice con una voz que basta para retorcerme las tripas.

Recuerdo sus pesadillas, motivo inicial de nuestro acercamiento físico, y ahora me pregunto qué ocultan.

Sus murmullos se convierten en gemidos que me hacen estremecer, y joder, soy el Jefe de la Mafia de Seattle, no soy precisamente de los que se estremecen, pero percibo la intensidad de su miedo y la profundidad de su vulnerabilidad, y me deja sin aliento.

—¡Chloé, despierta, vuelve conmigo! —Levanto la voz, cargándola de la autoridad que tanto la irrita, esperando que esto la saque de la oscuridad en la que parece sumida.

Finalmente, tras lo que pareció una eternidad, Chloé jadea y abre sus maravillosos iris azules, aún desenfocados y desenfocados.

—Estoy aquí, pequeña, te tengo —le digo suavemente mientras le cojo la cara entre las manos para intentar calmarla.

Me mira, sin verme realmente. Hay lágrimas y miedo en sus ojos, y un temblor recorre su cuerpo.

Le paso una mano por el pelo en un intento de tranquilizarla hasta que su respiración se regulariza y sus ojos se centran en mí, mientras una lágrima solitaria resbala por su mejilla.

—¿Qué ha pasado, pequeña? ¿Qué has soñado?

Sacude la cabeza, intenta minimizar lo ocurrido.

—No es nada, sólo un sueño —murmura, pero su voz delata algo más.

Algo profundo y doloroso que no puede ocultar ni apartando la mirada de la mía.

Hace poco tiempo, la habría dejado guardar sus secretos, pero si queremos tener una oportunidad juntos, tenemos que sacar los esqueletos del armario.

—Cuando era niña, mi padre pegaba a mi madre porque, según él, así le enseñaba a respetarla y yo aprendí a reprimir mis reacciones para evitar que le pegara cada vez más fuerte —empiezo con voz monótona—. Cuando ella murió, empezó a pegarme, cada día más fuerte, tal vez porque quería verme estallar, sabiendo muy bien que no podía reaccionar para no faltarle al respeto y, cuando cumplí quince años, decidió que tenía que convertirme en un hombre y me llevó a un burdel para hacerme perder la virginidad —digo todo de una vez para no perder el impulso, y tal vez incluso algo de valor.

No puedo parar ahora.

—No estaba preparado, pero era lo que se esperaba de mí y lo hice sin la menor implicación. Te ahorraré mis experiencias traumáticas posteriores, sólo ten en cuenta que tardé poco en darme cuenta de que no me atraían sexualmente ni las mujeres ni los hombres.

Aventuro una mirada hacia ella, la encuentro con los ojos muy abiertos y atentos, no dice una palabra, sólo espera a que continúe mi relato.

—A los diecinueve años me convertí en el Segundo de mi primo, un tipo totalmente desquiciado, al que intenté contener anticipándome a situaciones potencialmente explosivas y proponiéndole siempre nuevas actividades para ampliar la organización. Lástima que empeorara con los años, llegando a crear un comercio sexual infantil.

Chloé jadea y no me cuesta mucho darme cuenta de que la he escandalizado.

—En ese momento, me di cuenta de que ya no podía salvarle y que tenía que intervenir.

Respiro hondo antes de sacar la peor parte.

—Le reté por el papel de Jefe, traicionando a mi propia sangre, traicionando a la única persona que alguna vez me trató como si fuera normal, y no un bicho raro. Y lo maté.

Chloé extiende una mano, aprieta la mía y su calor me penetra hasta los huesos, dándome un consuelo que no sabía que necesitaba desesperadamente.

El silencio se apodera de nosotros, le doy tiempo para procesar que, por muy sereno que parezca, estoy roto.

Entrelazo mis dedos con los suyos y le doy el tiempo que necesita para decidir si quiere sacar sus esqueletos o iniciar una relación con secretos engorrosos.

—Mírame, Romeo —me dice y odio la vacilación en su voz, me gustaría quitársela asegurándome de que se ve a sí misma como yo la veo. Por eso, cuando hago lo que me dice, espero que en mis ojos vea todo lo que siento hacia ella—. Por favor, mírame así también después.

Frunzo el ceño.

—¿Después?

Desvió la mirada hacia nuestras manos antes de empezar a hablar:

—Perdí a mi padre cuando tenía diez años, mi madre tuvo que trabajar muchos turnos dobles para cuidarnos y me dejó con el hermano de mi padre.

Sus palabras hacen que me tiemblen los músculos, como si supiera que me acecha el peligro.

—Una noche, unos meses después, me violó por primera vez.

La sangre en las venas se convierte en hielo mientras una rabia letal se apodera del cerebro que repasa en bucle esas últimas palabras escalofriantes. *Por primera vez.*

—Siguió haciéndolo durante años y, aunque intenté hablarlo con mi madre, él se puso de su parte haciéndole creer que yo era un ególatra ávido de atención.

Mi cuerpo siente una increíble sensación de protección y me gustaría rodearla con mis brazos y hacerle olvidar todos los detalles brutales que aún atormentan sus pesadillas.

Mientras tanto, mi cerebro va a mil por hora, planeando y organizando los próximos movimientos.

Debo encontrar a su tío y borrar su existencia.

Preferiblemente, con una lenta agonía.

—Sufrí hasta que empecé la universidad y no volví a pisar ese infierno. Desde entonces, he utilizado el sexo para olvidar el toque podrido de quien representaba a mi familia, y cada vez que tengo una pesadilla, necesito deshacerme de toda esa fealdad con sexo casual —le tiembla la voz, pero llega a la conclusión con la misma determinación de siempre.

—Chloé, mírame —la invito suavemente mientras ella sigue manteniendo la mirada baja.

Hace lo que le digo, sus ojos preocupados vuelven a brillar con lágrimas.

—Te estoy mirando exactamente como antes. Con amor y deseo. Pero fíjate bien y encontrarás algo nuevo: respeto, por la luchadora que eres, porque pasaste por algo que ningún niño debería pasar y aun así te las arreglaste para volver a levantarte más maravillosa que antes.

Dos lágrimas más surcan sus mejillas, pero la sonrisa que me dedica vale más que cualquier otra cosa.

—¿Puedo preguntarte algo? —pregunta, y nunca había parecido tan pequeña y vulnerable.

—Pídeme cualquier cosa y será tuya —respondo sin demora, antes de corregirme—: Excepto tener sexo casual. Para eso, ya es demasiado tarde.

Intento restarle importancia y me doy cuenta de que lo he conseguido cuando inclino la cabeza hacia atrás y estallo en una cálida carcajada que resuena en mi pecho.

—Dios mío. Romeo Fontana, alias Sr. “Vivo para el control, los sofás limpios y el discurso pulido” acaba de hacer un chiste gracioso.

Inflo mi pecho siguiéndole el juego.

—Sí, creo que Leonardo estaría orgulloso de mí.

—Y espera a que se lo cuente a Mariella —replica desafiante.

Pongo los ojos en blanco al pensar en escuchar las burlas de Frank y Alex durante quién sabe cuánto tiempo.

—Oh, no —digo con una expresión de sufrimiento fingido—. Por favor, ahórrame esta tortura.

—Sólo si aceptas hacer algo por mí.

—Lo que quieras.

Y lo digo en serio.

Si me pidiera que encadenara a su tío y lo arrojara al océano, lo haría sin dudarlo. Si me pidiera que lo matara con mis propias manos y dejara que se desangrara bajo el sol de Seattle, lo haría sin pensármelo dos veces. No tendría ningún problema incluso en marcharme esta noche para llegar a Francia y meterle una bala en la cabeza.

Sin embargo, una vez más consigue sorprenderme encontrando serenidad en las pequeñas cosas.

—¿Te gustaría dormir abrazado?

La dulzura de su voz me quiebra, borra todas las imágenes violentas que se han formado en mi cabeza y acalla la ira que corre por mis venas.

La atraigo hacia mí por la nuca, intercambiamos un par de besos llenos de ternura, sin ninguna lujuria, porque eso es todo lo que necesitamos ahora. Sentir que estamos el uno para el otro, con todas nuestras cicatrices para convertirnos en las personas que somos hoy, dos encajes perfectos de un mismo mecanismo.

Nos acurrucamos en la cama, su espalda contra mi pecho, su cabeza en el pliegue de mi cuello, encajamos a la perfección, dos cuerpos que se convierten en uno hasta el punto de parecer nacidos para ser exactamente así.

Y empiezo a estar seguro de ello cuando su respiración se regulariza, se duerme por fin tranquilamente y nunca me he sentido tan en paz conmigo mismo.

35. ROMEO

Me despierto jadeando del sueño erótico más realista que he tenido en mi vida, sólo para darme cuenta de que todo es verdad.

Chloé ya no está acurrucada contra mi pecho, sino arrodillada entre mis piernas y me la chupa con avidez.

Esta niña será mi muerte.

Me lanza una mirada llena de sensualidad, luego aparta su boca brillante de mi polla y me sonríe, partiéndome de nuevo el corazón en dos.

—Buenos días, Sr. Fontana.

Le devuelvo la sonrisa y le acaricio la mejilla.

—Buenos días, Srta. Bertrand, ¿a qué debo este maravilloso despertar?

—Bueno, me desperté para encontrar a este magnífico hombre a mi lado —responde, señalándome con una mano—. No podía perder ni un minuto.

—Ah, sabía que sólo te interesaba por mi cuerpo.

—Oye, ¿quién eres tú y qué has hecho con ese tipo duro, Romeo Fontana? —replica con una risita.

—No sé de qué me hablas —finjo inocencia levantando las manos.

—Sobre el hecho de que has hecho dos chistes en dos días —se ríe divertida y creo que estoy dispuesto a convertirme en un maestro del chiste si sirve de algo oír siempre esta risa cristalina calentándome el pecho.

—Ven aquí y te enseñaré si estoy empalmado —cojo su mano y la arrastro por mi cuerpo, adhiriéndome a cada una de sus curvas, pero antes hay una cosa de la que tengo que estar segura —. Chloé, ¿estás haciendo esto porque tuviste otra pesadilla?

La hilaridad del momento decae de repente y el ambiente se vuelve serio.

—No, Romeo. Sólo estoy feliz de tenerte a mi lado y, desde que te tengo, ya no necesito desconectar de mi cabeza, porque estás ahí para llenar mis pensamientos.

—Te quiero, pequeña, y te prometo que juntos erradicaremos las pesadillas.

Ella sonríe feliz.

—No lo dudo. Ahora, sobre lo duro que eres...

No la dejo terminar, deslizo mi boca sobre la suya devorándola con el hambre que me anima desde que la conocí, luego hago que se tumbe y me acomodo entre sus muslos.

El aroma de su excitación invade mis fosas nasales y abruma mi cerebro.

—Las piernas sobre mis hombros, pequeña —sólo puedo decir, con la voz llena de excitación y emoción, y ella ejecuta sin demora.

Cuando coloco mi lengua sobre su clítoris y su dulce sabor estalla en mi boca, temiendo reventar, deslizo dos dedos en su interior, ganándome un nuevo gemido de placer.

—Joder, sí, así —gime y empuja su pelvis hacia delante, restregándose en mi cara.

La trabajo con la lengua y separo los dedos para intensificar la sensación, introduzco un tercer dedo y ella gime más fuerte.

Aumento el ritmo y siento cómo su coño se hincha, listo para gozar.

Sonrío contra su piel, pero ella se da cuenta de mis intenciones.

—Ni lo intentes, joder. Te quiero dentro de mí —me ordena, y yo no soy más que un soldado a sus órdenes, dispuesto a desafiar al mundo para satisfacer todos sus deseos.

Saco los dedos y me enderezo, pero antes de que pueda moverme, él se me anticipa dándose la vuelta y lanzándome una mirada sexy por encima del hombro mientras mueve el culo.

—Hazme tuya, Sr. Fontana.

Me trago el enorme nudo que tengo en la garganta y me tomo un momento para saborear sus humores afrutados recorriendo mi garganta y para admirar la sensacional vista que tengo ante mí.

Alineo mi erección con su entrada, acaricio su muslo con posesión y me introduzco en su calor con un movimiento firme y empiezo a empujar con todo lo que tengo mientras la lujuria invade mis venas y me quita la lucidez.

Con un gruñido casi feroz, muevo la mano desde su muslo hasta el capullo hinchado y dolorido entre sus muslos.

Chloé gime y yo empiezo a rodear ese pequeño manojo de nervios, pellizcándolo, masajeándolo, torturándolo como ella ha hecho conmigo durante meses, llevándome al umbral de la locura.

—Será mejor que te acostumbres, pequeña. Te follaré hasta que no puedas mantenerte en pie.

—¿Es una promesa? —responde sin aliento, inclinando su trasero hacia mí, aumentando la fricción entre nuestros cuerpos y la tensión en nuestros testículos.

Lanzo una carcajada, luego salgo de su calor celestial y la pongo boca arriba porque necesito sus ojos, esa mirada combativa que no me abandona ni en el momento de mayor placer.

Porque con Chloé todo es una batalla, cada momento compartido es un logro, pero este placer sin límites es la victoria que tanto he anhelado.

Cuando entro en ella, sus ojos clavados en los míos sin más secretos entre nosotros, ocurre algo extraño.

Es como volver a casa, una casa en la que nunca he estado.

Y, de repente, tengo la sensación de caer en un barranco sin fin.

Lo único que me mantiene anclado al presente es Chloé, que me engancha una mano en el hombro y tira de mí hacia ella.

—¿Oyes eso? —murmura con sus labios en mi oreja.

Lo siento todo. El placer, la emoción, la profunda conexión entre nosotros.

Cada maldita cosa.

Pero las palabras no bastan, no son necesarias, y tomo su barbilla con dos dedos para mover su cara y besarla, vertiendo el caos interior en ese contacto íntimo.

Sé que la gente que me rodea piensa que soy un bicho raro; sin embargo, Chloé me entiende, comprende cada aspecto de mi personalidad y esa sensación de inquietud que siempre me empuja a encajar con los que me rodean desaparece.

Entro y salgo mientras ella sale de mi vida y sus pechos bailan arriba y abajo atrayendo mi mirada hambrienta.

—¿Qué coño me estás haciendo, niña?

Ella no responde y se limita a sonreírme pícaramente con esos labios que me gustaría morder, pero cuyo perfil me limito a lamer mientras aprieto sus caderas y la empalo con más fuerza.

Sus músculos internos se contraen alrededor de la erección y me doy cuenta de que disfruta del hambre que siento por su mente y su cuerpo.

Deslizo el pulgar sobre su clítoris y empiezo a masajearla, mis movimientos se vuelven más

rápidos, su mirada se vuelve borrosa y me doy cuenta de que está cerca.

—Romeo... —gime, ablandándose en mis brazos.

—Lo sé, pequeña, suéltate, te tengo —la tranquilizo, manteniendo a raya ese miedo que habita en el fondo de su mirada y que tengo toda la intención de eliminar de raíz.

Y ella me escucha. Llega al clímax y gime de placer mientras me aprieta, y es el espectáculo más magnífico que he visto nunca.

Mi combatiente se rinde voluntariamente, no tiene armas ni defensa, sólo placer.

Sigo empujando hasta que las contracciones remiten, pero quiero más, *lo* quiero *todo*.

—Sí, Romeo, sí.

Aprieto uno de sus pechos y pellizco su pezón, ella busca mis labios y vuelve a gemir cuando siente su sabor en mi lengua.

—¿Oyes lo dulce que eres, pequeña?

—Hmm.

—Lo estarás aún más cuando estés llena de mí —le prometo y su coño me aprisiona en un apretón casi letal.

Aumento el ritmo sin abandonar su mirada.

—Te oigo —murmura en voz baja, y si no estuviéramos tan cerca, quizá ni la oiría.

—Yo también, pequeña. Te siento por todas partes.

Y cuánta razón tiene.

Pero no tengo tiempo de pensar en las implicaciones de mis palabras, porque Chloé se corre y sus contracciones provocan un torrente de placer que empieza en la base de mi espalda y me recorre como un rayo hasta mi erección y exploto dentro de ella, llenándola con mi semilla y marcándola como mía.

Por fin estoy en casa.

Estoy casi lista para el segundo asalto cuando suena el teléfono en la mesilla de noche, haciéndome fruncir el ceño.

¿Quién demonios llama a estas horas?

Desvío la mirada y veo que son casi las siete de la mañana, debe de ser urgente, y tengo la confirmación de ello cuando leo el identificador de llamadas.

—¿Qué pasa? —ladró mi Segundo.

—Jefe, perdone la hora, pero tenemos un partido. Voy para allá.

El enfrentamiento ha llegado.

Cierro la conversación sin responder y me encuentro con la mirada preocupada de Chloé.

—¿Va todo bien?

—Todo irá bien en cuanto solucione esto. Quédate en la cama y descansa. Volveré en cuanto pueda —le prometo, dejándola con un suave beso en los labios hinchados de nuestros besos.

Se ha vuelto aún más importante llevar este asunto a una conclusión definitiva, porque ahora tengo que mantener a salvo a mi pequeña y nuestro futuro juntos.

***

—¿De verdad querías guardarte toda la diversión para ti? —exclama irónicamente Leonardo, entrando en mi despacho a primera hora de la tarde.

Resoplo con fastidio y miro a mi segundo con el ceño fruncido.

—¿Era realmente necesario llamarlos a ellos también? —le pregunto cuando Frank, Alex y Mark también hacen su entrada.

Todos estamos ahí.

—¿Nos habrías ocultado algo? —preguntó Frank, arqueando una ceja.

Mis dos compañeros ocupan sus puestos frente a mí, mientras que sus segundos se sitúan cerca de la pared más alejada.

—No era necesario tanto alboroto, y esperemos que no haya alarmado a nadie —respondo impasible, aunque a una parte de mí no le importa tenerlos aquí para poder contar con su apoyo.

¿Cuándo me volví tan blando?

—¿Hablas en serio? —suelta Leo con su habitual brusquedad.

Estoy seguro de que se llevaría bien con la pequeña.

No es que le permita acercarse a ella.

—Somos una familia, y como tal nos comportamos, no nos enfrentamos solos a los problemas como los putos terroristas suicidas —concluye mi mejor amigo, haciendo que los demás presentes asientan.

Sólo sacudo la cabeza.

—No soy un terrorista suicida, tenía mis sospechas y organicé más de un plan para estar preparado ante cualquier eventualidad.

—¿Como hiciste con Rose Johnson? —replica Leo, haciendo que me ponga rígido al instante.

Ladeo la cabeza y le miro mal para hacerle saber que no me gusta este tema, pero estoy hablando con una de las dos personas que más disfrutan retándome en el mundo.

—Es cierto que estuviste impecable en el funeral, pero no pareciste llorar ni un segundo —continúa Leo, mientras noto la mirada de Frank analizando cada uno de mis movimientos.

Mantengo mi respiración uniforme, mi expresión completamente neutra.

—Nunca dije que fuera un matrimonio por amor.

—Cierto, pero corre el rumor por el pueblo de que Rose y tú eran amigos desde niños —intervino Frank—. Hubiera sido más que comprensible lamentar su muerte.

Nos observamos, nos estudiamos, y aunque no me llama la atención, sabe perfectamente que me tiene en jaque.

—¿Pero sabes qué es lo más raro? —continúa Leo.

Giro lentamente la cabeza hacia él.

—¿Cuál?

—Que mientras Rose moría y nos disparaban en esas escaleras, tu jet aterrizaba en el Aeropuerto Internacional de Puerto Rico.

Sólo parpadeo una fracción de segundo antes de relajar mis facciones, pero sé que mis amigos han visto la sorpresa en mi cara y la pregunta en mis ojos.

—Bueno, llevas meses tocándome los cojones para que mi gente haga un curso de actualización informática y te he hecho caso. ¿No estás contento?

Suelto un profundo suspiro, consciente de que sólo esperan que les confirme lo que ya saben, y como esta noche tenemos mucho de lo que ocuparnos, no pierdo más tiempo.

—Rose está sana y disfrutando de su luna de miel con su esposa.

—¡Ah! ¡Lo sabía! —exclama Leo volviéndose hacia Frank—. Te lo dije, ahora suéltalo —se ríe divertido, golpeando con una mano el escritorio de caoba.

Frank no se anda con rodeos y saca unos cuantos billetes de cien dólares del bolsillo de su chaqueta y se los entrega al jefe de Los Ángeles.

—¿Apostaste por la muerte de Rose? —pregunto desconcertado.

—No, lo de que intentabas engañarnos —replica Leo—. Y que cederías a la primera presión, porque no puedes ocultar una mierda a tus amigos.

Una carcajada general llena el despacho mientras sacudo la cabeza, conteniendo con dificultad

una media sonrisa porque, por muy desordenadas que sean nuestras vidas, estos hombres son realmente mis amigos y por mucho que intente protegerlos de todo, me demuestran que siempre están ahí.

—Ahora que hemos resuelto esto, pasemos a las cosas importantes... —pregunto y las expresiones de los presentes se vuelven inmediatamente serias.

Cuando asienten, miro a Samuel y le hago un gesto con la cabeza, él avanza y se une a mí antes de tomar la palabra:

—Ahora les contaré el plan. Será una noche larga.

36. ROMEO

El aire salado llena mis fosas nasales, el suelo está húmedo bajo nuestras botas de combate, el peso del chaleco antibalas y de las armas que llevamos en el cinturón y en el brazo hace que las huellas sean más profundas.

El sistema de seguridad de este lugar apesta y era una broma poner en bucle las pocas cámaras que había.

—*Equipo Dos, en posición* —anunció Frank por radio.

Entrará por el norte junto con Alex y un par de hombres más.

—*Equipo Tres, en posición* —confirma Marcos, que entrará junto a Samuel, ya que Leonardo no quiso atender a razones y decidió que él y yo fuéramos el Equipo Uno.

—Equipo Cool, listos y en posición. Vaya, ¿puedes sentir la adrenalina? —responde Leo, deslizando la radio de mi cinturón.

Se lo arrebato de la mano y le fulmino con la mirada.

—¿Quieres comportarte en serio por una vez? —le amonesto.

—Y tú, ¿puedes intentar soltarte un poco por una vez? —se ríe.

Pongo los ojos en blanco y evito responderle para no iniciar una discusión potencialmente interminable. A pesar de sus actitudes a veces algo infantiles, confío ciegamente en él y en su puntería en un tiroteo.

Nos bajamos los pasamontañas y entramos en silencio, cubriendo las tres salidas, sin dejar escapatoria a los que están dentro del cobertizo.

Desde el ataque a la boda, he dejado algunas migajas por ahí para los topos entre mis hombres mientras estrechaba el cerco en torno a los culpables.

Tuve algunas corazonadas, que luego se confirmaron con las fotos de las tiendas donde se compraron los teléfonos desechables.

Gracias a la ayuda de Igor, un traficante ruso con el que Leo ha estado colaborando últimamente, llenamos uno de nuestros almacenes abandonados con armas y localizadores GPS, difundiendo el rumor de que era la mayor entrega de la organización para recuperarse de las pérdidas causadas por los topos y que, si fracasaba, mi Regencia correría un grave peligro.

Llevó tiempo y paciencia, previsión y astucia, pero esta vida no es sólo tortura y sangre, a veces se trata de jugar una auténtica partida de ajedrez.

Despertamos su codicia, su deseo de arruinarnos, y lo hicimos sin las prisas que podrían haberles hecho sospechar.

Cuando entraron, inutilizando un sistema de alarma que parecía de última generación pero que podría haber inutilizado incluso a un niño, les seguimos hasta una casa aparentemente abandonada cerca de Des Moines y nos quedamos a la espera.

Todo esto nos trae al presente, el enfrentamiento final que he estado esperando desde que estos imbécil decidieron que querían ir a por mis amigos, nuestra familia.

No se trata de dominar o mantener nuestras posiciones, se trata de proteger lo que amamos, de cuidar de las personas que confían en nosotros.

Nunca hubiera esperado una conclusión así, pienso un momento antes de abrir fuego sobre los traidores cogidos desprevenidos, que empiezan a caer como bolos.

No me sorprende encontrar Hombres de Honor de bajo rango a los que se les habrá prometido quién sabe qué a cambio de su despreciable traición.

Me sorprende que Don Ciro haya sido capaz de traer a tantos jóvenes de Frisco y Los Ángeles; evidentemente, las modernas Regencias de Frank y Leo les echaron para atrás a más de uno. Hay pocos hombres de mi territorio, pero encontraron refugio aquí porque sabían que tenían las espaldas cubiertas.

Golpeo a un hombre en la cabeza y a dos en el cuello, consigo herir a otro en el costado y Leo acaba con él enseguida.

—Tres hombres abatidos, varios aún en pie —murmuro por radio mientras miro a mi alrededor e identifico los próximos objetivos.

—*Tres hombres menos, faltan cuatro por aquí* —anunció Alex.

—*Dos hombres abatidos, uno aún armado en el este* —responde Samuel.

—Parece que nuestro lado es el más concurrido —se mofa Leo a mi lado, sin dejar de dejar caer hombres como moscas con su impecable puntería.

Desde que Ángela nos contó que su padre, jefe del cártel de Ramírez, la había prometido a Juan Pérez para asegurarse su apoyo contra nosotros, Leo fue el más activo de nosotros en la caza de traidores en la zona de Los Ángeles, en particular eliminando a todos los hombres de los cárteles de Ramírez y Pérez que intentaban infiltrarse en su zona.

—*Uno de los nuestros está herido* —comunica Alex de nuevo por radio, devolviéndome al presente—. *Equipo de rescate a la salida norte* —ordena.

—*Habiendo localizado a Don Ciro, le damos caza para conducirle a la salida oeste* —la voz de Mark llega clara por el auricular y me doy cuenta de que los juegos están a punto de terminar, no me queda mucho tiempo.

Mientras a mi alrededor cunde el jaleo, dentro de mi cabeza sólo hay calma y curiosidad.

Mi mirada recorre el cobertizo en busca de la única persona a la que quiero mirar a la cara para saber por qué.

Y cuando la encuentro en lo alto de la escalera, en la parte más aislada del edificio, concentrada en mirarme fijamente, el tiempo parece detenerse.

—Cúbreme —le digo a Leo, dirigiéndome a la escalera.

Sigue mi mirada y niega con la cabeza.

—Ve, pero ten cuidado.

¿Podría ser una trampa? Por supuesto que lo es, la confianza está jodida.

La alcanzo en la base de la escalera, sólo nos separa un tramo de escalones, poco más de una docena, tardaría menos de quince segundos en alcanzarla y romperle el cuello.

Pero no estoy aquí para eso.

—¿Por qué? —sólo pregunto.

Mi tía suelta una carcajada socarrona que oigo a pesar del silbido de las balas a nuestro alrededor.

—¿No lo entiendes? Siempre has sido el listo de la familia.

Sus palabras están llenas de veneno, de odio, y sigo sin entenderlo.

Es cierto que maté a su hijo, pero para nadie es un misterio que mi primo estaba fuera de sí.

Sacudo la cabeza y coloco una mano en la balaustrada de la escalera, la otra apoyada en la pistola que tengo a mi lado, lista para disparar si es necesario.

—Recuerdo vívidamente el momento en que miré hacia ti, y tú asentiste. Había que detener a

Thomas, ambos lo sabemos, tanto hoy como entonces.

—No, no, no —replica con una ira que yo desconocía—. Thomas era mi hijo, hay que cuidarlo y quererlo, no matarlo como a un perro —me señala con el dedo, mirándome con desprecio—. Tú, sin embargo, tenías envidia de él y de su posición y lo mataste para robarle todo por lo que había trabajado duro.

Mantengo la calma, dejo que sus palabras se deslicen sobre mí sin afectar a mi coraza.

—Eso no es cierto, y estoy seguro de que si lo piensa, estará de acuerdo conmigo. Siempre le he ayudado, señalándole las actividades más rentables financieramente y las alianzas más interesantes territorialmente.

—Él era el Jefe, nació para esto y fue educado para continuar la Regencia —replica ella combativamente—. Tu padre siempre dijo que eras un error, sin embargo mi hijo fue generoso contigo. Tú, en cambio, le traicionaste.

—Intenté apoyarle y ayudarle mientras pude. Luego, perdió hasta la última pizca de humanidad y no podía dejar que rebajara a la organización y a todos nosotros a esos niveles de maldad.

—El santo ha hablado, ¿crees que no sé que eres un sociópata?

Levanto las cejas.

—Eso no me convierte en un monstruo como él. Piénsalo, tía, aún estamos a tiempo de salir con vida.

Hablé con otras personas, y si mi tía aceptaba exiliarse en Canadá, o incluso mejor en Alaska, podría pasar los últimos años de su vida tranquilamente.

Realmente creo que las mujeres y los niños no deberían ser tocados salvo en casos extremos.

Resopla sarcásticamente. Tenía una reputación perfecta, era la esposa del Jefe y luego la madre del Jefe. Por tu culpa, me convertí en la madre del loco y cruel Jefe. ¿Crees que no veo las miradas de reproche y lástima que recibo cuando camino por la calle?

—La gente sólo lamenta vuestras pérdidas. Desde luego, nadie te culpa por cómo se convirtió Thomas —intento razonar con ella.

—Mi hijo era brillante, tenía un don para los negocios y estaba haciendo florecer esta organización como nunca antes, trabajaba duro por el bienestar de todos nosotros —insiste delirante.

—Tía, lo único por lo que Thomas trabajó duro fue por el tráfico sexual infantil —suelto.

—Si pensabas que era lo correcto, deberías haberle apoyado como buen Segundo, pero lo querías todo porque eres un egoísta codicioso —replica enseñando los dientes—. Querías el trono, la noviecita perfecta y luego querías casarte delante de mis ojos como nunca pudo hacer mi hijo por tu culpa, pero *yo* te la quité —se ríe malvadamente antes de continuar—: ¿Has visto qué fuego tan bonito ha hecho tu prometida?

Y es en ese momento cuando veo en sus ojos una luz que esperaba no volver a ver. La luz de la locura que también animó la mirada de mi primo en el último periodo de su vida.

No puedo creer que fuera mi tía la autora intelectual del tiroteo que provocó la muerte de valientes Hombres de Honor y que se arriesgara a envenenar a otro por una alergia alimentaria. Sin embargo, las pruebas hablan por sí solas y su confesión es la guinda de un pastel de mierda.

—Por favor, tía, baja y hablemos con calma. Ahora estás agitada y dices cosas que no piensas —intento una vez más la vía del diálogo.

Sin embargo, no le interesa hablar conmigo y con más agilidad de la que cabría esperar de una mujer de su edad saca una pistola y me apunta.

Una vez más, tengo que decidir si acabar con la vida de un miembro de mi familia.

¿Puedo hacerlo?

No tengo tiempo de darme una respuesta cuando cuatro disparos, efectuados desde distintos puntos, alcanzan a mi tía en el pecho, matándola al instante.

Me doy la vuelta y veo a Frank, Leo, Samuel y Alex todavía con los brazos levantados hacia lo alto de la escalera.

Aunque podría haberlo hecho yo mismo, sé lo que hicieron.

Me impidieron elegir.

Por ello, les hago una breve inclinación de cabeza y les doy las gracias.

37. CHLOÉ

—¡Este sitio es genial! —comenta Mariella en cuanto tomamos asiento en la mesa.

Después de la tarde de compras que nos dimos, para el aperitivo, Klaudia eligió un bar muy agradable en el centro, con cómodos sillones de colores vivos y grabados de muchos personajes en las paredes oscuras que crean un contraste entre lo moderno y lo retro que parece transportarte a otra época.

No está de más que algunas mesas estén apartadas y no den a la calle, lo que hace que nuestros guardias de seguridad se sientan mucho más cómodos.

—Supongo que yo también tendré que empezar a prestar atención a esos detalles —digo con un suspiro—. Espero estar a la altura y no defraudar a Romeo.

Klaudia pone una mano sobre la mía.

—Querida, tranquila, son aspectos en los que empezarás a pensar con el tiempo. Mi sugerencia es que preguntes a tus guardaespaldas si tienes dudas.

—Estoy de acuerdo —asiente Mariella.

Pedimos tres spritzes y algunos aperitivos de acompañamiento, conversando sobre temas frívolos como el tiempo, nuestros modelitos y los planes para el fin de semana. Las miradas inquisitivas de mis amigos, sin embargo, no se me escapan y sé que se mueren de curiosidad y sólo esperan a que la camarera se vaya.

Como era de esperar, en cuanto la chica entrega nuestro pedido y pasa a atender a otros clientes, es la propia Mariella la que toma la palabra:

—Venga, escúpelo, quiero oírlo todo sobre la pareja más comentada de Seattle.

Levanto la copa y doy un sorbo lento y largo para tomarme mi tiempo y reflexionar.

—Estamos bien juntos —digo al final, y luego hago una mueca por la banalidad de mis palabras.

Bueno, eso no describe ni la mitad de cómo me he sentido a su lado en los últimos tres meses, por no mencionar que desde que ha resuelto algunos asuntos agobiantes, junto con la ayuda de sus amigos, su constante ceño fruncido aparece con mucha menos frecuencia.

—¿Y bien? Vamos, no crees que lleguemos a un acuerdo, ¿verdad? —replica Mari con sarcasmo y Klaudia asiente con solemnidad.

Durante las últimas semanas, no pudimos vernos porque teníamos que mantener un perfil bajo para asegurarnos de que todos los enemigos habían sido realmente neutralizados.

—Todo sigue siendo un poco extraño, nunca busqué una conexión, en cambio con él surgió de forma natural e inesperada. Él es... no sé cómo decirlo, diferente a los demás; sin embargo, perfecto para mí.

La mirada de Klaudia se vuelve soñadora y sonríe dulcemente mientras mi mejor amiga asiente comprensiva, y sé que siente lo mismo por su marido Alex.

—Nunca hubiera imaginado que hubiera alguien capaz de romperle el corazón a Romeo Fontana, pero tú, amigo mío, lo has conseguido a lo grande. Alex dice que incluso le oyó hacer un par de chistes graciosos.

—Mi madre dice que le vio paseando en vaqueros y camiseta y que casi no le reconoció —bromea Klaudia.

Sonrío satisfecha ante este logro porque, últimamente, he conseguido convencerle de que use ropa menos formal de vez en cuando. Aún le cuesta renunciar al uniforme elegante habitual, que me he dado cuenta de que también es un poco su armadura, pero está haciendo un esfuerzo.

Cuando se le pasa la risa, veo que Klaudia aprieta los labios y sé que me está molestando por algo más.

—Ahora te toca a ti escupirlo —la invito con una sonrisa.

—Bueno, me preguntaba si le habías hablado de tu pasado.

—Sí, lo hice, y fue fantástico. Lo mejor de nuestra relación es que nos desnudamos el uno al otro y aceptamos nuestras cicatrices con amor y comprensión.

Doy otro sorbo a la bebida, antes de contarles mis intenciones para el futuro.

—He decidido ir a análisis —digo finalmente, rompiendo el silencio que se ha creado—. Creía que mi forma de afrontar las pesadillas era inteligente, sin embargo, llevo demasiado tiempo luchando con ellas y ha llegado el momento de afrontarlas en serio.

Klaudia vuelve a darme la mano.

—Has tomado la decisión correcta, amigo. Afrontar tus miedos es siempre el primer paso hacia el éxito.

Mariella asiente, pero su mirada está preocupada.

—Este es un paso muy importante. ¿Qué piensa Romeo?

Sonrío, pensando en cómo reaccionó cuando se lo conté.

—Dice que está dispuesto a sustituir cada pesadilla por docenas de sueños eróticos. Bromas aparte, es genial porque no me hace sentir juzgada ni débil.

Ahora ambas parecen aliviadas.

—Vaya, sí que has pillado a un soltero —bromea Mariella para animar el ambiente.

—En realidad, creo que es más justo decir que él me atrapó.

Nos reímos y comemos patatas fritas y aceitunas, mientras Klaudia nos habla de las clases que cada vez son menos intensas de cara a las vacaciones de verano y nos explica que le han ofrecido unas prácticas en la Costa Este.

—Vaya, nunca he estado en Nueva York —suspiro soñadoramente—. Tal vez podría convencer a Romeo para que me lleve allí.

—Sólo estuve allí de vacaciones con mis padres cuando Isa y yo éramos pequeñas, y guardo un recuerdo maravilloso. En mi opinión, deberías aceptar —sugiere su prima.

—Sí, sólo tengo que convencer a mis padres, muy católicos y muy italianos, de que me dejen ir al otro lado de Estados Unidos.

—Argh —Mariella hace una mueca de dolor, todavía me cuesta entender del todo la profundidad de sus tradiciones familiares—. Ten en cuenta que si necesitas ayuda, Isa y yo también podemos hablar con ellos.

—Lo veremos más tarde, gracias —Klaudia le dedica una sonrisa llena de gratitud antes de volver a mirarme—. ¿Tú, más bien? ¿Qué piensas hacer con la universidad?

—Ah, bueno, esa es la otra noticia —respondo contenta, lista para soltar la bomba—. Romeo también me ayudó con el traslado de mis estudios de París a Seattle, tendré que ponerme al día con el horario de su universidad durante el verano, pero creo que es seguro decir que me mudo aquí permanentemente.

—*¿Qué?* —gritan mis amigas al unísono, atrayendo la atención de los demás clientes.

—Eres muy valiente, Chloé, cambiar de ciudad, cambiar toda tu vida es un paso enorme, ojalá

yo tuviera el mismo valor que tú —suspira Klaudia y esta vez me toca a mí estrecharle la mano.

—Yo también tenía tus miedos, sólo que no tenía una familia sólida detrás de mí ni nada a lo que volver. Paradójicamente, me resultó muy fácil decidir dejarlo todo y empezar de nuevo por mi cuenta.

Klaudia me mira con cariño.

—Eres una de las personas más fuertes que conozco. Y no estarás sola, tienes a Romeo y siempre nos tendrás a nosotras.

Sonrío, sintiendo que las lágrimas se abren paso.

—Gracias, de verdad.

—Bien dicho, y si Romeo se pone demasiado intenso, siempre puedes escaparte a Frisco.

Nos echamos a reír a carcajadas y el ambiente se aligera, la siguiente hora pasa volando junto con nuestra charla.

Echo un vistazo rápido al teléfono, no encuentro ningún mensaje de Romeo, no me preocupo porque sé que ha tenido que trabajar antes de cenar esta noche.

Sin embargo, lo que encuentro me hace sonreír.

—Mira —digo, girando el teléfono hacia ellos.

—Mamma mia, qué bronceado tan espectacular —comenta Klaudia ante la foto que me ha enviado Rose. Está en bañador abrazada a su mujer, sonriente en la playa puertorriqueña.

A pesar de mi promesa a Romeo de guardar silencio, fue realmente duro mentir a las dos personas más cercanas a mí durante este periodo de mi vida, y no puedo negar que fue una auténtica liberación poder revelar la verdad sobre ella a mis amigos en cuanto él me dio el visto bueno.

—Ah, ya han llegado Isa y Ángela —anuncia Mari alegremente, guardando de nuevo el teléfono en su bolso—. Les he dicho que se reúnan con nosotros aquí, luego podemos ir todos juntos a *tu* casa —enfatiza la última palabra con un guiño que me hace suspirar.

Nuestra casa... ah, todavía es raro pensar en ello.

Pero, en realidad, Romeo quería abrir las puertas de una casa que conservaba más bien como un museo y organizar una cena con sus allegados.

Estarán Frank -un tipo bastante espeluznante-, Alex, Leonardo -que es el gracioso del grupo- acompañados de sus esposas: Isabella -con la que sólo he hablado en un par de ocasiones-, Mariella y Angela, la única a la que aún no conozco, pero de la que todo el mundo me ha hablado muy bien.

Por supuesto, Samuel estará allí, y Romeo también invitó a Klaudia porque se dio cuenta de que se ha convertido en una amiga importante para mí, que me ayudó tanto durante el tiempo que estuvimos separados.

Cuando Isabella y Angela se unen a nosotros, tomamos una segunda ronda de spritz y seguimos charlando y conociéndonos mejor, aprovecho para mirar a mis amigos, viejos y nuevos, y disfrutar del momento.

Me siento más ligera.

He llevado mi doloroso pasado dentro de mí durante tanto tiempo que parece extraño haber podido hablar de él con Romeo y las chicas, y parece aún más extraño haber encontrado su comprensión y aceptación, sin el menor rastro de lástima o juicio.

Siempre he creído que me siento cómoda en mi soledad, en mi ser una isla, independiente y algo solitaria, pero saber que no estoy sola me calienta el alma.

Y, cuando más tarde vuelvo a casa con estas magníficas mujeres, me doy cuenta de que soy feliz.

Feliz de haber encontrado a alguien con quien compartir el extraordinario viaje de la vida, alguien que me apoya, me quiere y me acepta tal como soy, con todas mis imperfecciones.

38. ROMEO

—Toc, toc. ¿Puedo pasar? —La voz chillona de Leonardo no me pilla por sorpresa, porque le he visto llegar gracias a las cámaras.

—¿Qué haces aquí? La cena es en una hora.

—Yo también me alegro de verte, hombre —responde impasible, tomando asiento frente a mí mientras me pregunto adónde quiere llegar.

Ahora que Don Ciro y todos los traidores han sido eliminados y que el cártel de Ramírez ya no representa una amenaza, por fin podemos vivir un periodo de tranquilidad, aunque no me hago ilusiones de que vaya a durar para siempre.

No le ofrezco nada de beber y me limito a mirarle extrañado, arqueando una ceja.

Leo se ríe y mueve la cabeza divertido por algo que no entiendo.

—De acuerdo entonces, iré directo al grano. ¿Cuántos años de diferencia tienen Chloé y tú?

Entorno los ojos y le miro con rabia, porque empiezo a hacerme una idea de a dónde quiere llegar, y suspiro porque no puedo hacer nada.

—A ver si me acuerdo bien, ¿vale? —pregunta antes de aclararse la garganta melodramáticamente—. *Esa chica tiene más de diez años menos que yo, eso la convierte en una niña. El día que me gusten las niñas pequeñas será el día en que podrás arrancarme las pelotas y arrojarlas al Océano, hombre*.

Aprieto la mandíbula al recordar aquellas palabras que pronuncié hace algún tiempo en el despacho de Leo.

Nunca pensé que fuera posible enamorarse tan perdidamente de una chica mucho más joven que yo y con mucha menos experiencia vital, pero Chloé llegó como un huracán, barriendo todas mis convicciones.

—Me siento generoso, sin embargo, y te dejaré elegir. ¿Tijeras o cuchillo?

—¿Perdona? —pregunto arqueando una ceja.

—Para cortarte las pelotas. ¿Prefieres que use una cuchilla o quieres que lo intente con mis propias manos? Podría doler y ser un desas...

—Leo —le interrumpo, poniendo los ojos en blanco—. No te vas a acercar a mis pelotas. Entonces, ¿qué quieres?

—Bueno, al menos lo admites.

—¿Qué?

—Que el gran e infalible Romeo Fontana dijo estupideces y mi plegaria fue escuchada, demostrando que eres humano y no un puto robot —explica sin ocultar su suficiencia.

—No hay necesidad d...

—Usar lenguaje soez, sí, lo sé —me detiene, poniendo los ojos en blanco—. Ahora, dilo.

Resoplo con fuerza por la nariz y cedo, sólo porque ya casi es hora de volver a casa.

—Me equivoqué —murmuro ahogado.

—Perdona, ¿puedes repetirlo? —se burla llevándose una mano a la oreja.

—No te pases.

—Era esto o tus pelotas en el océano —replica.

—Estaba equivocado. Descubrí que la diferencia de edad no importa si dos almas son almas gemelas, y si los sentimientos que sienten el uno por el otro son profundos y sinceros.

—Ahora lloro —suspira, frotándose los ojos.

—Eres un imbécil —replico, haciéndole reír a carcajadas. Me ajusto los puños de la camisa y me levanto cogiendo la chaqueta del respaldo de la silla—. Vámonos.

Abro lentamente la puerta de mi ático con una mezcla de ansiedad y emoción en el pecho. Este espacio siempre ha sido un refugio para mí, un lugar solitario donde reflexionar sobre los próximos pasos y planificar los siguientes avances.

Esta noche es diferente.

Esta noche, el ático no sólo será mi santuario personal, sino un lugar de celebración, amistad y amor.

Por primera vez, recibiré a mis amigos más íntimos y a sus cónyuges, para celebrar nuestro éxito, la resistencia que hemos opuesto al enemigo y, sobre todo, el vínculo que nos une.

Siempre he estado acostumbrada a reprimir las emociones, pero desde que Chloé revolucionó mi vida, a veces me desbordan de forma inesperada.

Ahora, por ejemplo, mientras sigo agarrando el picaporte de la puerta, siento una oleada de gratitud por las personas que estarán aquí esta noche, porque no somos sólo socios comerciales; somos familia.

—Si te apetece echar a todo el mundo, dame un silbido y te echo una mano —se burla Leo en mi oído, al notar mi vacilación.

Sacudo la cabeza y le miro por encima del hombro.

—No es eso, es sólo... raro.

—¿Qué es lo extraño? ¿Entender que podemos tener sentimientos sin ser por ello menos hombres? ¿Entender que podemos ser brutales y despiadados, pero que a una mirada de nuestra pareja estamos dispuestos a ponernos de rodillas y suplicar por más y para siempre? Hombre, prepárate, cada día va a ser peor —se ríe entre dientes, dándome una palmada en la espalda y provocando una carcajada gutural también por mi parte.

Cruzo el umbral, el aroma afrutado de Chloé me recibe como un abrazo familiar. Las paredes blancas, antes frías e impersonales, están ahora enlucidas con fotos nuestras en posturas graciosas y vistas que a la niña le gustaría visitar.

Estoy impaciente por llevarla adonde quiera ir.

—Vaya —comenta Leo a media voz—. La única otra vez que he estado aquí parecía un quirófano, y ahora....

—¿Ahora? —pregunto cuando no continúa.

—Ahora parece una casa.

La opresión en mi pecho se intensifica al darme cuenta de que tiene razón.

Asiento con la cabeza y continúo hacia el espacio abierto, donde la mesa ya está puesta, con la larga mesa en el centro de la habitación decorada con flores frescas en el centro, sencillos y elegantes platos blancos, cubiertos de plata que nunca había usado y copas de cristal que ignoraba que existieran.

Junto a la mesa, en la repisa de la chimenea, hay varias velas encendidas, pero ya no temo que se ensucie mi casa, ni siquiera siento aversión por las migas que pueda haber en el sofá.

Sí, creo que Chloé me ha cambiado de verdad.

Y justo cuando mis ojos se posan en Chloé, que está sacando algo del horno, llaman a la puerta y ella levanta la vista para encontrarse con los míos. Su sonrisa de felicidad me encanta y

le doy las gracias en silencio a Leonardo, que me precede y va a abrir la puerta un momento antes de que lleguen las voces de mis amigos.

Somos un grupo extraño, muy heterogéneo, pero cohesionado.

Frank, con su mente brillante y su capacidad para resolver cualquier problema. Isa, una tigresa astuta, encantadora pero básicamente pacífica, siempre que no toque lo que ama. Alex, silencioso y leal como pocos. Mariella, una chica dulce que resulta ser más decidida de lo que jamás hubiéramos sospechado. Leonardo, el optimista del grupo, con una sonrisa contagiosa capaz de iluminar hasta los ambientes más sombríos. Y Angela, su mujer, un espíritu libre lleno de energía que trajo un soplo de aire fresco y una buena dosis de caos a nuestras vidas. Por último, está Chloé, mi guerrera con el alma llena de cicatrices y ganas de amar, la mujer que fue capaz de domar mis demonios y recalibrar mi perspectiva de la vida.

Chloé me tiende la mano y sonrío a nuestros invitados con ella a mi lado.

—Bienvenidos —digo, y sé que todos perciben la emoción en mi voz—. Los estábamos esperando.

Intercambiamos saludos, abrazos y comentarios sobre lo bonito que es el ático.

—En un momento dado, llegué a pensar que no existía —bromea Leo.

—Sabiendo lo desordenado que eres, no le culpo por no permitirte nunca el libre acceso a su casa —responde Ángela a modo de réplica, a lo que yo asiento en señal de agradecimiento por ponerse de mi parte.

—Gracias por la invitación, jefe Fontana —me saludó Klaudia.

—Por favor, sin formalidades. Me alegro de que estés aquí, sé lo cerca que estuviste de Chloé en un momento difícil para nosotros, y soy yo quien debe agradecértelo.

—Tienes buen aspecto, viejo —comenta Frank cuando llega hasta mí, con Alex siempre a su lado.

No nos vimos durante varias semanas después del ataque a la propiedad junto al lago, teníamos que asegurarnos de que todos los traidores habían sido eliminados y fue un trabajo largo y minucioso, que finalmente llegó a su fin.

—Yo también los encuentro bien, amigos, me alegro mucho de que estén aquí con sus encantadoras esposas.

—Cuidado, Alex —interrumpe Leo, flanqueándome—. Ahora Romy tiene algo con las niñas —se ríe el idiota al que le doy un codazo entre las costillas, dejándole sin aliento.

Nos sentamos a la mesa, el ambiente es agradable y distendido, y la cena transcurre sin sobresaltos entre bromas, anécdotas y recuerdos.

El vino fluye, las risas llenan la sala, aprovecho para observar a mis amigos, intentando grabar cada detalle de este momento en mi memoria.

Frank se ríe del chiste de Leo que le vale un pellizco de Angela, la mirada cariñosa de Alex a Mariella que se empeña en contarle a Isabella una travesura que hizo con Klaudia hace años, Samuel que observa a todo el mundo sin parecer incómodo, mientras Chloé le acosa con preguntas sobre mí para que no se permita aislarse.

Llega el postre y miro con picardía a Chloé cuando me doy cuenta de que ha preparado una mousse de mango, que se termina en un abrir y cerrar de ojos.

Sólo falta un último detalle para que la velada sea inolvidable, pienso mientras toco la cajita de terciopelo que llevo en el bolsillo desde hace tres días.

Respiro hondo, me levanto y choco mi copa para brindar, atrayendo la atención de todos hacia mí.

—Sólo quiero decirles que estoy agradecido por tenerlos a todos y cada uno de ustedes en mi

vida —empiezo, y tengo que esforzarme para mantener la voz firme—. Hemos pasado por muchas cosas juntos, y no siempre ha sido fácil. Sin embargo, aquí estamos, lo hemos conseguido una vez más, y eso es lo único que importa. No somos sólo socios, somos una familia —hago una pausa para contener mis emociones—. Una familia que se ha enfrentado a todos los retos con valentía y determinación, siempre con la cabeza alta, saliendo más fuerte que antes. Brindo por nosotros.

—Por nosotros —responden los demás a coro, y brindamos entre risas y ojos brillantes.

Siento como si el corazón quisiera partirme la caja torácica cuando cojo la mano de Chloé.

—Hay una última cosa —le digo, mirándola sólo a ella—. Chloé, sé que llevamos poco tiempo juntos y que puede parecer impulsivo. Pero sé que lo que siento por ti es eterno, nada lo cambiará jamás, porque eres la persona con la que quiero pasar el resto de mi vida.

Me arrodillo frente a ella, saco la cajita de terciopelo azul y cierro la tapa, oigo los jadeos de los demás, pero yo sólo tengo ojos para mi niña con sus ojos brillantes llenos de asombro.

—Chloé Louise Bertrand —continúo antes de cambiar a su lengua materna para pedirle que se convierta en mi esposa—: *Me ferais-tu le grand honneur de devenir ma femme?*

El silencio que sigue está lleno de expectación, ella me mira, yo contengo la respiración y un rincón de mi corazón teme que sea demasiado pronto.

Sin embargo, cuando asiente y me echa los brazos al cuello, ya no temo nada, le devuelvo el apretón, sintiendo cómo la fuerza de su amor me envuelve y me elevo, haciendo que su cuerpo se adhiera al mío, como si fuéramos uno solo.

—*Oui* —susurra al final, y todos los pedazos de mi alma encuentran su lugar en un momento perfecto.

—Te amo —le murmuro al oído.

—*Moi aussi* —responde. *Yo también.*

Los vítores y los gritos de alegría de nuestros amigos llenan el aire, no oigo nada más que los latidos del corazón de Chloé contra el mío.

Nos hemos enfrentado a tormentas desde que éramos demasiado jóvenes para saber cómo superarlas, pero lo hicimos y ahora estamos aquí, juntos.

Nuestros amigos nos rodean para felicitarnos y siento una inesperada sensación de paz.

Mirándolos a todos ellos y a mi prometida, me doy cuenta de que no importa lo que nos depare el futuro. Mientras estemos juntos, nada será insuperable.

Y por ello, estoy eternamente agradecido.

EPÍLOGO - ROMEO

Ostwald (Francia), septiembre de 2024

—¿Qué tal el vuelo?

—Muy bien, pequeña, disfruta de estos dos días, porque en cuanto llegue a casa, te encerraré en tu habitación durante al menos una semana.

—Estás loca —la risa cristalina al otro lado de la línea me hace saber que he conseguido calmarla un poco, es hora de volver a lo nuestro.

—Realmente tengo que irme ahora, te llamaré cuando esté a punto de salir del aeropuerto de Montreal. Te amo, pequeña.

—Te amo, vuelve pronto.

Vuelvo a guardar el teléfono en el bolsillo y miro a mi alrededor, en este pequeño pueblo de poco más de diez mil habitantes de la región francesa de Grand Est.

Sí, le dije a mi nueva novia que estuviera en Canadá para arreglar unos viejos asuntos familiares.

El cielo está despejado y la temperatura es bastante agradable cuando llego a *Natura parc* poco después.

Es temprano y no hay nadie, pero he hecho los deberes y sé que mi objetivo está cerca.

Encuentro un árbol bastante robusto y aprovecho para ponerme los guantes de cuero negro y las gafas de sol, no hace falta, pero es mejor ser siempre precavido.

Unos minutos más tarde, el hombre al que busco aparece en el sendero que sube la colina y tranquilizo mi respiración.

No soy un buen hombre, nunca lo he sido y nunca trataré de serlo, pero el asqueroso ser que tengo delante no merece respirar desde que violó a un niño inocente.

Salgo de las sombras, mantengo un paso tranquilo y hago todo lo posible por mantener una expresión neutra, a pesar de la furia asesina que inflama mis venas.

—¿Sr. Antoine Bertrand? —pregunto en francés, aunque ya sé la respuesta.

Su cabeza gira en mi dirección y le veo abrir ligeramente los ojos al observar mi imponente figura vestida completamente de negro.

Está asustado, como debe ser.

—Yo soy yo, ¿quién eres tú? —balbucea vacilante, dejando de caminar.

—Me llamo Romeo Fontana, pero mi nombre no es importante —respondo, acercándome de nuevo—. Lo importante es por qué estoy aquí.

—Creo que no lo entiendo —vacila de nuevo, pero su mirada fluctúa en todas direcciones, buscando a alguien que pueda ayudarle.

Pobre iluso.

—Estoy aquí porque un hombre que debería haber cuidado y protegido a una niña inocente, de su propia sangre, en lugar de eso pensó que lo mejor era aprovecharse de ella y violarla durante años. Ahora, es hora de pagar.

Mi voz no tiene ninguna inflexión particular, sólo expongo los hechos.

—Yo-yo-yo no he hecho nada —insiste débilmente con el miedo dilatando sus pupilas y

aumentando su sudoración.

Miente, como esperaba que lo hiciera.

Sacudo la cabeza lentamente y chasqueo la lengua.

—No hace falta que mientas, ya sé la verdad.

Entonces, lentamente, como si tuviera todo el tiempo del mundo, cojo la jeringuilla que llevo en el bolsillo y se la enseño, haciéndola girar entre mis dedos.

—¿Qué es eso? —pregunta, ahora aterrorizado.

Sonrío lentamente.

—Contiene una dosis letal de digoxina, un fármaco que, en dosis altas, provoca un paro cardíaco.

Y blanquea, perfectamente consciente de lo que ocurrirá dentro de unos minutos.

—No puedes hacer eso, investigarán, sabrán la verdad.

Yo, en cambio, saboreo cada momento de su miedo porque no puedo tener otra cosa.

Siento que el monstruo que hay bajo mi máscara quiere salir a jugar, pero preservar la tranquilidad de mi pequeña es más importante que la efímera satisfacción que pueda sentir hoy.

De un modo u otro, Chloé se enterará de la muerte de su tío, pero si lo mato a golpes o lo descuartizo antes de arrojarlo a un canal, habrá una investigación policial y ella podrá hacer, y hacerme, preguntas incómodas.

La digoxina, por su parte, es la elección perfecta, pues el anciano ya toma este principio activo en dosis más pequeñas para ciertos problemas cardíacos que padece desde hace años.

Sí, hice bien los deberes.

—Tu muerte parecerá un infarto, nadie investigará, pensarán en complicaciones debidas a la enfermedad preexistente.

—No la tengo desde hace un par de meses —miente, desesperado y sin ideas.

Agradezco el intento, pero soy un profesional, y no habría hecho un viaje tan largo, renunciando a dos días con mi mujer, si no estuviera seguro de todos los elementos de la ecuación.

—Soy el Jefe de la Mafia de Seattle, Antoine. Muchos me llaman el Emperador, pocos saben que soy un perfeccionista y un maniático del control. Tomaste tu pastilla diaria media hora antes de desayunar, el médico te aumentó ligeramente la dosis hace tres meses tras tu último análisis de sangre.

Y es cuando un hombre se enfrenta ineludiblemente a la muerte cuando uno se da cuenta de qué está hecho.

Cae de rodillas, estira las manos hacia delante y llora como un bebé.

—Te lo ruego, déjame vivir, no quiero morir.

—Deberías haberlo pensado antes de firmar tu sentencia al infierno, Antoine. Hasta yo sé que no se debe tocar a los niños.

Sin embargo, en los últimos momentos de su vida, el imbécil que tengo delante no pide perdón por sus actos, sino que culpa a la víctima de su maldad.

—Ella lo deseaba, lo juro, a esa zorrita le gustaba cómo la tocaba —maldice y mi paciencia se agota como la llama de una vela al viento.

Recorto la distancia que nos separa e intenta ponerse en pie, pero yo soy más fuerte y decidido que él. En cuestión de segundos, lo inmovilizo y le planto la jeringuilla en la base del cuello, vaciándola bajo la piel.

Ya está hecho.

Ahora sólo queda esperar.

Cuento lentamente cada segundo en mi cabeza mientras lo veo caer al suelo y retorcerse agarrándose el pecho, con la baba goteándole lentamente de la boca y los músculos agarrotados.

Un buen hombre sentiría lástima en este momento, yo sólo siento una pizca de decepción porque su dolor será demasiado efímero.

Dos minutos después, compruebo si hay signos visibles de lucha, miro a mi alrededor para asegurarme de que no hay testigos inesperados, envuelvo la jeringuilla usada en un pañuelo y me la meto en el bolsillo antes de alejarme del cuerpo sin vida que yace frente a mí, seguro de que nadie pensará jamás en un asesinato, y mucho menos de que alguien pueda relacionar la muerte del anciano conmigo.

Y, así, también se erradicó la última pesadilla.

Camino de vuelta al coche que alquilé para venir del aeropuerto hasta aquí con pasos medidos y regulares, como si estuviera dando un paseo por el parque, me quito los guantes y me los vuelvo a meter en el bolsillo, mientras las ganas de volver a casa con mi mujer se apoderan de mí.

Compruebo la hora en mi reloj para asegurarme de que llego a tiempo al vuelo de vuelta a casa y vuelvo a poner el timbre del teléfono que había puesto en silencio.

Saco las llaves del bolsillo del pantalón y abro las puertas, pero mi mirada se detiene en un trozo de papel junto al limpiaparabrisas.

Lo leo dos veces antes de que una risa gutural escape de mi pecho y resuene en el aire.

Buen trabajo, Romy.
Estamos orgullosos de ti, pero eso ya lo sabías.
Leo.

PS. Ese curso de actualización fue realmente útil.
Ahora, sin embargo, siempre sé dónde estás.
Ihihi (risa malvada)

PPS. Nos vemos en primera clase, no llegues tarde.

¿Qué coño?

FIN

Agradecimientos

Dos años después del inicio de esta aventura, hemos llegado a la conclusión de la *serie Mobster* y todavía no parece real.

No fue fácil escribir sobre Romeo, era el más reservado durante este periodo y sacar algo de él requiró tiempo y paciencia para comprender la profundidad de sus cicatrices.

Desde el momento en que Mariella conoció a Chloé en París, supe que sería la elegida para el jefe Fontana, aunque ella también tenía muchos traumas que arrastrar.

Siempre las vi como dos almas complicadas, que sólo podían brillar juntas, y espero que así haya sido.

Si este fantástico viaje ha llegado a buen puerto y ha sido tan emocionante, se lo debo a las personas que han estado conmigo desde el principio o que se incorporaron más tarde.

A mi marido, porque sin ti y tu doblez (y tus ochos) cuando estoy en pleno furor de escritura, probablemente mis historias nunca verían la luz.

A mis hijas, *siempre*.

A mi madre, que a estas alturas ya se ha dado cuenta de lo importante que es escribir como válvula de escape y estímulo constante para mi crecimiento personal.

Si estos chicos han recibido tantas muestras de cariño, gran parte del mérito es de los blogueros, bookbloggers, bookstagrammers y bookstoppers que me han ayudado a dar a conocer las historias de Frank, Alex y Leonardo. Vuestro apoyo, el entusiasmo con el que acogéis cada nueva historia, el contenido que creáis sobre ella es emocionante e importante. Os lo grito así: ¡GRACIAS!

Esta serie ha sido una sorpresa continua desde aquel «lejano» 31 de agosto de 2022, y todo es gracias a las personas que la habéis leído, comentado, reseñado.

Y es a vosotros a quienes va el mayor de los agradecimientos.

Gracias por darle una oportunidad a la historia de Romeo y Chloé, espero que te haya gustado y sería genial para mí saber qué te ha parecido: si quieres, escribíme o etiquétame en las redes sociales para hacerlo. ¡Te espero!

Página de Facebook: https://www.facebook.com/krishamletauthor

Perfil de Instagram: https://www.instagram.com/kris.hamlet_author/

Acerca del autor

Kris Hamlet

Kris Hamlet es el seudónimo de una madre, esposa y profesora de inglés, que no quiere disgustar a sus alumnos (ni a sus padres).
Vive en Italia, con sus dos hijas y su marido, y le encanta pasar las tardes en el sofá entre series de Netflix y palomitas.
Come demasiado chocolate (sobre todo blanco) y llora como una fuente ante las películas románticas.
Ávida lectora romántica, lee y aprecia cada matiz.